EL CARNAVAL EN EL FOLKLORE CALCHAQUÍ

CON UNA BREVE EXPOSICIÓN SOBRE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA DEL MÉTODO FOLKLÓRICO INTEGRAL

AUGUSTO RAÚL CORTAZAR

Primera Edición: Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1949

Segunda Edición: Ediciones del Robledal, Salta, 2008

…el carnaval no puede ser extinguido. Es una tradición de la humanidad, que se perpetúa a través de los siglos.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Obras*, t. 24, pág. 213.

I

EL CARNAVAL, LA FIESTA POR EXCELENCIA

El viejo carnaval yergue todavía en nuestro tiempo su abigarrada y bulliciosa figura. Grandes urbes, ciudades, aldeas y lugarejos de las más apartadas latitudes divisan su traza año tras año y perciben el trino incitante de su cascabel. En Europa y América, y muy especialmente en los países incluidos en el ámbito latino, es conocido y celebrado. Todos tenemos de sus rasgos distintivos una idea clara, adquirida ya como participantes más o menos entusiastas, ya como simples testigos curiosos u observadores críticos, al modo de *Fígaro*.

Hay por cierto tantas variantes como lugares donde se festeja, pero pese a estas diferencias y localismos, que muchas veces no son sino matices, su espíritu y su carácter se mantienen intactos. No sólo en una enorme extensión geográfica que abarca la mitad del mundo, sino a lo largo de una historia varias veces secular. Así resulta de las más remotas constancias medievales y esto basta como prueba de vitalidad. Es sabido que se afirma con harto fundamento que esta fiesta de la Edad Media entronca con las *saturnales* romanas y las *kronia* griegas. Aun dejando de lado las aproximaciones más discutibles con los cultos egipcios de la diosa Isis y fiestas babilónicas y hebreas, como la del *purim*, por ejemplo, su ascendencia milenaria se impone a nuestro espíritu. Como otras expresiones colectivas que tienen una expansibilidad incontenible y vida al parecer eterna, el carnaval no deja de infundir en nuestro ánimo reverencia y respeto. A pesar de sus desbordes y locuras alguna fuerza lo vivifica y preserva de la muerte. Con su eufórica alegría es, por lo contrario, símbolo de vida. Los pueblos le han otorgado siempre su preferencia, y de país en país, de continente en continente, de siglo en siglo, han ido transmitiendo esta vigorosa tradición. Como ídolo llevado en andas por

multitudes incontables, viene así hasta nuestros días desde lo más remoto de la historia.

Por ser una manifestación popular colectiva de tradición tan incuestionable; por su aptitud para satisfacer necesidades y apetencias psicológicas, sociales, económicas, mágicas y hasta religiosas; por las mismas tonalidades típicas con que cada lugar matiza su máscara eterna, es el carnaval un fenómeno folklórico por esencia.

Esta es la razón por la cual me ha interesado hasta el punto de haberlo elegido para aplicación del *método folklórico integral*, cuya doctrina expondré en esquema como coronamiento teórico.

Antes de presentar al lector la evocadora descripción del carnaval calchaquí, tal como vive hoy con plena lozanía en el ambiente típico de los valles de mi Salta natal, quiero analizar brevemente algunos rasgos que parecen integrar siempre, en todos los tiempos y lugares, el perfil esencial de esta fiesta única. Tras esos rasgos (que acaso sean de superpuesta máscara, como cuadraría al caso), me parece descubrir la fisonomía de la fiesta por excelencia; o como podría decirse, con intromisión de términos kantianos, de "la fiesta en sí". No procuraré mostrarlo con rigor de monografía académica; lejos de eso, para condecir con el carácter de este libro, daré a las páginas que siguen el tono de una despreocupada plática preliminar.

Las celebraciones católicas de la Natividad del Señor y la Adoración de los Reyes, por una parte, y la magna de la Pascua, por otra, han originado en todo el mundo cristiano verdaderos ciclos ceremoniales con frecuencia nutridos y complejos. Entre ambos se ubica, en fecha variable, el ciclo de carnaval. Comienza el domingo anterior al miércoles de ceniza y precede por lo tanto inmediatamente a la cuaresma. Este es el período de "cuarenta y seis días que... precede a la festividad de la Resurrección y en el cual la Iglesia preceptúa ciertos días de ayuno en memoria de los cuarenta que ayunó el Señor en el desierto" (Diccionario de la Academia).

Este tiempo de privaciones y abstinencias, de preparación espiritual para las rememoraciones de la Semana Santa, adquiere una tonalidad general reconcentrada y meditativa. Destaca así más violentamente el estallido de la fiesta que lo precede, durante la cual el hombre dice, por una temporada, "adiós a la carne": "Carne, ¡vale!"

Coincidió por su carácter, y en ciertos casos también por su fecha, con festividades preexistentes, como las celebradas por los griegos en honor de Cronos [κρόνια] y de Dionisos [διονύσια]; como las peloria [πελώρια] de Tesalia y las pitoigia [πιθοίγια] que integraban las antesterias [άνθεστήρια].

Se vincula más directamente con las saturnales romanas y se correlaciona con las procesiones marítimas con que se honraba a Isis en el Mediterráneo y a Nehalennia en la Europa nórdica, al inaugurar cada año, con la primavera, la temporada de la navegación. Los equivalentes terrestres fueron los cortejos que acompañaban el "carnavale" o el arado, símbolo de Herta, la germánica Madre Tierra que recuerda Tácito.

En estos casos, como en tantos otros se advierte que las grandes fiestas coinciden con períodos calendarios o fenómenos naturales de relevante importancia para la vida colectiva. Cuando se trata de pueblos cuya cultura está en gran medida condicionada por el medio natural, estas convergencias resultan infaltables. Son así magnos días festivos, de difusión universal, el comienzo de la primavera, símbolo del renacimiento o renovación de la naturaleza; los señalados momentos en que el sol parece detenerse en su marcha y por eso llamados solsticios; la apertura de la navegación como consecuencia del deshielo; la caída de las primeras precipitaciones o el cese de las lluvias y tantos otros semejantes.

Indisolublemente unidos a los fenómenos y ciclos naturales aparecen las faenas y trabajos sobre los que se basa la organización económica de tantos pueblos. Así pues, la siembra o la cosecha, la reproducción o la marca del ganado, la caza o la pesca, provocan en los grupos etnográficos y en los estratos populares del mundo entero celebraciones colectivas.

Bien es cierto que sobre estos orígenes se sobreponen circunstancias diversas, acarreadas por la evolución normal de la cultura, los azares de la historia o la exteriorización del sentimiento religioso predominante.

De allí que, con el transcurso de siglos, la fiesta disimule tras sus renovados oropeles la verdad de su origen.

LIBERTAD Y DESBORDE

Si en el caso del carnaval destacáramos el atributo que parece representar mejor su carácter, todos coincidiríamos en señalar el uso y el abuso de una libertad inusitada, que con facilidad suma se desliza hacia la licencia. Bien es verdad que costumbres antiguas y modernas de pueblos diversos nos muestran el caso de celebraciones coincidentes con motivo, por ejemplo, de nacimientos, bodas o coronaciones reales y principescas y hasta de funerales regios. Pero es indiscutible que el carnaval ha hecho suya esta particularidad hasta convertirla en su rasgo esencial. Durante estos días de farándula se produce la violación de constricciones sociales; se franquean las vallas representadas por la moderación sexual, por las normas y preceptos religiosos y éticos.

En alas de la alegría y del bullicio, de las risas y juegos, de los cantos y músicas, de las comidas y bebidas, se llega al exceso, al desenfreno y a la orgía.

También estos rasgos son comunes a fiestas de carácter dionisíaco que existieron y existen en las más diversas civilizaciones y en todos los grados de la cultura. Mas no siempre indican una vocación colectiva hacia la licencia y el desorden.

Para el caso de festividades antiquísimas y de las documentadas hoy por la etnología, no cuadra tampoco juzgarlas a la luz de nuestros principios y conceptos morales. Por lo tanto, no se trata de enjuiciar, sino sólo de procurar comprender esas manifestaciones colectivas, perdurables y universales.

ASPECTOS DE RAIGAMBRE MÁGICA

Las propiciaciones mágicas juegan con frecuencia papel preponderante. Se despliega también en este caso el ritual público de la magia homeopática, basada en el principio de que "lo semejante produce lo semejante". Así los banquetes suculentos auguran para el año provista despensa; repetidas libaciones prometen raudales de rica bebida; la danza saltarina influye sobre el desarrollo de los plantíos; el alarde de las demostraciones de fuerza y destreza procura guerreros invencibles; la garzonía y la incontinencia son un seguro de fecundidad; las risas sembradas se brindarán en frutos de horas dichosas; el derroche de bienes, de energías, de tiempo, preservará de la estrechez, de la debilidad, de la indigencia.

Esta es la ley de la fiesta. Tales los elementos que configuran su esencia. Nada la define mejor que este cuadro turbulento en el cual la exaltación colectiva se manifiesta en gritos y gestos; en que los más irreflexivos impulsos dominan la voluntad; donde la danza, el canto, el banquete y la orgía son el imperativo del instante hasta llegar a la incontinencia y al agotamiento.[36]

El carnaval no es refractario a la infiltración de la magia. No sólo esta ha modelado su espíritu, sino que subsiste en varios componentes típicos de las carnestolendas de todos los tiempos y países.

Donde se festeja con hogueras y antorchas, como en ciertas regiones de Europa, se descuenta ese carácter y hasta se ha llegado a la formación de verdaderas teorías interpretativas. La de Mannhardt, por ejemplo, tiene en este campo cómoda aplicación. Su autor, monje católico de origen lituano y nacionalidad prusiana, refiere muchas y variadas ceremonias agrarias a una primigenia y esencial: la relativa al "espíritu de la vegetación", y más específicamente, de los cereales (*Korndämon*).

Mannhardt ha sido seguido en repetidos casos por Tylor, Frazer y Westermarck, quienes, con variantes de matices, interpretan las fogatas campesinas

como un medio al mismo tiempo profiláctico y fecundante de la tierra, cuya fertilidad estimulan.[85]

El agua y las aspersiones en general con sustancias equivalentes, como semillas, harina, almidón, "confetti", papel picado, etc., reconocen su remoto origen en la *lustratio* clásica y en tantas manifestaciones, extendidas por el mundo, que implican un propósito purificatorio y fecundante. Con este último sentido sobrevive hoy en el arroz que los amigos hacen llover sobre las parejas de novios, como reminiscencia de las nueces, avellanas, higos y dátiles que caían sobre la desposada romana, cuando llegaba junto al hogar de su nueva casa en brazos de su esposo.

Las ramas y gajos, que dan nombre a la fiesta de la "radica" conmemorada en Italia, así como el personaje disfrazado de selvícola, común en varias comarcas europeas, ponen en primer plano el sentido agrario del símbolo.

La máscara, por fin, constituiría por sí sola tema para un libro apasionante. Encierra nutrido cúmulo de elementos etnológicos, religiosos, históricos, estéticos.[31]

También en este caso la fe en el poder de la magia hace creer al indígena que su careta lo identifica con la divinidad o con el ser totémico. Con ella se mimaron las hazañas de los dioses en la Hélade clásica y de sus rasgos grotescos parecen arrancar las hondas raíces de las representaciones que florecieron en el teatro moderno.

Más aún. Las temidas almas de los *larvae* y *lemures* latinos, vinculan el uso de máscaras y albas vestiduras con el culto de los muertos. Tal práctica no es extraña al nacimiento de los disfraces y caretas del carnaval europeo en sus oscuros orígenes. Si la vinculación se confirmara, surgiría de este nudo de problemas uno de los más obsesionantes asuntos de la historia de la cultura. Extraño maridaje de las ideas sobre la vida y la muerte. Ingenua tentativa de rasgar el velo de lo sobrenatural. Propósito de fortalecer la caducidad humana con representaciones simbólicas de la eternidad; contraposición de la sobrecogedora adustez de la muerte con el desenfreno de la conducta, afirmación rotunda de vida.

No hay tampoco aquí desafío temerario, sino rito propiciatorio, ceremonia destinada a tornar benignos y protectores a los genios de ultratumba.

Todo esto gira como absorbente torbellino ante la mente que lo contempla desconcertada. Aun en casos como el presente, en que no existe el propósito de sondearlo y se lo mira sólo de paso, por proximidad ocasional con un camino que toma otro rumbo, ejerce una atracción de abismo. En sus sombras se entremezclan sin sentido aparente las imágenes de lo bueno y lo malo, del dolor y el placer, de lo conocido y lo ignoto. Y en pocas oportunidades se logra más patética evidencia de la condición contradictoria, compleja, indescifrable del espíritu del hombre.

IGUALACIÓN SOCIAL

La libertad que degenera en licencia por flaqueza humana y por impulso de remotas propiciaciones, es el primer rasgo que resalta en la imagen del carnaval. Pero no el único. Es evidente que constituye también la mejor ocasión para expresar un anhelo de igualación social, de mezcla de clases, de trastrueque de apariencias y jerarquías.

Al abrigo de aquella libertad, los de "baxa condición" todo lo invaden y nada respetan. Por el contrario, los grandes aprovechan la circunstancia para liberarse de la engolada actitud a que su propio rango los obliga.

Aquellos recuerdan la "libertas decembri", que Horacio canta en una de sus *Sátiras*[91], y fundamentan la presunción más vehemente del origen saturnalesco del carnaval. En la fiesta romana los esclavos se vestían de señores y eran por estos servidos. Concluidas las *pitoigia*[68] griegas, los amos decían: "Fuera, carios [es decir, siervos], las antesterias han concluido." Ponían fin así a la consentida intromisión de los esclavos, quienes tornaban entonces a su condición servil.

A la inversa, las anécdotas cuentan que Carlos VI y Enrique III de Francia, que gustaban del carnaval, salían con los cortesanos disfrazados por las calles de París y que más de una vez corrieron peligros y hasta trances de muerte.

Por cierto hay en cada caso distintos impulsos psicológicos, motivaciones religiosas o circunstancias sociales, pero el resultado es esta característica mezcolanza de jerarquías, castas y estados.

REMEMORACIÓN DE LA EDAD DE ORO

En el caso de las *kronia* helénicas y las saturnales romanas, parece claro el sentido mitológico, pues se entendía evocar y actualizar otras épocas de igualdad y de dicha para el pueblo todo. Era la rememoración de la Edad de Oro, del reinado feliz de Saturno y de Cronos.

"Dichosa edad y siglos dichosos" que cantaron las *Metamorfosis* de Ovidio y las *Geórgicas* virgilianas.

Al ambiente mítico de esos tiempos dorados siguió la cruda realidad de la historia; a la abundancia, la economía; a la holganza, el trabajo; a la licencia, la disciplina; al sueño fantasioso, la implacable vigilia de la vida.

Por eso la fiesta tiene por objeto actualizar cada año esa época áurea, evocar ese tiempo feliz. Por aplicación de las mismas ideas y creencias colectivas mencionadas, se procura algo más. No sólo el simple recuerdo, sino la revivificación de aquel estado y tiempo primitivos a fin de adquirir, por contaminación mágica, la fuerza necesaria para afrontar el subsiguiente ciclo rutinario.

De allí la necesidad de encarnar o representar al dios, ya con una persona real, como en el caso de Dasio, que menciona Frazer, ya con el muñeco destruido en los "entierros de carnaval" desde los orígenes medievales hasta nuestro Pujllay calchaquí.

Esta destrucción por medio del fuego, del agua o de la tierra es la supervivencia de un remoto sacrificio. Quien personificaba al dios debía sucumbir en determinadas circunstancias a fin de que los intervinientes se contaminaran del espíritu divino, de la fuerza creadora, y la comunidad adquiriera nuevo vigor y vida

renovada. Logrado este impulso la penuria cotidiana y la existencia rutinaria pueden ser afrontadas con bríos enardecidos y corazón confiado.

Si se considera el caso de poblaciones aisladas, de viviendas dispersas, de hombres privados del trato frecuente con sus semejantes, se advierte hasta qué punto la fiesta desempeña también el papel de vehículo para la concentración social y el intercambio psicológico. Cuando tiene las características destacadas del carnaval, compensa a maravilla, con su fervor dionisíaco, del aislamiento y la monotonía de la existencia rutinaria, del trabajo agobiador, de privaciones sin cuento. En tales condiciones no es mera metáfora la necesidad vital de renovación cíclica del espíritu.

EL CARNAVAL Y LA TEORÍA DE LA FIESTA

Por lo dicho creo que el carnaval podría ser una base para elaborar la teoría de la fiesta, después de exhaustivos estudios históricos y de correlaciones fundadas. ¡Cuánto interesaría comprobar si de tal examen surge, en efecto, un cuadro concorde con el que espontáneamente imaginamos! Acaso confirmaríamos que se trata en realidad de una manifestación colectiva que coincide en su origen con períodos o fenómenos naturales, los cuales rigen a su turno ciclos económicos.

Desentrañaríamos el misterio del recóndito porqué de la celebración y tal vez nos diera su respuesta milenaria un rito propiciatorio, de carácter mágico, en virtud del cual se procuraba que resultara la tierra fecunda en cosechas y "abundoso en peces" el mar amigo; que a su semejanza, dieran las madres numerosas progenies y tuvieran vigor y arrogancia los guerreros. Todo esto, por imitación mágica habría de ser obtenido con la suculencia del festín, con la abundancia de la bebida, con el desborde de la orgía, con el frenesí de la danza, con el desorden del gesto, con la incontinencia de los apetitos, con la alegría estruendosa y bullanguera. Y este torbellino arrebataría por igual a todos, aristócratas y plebeyos, pobres y ricos, amos y siervos. Los hombres vivirían entonces la ilusión de sentirse

libres e iguales y todo resultaría a la postre un bello sueño, producido por el narcótico de la fiesta. La fiesta, cuya imagen así concebida reconocemos sin vacilar, pues coincide casi punto por punto con la del carnaval, según nuestros ojos pueden contemplarla hoy y conforme con las constancias de documentos venerables. Para quien se interesara por esta atrayente jornada a través de la historia y del estudio comparativo de la celebración carnavalesca, trazo a continuación un esquemático itinerario bibliográfico de textos que mi curiosidad me llevó a consultar, al margen del tema principal de este libro. Si quien realizara alguna vez el viaje encantado obtuviera una visión similar a la que espontánea y subjetivamente dejo apuntada en estas páginas, podríamos repetir con verdad y fundamento que *es el carnaval la fiesta por excelencia*.

II

NOTAS PARA UN ITINERARIO BIBLIOGRÁFICO
AMPLITUD Y LIMITACIONES

Mi tema en este caso está circunscripto a la descripción del carnaval en el sector medio del Valle Calchaquí salteño. Ofrezco aquí los resultados de una investigación llevada a cabo de acuerdo con los criterios preconizados por el método que he llamado *integral*. En las páginas que siguen aquel tema se adelantará, pues, al primer plano en la atención del lector, pero sin que este pierda de vista ni el telón de fondo geográfico y humano, ni todos los otros integrantes del cuadro folklórico calchaquí. Cada uno de ellos tiene, desde luego, su propia función, pero resultaría incomprensible si se lo contemplara aislado. En el armonioso ambiente de la vida local, hasta los personajes más secundarios influyen en el desempeño de los principales y explican su modalidad y su papel.

Logrado este primer propósito, se impone otra característica de los fenómenos folklóricos. Captado lo típico y regional se experimenta la necesidad de correlacionar y comparar, peregrinando tras el mismo fenómeno a través de diversas expresiones locales. Los antecedentes y orígenes impulsan luego al buceo histórico a fin de explicarse el porqué de muchos rasgos. Ya en este tren, no detienen las vallas que oponen el espacio y el tiempo.

El rastreo de refrán acriollado y sabroso que despierta nuestra curiosidad, nos lleva al estudio de máximas consuetudinarias que ya recogió en sus versículos el Antiguo Testamento.

Oímos en el mercado hablar a una comadre de barrio del "mal de ojo" y desenredando la madeja quedamos perplejos al encontrar una expresión casi idéntica en el *Libro de los muertos,* rastro antiquísimo de la cultura egipcia floreciente hace 40 siglos.

Nos interesamos por la rayuela o el ta-te-tí que juegan los niños en la acera o a hurtadillas en sus bancos escolares, y sabemos por los historiadores de la

cultura que no son sino supervivencias de remotísimas actividades divinatorias o trazos dotados de hondo sentido cosmológico en las más antiguas culturas.

Así ocurre también con el carnaval calchaquí y sus elementos. Aun excediendo del tema concreto y ocasional ¿quién se resistiría a procurar una información acerca de la misma fiesta en las regiones aledañas o de ambiente folklórico semejante? De allí mi deseo de obtener algún dato respecto de Catamarca y La Rioja, de Tucumán y Santiago, de Jujuy y Bolivia, de Chile y del Perú. No deseché las referencias procedentes de Venezuela, México, Brasil. En cada caso hay una novedad interesante, una noticia que aclara una duda o sacia una curiosidad.

No se tratará naturalmente de estudiar el carnaval en las diversas regiones de estos y otros muchos países. Habría que contar por de pronto con la observación directa en sus respectivos escenarios, y esto es prácticamente imposible o exigiría, en condiciones ideales, viajes prolongados y dispendiosos durante muchos años.

El caso particular de nuestra América fuerza, para colmo, a una doble indagación. Hacia el pasado arqueológico, pues mucho sobrevive de las costumbres autóctonas precolombinas, y hacia España y Europa por razones obvias. Los orígenes medievales del carnaval permanecen oscuros, pero no es posible desentenderse, aunque no satisfagan las pruebas, del vínculo generalmente admitido con las saturnales y otras fiestas afines que los romanos difundieron por los ámbitos del Imperio.

Entramos así de lleno en la corriente clásica y entonces no es la escasez sino el enorme cúmulo de materiales lo que dificulta el avance.

Con sólo recorrer los textos citados, por ejemplo, en el *Dictionnaire des antiquités grecques et latines* [68] de Darenberg y Saglio al tratar de temas como las *kronia*, las saturnales y tantos otros conexos, habría para largo tiempo de trabajo, y eso suponiendo que se tuviera un discreto dominio de las lenguas clásicas.

Las celebraciones paralelas de Oriente nos arrastran hasta las etapas iniciales en la evolución de la humanidad.

Es justificado que ante semejante perspectiva se abandone el propósito y decaiga el ánimo, pues la empresa supera toda posibilidad individual de realización.

Alguien mejor dotado que yo o en condiciones distintas de trabajo, acaso sienta un día el acicate de esta búsqueda. Al aficionado y al curioso espero ahorrarles afanes y tiempo adelantándoles algunas de las abundantes referencias, reducidas aquí por evidentes razones de espacio y oportunidad. Las recogí en forma azarosa, pues excedían mi programa, y sólo por irrefrenable curiosidad intelectual. Mucho de lo que parecía interesante no he logrado ver en las bibliotecas de Buenos Aires. Nuestro caudal bibliográfico, ponderable y muy acrecido con respecto a otros campos, es todavía para estos temas algo precario entre nosotros. Gestiones en países extranjeros, fotocopias y microfilms, no se justificaban en este caso. El carácter marginal de estos asuntos con respecto al tema nuclear, la angustia de los plazos perentorios convenidos y otras circunstancias, me decidieron a dejar la tentativa para mejor oportunidad.

Me limitaré, pues, modestamente, a la referencia de lo más específico y concreto entre lo mucho que he consultado, por invitación de las circunstancias, excediendo los límites de mi tema. Me place reconocer una vez más con gratitud la colaboración generosa y cordial de algunos amigos, argentinos y extranjeros, a quienes debo noticias o libros que permiten añadir algunos jalones en este escueto itinerario bibliográfico.*

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS. ENCICLOPEDIAS

* Corno muestra de esa gratitud, no puedo dejar de recordar aquí a Romualdo Ardissone, Carlos Villafuerte y Félix Coluccio, de Buenos Aires; a Oreste Plath, de Santiago de Chile; a la señora María Luisa Monteiro da Cunha, de Sâo Paulo, y a la señorita Daisy Rípodas, profesora argentina que reside temporariamente en Sucre. Mucho debo a los libros, pero, como se verá, la médula de este libro está integrada por lo que conocí y observé en el bello escenario de los valles salteños. Todo este caudal tuvo su confirmación y halló sus antecedentes en las referencias y recuerdos de mi madre, cuyos antepasados, por varias generaciones fueron, como ella misma, nativos de ese Valle cuyo ambiente y costumbres están, como fundidos en su ser. Mi madre ha sido, por lo tanto, colaboradora inapreciable en esta evocación de la vida calchaquí.

Quien emprenda esta marcha, precisamente por la índole del camino a recorrer, no podrá desentenderse de esas brújulas orientadoras en cualquier investigación, que llamamos, a falta de un neologismo más armonioso y sintético, bibliografías de bibliografías. Algunas de alcance universal figuran en el capítulo correspondiente de mi *Guía bibliográfica del folklore argentino*[65] y allí debo remitir ahora, ante la imposibilidad de reseñar esas fuentes aquí.

En cuanto a las obras de carácter bibliográfico que tienen para el folklorista especial interés, puede también consultarse la correspondiente sección de aquella *Guía*. Como más completas y aprovechables con respecto al tema preciso que interesa en este caso, reduciéndolo al área hispanoamericana, se destacan las insustituibles de Ralph Steele Bogas[24], y, para Europa, la clásica obra de Alejandro Guichot y Sierra y el moderno *Manuel* de Arnold van Gennep.[86]

Desde hace unos años los *Anuarios* que oficial o privadamente se publican en varios países latinoamericanos llegan a constituir verdaderas bibliografías nacionales, como ocurre en Cuba, Venezuela, Perú, Brasil, Uruguay. Es claro que por ser de índole general y de publicación periódica, nada garantiza que la cosecha sobre asunto tan reducido sea fructífera en todos los volúmenes o entregas.

Las grandes enciclopedias son también fuente de referencia utilizable. En los artículos correspondientes a *carnaval* se hallan más de una vez noticias interesantes. Pero los que a mi juicio proporcionan efectivamente datos originales y sugerencias provechosas, además de la correspondiente bibliografía, son los firmados por Raffaele Corso en la *Enciclopedia italiana*[62], por Robert Briffault en la *Encyclopaedia of the social sciences* (v. "festivals")[28] y el notable de C. Rademacher en la *Encyclopaedia of religion and ethics*[135], inspirador evidente de otros como el de la Enciclopedia Espasa-Calpe que la cita (aunque con varios errores en el nombre del editor y el título).[76]

ETIMOLOGÍA Y PROBABLES ORÍGENES. LAS SATURNALES

Rademacher desarrolla extensamente el atrayente tema de la etimología de la palabra "carnaval", trazando, al mismo tiempo, un bien resumido cuadro de los orígenes de la fiesta en Europa y especialmente en los países germánicos.

Se mencionan por consiguiente las diversas interpretaciones, aunque se echa de menos una referencia más precisa a las fuentes.

Recuerda el autor la conocida derivación de las palabras latinas "Carne, vale", es decir, "Carne, adiós", con lo cual el cristiano entiende despedirse de ella durante los ayunos cuaresmales.*

Trae también a cuento la expresión usada por el Papa Gregorio Magno con respecto al domingo de carnaval: "domenica ad carnes levandas", abreviada luego en "carnes levandas" de donde se llegaría al nombre actual a través de las formas "carnelevamen", "carnelevale" y "carneval".

Por mi parte, he tenido la fortuna de poder consultar el *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, de Du Cange[73], y confirmar así, no sólo el uso documentado de esos términos, sino también la existencia y el carácter de la fiesta misma en el siglo XII. En efecto, figuran en aquel *Glosario* las palabras *carnelevale* y *carnelevamen*, definida esta última como "Bacchanalium dies", y considerada equivalente a "carnevale", "carnovale" y "carnaval". El docto autor cita pasajes de cartas anuas de 1195 y una crónica manuscrita de Romualdo Salernitano.

En el artículo de Rademacher, tal vez lo más interesante es el extenso desarrollo de antecedentes según los cuales la palabra "carnaval" se vincularía más probablemente con el "currus navalis" o "carrus navalis", luego en romance "car navale", vehículo en forma de barca con ruedas que intervenía en los cortejos dionisíacos y en las fiestas procesionales en honor de Hertha o Nertha, la diosa teutónica. A Tácito corresponde el primer testimonio: refiriéndose, en *La Germania*[151], a los pueblos que rodeaban a los longobardos, dice que "ninguno de ellos tiene otra cosa notable que el adorar en común a Nerto, que significa Madre Tierra,

* Cfr., por ej. con la opinión de COVARRUBIAS en su *Tesoro de la lengua castellana o española*... p. 308 y 310. [67]

la cual piensan que interviene en las cosas y negocios de los hombres, y que entra y anda en los pueblos. En una isla del Océano hay un bosque llamado Casto, y dentro de él un carro consagrado cubierto con una vestidura; no es permitido tocarle sino a un sacerdote. Este conoce cuándo la diosa está en aquel recinto secreto, y con mucha reverencia va siguiendo el carro, del que tiran vacas. Son días alegres y regocijados, y lugares de fiesta todos aquellos donde tiene por bien llegar y hospedarse" (párrafo XL).

Antes había explicado ya, hablando de los suevos, que parte de ellos "adora a Isis; de dónde les haya venido esta religión extranjera no es cosa averiguada, pero el navío libúrnico*, que es el símbolo de la diosa, muestra habérsela traído por mar" (párrafo IX).

En el curso de la Edad Media se citan noticias concordantes. Las mascaradas que seguían la barca provista de ruedas o que esta conducía, evolucionaron en verdaderas representaciones, fecundo germen del teatro moderno, pues el "car navale" se trocó en escenario. Hans Sachs, uno de los maestros cantores de Nuremberg, no desdeñó componer canciones para estos regocijados espectáculos, que revivieron el famoso carnaval de Colonia a partir del primer cuarto del siglo XIX.

El origen de la ceremonia se vincula con la diosa Isis, propiciadora de la navegación, a la cual se rendía culto al inaugurarse la temporada primaveral.

Cuando este culto se difundió por Europa habrá hallado, opina Rademacher, ceremonias coincidentes en forma o en espíritu, durante las fiestas dionisíacas griegas, las procesiones en honor de la Hertha germánica o la Nehalennia nórdica[97]. En todos los casos, el navío, el carro o la barca con ruedas fueron elementos característicos de la procesión simbólica, así como el cortejo alegre y las mujeres con vaporosos atavíos.

La honda raigambre mitológica y mágica, la tendencia a la nivelación social, el desborde orgiástico, tuvieron su representación en las saturnales y

* Nave libúrnica: nave muy ligera, terminada en punta por ambos extremos.

bacanales romanas y en general en las *lupercalia* febrerinas. Algunos rasgos destacados especialmente en las primeras, como el trueque de papeles entre esclavos y amos, los festines, el intercambio de obsequios, acompañados a veces de poemitas burlescos y satíricos, como los conocidos de Marcial[111], la existencia de un "princeps saturnaliorum", destinado a perecer al término de la fiesta, son elementos que fundamentan la relación entre el carnaval europeo y las saturnales latinas. Quien quiera tener de estas últimas un cuadro pintado con el modelo a la vista, puede leer el libro especial que, con el título de *Saturnaliorum*, les consagrara Macrobio[108]. Este escritor de comienzos del siglo V de nuestra era, siguiendo las huellas de *El banquete* platónico, hace hablar a varios amigos sobre diversos temas literarios. Están reunidos para huir del tumulto callejero de las saturnales y esto da origen a comentarios y disquisiciones sobre las fiestas, especialmente en los capítulos 4, 7, 8, 10 y 11 del libro I. Su origen, práctica y elementos aparecen ocasionalmente en estos párrafos como presentados por el azar de la conversación amable y refinada.

La tesis de Sir George James Frazer se apoya en las características de las saturnales y en el relato de cómo fueron celebradas en cierta ocasión por los soldados romanos acampados en el Danubio en tiempos de Maximiliano y Diocleciano, según surge de las tres versiones de los manuscritos de París, Milán y Berlín que fueron publicadas por Franz Cumont, de Gante. Las tres narraciones coincidentes refieren cómo el cristiano Dasio (luego canonizado), se negó a representar el papel de dios Saturno y presidir la festividad pagana y libertina, debido a lo cual fue degollado por sus compañeros de campamento, el año 303 de nuestra era.

En el capítulo *Víctimas expiatorias en la antigüedad clásica*, de su magna obra *La rama dorada* (p. 693 y sigs.)[79], el sabio antropólogo dedica un parágrafo a las saturnales romanas. Destaca dos aspectos fundamentales: el constituir un período de licencia y la muerte o destrucción de un personaje, real o figurado, rey de burlas en la ocasión y representante simbólico del dios Saturno. La semejanza entre estas fiestas y el carnaval contemporáneo de Italia, España y Francia, esto es,

en los países donde la influencia de Roma ha sido más profunda y duradera, llega a ser, más que mera similitud, verdadera identidad.

Arnold van Gennep en la monografía sobre *Le cycle cérémoniel du carnaval et du carême en Savoie*[85] contradice los argumentos y se manifiesta escéptico respecto de tal identificación. El período de licencia no le parece suficientemente característico, puesto que existe con motivo de otros acontecimientos y celebraciones, como bodas, nacimientos y aun funerales de príncipes y reyes. La segunda crítica se basa en el argumento cronológico, haciendo notar que las saturnales eran fiestas de invierno (fines de diciembre) y no pudieron originar en consecuencia otras típicamente primaverales, como las del ciclo carnavalesco. Y esto no por una simple cuestión de fechas, sino porque, de acuerdo con la estación, varían también los elementos de la vida popular de cada región y por lo tanto sus faenas, sus preocupaciones y sus anhelos, reflejados en sus fiestas, especialmente las de carácter propiciatorio.

ALGUNAS REFERENCIAS AL CARNAVAL EN PAÍSES LATINOS DESDE LA EDAD MEDIA

En un excelente artículo publicado en la *Revista do Arquivo Municipal* de Sâo Paulo, Brasil, Anita Seppilli estudia los *Origens do carnaval*.[148] En cuanto a su vinculación con las saturnales sigue a Frazer, sin recordar objeciones a su teoría. Lo conecta también con el culto romano de los muertos, que según Rademacher, en el artículo citado en la *Encyclopaedia of religion and ethics*[135], se basa en concepciones populares de tipo animista. Recuerda a los *lares* y *lemures* y especialmente las *larvae*, malignos espíritus de los muertos que dañaban e infundían terror a los hombres. Lo interesante es que *larvae* eran también llamadas las máscaras con que durante las saturnales los romanos cubrían el rostro, personificando así en cierto modo a los espíritus de ultratumba. Para hacer más

completa la evocación, vestían albas túnicas, pues el blanco era considerado el color de la muerte.

Es este un nuevo rasgo que, unido a los ya mencionados, aproxima el carnaval a las saturnales como a su fuente originaria.

Lo más interesante de este trabajo de Anita Seppilli reside en el rastreo de los orígenes medievales del carnaval. Basándose en el *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, de Du Cange, menciona y describe, con apoyo de documentos contemporáneos y textos poéticos interesantísimos, las fiestas llamadas "de los locos" o "de los tontos" y "de los asnos" (*festum stultorum* y *festum asinorum*), antecedentes preciosos para comprender el desenvolvimiento posterior del carnaval y, sobre todo, sus vicisitudes a lo largo de la Edad Media por la oposición de la Iglesia a prácticas licenciosas y hoy inconcebibles, que tenían lugar en los templos y en los claustros, donde culminaban con la elección del *episcopus stultorum* o *innocentium*. Reiterados textos de los concilios sirven de apoyo auténtico y erudito a esta valiosa investigación.

Mucho más superficial y anecdótico es el capítulo sobre *Fiestas populares desde la era cristiana* del libro de Ferdinand Nicolay *Historia de las creencias, supersticiones, usos y costumbres (según el plan del Decálogo)*.[121] En la edición española de Montaner y Simón, lo que gana en presentación tipográfica e ilustraciones lo pierde en falta de citas y referencias precisas. Lo recuerdo aquí porque se refiere a Europa en general, aunque no en forma sistemática ni comparativa.

En cuanto a la misma Italia, escenario de las primeras saturnales, es interesante recordar un curioso documento sobre las modalidades del carnaval italiano del siglo XVI. Es el poema titulado *Il Trionfo di Carnevale e dei suoi seguaci*,[159] que más adelante mencionaré especialmente.

El benemérito folklorista Giuseppe Pitrè, que había consagrado el volumen XII de su *Biblioteca delle tradizioni popolari siciliane* a los espectáculos y fiestas de su isla natal, estudia en el último tomo de la colección: *La casa, la familia, la vita del popolo siciliano*, la representación carnavalesca de *Il Mastro de Campo*

(capítulo XVI)[130] y a continuación varias *Antiche maschere di carnevale* (capítulo XVII).[129]

Aunque son obras que están en la memoria de todos, no puede mencionarse el carnaval italiano sin recordar que el de Venecia sirve de esfumado telón de fondo al poema *Beppo* de Lord Byron[34] y de asunto preciso de descripción a Hippolyte Taine en su *Voyage en Italia*.[152] El carnaval en Roma dejó honda huella en el recuerdo de otro viajero ilustre, Johann Wolfgang Goethe,[87] y arrancó páginas personalísimas y palpitantes, como casi todas las suyas, a nuestro Domingo Faustino Sarmiento.[147]

El tema del carnaval ha tentado a dos de los más grandes maestros del Folklore francés: Arnold van Gennep y P. Saintyves (seudónimo de Émile Nourry). Ya mencioné la bibliografía del primero en el tomo III de su *Manuel de folklore français contemporaine*[86] y anticipé la mención de su magistral monografía sobre *Le cycle cérémoniel du carnaval et du carême en Savoie*,[85] cuyo contenido excede con mucho su título, pues al analizar sus orígenes y varios de los elementos que lo constituyen (maniquí destruido, fogatas, antorchas, aspersiones, etc.) guía con seguridad y erudición nada postiza en el estudio de todos los carnavales del mundo.

Saintyves, en cambio, le ha dedicado sólo artículos de alcance más restringido. Su habitual interpretación simbolista o ritualista de los fenómenos folklóricos se pone de manifiesto una vez más en la explicación de los motivos tradicionales de los cuentos de Perrault.[145] Constituye uno de sus libros más atrayentes y difundidos, aunque no siempre sea posible acompañar al autor en sus interpretaciones personalísimas. Pues bien, al explicar los episodios de *Cenicienta*, afirma que la heroína recuerda las ceremonias estacionales de comienzo de año; es, según él, "La novia de las cenizas", personaje simbólico que hasta hoy es paseado para carnaval y casada luego con alguien que representa al sol, así como *Piel de asno* no sería sino una supervivencia de las antiguas Reinas de carnaval.

Especialmente en el parágrafo sobre *Las solemnidades y costumbres en las cuales las cenizas juegan algún papel*, hay interesantes observaciones respecto de

la proximidad y vinculación entre las fiestas de la Candelaria (2 de febrero) y la celebración del carnaval con fogatas y antorchas.

Algunas fuentes españolas, de especial interés por servir de antecedente inmediato a los carnavales americanos, serán citadas oportunamente más adelante. Todos pensarán en el Arcipreste de Hita y la famosa "pelea que ovo Don Carnal con la Quaresma", pero pocos sin duda conocerán el valiosísimo pasaje de la *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585...* trazada por el arquero Enrique Cock[55], que acompañó al monarca formando parte de su séquito.

Mucho más citado es el capítulo de Juan de Zabaleta[167] sobre *El domingo de carnestolendas por la tarde*, de su precioso *Día de fiesta*, verdadero arsenal de datos para la historia de la vida pública y privada española del siglo XVII.[128] Obra moderna en la que se retrata la "sociedad animada, bulliciosa y pintoresca" de ese mismo siglo, bajo el reinado de Felipe IV, es la de José Deleito y Piñuela, ... *También se divierte el pueblo (recuerdos de hace tres siglos)*. No podían faltar los párrafos dedicados a las carnestolendas y sus bromas (p. 19-29). [$^{71\ bis}$]

El mismo tema inspiró a Calderón[37] su entremés *Las carnestolendas*, en el que se pintan, con festivos versos, la fiesta madrileña, algunos personajes típicos, como el Vejete y ciertas máscaras que hacen su aparición en escena enlazándose con la ingenua trama urdida por las muchachas Luisa y Rufina. En cuanto a las modalidades carnavaleñas del Siglo de Oro se reflejan también en ciertos pasajes como el siguiente:

Vejete *¡Oh loco tiempo de carnestolendas,*
diluvio universal de las meriendas,
feria de casadillas y roscones,
vida breve de pavos y capones,
y hojaldres, que al doctor le dan ganancia,
con masa cruda y con manteca rancia!
Pues ¿qué es ver derretidos los mancebos

gastar su dinerillo en tirar huevos?...

Luisa *En eso su locura manifiestan;*
que mejor es tirarnos lo que cuestan.

Rufina *¡Y cómo! Veinte huevos azâreños*
le cuestan veinte reales a sus dueños:
tíranmelos, y mánchanme un vestido:
quedo yo triste y el galán corrido... (p. 632)

Los autores románticos, interesados en las manifestaciones populares y tradicionales, de acuerdo con la doctrina de su escuela, no podían permanecer indiferentes ante el atractivo de tema semejante. Baste, en efecto, recordar los nombres infaltables de Mariano José de Larra[100] (*El mundo todo es máscaras, todo el año es carnaval*) y de Ramón de Mesonero Romanos,[116] El Curioso Parlante, que incluyó entre sus *Escenas matritenses* los capítulos sobre *El martes de carnaval y el miércoles de ceniza* y *El entierro de la sardina*.

Cecilia Böhl de Faber,[23] la famosa "Fernán Caballero", que introdujo, con gran beneficio para la novela española renaciente en el siglo XIX, abundantes elementos folklóricos, recuerda en una breve página la curiosa danza de los "seises" frente al altar de *La catedral de Sevilla en una tarde de carnaval*.

La legislación española, por lo común tan minuciosa y reglamentaria, no dejó de aplicar leyes a las costumbres carnavalescas. Una ley dada en Valladolid en 1523 por D. Carlos y Da. Juana, prescribe lo siguiente: "Porque del traer de las máscaras resultan grandes males, y se disimulan con ellas y encubren; mandamos, que no haya enmascarados en el reyno, ni vaya con ellas ninguna persona disfrazada ni desconocida; so pena que el que las truxere de día y se disfrazare con ellas, si fuere persona baxa, le den cien azotes públicamente, y si fuere persona noble o honrada, le destierren de la ciudad, y villa o lugar donde la truxere, por seis meses, y si fuere de noche, sea la pena doblada ..."

Las leyes 2 y 3 del mismo título de la *Novísima recopilación*[77] en que la anterior figura, establecen también, respectivamente, *Prohibición de bayles con máscaras; y penas de los contraventores* y *Prohibición de disfrazarse con máscaras en el tiempo de carnaval*. Corresponden a 1716 y 1745. La primera se inicia con un interesante considerando, pues dice que "En atención a que de pocos años a esta parte se han introducido en esta Corte, imitando los carnavales de otras partes, diferentes bayles con máscaras, mezclándose muchas personas disfrazadas en varios trages, de que se han seguido innumerables ofensas a la Magestad Divina, y gravísimos inconvenientes, por no ser conforme al genio y recato de la Nación Española..." el rey Felipe V fulmina al pueblo con la prohibición so pena de mil ducados.

Treinta años después se reitera la disposición agravando las penas, que llegan a cuatro años de presidio o galeras, además de la multa de mil ducados.

El juego con agua también estuvo vedado según texto de la ley 21, título XIX, libro III, que prohíbe echar agua, mazas, etc., y otros excesos de esta clase en los días de carnaval. (1º de febrero de 1799.)

Esta legislación del siglo XVIII halló un teorizador sesudo y comprensivo en D. Gaspar Melchor de Jovellanos.[96] Sus reconocidas condiciones de reflexión, sensatez y nobleza se ponen de manifiesto en su *Memoria sobre los espectáculos y diversiones públicas en España*, en la cual no olvida por cierto a las máscaras y carnestolendas.

En la *Revista de dialectología y tradiciones populares* que en nuestros días publica el Centro de estudios de etnología peninsular del Consejo superior de investigaciones científicas de España, han aparecido tres interesantes contribuciones sobre el tema. Dos de ellas recuerdan la celebración de los "jueves de todos" o "de comadres" en distintos puntos de la Península y serán recordados al descubrir nuestro *topamiento* calchaquí. El tercero, muy documentado y

completo, nos habla del *entroido* en Cotobad (Pontevedra), de sus comidas, juegos, máscaras, bailes y sermones.*

Aunque las noticias son muy breves por lo común, el tomo de la *Enciclopedia universal ilustrada Espasa-Calpe*[76] dedicado a España puede ser consultado con provecho en la sección 4ª, *Folklorística y Etología*, párrafo 2º, sobre Costumbres regionales, p. 470 y siguientes.

Allí se tiene un cuadro no detallado pero sí general en cuanto a España respecta. Algunos libros actuales proporcionan referencias más circunscritas, como por ejemplo el de Luis Almerich,[1] *Tradiciones, fiestas y costumbres populares de Barcelona*, que recuerda el famoso "carnestoltes" catalán y el papel que le cupo a don Sebastián Junyent en el esplendor de la fiesta, a mediados del siglo anterior.

La región vasca puede ser representada por la reciente obra de Julio Caro Baroja[43] *La vida rural en Vera de Bidasoa*, que recuerda al carnaval entre *Las fiestas del año*.

Eminentes autores contemporáneos, como Pío Baroja,[16] han sentido la sugestión del tema. Entre los *Pequeños ensayos*, publicados en un volumen por la Editorial Sudamericana, de Buenos Aires, el insigne novelista español nos habla en unas pocas páginas de *Las raíces del carnaval*. Aparte del interés que les confiere el renombre del autor, parecen agobiadas bajo la responsabilidad del título, que promete algo más que divagaciones amables.

Recuerda Baroja los carnavales de Madrid en el paseo del Prado y con ellos la copla:

> *Para verdades el tiempo*
> *dice un antiguo refrán.*
> *Para verdades del Prado*
> *de Madrid en carnaval*. (p. 171)

* La primera parte de un cuarto artículo, minucioso y metódico, acaba de publicarse en el último número llegado a mis manos: el de Vicente Risco, *Notas sobre las fiestas de Carnaval en Galicia*. [139 bis]

La fiesta misma le inspira reflexiones como esta: "El carnaval era seguramente la fiesta profana más sugestiva del hombre. Tenía todos los atractivos: la alegría brutal, la sátira, el misterio, el erotismo, la perfidia, el libertinaje, la venganza y después la perspectiva del arrepentimiento en el Miércoles de Ceniza. La esencia suya es libertinaje y escándalo como el primer acto del "Don Juan Tenorio" de Zorrilla" (p. 168).

ALGUNOS ESTUDIOS Y DESCRIPCIONES MODERNOS DEL CARNAVAL EN AMÉRICA LATINA

De todos los países iberoamericanos, ninguno como el Brasil ha hecho del carnaval una fiesta representativa de su psicología, capaz de absorber en un solo vértigo a la sociedad entera, sin distinción de clases, razas, sexos o edades.

Por intermedio del "entrudo" lusitano recibió el Brasil la tradición latina de la fiesta; por eso, salvo las consabidas diferenciaciones locales, integra la misma corriente, cuyos soterrados orígenes paganos y medievales vislumbran los autores citados hasta aquí.

Bibliográficamente lleva el Brasil la palma con dos recientes y bien organizadas antologías, que presentan en sendos volúmenes verdaderos panoramas del folklore brasileño y del carnaval en particular.

Ambas enriquecen su texto con notas ilustrativas sobre la vida y las obras de los autores incluidos.

Es la primera la *Antologia do folklore brasileiro* de Luiz da Cámara Cascudo,[38] maestro de folkloristas por su cultura y por su técnica.

En ella pueden leerse las adversas apreciaciones que a Nuno Marquez Pereira[127] le merecieron las danzas y mascaradas en las procesiones (tomados de *Compêndio narrativo do peregrino da América*, 1728) y muy especialmente la referencia al *entrudo* lusitano, antecesor del carnaval en el Brasil, debida al

comerciante inglés John Luccock[106] en sus *Notas sôbre o Rio-de-Janeiro e partes meridionais do Brasil*.

Wilson Louzada es el compilador de una *Antologia de carnaval*,[6] ilustrada con dibujos de Percy Deanne. Quedan fuera del cuadro los textos de viajeros y se inicia con autores nacidos después de 1830. La predilección romántica por los temas de colorido popular se pone una vez más de manifiesto. Entre los escritores de este siglo, ya se advierten la penetración crítica, el enfoque ágilmente moderno del asunto tradicional. La casi totalidad de los trozos elegidos es de valor literario predominante. Artículos periodísticos, breves cuadros dramáticos, evocaciones de juventud, cuentos y relatos cuya acción se vincula con el carnaval o que simplemente lo presentan como fondo pintoresco; uno que otro intenta el ensayo histórico o sociológico. En todos los casos el compilador ilustra con breves notas biográficas sobre el autor del capítulo y algún comentario o mera presentación del trozo escogido.*

El lector común, el público en general, no podrían pedir nada mejor que este libro, que por eso cumple plenamente su destino y logra el propósito del organizador de la antología. No puede en conciencia achacársele que en conjunto no sacie los anhelos del folklorista. Persiste la ausencia de un estudio que, sobre la base de estos y otros elementos acaso más precisos, minuciosos, sistemáticos, documentados, nos trace el cuadro abigarrado, deslumbrante, obsesivo, del carnaval brasileño. Los integrantes indígenas y negros agregan, más que leves matices, pinceladas recias, de colorido cálido y chillón. Por lo tanto el análisis cultural y folklórico debería desplegar todas sus posibilidades científicas y dar por resultado una verdadera vivisección, palpitante y fresca, compleja y elocuente.

Higinio Vázquez Santana[162] y J. Ignacio Dávila Gabiri emprendieron en México una empresa semejante, pero de distinta orientación y alcance. No se trata

* Es lástima que no haya alcanzado a incluir a *Maracatú; motivos típicos y carnavalescos*, de Newton Freitas, entre cuyas apasionadas páginas hay algunas dedicadas, por curiosa circunstancia, al carnaval de la ciudad de Salta, al que el autor llama "carnaval triste". [79 bis]

de un florilegio, sino de una serie de breves monografías sobre el carnaval, documentando sus modalidades distintivas en cada uno de los estados mexicanos.

Esta es la parte más valiosa del libro, no sólo porque se basa por lo general en la observación directa y la experiencia personal, sino porque proporciona textos poéticos populares y abundante material ilustrativo, representado por fotografías que adquieren el valor de documento.

El primer capítulo, *Antecedentes*, promete más en los subtítulos de lo que ofrece como contenido, que no supera la información de la Enciclopedia Espasa-Calpe.

De los dos siguientes, *Del México precolombino* y *El carnaval en Nueva España*, interesa la transcripción de un comentario publicado en *El museo mexicano* por un autor que firma con el seudónimo de "Fidel", sobre las fiestas metropolitanas en 1844.*

La bibliografía venezolana presenta, a mi juicio, el mejor estudio sobre el carnaval de una región americana: *Particularidades y evolución del carnaval venezolano*, por R. Olivares Figueroa.[l24] Se reconoce en el autor amplia cultura e información precisa sobre el tema, tanto en el campo histórico (comprendiendo a España) como en el específicamente folklórico.

Las citas constituyen por sí solas una guía para una sustanciosa antología, adelantada en parte por el autor en las oportunas transcripciones, algunas de las cuales yo mismo aprovecharé más adelante. La enriquecerían, no sólo pasajes de novelistas, viajeros, autores diversos de artículos y ensayos, tradiciones y memorias, sino también textos de poesía popular anónima que, como documentos, valorizan el trabajo y lo enjoyan con su gracia.*

Víctor Navarro del Águila, el distinguido folklorista cuzqueño, ubica al carnaval en su *Calendario de fiestas populares del Departamento del Cusco*[119] y él mismo lo estudia en un artículo titulado *Pukllay Taki*,[120] de propósito más literario

* En el *Boletín de la Biblioteca iberoamericana y de bellas artes*, vol. I, Nº 3, p. 21-23, 1939, se publicó una *Lista de obras, artículos y noticias sobre el carnaval y máscaras en México*, que no he podido consultar.

* Cfr. además, del mismo OLIVARES FIGUEROA: *Bosquejo del carnaval venezolano*. [123]

que científico. Falta por eso la descripción minuciosa y metódica, pero ofrece en cambio interesantes textos de poesías quichuas, con su respectiva traducción libre.

Conservamos noticias del carnaval cuzqueño a fines del siglo XIX en los breves pero expresivos párrafos con que lo recuerda, entre zumbón y nostálgico, el viajero francés Charles Wiener[165] en su "récit de voyage" a través de Perú y Bolivia.

Juan Alfonso Carrizo transcribe, en una informativa nota de su *Cancionero popular de La Rioja*, párrafos de un artículo de Toribio Mejía Xesspe,[114] publicado en la revista *Inca*, de Lima. [No hay indicación de fecha ni tomo.] Por el pasaje que allí puede leerse, parece un trabajo importante, basado sin duda en el conocimiento personal y profundo que el autor revela, no sólo de la fiesta misma, sino del ambiente y costumbres nativas.

El joven y laborioso folklorista peruano José María Arguedas[12] publicó en la revista *El aillu* una colaboración sobre *El carnaval en Tambobamba*, henchida de lírica simpatía por las cosas del terruño.

Sin la sugestión literaria de estas hermosas páginas, pero muy informativas, son las de Augusto Mateu Cueva,[112] quien cuenta cómo se celebra el *Carnaval en la comunidad de Masma*.*

El erudito Rodolfo Lenz,[102] a quien tanto deben el Folklore y la Lingüística americanos en general y chilenos en particular, proporciona datos y noticias en su *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas americanas*; le dan ocasión palabras como "chálla", por ejemplo, equivalente a nuestra "chaya" calchaquí. Remite a la descripción que Zorobabel Rodríguez[140] intercala en su novela de costumbres *La cueva del loco Estaquio*.

El carnaval del norte chileno está reflejado con bastante vivacidad y colorido en uno de los artículos del costumbrista Jotabeche,[160] quien alude a la

* En cuanto a la región de Pasco, véase DIONICIO RODOLFO BERNAL[20]: *La muliza cerreña*, y para la de Iquitos, *Sachachorro*, de CÉSAR LEQUERICA[101]; el carnaval de la ciudad inspira el original ensayo de Hans Valdemar.[158]

región de Copiapó, participante de muchas de las características de nuestro Noroeste.

El otro extremo del país, la isla de Chiloé, paraíso de folklorista, se ve dignamente representado por las obras de Francisco J. Cavada[50] y muy especialmente por su *Chiloé y los chilotas*, en la cual puede leerse una referencia, por desdicha demasiado breve, al "chalilo" o los "chalilones", vale decir las carnestolendas más australes del continente.

El carnaval boliviano es, con el del norte de Chile, el que ofrecería más atractivo para establecer correlaciones, paralelismos y semejanzas con el que estas páginas inspira. Tiene sobre todos el interés de su proximidad geográfica, no dificultada por barreras naturales de la magnitud de la Cordillera de los Andes, que separa de Chile; la circunstancia de ser Bolivia país mediterráneo da a sus manifestaciones folklóricas hondo arraigo y un autoctonismo de recia raigambre local. No obstante, su influencia no se manifiesta en la actualidad en la zona calchaquí, salvo el ya antiguo trasplante de gente boliviana a la finca "Palermo", entre La Poma y Cachi, en la Provincia de Salta. En cambio, la puna jujeña y el corredor de la Quebrada de Humahuaca, canal maestro de circulación internacional, presentan a primera vista múltiples elementos procedentes del altiplano.

No abunda la bibliografía que pudiera citar con provecho sobre el tema. Dejando de lado las referencias de Ciro Bayo[17] sobre el carnaval de los indios chiquitos, que soslaya nuestro campo, sólo quedan, entre lo que yo conozco, dos obras folklóricas capitales y descripciones en novelas contemporáneas.

Son las primeras la de Rigoberto Paredes,[125] *Mitos, supersticiones y supervivencias populares de Bolivia*, y la de Víctor Varas Reyes,[161] *Huiñaypacha*.

La de Paredes es ya obra clásica del Folklore boliviano. El autor, hombre de estudio y magistrado conspicuo, a quien tuve el honor de conocer en La Paz, resulta superior a su obra, contra la cual conspiran la deficiente presentación

material y la descuidada tipografía, que incluye deslices ortográficos.* El contenido denuncia un profundo conocimiento, de primera mano, de la vida popular boliviana, facilitado por el dominio de los idiomas indígenas, tanto quichua como aimara, y un no interrumpido contacto, de más de medio siglo, con las manifestaciones folklóricas del altiplano. De allí que, no obstante su brevedad, el parágrafo sobre *Particularidades del carnaval* resulte de subido valor y verdadera utilidad.

Algo semejante ocurre con Víctor Varas Reyes, educador y publicista, encaminado por las modernas corrientes del Folklore científico y ávido siempre de información y perfeccionamiento. Su reciente libro, *Huiñaypacha*, es también fuente insustituible de consulta respecto del fenómeno folklórico contemporáneo en Bolivia. Lo aprovechable para este caso es el capítulo sobre *El carnaval popular* en Oruro.

Ismael Sotomayor,[150] en estilo algo difuso y periodístico, nos transmite, bajo el título de *Máscaras y carnestolendas*, algunas noticias de viejas costumbres en sus *Añejerías paceñas*.

A los novelistas contemporáneos no les ha sido el tema indiferente. Adolfo Costa du Rels[66] lo hace apenas vislumbrar en una página de su cuento *La Misqui Simi* [La de la boca dulce], incluido en el libro *El traje de Arlequín*.

En las tierras de Potosí (capítulo XXIII), Jaime Mendoza[115] nos presenta la celebración en escenario urbano. Minucioso, prolijo, informativo, no llega su estilo a cobrar fuerza evocadora ni diseña estampas de trazos muy recios.

En cambio, el carnaval del sur boliviano, del cálido ambiente de los valles del Río Grande, emerge, magistralmente evocado por la pluma señera de Carlos Medinaceli,[113] de su novela costumbrista *La Chaskañawi* [Ojos de estrella].

Los capítulos XIX a XXI se enhebran naturalmente en el relato y no son por lo tanto exclusivamente descriptivos, pero tienen elementos suficientes como para presentar con realismo palpitante el ambiente, los personajes y el desarrollo de esta

* Me refiero a la segunda edición, pues la primera es mucho más cuidada.

explosión regocijada en una aldea pequeña y somnolienta. Nos llega el estremecimiento que parece sacudirla al sentir los efluvios báquicos de esta fiesta de indios y mestizos, de este carnaval contagioso y desbridado.

REFERENCIAS AL CARNAVAL EN LA ARGENTINA

Las *Fiestas y costumbres* argentinas tienen en José Torre Revello un investigador documentado y concienzudo. El cuadro general ofrecido en la *Historia de la Nación Argentina*[155] se amplía, en cuanto a nuestro tema, con detalles y documentos interesantes, en el artículo del mismo autor sobre *Los bailes, las danzas y las máscaras en la Colonia*.[154]

El carnaval contemporáneo del interior del país se refleja en el estudio de Félix Molina-Téllez,[118] *Las fiestas de carnaval en los pueblos de la montaña y de la selva*, incluido en su libro *El mito, la leyenda y el hombre; usos y costumbres del folklore*. Dejando de lado el párrafo primero (p. 223-224) sobre los *Orígenes universales de la fiesta*, de valor muy relativo, los siguientes son medallones que la perfilan tal como ella es en pueblecitos de Santiago del Estero, en los "valles salteños" (con lamentable indeterminación geográfica), en la Quebrada de Humahuaca (Maimará, Purmamarca, Tilcara), al pie del Ambato y del Famatina. Se complementa la serie con parágrafos sobre la Kacharpaya y la vidala de carnaval.

Abundan las páginas en las que se describe la fiesta porteña durante el siglo XIX. Algunas de ellas serán citadas a su tiempo, como elemento de comparación. Además de estas, cabe recordar el artículo de Sarmiento,[146] publicado en *El Nacional*, de Buenos Aires, el 25 de febrero de 1857. Lo toma como índice del progreso y educación del pueblo, pues este "se muestra tal cual es en estos días de desorden autorizado, y más bien puede medirse su estado de moralidad y cultura en medio de las locuras de carnaval, que en los comicios públicos, o en los actos íntimos de la vida. Y es bajo este aspecto que el carnaval este año ha presentado

caracteres de que los más adelantados pueblos del mundo pueden envanecerse". Describe los bailes organizados en el teatro Colón y concluye que "el carnaval de 1857 ha sido, pues, una inauguración de un nuevo progreso en las costumbres, en la cultura y en las artes".

Viene a cuento recordar la noticia que nos da el "editor" de las *Obras* en la página 218 del tomo 38: "Había incluido el autor [es decir, Sarmiento] entre sus distinciones honoríficas, la curiosa medalla conmemorativa de la creación del corso en el carnaval de 1872, bajo su administración, y lleva la caricatura de Sarmiento con corona de emperador de las máscaras."

Dos recentísimos libros, ambos de Félix Coluccio, joven, entusiasta y laboriosísimo folklorista, constituyen a la vez guías de autores y títulos a la par que verdaderas antologías, atendiendo a los trozos transcriptos; me refiero al *Diccionario folklórico argentino*[56], cuyo solo título aclara su carácter y contenido, y a *Folklore y nativismo*[57] (en colaboración con G. Schiaffino) en el cual los asuntos se presentan sistemáticamente ordenados.

En ambos casos será de provecho consultar lo relativo a 'carnaval', 'topamiento', 'Pukllay' y otros términos vinculados con la celebración en el Noroeste del país.

Los tradicionalistas porteños recuerdan con frecuencia el carnaval; sirva de ejemplo el pasaje de Manuel Bilbao[22] en sus *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*. Marcos F. Arredondo[14] le dedica uno de sus *Croquis bonaerenses* y el personalísimo Vicente Rossi[143] nos habla, en *Cosas de negros*, de las comparsas de estos en Buenos Aires, con la intervención de los "niños" de familias principales.

Sixto C. Martelli[110] recuerda en un breve artículo *El carnaval porteño de hace veinte años*.

Otras regiones del país, por razones de ambiente natural y afinidad de cultura ofrecen vinculación más profunda con el carnaval calchaquí. Por ejemplo, Santiago del Estero, que un gran escritor argentino bautizara para siempre con el poético nombre de *El país de la selva*. Ricardo Rojas[141] inmortaliza en el libro de este título las costumbres, cantos, leyendas y mitos de su tierra natal. No podía

faltar el capítulo sobre el baile y las "trincheras" carnavaleñas. Su sencilla y agreste realidad se idealiza con el ropaje de estilo suntuoso y enjoyado.

En la obra de Orestes Di Lullo,[72] en cambio, no han de buscarse exquisiteces de forma, pero sí datos concretos y descripciones veraces, captados personalmente en todos los rincones de la Provincia.

Su *Folklore de Santiago del Estero* es por eso muy útil, por más que se pueda disentir con ciertas generalidades o determinados aspectos técnicos. Habrá ocasión de citar el capítulo sobre *El carnaval* cuando el momento llegue.

Página sentida, emotiva, lírica, cierra el libro de Blanca Irurzun[94] *Emoción y sentido de mis llanuras*. Está inspirada en el *Carnaval de Santiago*. Concluye con un párrafo que alude al residuo dramático que la fiesta deja en las desamparadas regiones del interior: "El resto del año el carnaval descansa como una serpiente enroscada que está sujeta en la espera. La "caja" la deja dormir callada, dándole tiempo a que nazcan sus hijos, los hijos de un deseo retorcido y desesperado en esta orgía en tres tiempos y un grito clavado en la noche."

Gracias al ameno diario de viaje de Mr. Edmond Temple,[153] sabemos cómo era el carnaval en Tucumán, por donde pasó el viajero en los días de su celebración, hace más de un siglo, en 1826. Veremos cómo subsisten hasta hoy muchas de esas costumbres populares.

La culta folklorista Isabel Aretz-Thiele ha estudiado, en el curso de sus valiosas investigaciones musicológicas por tierra tucumana, las modalidades de los *Cantos con caja*...[10] y las supervivientes *Comparsas de indios en el carnaval norteño*.[ll]

Tobías Rosenberg[142] subtitula el primer capítulo de su obra *Palo'i chalchal: Leyenda en torno a una canción de carnaval*. Se trata de la conocida copla:

Palo' i chalchal,
palo' i nogal,
¿pa qué m'has tráido,
pa verme yorar?

A la que, comprensivo y emocionado, contesta el varón con viril acento:

Palo' i chalchal,
palo' i nogal,
si yo t'i tráido
yo t'i yevar...

Así como Santiago tiene en *El país de la selva* su representación estética, La Rioja argentina tradicional vivirá tanto como sus cerros en las páginas de *Mis montañas*, de Joaquín V. González.[88] Baste recordar que *La chaya* es uno de sus capítulos mejor logrados por la vivacidad del estilo, la exactitud de la observación, la dramática plasticidad del cuadro final.

Noticias aprovechables hay, pese al fárrago de una prosa desaliñada, en los libros de recuerdos lugareños de Perfecto P. Bustamante,[33] *Girón de Historia*, y de Silvio A. Rentería,[138] *La Rioja argentina (de antaño y hogaño)*. En el primer caso, como se comprobará después, son útiles documentos los capítulos sobre *El Pusllay* y *Los topamientos*; en el segundo, las referencias al juego con agua y otras prácticas chayeras.

En el *Cancionero popular de La Rioja*[49] último de la imponente serie publicada por Juan Alfonso Carrizo, figura la nota más ilustrativa y rica en pormenores y referencias. Con ella se complementan las noticias adelantadas también en forma de notas a las coplas y canciones que aparecen en los otros *Cancioneros* de Salta,[47] Jujuy[46] y Tucumán;[48] en los índices de voces explicadas se pueden rastrear las palabras relacionadas con el tema, como por ejemplo "caja", "chaya", etc.

También para Catamarca puedo iniciar la serie con la mención de una obra clásica en la literatura argentina: *En las tierras de Inti*, de Roberto J. Payró,[126] corresponsal viajero por estas regiones noroésticas.

El "topamiento de las comadres", con el nombre local de *El tinkunako* aparece ante los ojos del lector como si se corporizara desprendiéndose de esas páginas pictóricas y evocadoras.

En el grupo que podría llamar folklórico propiamente dicho sobresale la obra, tan digna de consideración por tantos respectos, de Adán Quiroga.[133] Ricardo Rojas, como Rector de la Universidad de Buenos Aires, salvó del olvido y de la pérdida, lamentablemente sufridos por otros escritos del autor, los capítulos de su *Folklore calchaquí*, aparecido en la *Revista* de aquella institución. Bien es cierto que la obra carece de unidad y se mezclan asuntos arqueológicos y folklóricos de valor desparejo y de forma por lo común poco pulida. Pero se ha salvado lo esencial, que son los datos y observaciones aportados por el talentoso investigador. Para nuestro caso, ocupan el primer puesto, los artículos sobre *El Pucllay* y *La chaya*.

Al mismo campo, pero con más ceñido alcance folklórico y mayor homogeneidad en su contenido, se pueden adscribir los dos volúmenes de Rafael Cano: *Del tiempo de Ñaupa*[40] y *Allpamisqui*[39], algunos de cuyos capítulos fueron anticipados en *La Prensa* de Buenos Aires. Por su información segura, por la vecindad de la zona considerada, serán tenidos muy en cuenta en la subsiguiente exposición.

F. Ramón Cano Vélez,[41] que fuera corresponsal en Amaicha del Valle del diario *La Gaceta*, de Tucumán, publicó un libro que lleva por título el armonioso nombre de su pueblo nativo. Lo forman páginas de valor diverso, muchas de interés puramente ocasional, como algunas dedicadas a la inauguración del camino de Amaicha a Tucumán. La primera parte se titula *Folklore del Valle Calchaquí* y comprende variados temas, motivo acaso de otros tantos artículos, no ensamblados por plan ni sistema expositivo alguno. La obra, meritoria en su conjunto, dedica una página a *Los topamientos* y recoge, al hablar del carnaval, multitud de coplas populares.

El conocimiento directo del paisaje y del ambiente social, la emoción de las cosas nativas y un estilo seguro y depurado, dan como resultante un bello artículo

sobre *El carnaval de Belén* [Catamarca], que Carlos B. Quiroga[134] publicó en *Nosotros*.

Reconstrucciones prehistóricas y casi podría decir cosmogónicas desmerecen otros aciertos de una conferencia de tono literario sobre *La chaya*, que Javier Iturralde[95] imprimió luego mimeográficamente.

Bellas fotografías, al mismo tiempo artísticas y documentales del "topamiento" de las comadres, publicó en *La Prensa* de Buenos Aires Elena Hosmann[92], acompañadas por un breve texto explicativo.

Válida principalmente por las fotografías tomadas por Luis Cuevas, es la nota publicada por *El Hogar*, de Buenos Aires, con el título de *El carnaval dura siete días y siete noches en la quebrada de Humahuaca*.[42]

Son también artículos periodísticos el de Rodrigo Bonome,[27] autor e ilustrador de *El camavalito baja de la montaña*, publicado en *Saber vivir*, y el de Fernando Márquez Miranda[109] en *La Nación*: *Humahuaca; aguafuertes sobre el hombre y la naturaleza*, que dedica un parágrafo al carnaval.

En cuanto a libros o capítulos, apenas justifica un recuerdo el titulado *Humahuaca* de Mario González del Solar,[89] pero en cambio merecen especial mención los inspirados en los compadres y el entierro de carnaval, de José Armanini,[13] jujeño y conocedor de las regiones y costumbres de la Quebrada, especialmente en la zona de Tilcara; forma parte del volumen *Relatos jujeños*.

Vidas y costumbres montañesas, tipificadas en las de Cerro Bayo, pueblecito jujeño, proporcionan el material que Atahualpa Yupanqui[166] modela con arte maduro y estilo muy personal en un bello libro de ese título. Las veinte páginas dedicadas al carnaval participan de las cualidades del libro y hacen gratos al lector el paisaje severo y aquellas vidas cerriles.

Aunque obra de imaginación, cabe recordar *La caja*, uno de los *Cuentos de la montaña*, de Alberto Córdoba.[59] El viejo indígena, recordando el latido agonizante de su padre y sus últimas palabras: "Entre pellejo y pellejo, golpia mi corazón", construye, como milagrosamente inspirado, el primer tambor indio. Al percutir el parche, se le hace, dice, "que es el primer ruido que l'hei hurtao a la

montaña; y mesmo, el primer dolor que me ha salío del alma, ansina seco, escuro, como yo, como tuitos nojotros..."

Tales los sones que, al acompañar hoy los cantos y bailes del carnaval norteño, difunden una acongojada vibración que acaso parta del enigmático corazón de la montaña.

La "región andina" y el contiguo desierto de Atacama tienen en las *Antiquités...*, el clásico tratado de Éric Boman,[26] un punto de partida para cualquier investigación arqueológica, pero no debe callarse tampoco con respecto al folklore, porque el rigor científico, la precisión y seguridad de la información hacen sumamente valiosa esta parte del libro, por desgracia no tan amplia como un folklorista desearía.

Y Salta, por fin, con muy magra cosecha: los recuerdos de los jolgorios urbanos y del Valle de Lerma que debemos a Fausto Burgos[32] y a María C. Bertolozzi de Oyuela,[21] autora de *La flecha del Inca y otros sabores de mi tierra*; la estampa calchaquí de Amadeo Rodolfo Sirolli[149] en su *Pacha-Mama* y el conocido capítulo de un libro señero en nuestra literatura folklórica: *Supersticiones y leyendas*, del arqueólogo Juan B. Ambrosetti.[2]

No podía permanecer indiferente ante las costumbres actuales quien dedicó su vida a desentrañar el mensaje que otros hombres pretéritos depositaron en sus tumbas. Él conoció el Valle Calchaquí, admiró sus paisajes y excavó en sus barrancas. "Ciudades prehistóricas", como la de La Paya, surgieron a su conjuro y son hoy jalón en las incesantes conquistas de la ciencia.

EI capítulo sobre el carnaval, adelantado en los *Anales de la Sociedad científica argentina* (t. 41, p. 81-84, Buenos Aires, 1896), es un antecedente que me place destacar. La digna obra precursora, en su conjunto, ha sido estímulo para mi propia labor, consagrada al folklore calchaquí. Destácanse en aquella, no sólo amor a la ciencia y aspiraciones de perfeccionamiento, sino también emoción del paisaje montañés y comprensiva simpatía por el pueblo y su vida. Reconozco con satisfacción muy íntima que algo de todo eso integra también el impulso gracias al cual surgen estas páginas a la vida.

III

EL PAISAJE CALCHAQUÍ

"Es Calchaquí un Valle famosísimo de esta Provincia de Tucumán –dice el Padre Lozano[105] en su *Historia de la Compañía de Jesús*[*]– conocido por la mucha sangre española que vertió en él la fiereza de sus bárbaros moradores. Está situado en distancia de veinte y cinco leguas por la parte Oriental de la Ciudad de Salta, coronado de unas muy altas, y asperísimas cordilleras, que se extienden a lo largo treinta leguas de Norte a Sur, aunque de latitud sólo tiene dos, y en partes menos, en que forma algunos pequeños Valles hacia la parte que confina por Poniente con el célebre desierto de Atacama, que corre desde el Perú hasta Coquimbo, Ciudad ya del Reino de Chile. Fertilízanle dos ríos, que le riegan con sus raudales, y haciendo su curso de Norte a Sur van a incorporarse en una madre en tierras de un Cacique, que se llamaba Calchaquí, a quien todo el Valle tributaba vasallaje, por ser entre todos el más poderoso, y más afamado por su gran valor, y acertado gobierno, y del nombre de aquel Cacique tomó el suyo todo el Valle." (Libro I, cap. X.)

Y en efecto, tal se denomina hasta nuestros días y sin duda para siempre esta región que fue hace más de trescientos años escenario de las heroicas hazañas del caudillo epónimo.

Valles Calchaquíes llamamos a la gran depresión geológica que en la línea del meridiano 66 se extiende entre los paralelos 24 y 27, en el Noroeste de la República Argentina, por territorios de las provincias de Salta, Tucumán y Catamarca.[9]

---

[*] Para facilitar la lectura, se ha modernizado la ortografía.

Ante la expresión "Valle Calchaquí", en singular, como también se usa, quien no lo conoce imagina dos hileras paralelas de montañas y una zona intermedia, baja y llana, cortada longitudinalmente por el cauce del río.

En contraste con este esquema simplista, desconcierta la realidad geográfica. El viajero atónito comprueba cómo las cadenas marginales llegan a separarse por decenas de kilómetros o se topan como queriendo cerrar el paso al río, que ha vencido por fin a fuerza de constancia sin pausa. La misma orientación general se ve perturbada por amplias y estrechas quebradas afluentes, cuyos flancos montañosos parecen en algún caso transversales. Según estas circunstancias, el río se encajona o se extiende en ancha "playa", polifurcándose en brazos de hondura diversa.

La vista tropieza hacia el poniente con altas cumbres, en tanto que por el lado opuesto se pierde sobre extensas planicies más o menos áridas que preceden o separan los picos señeros.

El valle principal no mantiene en todo su desarrollo una misma inclinación. A la pendiente norte-sud, desde los 3.000 metros en La Poma hasta los 1.600 en Cafayate, confluye otra opuesta, desde Santa María de Catamarca hasta este último punto, con declive contrario: es el valle de Santa María o de Yocavil, por cuya vaguada corre también un río homónimo, pero con orientación general de sud a norte. Se une con el Calchaquí frente a la quebrada de Las Conchas, por la que pasa seccionando impresionantemente la cadena oriental de las Cumbres Calchaquíes, en procura del vecino Valle de Lerma.

Estos ríos, en tanto recorren el eje de los valles, son el hilo que enhebra y da unidad a esta serie de accidentes geográficos, dislocados y heterogéneos para los no iniciados en la ciencia geológica, la cual aconseja para este caso los términos "bolsón lineal"[80] con preferencia a "valle"; pero desde los textos de los primeros cronistas hasta hoy se ha impuesto esta denominación, con respecto al sector norte o Calchaquí y al meridional o de Santa María.

Sacudimientos tectónicos de la cordillera andina, a la que llaman "real" con cierta reverencia los montañeses nativos, han producido, en tiempos geológicos,

colosales hundimientos cuyos bordes se levantan como labios hinchados de una larga herida. Los aluviones y detritos bajan de las faldas o son arrastrados por las aguas, formando la costra que suaviza los perfiles. El viento y los torrentes, a su turno, abocetaron figuras y relieves caprichosos, allí donde el material más blando cedió a su presión modeladora. Esto ocurre principalmente en el cordón oriental, que compensa su aridez con la policromía de los estratos y las caprichosas formas de sus rocas.

La cadena del oeste, paralela a la gran Cordillera de los Andes, es la gigantesca ceja de la puna. Material geológico más antiguo y al desnudo y cumbres imponentes, desde los nevados de Cachi hasta las Sierras del Cajón, le dan su majestuosa fisonomía, que puede admirarse en toda su grandeza desde el fondo del valle.

Hacia levante, por el contrario, no tropieza la vista, tan en primer plano, con moles semejantes. Se interponen amplísimas graderías, extensos campos yermos, como el de Tintín, cubiertos de cardones hirsutos.

La relativa chatura del cordón favorece a la banda opuesta. Los vientos húmedos del Atlántico la tramontan fácilmente y al llegar al valle se condensan en las altas cumbres fronteras provocando las lluvias del estío.

Este contraste fisiográfico encauza la distribución de la vida. El hombre, la flora y la fauna manifiestan preferencia por la margen derecha del río y desde allí van conquistando los cerros por el señalado camino de cañadones y quebradas. Sólo ante las nieves eternas detienen su avance.[81]

En viajes reiterados he recorrido el tramo septentrional del valle a lo largo de interminables caminos; sendas o carreteras que hilvanan casuchas dispersas, atraviesan raleados caseríos o inyectan reactivos vitales en pueblecitos adormilados y lánguidos. El recorrerlos despaciosamente, a paso de caballo, día tras día, identifica el alma con el espíritu de la tierra, como lo sugiere el poeta en los versos sutiles:

“ ... Iba el peregrino,

tendidas las alas de su pensamiento;
dábale el camino su alma del momento
y él daba el momento de su alma al camino... ”[15]

No fue esa comunión lograda sólo de modo ocasional e instantáneo. Las estadías sosegadas en pueblos, fincas y ranchos; las apacibles pláticas; la observación constante y alerta preparan el ánimo para aquella identificación íntima y perdurable del hombre con la montaña, a la que la red de senderos parece inervar hasta dotada de sensibilidad y de vida.

Ciertas rutas son agobiadoras y tediosas, pero no todos son ásperos caminos. Los hay deliciosos, con sombras y frescura de oasis. Los sauces llorones y los álamos enhiestos se juntan con algarrobos añosos, molles decorativos y chañares de fruta apetecible. Los grandes árboles soportan a gusto la carga de la *liga*, enredadera que adorna su follaje con decorativas flores carmesíes. Los cercos vivos aparecen exuberantes y hasta las tapias se coronan de bardas que entrelazan sus ramas secas y las espinudas tunillas con la gracia del airampo florecido. Cachi Adentro, La Paya, Seclantás, La Arcadia, de helénico paisaje, deleitan con sus rincones de égloga. Más honda es la sugestión cuando al anochecer, con discreta sordina, armonizan una sinfonía de tonos suaves el bordoneo de las acequias, los balidos lejanos, el canto ubicuo de los grillos, la recatada melopea de las urpilas y bumbunas, especies de torcaces plañideras.

CONFIDENCIAS DEL RÍO

En estas andanzas he costeado el río Calchaquí en toda su extensión, desde el norte de La Poma hasta su confluencia con el Santa María, su hermano sureño. Él recorre desde su formación milenaria este colosal receptáculo geográfico a cuyo

abrigo han florecido sucesivas culturas que dejaron sus huellas hasta hoy en las ruinas arqueológicas y en las supervivencias folklóricas. Él es de los que labran su propio cauce, sajando los detritos y socavando la piedra. Él compensa generosamente lo que destruye con el limo fecundo que acumula, suavizando las aristas de la vaguada y haciendo más próspera y feliz la vida del hombre asentado en sus márgenes.

Muchas veces he pensado, contemplando el río, con cuánta minucia debe conocer el paisaje vallisto, por el que se desliza palmo a palmo. Él sabe sin duda que en tiempos míticos dos jóvenes perseguidos por una vieja bruja arrojaron en su fuga objetos mágicos que se transformaron en obstáculos naturales. El peine que tiraron se hizo cardonal, pero lo atravesó la bruja quebrando las espinas; la tijera se hizo río que vadeó la vieja, cabalgada en su chancha; el espejo se convirtió en unas peñas muy *rodosas*, donde la chancha y su ama rodaron y desistieron de la persecución.

Tal fue el mágico nacimiento del río. Desde entonces, con los cardones y las peñas, integra el paisaje del valle.

Se origina su corriente en las entrañas de piedra y nieve del Acay, y acaso recibe algún poder del genio de la montaña, pues la suave agüita de sus fuentes, creciendo y creciendo cuesta abajo, abate la muralla de las rocas que se entrometen en su marcha.

Sólo así se explica que, naciendo del corazón de la tierra noroéstica argentina seccione las Cumbres Calchaquíes por la quebrada de Las Conchas, llegue al Valle de Lerma y, al confundir sus aguas con las del Paraná, alcance el mar Atlántico después de un recorrido de 3.000 kilómetros.

Llámase sucesivamente Calchaquí, de las Conchas, Guachipas, Juramento. Su orilla sirvió de escenario a la histórica jura de la Bandera nacional recién creada, y al cruzarlo el ejército libertador del norte le dejó como recuerdo el nombre de Pasaje. Por fin, satura su caudal con "la sal de la buena muerte" y termina su jornada llamándose Salado a través de Santiago del Estero y Santa Fe.

Pero sólo como "río Calchaquí" ha sido mi compañero y confidente. ¡Cuánto podría decirnos sobre el valle homónimo! A poco de nacer, después de atravesar desiertos, serpentea entre los caseríos y potreros de La Poma y se ensombrece con los reflejos del "campo negro", dantesco sudario de lava oscura que se extiende desde los apagados cráteres de los "volcanes gemelos". Por largos trechos sólo lamen sus aguas barrancas pedregosas o se revuelve en el brete de los *angostos*. Fuente de riego para los cultivos de Palermo, decae y se ensancha frente a Payogasta, convirtiéndose más adelante en obstáculo para los caminos que llegan a Cachi desde Salta.[98] Aquí ya el río dialoga con los nevados, cuando con pausada solemnidad se despojan de su palio de nubes y muestran sus armónicos contornos, revestidos de armiño. Hacia su izquierda, sólo adivina, muy a lo lejos, las moles de Piul y del Obispo. Los *angostos* de Cachi y de Rancagua son meros accidentes provocados por los extremos de la garra que desde el oeste extiende la montaña.[8] Su enorme corpachón se recorta en el horizonte, después de la última embestida de los cerros de la Laguna, tras de los cuales se recata la fértil quebrada de Luracatao.

Cansado de batallar contra la piedra, deja atrás el poblado de Escalchi y la aldea de San José; se hace perezoso frente a Seclantás y en los alrededores de Molinos, vencido por la molicie del suelo blando y pantanoso. Llega a ser artero y temido por los hombres y las bestias, víctimas de su fango blandujo.

Y así sigue hacia el sur, prodigando caricias a los bordes de los sembradíos costeros, abandonándose en las ciénagas, afrontando briosamente la oposición, cada vez más débil, de la montaña.

Sus afluentes en variada dimensión, y él mismo en más de un trecho, acumulan material de relleno en los terrenos accesibles de las márgenes. Este es el tributo para el hombre laborioso que los transforma en chacras, en alfalfares donde pacen vacunos y retozan tropillas, en dorados trigales, en labrados campos de habas y de papas o en los verdirrojos del pimiento, productiva "invención moderna" en el lugar.

Estos aportes de las quebradas laterales han unido sus bordes y forman franjas longitudinales en largos sectores del río. El labrador las ha hecho sus tierras

de pan llevar y se adentra por las vegas transversales cerro arriba, disputándole a la piedra, con trabajo de cíclope, la posesión de la tierra.

EL PAVOR DE LA CRECIENTE

Mas no siempre es el río generoso y manso. Recibe en el verano el impetuoso aporte de los afluentes, especialmente los de su diestra, mayores en número y caudal.

Crece el Salado, al sur de La Poma y a la par los ríos de Palermo, Cachi Adentro, Luracatao, Angastaco, la Viña.

Estas lluvias son a la vez deseadas y temidas. Cuando se retardan, no falta en el patio del rancho el sapo "panza arriba" al que se castiga con una vara de maicha ordenándole con imperio: "haga llover, haga llover".

El canto de la perdiz o de la chasca dice a poco de la eficacia de esta práctica; pero a veces la intervención sobrenatural es efectiva en demasía. Para detener la lluvia hay que acudir a la cruz de ceniza o al hacha clavada en tierra, acaso en el mismo patio donde el sapo recibiera su flagelación mágica. Si a despecho del conjuro persistiera la lluvia, el genio dócil del Calchaquí se torna amenazante y agitado. Ya no es la caricia en los bordes de los rastrojos; ya no es la entrega de sus aguas para la acequia bienhechora. Llega también para él, una vez en el año, la época del desborde y del exceso. La creciente impone durante el estío el imperio, implacable e injusto, de su aluvión aterrador.

Olor a barro y sordo estrépito la anuncian. Las aguas desenfrenadas carcomen las barrancas y precipitan los sembrados, las pircas, los animales y los ranchos. Corporizando la idea de fuerza en el toro enfurecido, dicen los lugareños, aludiendo en la adivinanza a la creciente: "Toro barroso que viene arrastrando troncos y trozos". Ruedan los peñascos por el cauce con lúgubres retumbos; ceden los "reparos" que la industria del hombre intentó oponer a esa potencia avasalladora; los molles frondosos, los sauces desmelenados, los álamos

fusiformes se revuelcan impotentes en el agua turbia hasta quedar abandonados en algún punto de la orilla.

La creciente convierte los arroyos menguados, que se cruzan a pie durante el invierno, en torrentes infranqueables. Son fuerza ciega, sin merced. A ella sucumben el viajero confiado, el arriero que se arriesgó con su recua, la mula precavida, el camión potente y el moderno automóvil montaraz. El río crecido deja en el ánimo la impresión de la furia desatada de la naturaleza. Por eso no es raro que la creencia ancestral animista sobreviva hasta hoy en superstición. El río reclama una víctima humana propiciatoria. Por cierto no la ofrendan o provocan, pero creen que sólo se aplacará el azote cuando alguien, por accidente, sea llevado por el río.

Sólo entonces volverá a su fluir sosegado y fecundo. Se gozará prodigando la vida. A lo largo de sus orillas, por leguas y leguas, en todos los resquicios en que la tierra abonada con los limos acarreados por siglos lo permite, se extienden los sembrados. Como exposición heráldica van sucediéndose los campos de gules y esmeraldas, los alfalfares y trigales, los viñedos y las chacras. Cerca de los pueblos o en las fincas ribereñas se ven las huertas de frutales y los molles copudos, los algarrobos retorcidos y los álamos, gráciles y enhiestos como penachos.

LA NATURALEZA Y LA VIDA

Pasada la estación estival, vuelve a despejarse el cielo. Las aguas del río, depuradas del barro después de la borrasca, ya se matizan por momentos con los tonos, hermosos hasta la emoción, de los amaneceres y los ocasos. El viento persistente y violento colabora en la faena de aventar el trigo a la vez que congrega o desparrama las nubes junto a las cumbres nevadas. Quienes concluyeron la trilla haciendo galopar a las yeguas en las eras, “traspalean” el grano, arrojándolo al aire para que el viento otoñal se lleve la paja, que barre el ayudante con la escoba de pichana. Cuando cesa por acaso su soplo, se detienen los hombres apoyados en sus

anchas palas de madera y luego de un silbido prolongado, lo llaman con arrastrada entonación: "¡Anseeelmo! ¡Anseeelmo!" Y al poco rato torna el viento a correr.

¡Cuántas escenas parecidas ve el río desde su vaguada zigzagueante! Mucho le llega también, traído por las corrientes tributarias desde el fondo remoto de las quebradas. Sabe que si nos alejamos de su cauce, ascendiendo hacia las cumbres del poniente, cambia el paisaje y la vida con él. A las terrazas fluviales siguen las faldas rocosas. La verde vegetación se extingue. El cardón señorea sobre los cerros. Los estratos basálticos que forman sus entrañas asoman imperiosos, desembarazados de la débil carga de la tierra fértil, acumulada por las aguas. Sólo admiten la compañía de la arenisca, último refugio de la policromía del valle. Los senos de la montaña se tiñen de rojo, anaranjado, violeta.

Quedan en el bajo las *salas* de las fincas y sólo se encuentran los ranchos y sembradíos de los arriendos y los puestos. En las "costas" de los cerros, cada vez más empinadas, triscan como por milagro las ágiles cabras. Las viviendas, de barro y adobe en el bajo, se hacen de piedra, con techo de *torta*, trasuntando los elementos del ambiente. Es menester andar horas para encontrar una, acompañada a veces de su horno de barro y siempre de su corral de pircas y de ramas de churqui.

A veces se halla la casita abandonada. Sus moradores han partido más a lo alto, llevando en burritos diminutos sus enseres, a ocupar un segundo rancho, próximo a los pastos que sus ganados requieren, escondidos en invisibles repliegues de los cerros, cerca de la aguada. Trashumancia pastoril que parecería de égloga si no estuviera trazada con rasgos tan angustiosos de escasez y de penuria.

Allí la actividad se concentra en el pastoreo y en las faenas domésticas: para las mujeres hilar con su *puiscana* bailadora, pendiente de sus dedos hábiles; hilar sentadas o de pie, paradas o caminando tras el hato; acaso fabricar quesos o tejer en un sumario telar; cuidar la *guagua*, ya *quepida* a la espalda, envuelta en el rebozo infaltable, ya mecida en la cuna rústica o encajada en la *tuncuna*, hoyo forrado de cueros que protege y mantiene erguida a la criatura. Cuidan los hombres el ganado,

aran el suelo pedregoso, tejen lazos o riendas, arreglan monturas y aparejos, levantan las pircas, componen el techo de barro y paja, deteriorado por el viento y por la lluvia.

Más arriba aún, en ciertas regiones, se encuentran inesperadas mesetas de altos pastos. Llega hasta allí el ganado cimarrón que las *corridas*, esos aventurados rodeos en la montaña, arrean hacia el valle para la señalada y el recuento.

Por fin, en lo alto, la nieve eterna o la puna desolada y reseca, verdadero paisaje lunar, sin compensaciones ni atractivos.

Saliendo del fondo llano, la ley del aislamiento, del silencio, de la estrechez, impera para el hombre. Meses transcurren sin aliciente alguno. El clima y la altura inciden sobre su ánimo replegado, lento y supersticioso. El *acullico* de coca es su primer confidente y su mayor consuelo; la chicha, su amiga de las horas doradas. La fiesta ocasional que anime sus nervios, que le provoque risa, lo incite a retozar con las mujeres y lo inspire al cantar con la *caja*, es la bienvenida ocasión; válvula que descarga de su espíritu el agobio de la rutina y la pesadez del silencio. El alcohol lo lleva al paroxismo y por ley infalible lo sume luego en una más aplastante congoja. Y así vuelve a su vida, más identificado que nunca con el paisaje adusto y cerril.

Gracias a esa identificación el medio determina modos de vida y acaso reacciones del temperamento; pero el hombre a su turno presta al paisaje las modalidades de su alma, anima los cerros, las lagunas, las piedras y, por fin, eleva a la naturaleza hasta una divina jerarquía.

Así, cuando en el Valle se descompone el tiempo y el cerro se "tapa" con nublados y ventiscas, "es seña que lo han andao jurgando" con provocaciones importunas. Es sabido que cacerías, cateos y ascensiones desatan la ira de la deidad tutelar de la montaña. A veces se venga del intruso y lo *agarra*, dejándolo enfermo, lisiado o muerto sobre el campo. No en balde Llastay, dios de la tierra como Pachamama y guardián de sus ganados silvestres, deriva su nombre de un verbo quichua que significa "agarrar".

Las “lagunas bravas” se “encrespan” y saliendo de su lecho ahogan y hasta persiguen al osado que se atreve a tocar sus aguas, las cuales en los cuentos infantiles suelen tener milagrosas propiedades; no es raro que se aluda en los relatos a islas misteriosas donde mora un toro bravo de cuernos de oro, crece un árbol de frutos maravillosos o se deja oír una campana de tañido encantado.

Los *pozos bravos* atraen a los animales con el espejismo de su agua clara, mas luego los absorben, los *churman* y después de exprimirlos *botan* los huesos a la superficie esparciéndolos alrededor de su boca traicionera.

Hasta los puntos cardinales se han infiltrado en la superstición popular quizá como supervivencia de un extinguido culto indígena. Al carnear un cordero, hay que orientar la cabeza al naciente para que no amengüe la majada, y es sabido que “enfermo a quien cambian la cabecera, muere”; por otra parte, en los ranchos, nadie se acuesta con la cabeza “pa’l bajo” en dirección al río.

Estos espíritus que animan la naturaleza subsisten junto a los dioses ancestrales. Sobre todos, Pachamama, divinización del alma de la tierra. Protectora y benéfica para los hijos que la adoran y reverencian, se muestra severa y vengativa con los extraños que la desdeñan. A ella hay que ofrendar coca, chicha y comida antes de iniciar la siembra o inaugurar la casa. Al tramontar los cerros en los puntos culminantes de escabrosos senderos, la *apacheta* recuerda al viandante, con su montón de piedras, que ante ese rústico altar debe descubrirse y arrojar el *acullico* de coca como elocuente ofrenda.

Estos ejemplos, entre tantos, muestran que el folklore calchaquí ha recibido una cuantiosa herencia que conserva hasta hoy. Persisten estos bienes del espíritu con tanta o más fuerza que el patrimonio material, legado también de los antepasados diaguitas.

Vemos en la actualidad cómo las mujeres pelan el maíz en morteros de piedra, trasladados a veces del *antigal* al patio del rancho; ojotas de tipo prehispánico siguen hollando los mismos caminos de las cumbres; la honda de *guato* es todavía arma para la caza y certera picana en el arreo de la majada; la *puiscana* gira con su *muyuna* de madera, piedra o barro cocido como hace

quinientos años; retumba la *caja*, despertando en los cerros los ecos dormidos de *chayas* jubilosas; entonces, como hoy, se embriagaban con chicha hasta caer rendidos en el regazo de la tierra, abrazando el tamboril de la fiesta. Abrazo tan estrecho que perdura más allá de la muerte: el arqueólogo desentierra restos de *cajas* calchaquíes, de las tumbas donde descansaban junto a las momias seculares.

IV

LA VOZ DE LA HISTORIA Y EL TESTIMONIO DE LA TRADICIÓN

Cuando los diaguitas vivían en la plenitud de su poderío, "eran gente, por lo común, bien agestada, altos, blancos y fornidos", según dice el Padre Lozano[105] en su *Historia de la Compañía de Jesús;* pero "reinaba en ellos con exceso el vicio de la embriaguez, para que daba fomento la abundancia de maíz, y algarroba, que lleva el País, y son los ingredientes, de que las mujeres hacían sus vinos, o brebajes, liquidándolos por infusión, y cocimiento, y sacando bebidas tan fuertes, y vigorosas, que turban con facilidad la cabeza, como el vino más robusto: y ellos en sus frecuentes festines las bebían con tanto exceso, que se dementaban, y enfurecían, rematándose el convite en sangriento combate en que excitándose las especies dormidas de sus agravios, los vengaban con muertes funestas, o a lo menos copiosa efusión de sangre.

Tal ocurría en todas las "parcialidades, ó por mejor decir, behetrías: unas naturales del País, como Pulares, Diaguitas, Lurintuos, Yacampis, Tolombones, y Calchaquíes, la más poderosa: otras advenedizas, como la de Kilmes, que se transportó allí desde la parte de Chile, abriéndose la entrada, y ganando con las armas para su situación el terreno, que les negaron, y disputaron obstinadamente los Vassallos de Calchaquí, y la de Chicoanas, que se trasladó allí desde el Valle de este nombre, cercano al Cuzco: unos dicen, que hostigados de los rigores del Inca: otros, que pasando con Paulo Inca, hermano de Guascar Inca, Emperador, y con Don Diego de Almagro a la conquista de Chile; pero todos hablaban un mismo Idioma Kaká, extrañamente difícil, por ser muy gutural, que apenas le percibe quien no le mamó con la leche, aunque los Diaguitas y Yacampis le usaban más corrupto, pero igualmente imperceptible. En el genio de toda esta gente parece que influía barbaridad la misma aspereza de sus eminentes serranías, y todos eran

igualmente guerreros, que vengativos, empuñando fácilmente las armas contra sí mismos por causas bien ligeras: razón, porque eran continuas las guerras, y suma la destreza en el manejo del arco, y flecha, sus armas ordinarias. En una sola cosa concordaban todas las parcialidades, y era en el aborrecimiento al dominio extranjero, confederándose con maravillosa unión, cuando se temía alguna irrupción externa, por lo cual nunca los pudo sojuzgar la potencia formidable de los Incas, y se mantuvieron exentos de aquel yugo, que fueron forzadas a cargar otras Naciones más numerosas, pero unidas en los intereses de su libertad" (Libro III, cap. XVII).

Si bien la lengua cacana y la índole guerrera desaparecieron para siempre, ¡cuántas otras supervivencias subsisten, como testimonio de los diaguitas que poblaron el valle!

La raza misma, desfigurada por cruces y mestizajes innúmeros, asoma sin embargo en los rasgos antropológicos de muchos de los *coyas* de hoy. Uno de ellos, el *moto* Carpanchay, cuyo solo apellido es una evocación ancestral, me contaba que "antes había unos antiguos que tenían adornos de oro y hacían ollas. Una vez les había hablado Dios, y que les decía que iba a venir un gringo y que ellos se dijeron qué será ese gringo, que tal vez será un hombre que les iba a comer y se enterraron de miedo; determinaron entonces enterrarse en sus ollas. Cavaron unos agujeros y se metían de uno y se iban enterrando; el que quedó al último se enterró él mismo; pero una mujer de miedo que la enterraran viva, se había escondido en los montes y cuando vino el gringo, de verla tan hermosa se casó y así tuvieron muchos hijos, que son los de nuestra raza". Así decía el mestizo, musitando apenas las palabras y haciendo girar con el muñón de su dedo cercenado el raído sombrero *ovejuno.*

Mas la historia nos dice que no fue tan placentera y galante la primera entrada del "gringo" a las tierras diaguitas. Por el contrario, desde el momento inicial de la primera "entrada" sufrieron los españoles el aguijón de la lucha indígena. Una flecha mató el caballo de Diego de Almagro en la Chicoana calchaquí; esa muerte acaso contribuyó a disipar el temor supersticioso y

reverencial suscitado por los extraños seres barbados, cuya humanidad aparente se prolongaba en monstruos de cuatro remos y relincho agudo. El trueno que retumbaba en su mano y el rayo mortífero que lanzaba no fue óbice para la defensa primero y el ataque victorioso después.

Diego de Rojas, que bajaba hacia "Arauco que es adelante de las provincias de Chile", vio torcida su ruta y su destino por unas "gallinas de Castilla" procedentes, según testimonios indígenas, de otros hombres blancos que vivían tras las montañas. Torció el rumbo hacia el Tucumán desconocido y desde aquella misteriosa Chicoana llegó hasta los juríes, quienes con una flecha enherbolada troncharon su vida.

LOS FEUDOS CALCHAQUÍES

De los primeros asientos, de imprecisa y discutida ubicación, varios, con mucha probabilidad, se levantaron en los valles. La segunda fundación de Barco, Londres de Catamarca, Córdoba de Calchaquí, la primera San Clemente de la Nueva Sevilla y Nuestra Señora de Guadalupe, implacablemente destruidas a poco de fundadas, son testigos de la briosa y artera resistencia.

El cacique don Juan Calchaquí, quien recibió su nombre en el bautismo aceptado durante el cautiverio, fue el gran animador de la guerra sin cuartel. Su fama encendió la de su tribu empalideciendo los gentilicios de sus hermanos los payogastas, luracataos, tolombones y tantos otros, recordados hoy a través de topónimos de villas y lugares. Calchaquí, en cambio, se hizo denominación del valle entero. Por fácil sinécdoque llegó a designar toda la "nación" diaguita y hasta en la literatura arqueológica introdujo confusión y polémica.

La tremenda guerra persistió con intermitencias hasta mediados del siglo XVII.

Fue don Alonso de Mercado y Villacorta el domeñador de los indígenas del Valle. Venció a los hualfines, "extrañó" a los quilmes, enviándolos en masa hacia

el Río de la Plata, en cuyas millas dieron origen a la actual ciudad de su nombre, y repartió entre sus capitanes algunas encomiendas.

Al cordobés don Diego Diez Gómez, que en 1670 acompañó al Gobernador Peredo en su entrada al Chaco y fue Lugarteniente y Capitán de Guerra en Salta,[61] le correspondió en aquella oportunidad la región de Molinos, donde se levantó la casona solariega cuyos restos actuales ayudan a evocar la vida patriarcal en estos feudos montañeses. Junto a la puerta se levantaba el altillo, verdadero mirador o *vichadero.* Como un Felipe II lugareño, el último encomendero español, don Nicolás Severo de Isasmendi, asistía desde allí, según se dice, a la misa que se celebraba en la capilla frontera.

Esta tradición despeja acaso el interrogante planteado por Juan B. Ambrosetti,[3] quien no acierta con el objeto de esta curiosa construcción.

Había tal vez un misterioso presagio en el afanoso mirar del encomendero. En un nicho de una de las paredes laterales de la actual iglesia, detrás de un altar pequeño, se encuentra, momificado, el cadáver del que fuera gobernador realista de Salta en 1810.[69] Allí lo vi y lo palpé un atardecer de enero, a la luz de velas que resultaban apropiados complementos de la escena. Jirones de uniforme azul sobre sus miembros huesudos y su piel apergaminada, son los restos últimos de la pompa señorial con que ejerciera su gobierno y deslumbrara a súbditos, servidores y esclavos en el escenario agreste de su encomienda calchaquí.

Frente al mirador, en el lado opuesto, se abría el zaguán que llevaba al segundo patio, cercado de cocinas, depósitos, cuartos de servicio. Era este el agitado escenario que trasuntaba la actividad económica de la "hacienda", que no se reducía, por cierto, a la casona principal. Cuatro leguas al sur, andando el tiempo, las primeras vides rindieron el fruto de sus dorados racimos. La familia Gómez, heredera de la vieja encomienda, hizo construir la bodega que Ambrosetti[4] admirara en 1896. Fue tan importante en su época, que "Bodega" se llama desde entonces el lugar. Allí los obreros pisaban la uva a pie descalzo en los *noques* formados por un cuero vacuno entero, pendiente de un marco rústico sostenido por fuertes estacas; allí se vio a los pisadores, ataviados con gorros de colores vivos,

accionar al son de *cajas*, sosteniéndose en tientos colgados de los *corvos* del alto techo; allí se usaron las canaletas de madera, los tinajones retobados en cuero, los grandes *mates*, cortados por la mitad para el trasiego, y las prensas formadas por una gran viga de algarrobo, que presiona el *suncho* de paja tejida, gracias al torzal de cuero enrollado en el grueso molinete.

Abandonados en las huertas de las fincas actuales, yo he admirado los enormes tinajones de dos metros de altura, a los que el ollero habilidoso construía con barro desde adentro, como gusano que elaborara su capullo; no faltan las prensas con resistentes roscas y tuercas de madera, talladas con cuchillo, pero de filete perfecto, y aún quedan restos de encatrados de troncos y ramas de algarrobo, que sostenían las viñas, ahogándolas al mismo tiempo con su desproporcionada corpulencia.

Mas, cualquiera fuera la labor o el lugar, todo confluía a la casa principal en San Pedro Nolasco de los Molinos de Calchaquí. Edificio amplio, cómodo, adecuado al clima y apto para las necesidades domésticas, espirituales y eventualmente guerreras de la época.

La hija del fundador, Da. María Magdalena Diez Gómez, casó en segundas nupcias con el General Domingo de Isasi Isasmendi, quien tenía en tanto la hacienda de su esposa, que en presentación del 21 de noviembre de 1737, aludiendo a los sacrificios hechos en las campañas contra los indios, decía que "faltando las mieses en ese Valle [de Lerma] sea mantenido y ayudado en mucha parte el abasto de esta Ciudad [Salta] con las de dicha Hacienda y Valle de Calchaquí, cuyos frutos penden del expresado feudo y encomienda, situada en las mismas tierras y, manteniéndose en ella en vida política y sociable, se experimenta la subsistencia de dicho feudo cuando todos los demás de esta jurisdicción y Provincia se han disipado y arruinado" (Cornejo, p. 582).[61]

En informe al Gobernador Matías de Angles Gortari y Lazarazu, el Procurador General de Salta, D. Manuel de Frías, hacía notar que en la hacienda se recogían considerables cosechas de trigo, maíz, vino y aguardiente que servían de abasto a la vecindad y a las exigencias de la guerra, habiéndose comprobado que

Isasmendi y su esposa fueron "los más prontos y los únicos en algunas ocasiones que han servido para tan precioso ministerio" (p. 583).

Por tales méritos dicho Gobernador, en supervivencia de Da. María Magdalena Diez Gómez (1737), "hizo merced y encomienda real del feudo de indios pulares, tonocotés y sus anexos, sitos en el Valle de Calchaquí, a su marido, el General Domingo de Isasmendi" (p. 583).

La primitiva capilla, levantada frente al curioso mirador, fue luego cedida para iglesia matriz por don Domingo de Isasmendi, a solicitud del Obispo del Tucumán, don Manuel Abad Illana; a esta donación agregó generosamente "400 varas de sur a norte y 100 de este a oeste para cómoda habitación de los curas" (p. 585).

Hoy es iglesia parroquial y monumento histórico oficialmente reconocido.[164] Desde el amplio patio de la "hacienda", circundado de galerías cuyo techo sostienen elegantes columnas de algarrobo, se divisan las cúpulas mellizas con sus cruces señeras. Sin duda se distinguían también desde algunas habitaciones, a través de las ventanas protegidas por rejas de hierro o de madera labrada, al estilo morisco o español.

Desde aquí se organizaron sin duda las efímeras resistencias contra la Revolución nacida en 1810.

Pero poco más tarde el mismo Güemes estuvo en Payogasta y Cachi adiestrando el "ejército de vallistos" que, bajo sus órdenes, habría de dar lustre a la hazañosa "guerra gaucha", la epopeya de Salta.[139]

Creen advertir los lugareños de nuestros días que se prefieren por tradición los ponchos rojos en La Poma y Cachi y los azules en Molinos y Seclantás. Sería reminiscencia de una consigna del caudillo, quien distinguía a sus escuadrones, según el lugar de procedencia, por los colores de los ponchos.

La gente de los Valles llegó a constituir por sí sola una división de ejército. Fue sin duda un espléndido tributo para la guerra patria. Soldados curtidos y sobrios; jinetes para quienes la hazaña ecuestre y el prodigio del lazo eran hechos indiferentes por cotidianos; tropa de insuperable baquía para las marchas por los

vericuetos de la montaña; rastreadores duchos en descifrar los jeroglíficos de las huellas, y capaces, a falta de otras letras, de leer el mudo mensaje de los rastros. Pero no fue sólo ese el aporte vallisto. *Picotes* y mantas de sus telares, harina de sus molinos, *charqui* de sus ganados, patacones de sus arcas emigraron tras de sus dueños desde el solar nativo al teatro de la lucha y al seno de los campamentos.

De las familias tradicionales, propietarias de las fincas que siguieron la línea social y económica de las viejas encomiendas, surgieron los jefes y oficiales. Ellos compartieron, a la diestra del caudillo, tanto los acíbares de la guerra como el acidulado gozo de la victoria.

LA HISTORIA EN LAS TRADICIONES

Entre tanto, en el curso del siglo XVIII, seguían en el Valle germinando las buenas semillas, representadas por las primeras misiones evangelizadoras y por algunos asientos y encomiendas.[60] Muchas llegaron a fructificar en pueblos y villas o se estancaron en simples caseríos, mal enhebrados por el hilo del camino, como cuentas dispersas de un rosario roto. La iglesia, la plaza, los edificios públicos y privados se han levantado a veces en las tierras particulares del señor de la heredad. Tal el caso pintoresco de Cachi: el pueblo, capital del Departamento, está íntegro enclavado en los términos de la finca homónima.[70]

Las actividades, desde aquel entonces hasta comienzos de este siglo, tomaron un ritmo apacible y "provinciano" por antonomasia. Inverne de ganado; arrias a Bolivia y a Chile; siembras y cosechas; primitivas o nacientes industrias de tipo hogareño. La vida sedentaria y patriarcal, sólo matizada con los viajes anuales y las fiestas consabidas, no llegó a conmoverse con frecuencia. Acaso por los temblores de tierra o, en fecha imprecisa, por la vandálica entrada de los *cuicos* que dejó en los ánimos por largo tiempo un medroso temblor. Llamaban *cuicos* a los coyas del altiplano, y en la actualidad, sin duda por reminiscencia de aquella hazaña, el término designa, en general, a las "personas malas". Por otra parte, eran

ya conocidos en tiempo de Pezuela, que los trajo consigo desde el norte hasta Salta, después de las derrotas patriotas en Vilcapugio y Ayohuma.

"Entraron al Valle por la cuesta del Acay", me contaba cierto día en San Antonio de los Cobres don Raimundo Choque, con ojos de asombro y tono de convicción. Los hombres eran muertos y arreadas las haciendas. Cuando carneaban una ternera robada, la desollaban y escribían con sangre en el cuero mensajes burlones para sus posibles perseguidores.

En La Poma han dejado hondo recuerdo. Al pasar por la finca "Las Pircas" se les escapó un peón, llamado Tolaba, rumbo al sur. Lo persiguieron valle abajo y le dieron alcance no lejos del pueblo. Sin sofrenar los caballos, galopando "a toda furia", "le hacharon la cabeza" de un sablazo. Como por milagro, el cuerpo decapitado siguió erguido en la montura por un largo trecho. Así me refería la tradición una viejecita del lugar. Hasta hace pocos años el viajero ha podido ver a la vera del camino, un pequeño nicho de piedra y barro, coronado por una rústica cruz. En su interior, velas encendidas, estampas, flores y monedas testimoniaban el culto popular hacia el alma milagrosa de Tolaba, víctima de los *cuicos.* La diminuta construcción se ha transformado. En mi último viaje quedé suspenso ante la capilla que la piedad anónima ha levantado junto al nicho. Es la prueba materializada del ahínco con que el pueblo cree en el poder sobrenatural de las almas cuando las arrebata de su vida terrena una fuerza trágica.

Tal ha ocurrido con algunas de las víctimas degolladas por las fuerzas de Felipe Varela, el montonero catamarqueño. Chispa tardía desprendida de la hoguera de las guerras civiles, intentó, después de la muerte de El Chacho, avivar nuevamente el incendio en los Valles Calchaquíes.[51]

Llegado de Antofagasta puso en fuga, al parecer con su sola presencia, a las fuerzas mandadas por don Pedro José Frías (llamado "Don Peque"), cuya conducta dudosa dejó rastros en el cancionero popular:*

---

* CARRIZO: *Cancionero popular de Salta,* p. 50-51. [47]

En las calles de Salta
se oyen los ayes
porque don Peque Frías
vendió los Valles.

Los pocos hombres que se opusieron en la Cuesta de Cachi fueron también barridos por el caudillo. Quedaba abierta la entrada a Salta por Escoipe. Por allí se precipitaron los mil cuatrocientos hombres bien montados de Varela, antes de la llegada del General Navarro y eludiendo las fuerzas del Coronel Martín Cornejo, salidas a su encuentro desde la ciudad. En esta alcanzaron difícil y efímera victoria. Huyeron luego a Jujuy y a Bolivia, de donde tornaron en 1869 por el lado de la puna.

Vestigios de estas jornadas se conservan en la letra de una *chilena,* recogida por F. Ramón Cano Vélez[41] en su *Amaicha del Valle* (p. 43-44). La primera estrofa es la copla recién transcrita (salvo la variante "Roque Frías" por Peque Frías), a la cual siguen las siguientes:

A la carga, a la carga,
dijo Elizondo,
rompamos las trincheras
de cuatro en fondo.

A la carga, a la carga,
dijo Guayama,
si la pierdo a esta guerra
no cargo espada.

A la carga, a la carga,
dijo Varela,
se le cansó el caballo

y montó a su agüela.

El informante fue un viejecito de 80 años, don Pedro Sandoval, que decía haber sido soldado del regimiento que comandaba Navarro, en su marcha desde Catamarca para enfrentar a Varela. De acuerdo con este mismo testimonio, aquel jefe y el caudillo se concertaron en Cachiyuyal (Tinogasta), para que el primero simulara la persecución de Guayama, que acampaba en Cafayate, dando lugar a su retirada hacia Salta.

Durante su permanencia en el Valle vivieron días de zozobra y pavor sus habitantes. El estado de ánimo general, mezcla de indignación y de inquietud, se refleja en los términos espontáneos y familiares de cartas dirigidas por don Bernardo Gorostiaga, desde El Churcal, a su sobrina doña Ascensión Isasmendi de Dávalos.[*]

En 1943 recogí en Cachi el último eco viviente de aquellas jornadas de abusos y degüellos que perduran en la memoria popular como "la entrada de los Varelas". Don Fabriciano López, anciano cacheño, recordaba el emocionante episodio vivido en su juventud: lo alcanza uno de los jefes de Varela y él se siente aferrado por los cabellos. El gesto decidido y el facón preparado no dejan dudas sobre las intenciones del montonero. Una oportuna, casi milagrosa *salida* del muchacho, llena de ingenio y de gracia provinciana, detiene el brazo del gaucho y dibuja en sus labios una sonrisa de simpatía. Se entabla el diálogo. Luego una breve marcha hasta el campamento, caminando junto al caballo del captor. Llega a poco acongojada la madre esperando encontrar sólo el cadáver de su hijo. Oye entonces con asombro felicitaciones por el valor del *chango* y hasta la desconcertante propuesta de enrolarlo en las filas invasoras. Tras esto, la concesión de su libertad. Así me refirió don Fabriciano cómo su juventud y su chispa oportuna lo salvaron de la muerte.

La segunda invasión terminó con la derrota de Pastos Grandes (1869), tras

[*] REYES GAJARDO: *Apuntes históricos*, p. 170-171. [139]

de lo cual Varela, después de cruzar la cordillera, terminó su agitada vida en Copiapó.

Un último estremecimiento marcial corrió por los Valles en 1895, cuando el conflicto internacional hizo aparecer como inminente una guerra con Chile.

Muchos de los afincados, henchidos de patriotismo y de bélicos ardores, sacaron a relucir casacas militares y ciñeron los sables que conservaban como reliquias de la "guerra gaucha".

Estimulados por los grados y nombramientos recibidos, contribuyeron con los peones de sus haciendas a formar escuadrones.

Se trató de disciplinar aceleradamente tropas improvisadas con simulacros y marchas y estallaron en los pueblos inflamadas arengas.

No podía faltar el concurso de la musa popular. Una copla que encabeza una glosa de la época dice así:

Ya se nos vienen los rotos
con los rifles preparados
y los cañones cargados
con metrallas de porotos.

Y junto a la jarana no podía faltar tampoco la tragedia. En uno de los simulacros, y sin duda por imprudencia, fueron muertos Tomás Lozano y un joven Montellano, pertenecientes a dos de las más distinguidas familias de los Valles.

LAS FINCAS Y SU MUNDO

Después de este inusitado estremecimiento del ánimo colectivo, tornó la vida a su ritmo habitual. Vida sosegada, pero laboriosa, sencilla pero no exenta de complejidad.

Pasada la agitación, volvieron los vecinos a sus casas de los pueblos; los

afincados a la atención de sus propiedades e intereses; los peones a sus tareas; los arrenderos a sus sembradíos y ganados; y a los ranchos remotos del cerro, junto a la infaltable majada de cabras triscadoras, los puesteros de las fincas. Estas constituían el núcleo de todo el conglomerado sociológico y económico. Extensas como latifundios, las poblaban mayor número de personas, vinculadas a su explotación, que la totalidad de los habitantes del pueblo principal. Aquellas constituían para los propietarios "su gente" y con respecto a ellas mantenían vívida, a través de los siglos, la imagen del encomendero, atemperada en su trato campechano y su autoridad de patriarca. En cuanto a los negocios, imbuidos como estaban de pundonor hidalgo, mercaban sobre la base de "la palabra dada y la buena fe guardada". Casos hubo sin duda de temperamentos ásperos y régimen despótico, pero debieron ser excepcionales o se idealizaron con el tiempo, pues la memoria de los viejos sólo evoca figuras de porte llano, palabra noble y corazón de oro.

Las fincas resultan así el punto de apoyo imprescindible para sugerir la realidad de la vida en el Valle durante el siglo último. Ellas serán el marco de breves referencias que permitan entroncar ese período con los tiempos contemporáneos.

La *sala* o casa del patrón adquirió, después de aquellas turbulencias y agitaciones, su fisonomía tradicional.

Los *silloneros* predilectos volvieron a estar, como siempre, en espera de su dueño, disimulando su impaciencia o rumiando su modorra a la sombra de molles o ramadas, no lejos de las casas, junto al camino o al término del arbolado callejón de entrada. Allí los encontrará el patrón todas las mañanas, ensillados y listos para la diaria recorrida. En las inmediaciones lo aguarda, para anoticiarlo de las novedades de la víspera, el capataz. En la mano el sombrero y pronto en los labios el saludo respetuoso: "Güen día, patrón". Ya oye el argentino tintineo de las espuelas sobre las *lajas* del patio. Ya ve aparecer a su patrón, enmarcado entre las columnas de la sombreada galería. Lleva como siempre el aludo sombrero de alta copa, modelada con las abolladuras consabidas. En actitud concentrada reposa la

discreta barba en el pañuelo de seda que anuda con desaliñada elegancia. El rostro, un poco atezado por los soles y vientos de la montaña, acentúa la impresión de hombría y de salud que exhala con su tonalidad de bronce. La chaqueta, de *barracán* casero, muestra su nutrida fila de botones, desprendidos por lo común, como al desgaire. El "nido de abeja", prolija labor que adorna las mangas en larga franja, se prolonga a los costados de la bombacha holgadísima, al estilo salteño. Desborda la caña de la bota cortona, que luce a la altura de los tobillos, en remedo de fuelle de acordeón, el encarrujado regional. La punta del rebenque fustiga con levedad el empeine. El patrón ordena mentalmente el plan de labor para la jornada y agota el contenido del último mate, cuyo enchapado continúa la línea de plata que forman la barba entrecana, los adornos del cinto y la hebilla labrada de la espuela.

Ya junto al estribo, el saludo afable, el último chupón al mate, que vuelve a manos de la chinita que lo aguarda luchando con irreprimible bostezo. Por fin, unos precavidos pasos al caballo después del ajuste de la cincha, y bien sentado en la mullida montura de levantado arzón, la salida a paso lento por el arbolado camino, humedecido de rocío. El diálogo pausado con el capataz se va desgranando por los senderos a lo largo de todo el recorrido, mientras visitan rastrojos y sembrados, compuertas y acequias, toros enfermos o tropas de mulas dejadas en inverne por arrieros santamarianos.

Entre tanto, la amplia galería de la casa, apoyada en columnas de adobe o soleras de algarrobo, recibe la ruda caricia de la *pichana,* la escoba rústica formada por un haz de largas ramas.

A veces esta galería frontera se triplica en forma de U, o se cierra en cuadro, ocultando del exterior el amplio patio.

Este era el escenario donde la dueña de casa actuaba. Como avezado capitán desde el puente de su nave, gobernaba desde aquí el cardumen de *chinitas* y *changos;* distribuía o revisaba la tarea de las teleras, encorvadas sobre la trama y atentas al juego de *lisos* y pedales de sus telares rústicos, instalados a veces bajo los arcos de aquellas galerías. Este disperso taller proveía de frazadas y ponchos de

lana, *picotes* y *cordillates,* telas de color uniforme como el *barchila* o combinados como el que decían "ojo'i pérdiz" con gráfica expresión.

Numerosas habitaciones abrían sus puertas al patio. La despensa, especie de "sancta sanctorum" de la casa, se cerraba con siete llaves que colgaban de la cintura de la señora, quien no las dejaba de su mano. Se conservaban allí las más variadas provisiones, en ollas y tarros; en los graneros separados entre sí por pequeños tabiques de adobe, el trigo y las mazorcas; sobre ellos se balanceaban los *zarzos* de caña, pendientes de los tirantes del techo y depósito habitual de *quesillos,* quesos, *chalonas* y cuajos.

Era infaltable el escritorio, campo reservado para la administración de la hacienda, y, desde luego, las habitaciones de la familia y los cuartos de huéspedes.

Los *bollos* y tortas recién amasados se asoleaban sobre mesas precarias, esperando el momento oportuno para ser trasladados junto al horno de barro, ubicado al fondo, en el segundo o tercer patio, próximo, por lo común, a la cocina. Era ésta recinto oscuro, ennegrecido por cien humaredas e innumerables tiznes. Lamentables condiciones que no permitían presentir las delicias que allí se fabricaban: desde el churrasco con picante de ají que se servía a media mañana, hasta las fuentes de caldo aromado con orégano, las empanadas rubicundas y jugosas, la *patasca* suculenta o el *tulpo* y el *mote* de las comidas cotidianas. Por la mañana y después de la siesta la cocina se prolongaba en braseros que la chinita cebadora llevaba junto al patrón o la señora al lugar de la casa donde sus actividades los retenían. Como en un nido tibio, runruneaba la pava con el agua pronta para el mate, que se acompañaba a veces, y sobre todo por la tarde, con tortillas de harina tostadas al rescoldo.

En este mismo patio o en un tercero se fabricaba el jabón en los grandes *fondos* de hierro, allí ubicados sobre hornallas permanentes o se embutía la grasa en pellejos en los que se conservaba para uso casero o para exportar a Chile, cuando la *matanza* de animales había proporcionado cantidad suficiente.

Piolas o alambres cruzaban el patio y de ellos pendían los trozos de carne salada que el clima seco convertiría lentamente en *charquis* y *chalonas,*

ingredientes de tanta comida apetitosa.

También aquí se cortaba la leña, traída del monte a lomo de burritos, en innúmeras cargas.

Cuando las lavanderas no iban a la orilla del río o del arroyo, se instalaban con sus amplias *bateas* de madera junto a la acequia que atravesaba la casa y terminaba en la huerta.

No podían faltar, en las vecindades de la cocina, los morteros de piedra y algarrobo, frente a los cuales una mujer cumplía su rítmica tarea, levantando y abatiendo la mano de piedra para pelar o pisar el maíz, elemento esencial de la alimentación lugareña y preciada herencia de las culturas prehispánicas.

Se veían también acaso los *veleros* de barro para fabricar las velas de sebo *bañadas,* sustituidas más tarde por las que se hacían en moldes de latón.

El comedor de los peones que trabajaban cerca de la casa congregaba a buen número en las horas convenientes. Recibían su ración de *tulpo* con el trozo de *charqui* o la preciada *tumba,* la presa de carne, y lo comían en los primitivos platos de algarrobo o de arca con cucharas del mismo material.

Más allá, siguiendo por lo común el curso de la acequia, se llegaba a la huerta, sitio deleitoso, pródigo en frescas sombras, en frutas y hortalizas.

En algún propicio rincón se levantaban los muros del *tabique,* que protegían de la intemperie y de miradas indiscretas el amplio pozo cuadrangular que servía para los baños en el verano, cuando no se prefería los remansos del río o las delicias de los *chorros,* pequeñas cascadas de algún arroyuelo de las cercanías.

Durante el invierno, era menester acudir al complicado expediente de los baños en las tinas de zinc, hasta las cuales había que llevar en baldes el agua fría y la caliente en grandes tachos.

Por lo común retirado de la casa, aprovechando de la mejor manera la fuerza del agua, consecuencia a su vez de la topografía del terreno, se hallaba el molino, de tan preponderante papel en la economía doméstica y vecinal. Hasta él se costeaban las gentes, con los burros cargados de costales de trigo que tornaba convertido en la harina preciada.

El metálico martilleo en el yunque, el jadear de la fragua, los alegres chisporroteos, denunciaban a la activa herrería, dedicada casi exclusivamente a la fabricación de herraduras para el ganado que en el tiempo oportuno se llevaba a Chile o a Bolivia.

Además de los cultivos, esta era la principal actividad agropecuaria. Llegaban las tropas numerosas desde el sur, de La Rioja, Chumbicha, Belén, Santa María de Catamarca. Venían arreadas por sus dueños, secundados por capataces y peones, en procura de los buenos pastos vallistos, para seguir, después del inverne, hacia Bolivia, donde el animal mular era muy solicitado para el trabajo de las minas. Las famosas ferias de Huari y de Uyuni, por ejemplo, concentraban anualmente millares de cabezas, en cantidades increíbles.

Quedaban, pues, en los potreros alfombrados de pastos nutritivos, bajo la custodia de pocos arrieros. Cuando era tiempo de emprender el viaje, regresaban los demás y todos marchaban por los penosos pasos del Acay y los caminos inhospitalarios del altiplano.

Al regreso, era de oír los cuentos y *casos*, las noticias sobre las costumbres *coyas*, sobre las ventas a buen precio de mulas enfermas, a las que momentos antes se excitaba dándoles a tomar vinagre. Más de uno había explotado el instinto "volvedor" de estos animales, abriendo los potreros para que se escaparan al sur, rumbo a la querencia, después que el dueño recibiera el pago.

Era ese el momento del arreglo de las cuentas por pastaje. Salían a relucir bolsas de *quintos* y otras monedas bolivianas. La precaución aconsejaba probarlas una a una, pues había que desechar las llamadas "sordas". Las más pequeñas eran las *illas*; se las había bautizado con la mimosa palabra quichua que significa "tesoro", "dije", y que sirve para designar también a la ovejita más preciada del rebaño. Se coleccionaban *illitas* para *mingar* al platero adornos y enchapados en mates, fustas, riendas o bien para fijarlas ostentosamente en la *rastra* del cinto.

Este activo tráfico fue adecuado conducto por el que llegaron al Valle modas, noticias, costumbres y dichos bolivianos que hoy parecen exóticos. Por las mismas rutas de las recuas arribaban también yungueños, portadores de mágicas

alforjas con joyas y pañuelos, yuyos y amuletos que excitaban el entusiasmo y la curiosidad de las mozas y encendían la esperanza de los jóvenes.

Si alguien, entre ilusionado e irónico, les pedía "un remedito pa'l amor", contestaban socarronamente: "Plata dando, mujieres queriendo".

Una chinita cargosa y bobalicona exigía una vez: "Ma ver, ¿qu'es pu bueno pa la *flojera*?", y, ante el silencio del mercachifle, insistía con la misma pregunta. Hasta que el yungueño levantóse despaciosamente diciendo: "Yo te'hi dar remedio"; tomó el látigo con que arriaba su recua y lo hizo restallar en las nalgas de la preguntona, asegurándole con toda convicción: "¿Pa la flojera? Estu'es bueno".

LAS FAMILIAS PATRICIAS

Los jóvenes hijos de familia manifestaban condescendiente desdén por santamarianos y yungueños, pero en el fondo de su corazón no dejaban de envidiar su existencia aventurera de trotamundos, su vasto conocimiento de otras tierras y gentes diversas. Lógica reacción de vidas sedentarias y conservadoras, apegadas al terruño, cuyos circunscriptos horizontes geográficos significaban también en cierto modo limitación intelectual. Por eso muchas veces los *niños* y patroncitos acompañaban a los capataces de las tropas, más por espíritu de aventura que por verdadera necesidad. Algunos llegaron así hasta Lima, que no perdía el atractivo de metrópoli de la cultura, conquistado a justo título en los tiempos del virrey. Verdaderos sectores de la sociedad salteña conservaron en sus modales y en su refinamiento dejos de aquel ambiente de distinción y buen tono cortesano. No pocos llegaron a casar con damas limeñas, famosas por su encanto y donosura. Quienes con menos se contentaban, no atraídos por las lides del amor, satisfacían en aquella tierra otra pasión propia de señores agauchados como eran: no volvían sin potros y yegüitas peruanas, buen acicate para su fama de jinetes eximios.[7]

Las niñas y las familias vallistas en general, no tenían más perspectiva de

viaje que la ida a Salta. La naturaleza y estado de los caminos no permitían otro medio de transporte que el caballo y la mula. Reservada esta para las cargas, se tenían para tales oportunidades espléndidos *silloneros*, de paso suave y rápido andar.

El ingreso de los jóvenes en colegios y seminarios, la fiesta del Señor del Milagro u otros motivos importantes determinaban la organización del viaje. Momentos febriles y felicísimos de los preparativos. Arreglo de las *petacas* de cuero crudo con la ropa y el equipaje, más algunas destinadas a las provisiones para las dos o tres jornadas que demandaba la marcha hasta la ciudad. Preparación de los víveres para el *avío:* pollos y cabezas de cordero hervidas, carne para el asado, *frangollo* e ingredientes para el *tulpito* que se llegaba a tomar a medias, en "El Almorzadero" o en "El Pugio", lugares obligados de refrigerio, porque cuentan con ojos de agua potable. Cargaban las mulas los bultos y con ellos las ollas para cocinar en el camino, la ropa de cama y hasta los catres para pernoctar en los ranchos de "La piedra del Molino" o del pie de la Cuesta del Obispo. Si se viajaba desde La Poma, el pueblo más septentrional del Valle, la primera jornada terminaba en Payogasta y la segunda, andando fuerte, en San Fernando, a la entrada de la Quebrada de Escoipe. Desde allí, el tercer día, se llegaba a una de las estaciones de la actual línea férrea de Salta a Alemania y por fin a la capital de la Provincia.[69] Los traslados de familias numerosas, auxiliadas por un acompañamiento proporcional de *chinas* y peones de mano, tornaban estos viajes en verdaderas caravanas. En odiseas, a veces peligrosas en verdad, cuando era menester llevar criaturas o personas enfermas. Pero por lo común se trataba de ansiadas oportunidades para cambiar la rutina de la vida en la vieja casona solariega y renovar el ánimo con no conocidas emociones y horizontes nuevos.

El jefe de familia constituía casi siempre un caso distinto y especial. Las exigencias de sus negocios, trámites en bancos o juzgados, requerimientos sociales y políticos lo llevaban a la ciudad con más frecuencia. Allí o en la capital de la República había cursado a veces sus estudios. Algunos, llevados de una más perentoria vocación o ayudados por circunstancias propicias, siguieron sus carreras

en el foro o en la clínica con el brillante resultado que recuerda la historia. Otros, por imposiciones familiares, apego a la vida de campo o imperiosa necesidad de atender sus intereses, prefirieron la labor callada en el rincón nativo. Fue una manera, y no menos digna ni fecunda, de cimentar la economía y la grandeza de la patria chica en tiempos de decisiva evolución. Este retraimiento campesino no significó por cierto hurañía ni tosquedad de espíritu. A las nociones de los estudios de juventud, se fue sumando la impalpable pero depurada cultura inculcada por las pláticas en cenáculos selectos de la ciudad y provechosa lectura en sus retiros montañeses. Fue muy característica la preferencia por los clásicos españoles. No es de extrañar en estos ambientes geográficamente aislados, donde florece una acendrada tradición. ¿Cómo no tener apego por *El Quijote,* cuando hasta los peones cantaban con la *caja* letrillas de Quevedo y los *changuitos* entonaban frente al Pesebre, por Navidad, villancicos de Lope? ¿No serían gratos para ellos los textos del Siglo de oro, en los cuales les salían al paso palabras y expresiones familiares, que enjoyaban su propia habla provinciana? Hasta hoy podemos comprobar cómo siguen subsistiendo, con envidiable vitalidad, arcaísmos contemporáneos de Cervantes.[44]

Estos señores, en toda la densa significación de la palabra, que leían la Biblia y gustaban a los clásicos, eran poetas por sensibilidad y oradores por temperamento. En los atardeceres propicios entonaban, acompañándose con la guitarra y rodeados de la cariñosa atención de la familia, endechas por ellos mismos compuestas. Hasta la penumbrosa galería del amplio patio iban llegando, desde el interior de la casona, las sirvientas y los peones, absortos y conmovidos ante la sugestión de la escena y el encanto de las melodías.

Su facundia galana se expandía en la oratoria política. Y no sólo ante electores analfabetos. Estos señores, miembros casi perpetuos de las legislaturas locales, llevaban al recinto de sesiones, desde el fondo remoto de sus valles, sus problemas, aspiraciones y demandas. Veinte horas de marcha en buenas caballerías remudadas en el camino, bastaban para dar forma al asunto madurado en el retiro. Detenían el potro espléndido “ante el pórtico del Senado” y llevaban a la discusión

el brioso aporte de nítidas ideas y palabra cálida.

En fechas tan propicias como el 20 de febrero, aniversario de la batalla de Salta, eran infaltables con sus familias al baile tradicional, modelo de distinción, buen gusto y refinamiento. Y en los modales caballerescos y en la charla amena no era fácil descubrir al gaucho recio que enlazaba toros cimarrones en las *corridas* de los cerros nativos.[7]

LOS VALLISTOS: AMBIENTE CERRIL Y VIDA TRADICIONAL

¡Los cerros nativos! ¡Qué distinta la realidad de las gentes que se apegan a sus faldas, lejos de los valles abajeños! Diversa de la vida en las fincas, pero más conservadora y persistente. Aquella, con mayor sensibilidad para los cambios sociales y económicos, es hoy en muchos aspectos sólo un recuerdo que los abuelos idealizan ante los nietos escépticos, ganados por la magia moderna de la maquinaria, el automóvil y el avión.

En cambio la otra, la existencia cerril y primitiva, sigue impertérrita en su sencillez y en su penuria. El tiempo, representado en el perfil de esos cerros, inmutables como esfinges, desecha lo fugaz y afianza lo eterno. Parece olvidar estos rancheríos aletargados, que, como la "bella durmiente", despertarán algún día y hallarán que todo se ha transformado en torno. Entre tanto, ¿es el tiempo su protector o su verdugo? ¿Son estos hombres parias desheredados de la suerte o seres privilegiados, que lejos de nuestra vorágine logran la resignada serenidad, acaso la imagen más fiel de la dicha asequible por el hombre?

Existencia frugal, goces escasos pero intensos, desconocimiento de términos de comparación, atemperan el dolor de su perpetua estrechez, acosada por la tierra árida y los corazones yermos. No mordieron por cierto el fruto del árbol de la ciencia y esa agreste ignorancia los preserva del amargo zumo. Evocados desde el seno de la ciudad tumultuosa y convulsionada, por momentos obsesiona la pregunta: ¿Quiénes, Señor, quiénes infunden más cumplido sentido en la vida que

les diste? ¿Quiénes conquistan una mayor porción de la magra felicidad que destinas al hombre en su paso por la tierra?

La persistencia con que estas gentes se aferran a sus modos de vida tradicionales, no significa impotencia y derrota. Parece más bien equilibrada adecuación de sus condiciones a su ambiente. Lograda esa armonía, que los extraños no siempre aprecian ni valoran, se tiende a mantenerla sin término. De allí que las características arcaicas subsistan hasta la época actual y que no sea abusivo el uso del presente en la abocetada evocación de esa realidad, tan digna de comprensión y simpatía.

El "pueblo" folklórico

Por mi parte, personalmente, entrelazo esa simpatía con el convencimiento como folklorista de que ese es el sector de la sociedad que con toda justeza teórica y estrictez doctrinaria podemos llamar "pueblo". Es exactamente el "folk" cuyo "lore" tratamos de captar.[63]

Desde este punto de vista, la vida en el seno de las familias patricias, en sus propiedades y fincas, interesa en este caso particular porque significa el arranque, la vertiente primera de un curso de tradición cuyo raudal no ha cesado de correr por el Valle. Son esenciales antecedentes históricos sin los cuales no se explica el presente. Pero los integrantes mismos de esas familias, salvo casos que por excepcionales confirman la regla, no integraron entonces, ni forman parte hoy, del "pueblo", del "folk" en sentido folklórico.

De la misma manera que un investigador actual no incluiría en su búsqueda, como objeto de estudio (aunque pudieran ser informantes), a los funcionarios de varia categoría y jurisdicción, generalmente foráneos, pero domiciliados en la aldea, pueblo o caserío elegidos por el folklorista como adecuado escenario de su indagación científica de campo. Tampoco al comerciante avecindado, ni al "gringo" trashumante. Menos acaso a los educadores de las escuelitas locales, o a los sacerdotes y misioneros; a propietarios y administradores; médicos e ingenieros;

geólogos y naturalistas.

Se trata en general de grupos o de personas socialmente "superiores", por lo común cultos y dirigentes en las esferas de su influencia. Es verdad que están a veces enclavados en un medio agreste, aislado, empobrecido, de fuerte tonalidad local; pero a poco se advierte que por la formación y práctica de su cultura, sus aspiraciones espirituales y económicas, sus prejuicios mundanos y de toda índole, su comportamiento general en el ambiente y, en fin, por su ideal de vida, se sienten tales grupos e individuos más próximos culturalmente a los grandes centros irradiantes del país o del mundo que a las modestas manifestaciones locales. Se adscriben a la corriente de inquietudes de la época en toda su universal amplitud y no al complejo limitado por el terruño. Aspiran precisamente a participar en la universalización de los más diferentes aspectos de la cultura, como la técnica mecánica, el "confort" hogareño, las doctrinas político-sociales, el deporte o la moda en el vestir.

Muchos de los integrantes de este sector son a su turno agentes o representantes gubernamentales que tienen, precisamente, por función difundir, imponer y llevar a la práctica las concepciones educacionales, políticas, económicas, religiosas o administrativas del Estado. Y esto es lo antifolklórico por esencia, desde que el folklore ha sido definido como "lo no oficial", "lo opuesto a lo institucionalizado estadual".

Cabe recordar una vez más, que si bien lo folklórico es lo socializado, lo colectivizado, y llega a formar parte de lo social, la inversa no es exacta y no todo lo social es folklórico.

De ahí que, como lo intentara en un ensayo, se pueda deslindar los campos del Folklore y de otras ciencias afines, como la Sociología, la Antropogeografía y la Etnografía. El primero "proclama desde su mismo nombre ["folk", pueblo] que el objeto circunscripto de su estudio es el pueblo, entendiendo por tal un sector integrante de otro conjunto social más amplio, que sería la sociedad contemporánea, dentro de la cual actúan también otros núcleos que se diferencian de aquél por su posición social, el tipo de su educación, su ideal de cultura, los

modos y medios de transmisión de esa cultura y hasta por su distribución geográfica dentro del país, pues interesan al Folklore primordialmente y en conjunto, los medios populares, rurales o extraurbanos".[*]

Por fin, en el seno de ese "pueblo" viven elementos no populares, desde que hay bienes institucionalizados, oficiales, que le son impuestos y otros de divulgación ocasional y fugaz que no pasan de "popularizados" y transitorios. Las recetas extendidas en el dispensario médico o las curaciones allí practicadas; el método pedagógico seguido en las clases por los maestros del Estado; los trámites en las oficinas de la municipalidad o de la aduana; la liturgia a la que se ciñen los oficios religiosos; las técnicas aplicadas en los establecimientos industriales y tantos otros elementos semejantes, no son en sí mismos folklóricos, por más que existan en remotas poblaciones rurales, interesen o se apliquen con respecto a los componentes del "pueblo".

Lo "popular", folklóricamente hablando, es sólo aquello que el grupo humano deslindado como "pueblo" incorpora a su patrimonio cultural, enraiza en su vida, consubstancializa con su íntima naturaleza, en profunda y a veces ignota armonía con las exigencias de su ambiente físico y los impulsos de su medio social. Nada importa el origen o procedencia del bien asimilado, sino el hecho mismo de la apropiación funcional por la masa popular, el sello que ella imprime como rastro fehaciente de la actividad de su espíritu y del vigor de su cultura. Y esto ocurre, no por haber sido impuesto por la autoridad, sino cuando la vigencia de los fenómenos o bienes supera lo pasajero y transitorio para convertirse en rasgo característico del espíritu colectivo. El pueblo se apropia con frecuencia de bienes que le son extraños y, al adaptarlos a nuevas y hasta insólitas funciones típicas, los remodela a su viva imagen y semejanza.

Tales son los modos de vida, las costumbres y creencias que se requiere conocer para que las fiestas de estos ignorados habitantes de los cerros nativos adquieran a los ojos del lector todo su realce y verdadera significación funcional.

---

[*] CORTAZAR: *Confluencias ...* , p. 23. [63]

Una vez más se estremece el alma ante la evocación de las montañas del terruño.

Los ranchos

Los ranchos cerreros, con natural mimesis, se confunden con el paisaje a fuerza de asimilarse a su medio. De piedra, de barro, de paja, tal como el cerro mismo. Basta una pieza. En su centro, el círculo de piedras ennegrecidas de la *conchana*, es el hogar en cuyo torno se congrega la familia, promiscuamente ampliada con las gallinas y los perros. "Cuando tuavía 'stá lindo el lucero", ya la brasita es librada de la ceniza que la conservó durante la noche. Del catre de tiento o del simple cuero de oveja, se levanta la mujer a preparar "l'agua caliente", la sobria infusión de yuyos o el "té de carbón tostao". El hombre y los changos salen embozados en el poncho *puyo* a inspeccionar los corrales y a retirar las ramas de espinudo *churqui* que cierra el portillo de la pirca. Sorbos de su "té" y bocados de mote y de queso, entonan el cuerpo. Luego la labor cotidiana. El pastoreo de la majada, a cargo de las mujeres o los niños; el cultivo en suelo áspero y con agua escasa; las curas de los animales enfermos. Por otra parte, el acarreo de agua del *pugio* o de la vertiente, el cuidado de las criaturas, la preparación de la comida absorben la mañana a quienes quedan en la casa. El almuerzo y el *coqueo* como postre es lento y parsimonioso. Los escasos pensamientos se concretan en palabras tardías. En cuclillas, alrededor del fuego, saborean su coca y mastican de vez en cuando su cáustica *llista*. Luego la dispersión. Quién va a buscar yuyos para las mil aplicaciones domésticas; quién a elegir tierra para ollas; quién a traer la leña del monte lejano, amarrada en grandes haces que se equilibran sobre la cabeza, apoyándolos en el mullido *pachiquil*; a veces la leña se reduce a escuálidas ramitas de tola o seca boñiga. Las diferentes etapas del tejido ocupan a las mujeres. En casi todos los instantes, el hilado con la *puiscana*; en ciertas épocas o en las tardes propicias, las tareas de torcer, madejar y teñir los hilos con hierbas o cortezas.

Los ancianos, que conocen el terreno mejor que a su *chuspa*, se ocupan del

regadío trazando la complicada red de acequias y surcos, curan animales embichados, cortan tientos, trenzan lazos. Las *mamas grandes* se adjudican la crianza y educación de los nietos y son sabedoras de remedios caseros o misteriosos, ya para achaques del cuerpo, ya para males del alma. La *llista*, hecha de papa *chancada* y ceniza de cortadera o de apaco, las velas de sebo y a veces hasta el pan, salen por lo común de manos de las viejas.

Se acurrucan en un rincón del cuarto, cuando por la tarde desciende la bruma y el viento fustiga inclemente. Van calentando el agua o cocinando el maíz pisado para el *tulpo*, hasta que llega el hombre de su sembrado, la mujer de su faena, los jóvenes y los perros ovejeros conduciendo la majada al corral, cuyo portillo, como todos los atardeceres, con rutina implacable, se cierra con las mismas ramas de *churqui* espinudo.

Sociabilidad

Sobre el fondo gris y entristecido de estas vidas apegadas al terruño, apáticas y replegadas, algunos trazos de vivos matices animan el cuadro.

El agobio de las faenas necesita descansos compensadores; las machaconas jornadas reclaman variación; el ánimo apelmazado procura expandirse; los ojos ansían trocar el plano limitador del paisaje habitual por otros horizontes, así sean los que se columbran trasponiendo los cerros fronteros.

El carácter ensimismado, impasible y algo adusto del hombre vallisto, tal como aparece para quien desde lejos lo considera, no es tan así en el seno de su auténtico ambiente social o familiar. Mas ciertamente no abundan las oportunidades en que ese substrato más sonriente y eufórico pueda ponerse de relieve. Para ello hay que vencer el aislamiento geográfico de sus viviendas dispersas y liberarse del tiránico imperio de los trabajos de campo. La exigencia de aprovechar el turno de agua, el tiempo apropiado para la siembra, el viento favorable en la trilla, la parición de los ganados o la madurez de los frutos, aferran más que cualquier consigna.

Por breve que sea un viaje, supone tener cabalgadura pronta y bien herrada, o muchas horas disponibles para las caminatas por sendas que flanquean precipicios y cruzan torrentes.

Pese a todo, impulsos psicológicos, sociales y económicos pugnan por superar todos los obstáculos.

Y así no son raros, de cuando en cuando, los viajes al pueblo o al boliche solitario para malvender productos o comprar artículos indispensables.

Las simples visitas entre vecinos son gratos motivos de charla, de intercambio de noticias y regalos, mientras el jarrito de *chicha* o el mate acogedor circulan en animosa rueda.

No faltan tampoco más serios motivos. Enfermedades y desgracias despiertan afectuosos ecos de solidaridad. Se vuela a la casa de la comadre para ayudar en la preparación de emplastos, *tés*, friegas y sahumerios. En caso necesario, la *cumpa* o la ahijada, la parienta o la amiga se instalan junto al lecho, por días, prestando servicios impagables cuando a la buena voluntad se unen conocimientos curanderiles o especial habilidad para estos casos. Prototipo de mujer abnegada, diestra en curaciones y cristiana tanto en su vida generosa como en sus prácticas devotas, fue, en La Poma, la "Mama Rosa", a quien muchos debieron la vida y todos un favor.

Hasta las mismas perturbaciones ingratas o trágicas son vehículo insospechado de acercamiento y sociabilidad. Caídas de caballo; destrozos causados por la creciente; epidemias que se expanden sin vallas terapéuticas o higiénicas que las detengan; sacudimientos de tierra que amagan por años hasta descargar de pronto el golpe mortal de un terremoto, como el último sufrido por La Poma en 1930.

Crímenes y fechorías son hechos excepcionales; por lo contrario, peleas entre hombres y palizas propinadas por el marido a la consorte, a fuerza de ser comunes llegan a resultar indiferentes.

Celebraciones y fiestas

Entre los acontecimientos que jalonan el ciclo de la vida pocos tienen verdadera trascendencia. El nacimiento es fenómeno natural y baladí que se produce a veces en pleno campo: parte a la madrugada la pastora grávida con su rebaño; vuelve al atardecer con el recién nacido envuelto en su rebozo. El bautizo se reduce por lo común a pedir que le "echen l'agüita" a la criatura, como sobrenatural remedio para ciertos males.

Los cumpleaños ni se recuerdan.

El rito incaico del *rutichico*, primer corte de cabello del varón, sobrevive desfigurado con la intervención del padrino en la fiesta y las promesas a la Virgen, a quien se ofrenda la cabellera del niño. Deja este desde entonces de ser *simbudo*, pues desaparecen, tras la tonsura ceremonial, las trenzas o *simbas* en las que se recogían sus largas crenchas.

El casamiento, cuando se celebra, y eso después del prudente "matrimonio de prueba", suele congregar concurrencia extraordinaria. Además del afecto personal, la fiesta misma, con sus bebidas, comida, cigarrillos y coca, son motivos sobrados. En Palermo es todavía más llamativo, gracias a la rosca de bodas, a los consejos del padrino a los recién casados, al desplume del gallo y a la colecta que se llama también "tirar el gallo".

Por fin, al cerrarse el ciclo vital frente al misterio de la muerte, se produce una riquísima gama de manifestaciones colectivas, algunas de las cuales se vinculan con el aspecto que aquí se considera.

Tanto la ceremonia fúnebre propiamente dicha, como el novenario que le sigue y el simbólico "lavado de la ropa del muerto" que se practica a su término, dan lugar a reuniones no siempre recatadas y sobrias. Es cierto que no "se arma baile", pero los brindis son abundantes y reiterados, como en todas las ocasiones semejantes.

El entierro del *angelito* es un intrincado haz de supervivencias y simbolismos, cuyo nudo dramático es el dolor por la muerte del hijo pequeño y el gozo cristiano de considerar su alma cándida convertida en ángel del Señor.

La convicción en la inmortalidad del alma es absoluta y firme. Sobrevivencia no lejana y estática, sino activa y actuante en el mundo de los vivos; el alma "ronda" su casa y los lugares frecuentados durante su tránsito por el mundo y trajina "borrando el rastro". Y más aún. El *espirito* puede ocasionalmente separarse del cuerpo en vida, ya debido a un susto provocado por el Diablo, ya por su encuentro con el Duende que prefiere a los niños. Para que aquel torne a incorporarse al ser abandonado, hay que llamarlo, arrastrar en la noche una prenda del enfermo nombrándolo con lúgubre cadencia y por fin hacer en las cuatro esquinas del cuarto, en sendos tiestos, sahumerios de alhucema, romero y "basurita" de la casa.

Por lo mismo, el día que la liturgia destina a recordar las almas, el 2 de noviembre, tiene tan particular celebración. Se les preparan ofrendas de comida y no escasean diversas prácticas inspiradas en la concepción de la vida sobrenatural del espíritu. Por cierto que después de haber cedido a las ánimas el "zumito" de los manjares, los devoran concienzudamente los circunstantes e invitados.

La inauguración de un rancho recién construido da también lugar a comidas especiales así como a ofrendas que se entierran en el piso de la habitación principal, invocando a Pachamama para que proteja la nueva morada. A la *carpanchada* sigue la *flechada* de la casa en medio de la algazara general.

Las faenas habituales, como la siembra, la señalada o las *corridas* en el cerro tras el ganado cimarrón, son propicios motivos de reuniones y fiestas. La cosecha, la trilla, la *tizada* de lana, ocasiones oportunas para la *minga* y el *trabajo de torna*; se invita entonces a compadres y amigos. Todos juntos realizan la tarea, participan del convite y obtienen una recompensa, generalmente en especie. Pero la retribución principal consiste en que el invitante asista a su vez en calidad de convidado a la casa o al campo de otro, que a su turno convoca para idéntico objeto.

La más honda dimensión espiritual corresponde al aspecto religioso. Ni el trabajo, minado por perezosa pachorra; ni el arte, apenas insinuado en ciertas manifestaciones de la música, la poesía, la danza o el adorno; ni el amor, en el

sentido profundo y depurado del término, logran la permanencia, arraigo y universalidad del sentimiento religioso. Por descontado que no es siempre catolicismo ortodoxo, sino religión entendida y practicada de manera muy particular. Considerando sólo sus manifestaciones colectivas, hay que tener presente que la extensión casi inconmensurable de las parroquias no permite cumplir debidamente la misión sacerdotal. Algunos oyen misa cuando los misioneros llegan al pueblo o a las fincas. Ellos administran los sacramentos y explican la doctrina a quienes acuden; pero su acción catequística se diluye en los largos períodos de ausencia. El patrón mismo solemniza a veces ciertas fechas con procesiones y rezos de Vía Crucis hasta la "Cruz de la Misión", levantada por los Padres a la vera del camino o en la eminencia del cerrito próximo.

El culto a los santos y a la Virgen degenera en adoración idolátrica de la imagen correspondiente. Hasta se da el caso de confusiones pintorescas: inducidos por el apellido, más de uno encienden piadosas velas y hacen promesas ante el retrato del General José de San Martín.

Si alguien asegura que la Virgen "se ha aparecido" en determinado paraje del cerro, traen en andas las piedras, plantas o yuyos que rodean el lugar, tal como la imagen de un santo doméstico en los *misachicos* habituales.

Para detener el ventarrón o la tormenta desencadenada, no sólo acuden a la cruz de ceniza en el patio, sino que sacan también las palmas benditas el último Domingo de Ramos.

Por otra parte, ¿qué sacra entidad católica logró nunca desalojar a *Pachamama* o a *Coquena* de las invocaciones y ofrendas de esta gente cuando se trata de impetrar el éxito de una cacería de vicuñas, asegurar una pingüe cosecha; procurar prosperidad para la casa nueva, trasponer sin fatigas ni *apunamientos* los tramos más altos de los caminos cerreros?[93]

A veces las viejas divinidades prehispánicas intercambian con los santos cristianos sus poderes. Así San Isidro Labrador es llevado en andas por sus *esclavos*, no en la fecha que según el calendario le corresponde, sino el 6 de enero, a través de rastrojos y sembrados para fecundar la tierra.

No obstante, las celebraciones católicas predominan, como es explicable, de manera absoluta.

El 2 de febrero, en Molinos, la procesión ecuestre de los *alfereces* honra a Nuestra Señora de la Candelaria y constituye una de las fiestas más imponentes y lucidas del Valle, como lo evidencia la multitud de fieles que congrega.[63 bis]

En Cachi, para el Jueves Santo, los hombres forman en la iglesia una guardia de honor ante el Monumento y la cumplen con seriedad y estrictez hasta la madrugada del Viernes.

Como fiesta popular, se asiste, en la plaza del pueblo, al quemado del Judas, cuyo testamento, sucesión de pullas certeras para todos los vecinos, se lee a grandes voces.

El 3 de mayo, día de la Cruz, llevan coronas de flores artificiales hasta las cruces de misión, a las levantadas en memoria de muertos por accidente en el sitio mismo del suceso y, en Palermo especialmente, a las crucecitas que coronan airosamente los techos de los ranchos.

Hacia el norte del Valle, conmemoran a San Bartolo descuartizando por parejas una media res de chivito, llevada en balancín, como en danza ritual. Sostenida de las patas delantera y trasera, debe ser partida mediante golpe brusco y certero que a veces desconyunta al contrincante.

Cardones, tolas y cortaderas arden alegres en las quemazones encendidas por los *changos* en la *playa* del río o en la *costa* de los cerros, para San Juan y San Pedro, las noches del 24 y 29 de junio, respectivamente. A esto alude la estrofa:

¿Qué haremos compañeritos
con estos hombres sentaos?
Parecen troncos quemaos
de los "sanjuanes" pasaos.

Durante la primera fecha, son típicos los juegos con agua, que en las rigurosas mañanas del norte queda escarchada sobre los ponchos. Se trata también

de escrutar el porvenir mediante las *suertes de plomo,* interpretando el significado de las caprichosas figuras que forma cuando, derretido, es echado al agua fría.

San Santiago, caballero en su corcel blanco y San Isidro, el santo labrador, se llevan la preferencia, gracias a la identificación de sus atributos con las propias actividades cotidianas. Por eso celebran a San Santiago con desenfrenadas carreras a caballo y adornan a San Isidro con frutos de la tierra.

En la *sala,* los propietarios y administradores suelen preparar el tradicional Nacimiento. Animales de barro, de ingenua factura, acompañan al Niño, rodeado de flores; sobresale el *amancay*, delicado y fragante lirio de los valles, entre salvias e incayerbas, saliva-de-la-Virgen y cortaderas de airoso penacho.

Las mujeres y los niños cantan los villancicos de ayer y de siempre:

¿Dónde está María?
En su corredor
lavando pañales
para el Niño Dios.

¿Dónde está José?
En el corredor
labrando una cuna
para el Niño Dios.

Ya viene la vaca
por el callejón
trayendo la leche
para el Niño Dios.

San José y la Virgen
y Santa Isabel
andan por las calles

de “Jerosalén”

preguntando a todos
del Niño Jesús;
todos les responden
que ha muerto en la Cruz.

V

EL CARNAVAL CALCHAQUÍ
FUNCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LAS FIESTAS

Así se suceden, a lo largo del año, las fiestas, las celebraciones, los acontecimientos familiares o aldeanos que ponen su nota animada y simpática en la monótona sucesión de los días. Son el espontáneo correctivo de penosas limitaciones. Tienden a expandir una dimensión psicológica apocada y mezquina; resarcen periódicamente de la desvinculación social impuesta por el aislamiento, por los trabajos que enraizan a los hombres en su terruño, como los cerros a sus cardones. También aquellos son, en su externa apariencia, erizados y hoscos, pero ricos en savia interior. Cuando las circunstancias favorecen, se abren asimismo entre sus espinas flores de emoción comunicativa y radiante alegría. Las fiestas mencionadas son el estimulante clima para esta floración. De allí que constituyan el mejor medio para penetrar hasta esos estratos del alma vallista, normalmente replegada e impasible. Y por eso también cumplen la trascendental función de acercar a las gentes, de iniciarlas en el trato social y pulir sus maneras, de matizar la rutina y descansar el cuerpo y el alma de su diaria fatiga. Gracias a ellas se ponen en contacto con el misterio del arte en el ritmo de la canción y en la tersa donosura de versos pulidos como cantos rodados por la corriente de los siglos. Los modales cerriles se suavizan con los giros elegantes de las danzas nativas. Las amistades de los mozos, forjadas junto al surco o en las recias fatigas de la doma, agregan a su vínculo el sello cordial de la sonrisa y de la chanza. Los furtivos encuentros de pastoras y gañanes en los cerros, se hacen relación más encauzada y estable, pese a su desborde ocasional. Y para muchos, son dulce oportunidad para ver iluminarse el brumoso horizonte con alborada de amor.

Mas no todas las fiestas llevan en sí idéntico impulso. De las dichas, algunas se van adormeciendo como un rescoldo no avivado, y sólo el soplo del

recuerdo aventa las cenizas. Se celebran con menor entusiasmo o pierden poco a poco algunos de sus episodios más característicos. En la actualidad resultan lánguidas y frías y las escenas parecen las de un tapiz decolorado por los años.

En otros casos, si se considera la festividad en sí misma, resulta simple accesorio de otra preocupación principal, que absorbe psicológicamente a los circunstantes. Tal ocurre con las que acompañan ciertas etapas del trabajo habitual, como la siembra, la señalada o las *corridas.* Aquí la preocupación obsesionante es la abundancia de la cosecha, la feracidad de la tierra, el *multiplico* de la majada, el éxito del rodeo. Al interés patrimonial se unen las complejas propiciaciones mágicas que ponen en las ceremonias su nota severa y trascendente.

Ciertas fiestas son y han sido siempre de carácter local dentro del ámbito del Valle. Cada pueblo o paraje da especial énfasis a una celebración sobre las demás. El día del patrono del pueblo o el del santo de particular devoción de quien puede costear la fiesta, se recuerda y conmemora con alcance puramente vecinal. San Santiago, por ejemplo, se festeja en La Poma y Palermo, pero pasa casi inadvertido en otros puntos. Semana Santa (con su "quemado" y "testamento" de Judas), así como San José, hallan en Cachi amplia acogida; la Asunción de la Virgen, en Rancagua, desde donde parte la animada procesión. La Inmaculada congrega muchos vecinos en Payogasta y la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria, con su lucida escolta ecuestre de *alfereces,* paseo ritual de estandartes y batir de banderas por las calles de Molinos, es sin duda una de las más lucidas e imponentes.[63 bis]

Las reuniones que provocan acontecimientos familiares, felices o infaustos, interesan, por eso mismo, sólo a los allegados y parientes. Las *mingas* movilizan en particular a los vecinos o amigos que intercambian su trabajo y su ayuda. Los *misachicos* arrastran tras de sus andas floridas, al compás del bombo y de la *caja,* a un reducido grupo de *esclavos* del santo y a los consagrados a su particular devoción.

En las ceremonias fúnebres, novenarios y lavatorio ritual de la ropa del finado, intervienen, desde luego, los deudos y amigos muy íntimos. El Día de las

Almas, sobre todo para quienes tienen "alma fresca" a quien ofrendar (es decir, fallecido en el curso del año), suscita más general intervención. Pero en principio falta el baile, aunque sobre con frecuencia la bebida, y la propia naturaleza de la celebración constriñe el ánimo. El ambiente se impregna de un típico hálito de supersticiosa reverencia hacia los muertos y sus almas, enfriando enardecidas expansiones. Un lazo sutil e indefinible, presente hasta en la insistencia de los *obligos,* parece oprimir el corazón como ante una medrosa expectativa.

EL CARNAVAL

Una fiesta hay, libérrima y única. La fiesta por antonomasia. La que parece saciar una apetencia ingénita en el hombre, pues con denominación diversa y características distintivas aparece en todas las épocas y las culturas más dispares.

Vencedora del tiempo, acumula, a través de los siglos, reminiscencias paganas de la antigüedad grecolatina y quintaesencia de tradiciones medievales. En nuestro caso americano, perfecciona su mágica fórmula con zumos indígenas que, desde soterrados estratos, ascienden y alimentan el vigoroso retoño trasplantado de Europa.

Fiesta de la alegría, del exceso, del desborde. Zambra estrepitosa, reinado del vino, del juego y de la danza. Igualadora de todas las clases y jerarquías, con el rasero del canto en común, de la embriaguez general, de las cabalgatas tumultuosas, de la pulla regocijante, de la mascarada que recata la personalidad para desbridar la licencia.

Tal es, con sus galas típicas y sus expresiones pintorescas, el *carnaval calchaquí.* Por cierto que no hace sino matizarse con el colorido de sus modalidades lugareñas, pues en esencia es el carnaval de tantos otros puntos del país, de América, de Europa, en una palabra, de todo el mundo occidental.

A diferencia de otras festividades recordadas, no aparece languideciente y decrépita. Por lo contrario, subsiste con toda plenitud y lozanía. Algunas de sus

características de antaño han cedido el paso a otras que, para ciertos gustos, resultan menos expresivas y gratas. Pero esto no es sino un nuevo ejemplo de la vitalidad proteica del folklore, que sin desvirtuar su fisonomía se renueva sin cesar, incorporando a su esencia los aportes nuevos que los tiempos traen.

No es tampoco el carnaval mero accesorio o complemento de otra actividad o preocupación dominante. Por el contrario, el dios Momo no admite compartir su reino. Ningún trabajo ni obligación debe perturbar la algarada libre y gozosa. Es ella medio y fin de sí misma. Su esencia es desentenderse de todo para absorberse en el fin único y excluyente de divertirse y olvidar, entre los vahos de la *chicha* o el giro del baile, que la realidad y la vida esperan impasibles su desquite.

Para el carnaval no valen localismos. Salvo los matices diferenciales, en todo el Valle (para no mencionar sino el campo acotado de este estudio) se festeja con pareja vehemencia.

A la difusión geográfica agrega otro rasgo vitalizador: la unanimidad. Nadie hace oídos sordos a su retumbante llamado. El son de la *caja* a todos congrega. Niños y ancianos, mozas y rapaces, hombres y mujeres, padres e hijos, acaudalados y zaparrastrosos intervienen con igual derecho y sin más diferencia que la personal aptitud para el bullicio y la actividad en el zapateo o las pechadas a caballo.

El carnaval es libertad. Acaso allí resida su más íntima esencia. La ley consuetudinaria es que toda ocupación se abandone ante su convocatoria irresistible. La holganza no es en tales días dejadez reprochable. Del mismo modo, por estricta inferencia, se llega a la curiosa convicción de que otras vallas sociales pueden ser violadas. La embriaguez deja de ser un traspié, una violación de la conducta que el consenso social considera correcta. Es verdad que una *tranca* ocasional no levanta resistencia acerba y que la sociedad es en este aspecto desaprensiva y tolerante; pero también lo es que el borracho tiene conciencia de haber contravenido la norma establecida por su grupo. El carnaval da, en cambio, una especie de patente de corso. El ánimo se siente libre de toda ligadura. La insistencia con que día tras día, interminablemente, se brinda con *chicha,* con *aloja,* con vino y con cerveza, hasta caer rendido, ya no es por cierto una falta, sino

más bien un derecho practicado a conciencia. Y hasta una obligación. Nadie se expondría a rechazar un *obligo,* brindis irrenunciable y de aceptación forzosa.

Y así, de la libertad se llega a la licencia y acaso al desenfreno. Nadie extraña que se baile hasta descoyuntarse, que se cante hasta que la aguardentosa ronquera impida entender los versos de la copla. Abandonan los hombres el trabajo, las mujeres su casa, las sirvientas sus conchavos, los peones sus tareas. Todos parecen cumplir una secreta consigna. Excitan a los potros con carreras y los sofrenan en *rayada* espectacular; rivalizan en recias *pechadas* con caballos tan enardecidos como los jinetes; todos soportan el cargoseo de los graciosos, y, estimulados por el general relajamiento, los *changos* hacen estallar cohetes entre las patas de los animales, provocando revuelos y caídas, en tanto que la tibieza de la noche estival acrecienta la osadía de los jóvenes y predispone el consentimiento de las mozas.

Carnaval calchaquí, que esconde en sus excesos mucho de misterio y algo de grandeza. Cifra de tradición milenaria, compendia urgencias báquicas y prácticas de aquelarre medieval.

No hay que ver en él inconveniencias que lesionan una recatada moral lugareña, sino estallido, muy debilitado por cierto, de presiones psicológicas y sociales que fermentan en el espíritu de la humanidad desde el amanecer del mundo. Un sabio equilibrio contrapesa estas indomeñables fuerzas del alma, como armoniza el giro de los astros y la estructura de los átomos. Acaso sin esos desahogos, cuando la naturaleza, la vida y la muerte oprimen y sofocan, hubiera estallado, con más peligrosas convulsiones, el corazón del hombre.

PREPARATIVOS

Así es en su culminación el carnaval; así cuando manifiesta la tremante esencia de su carácter. Pero en los Valles Calchaquíes no nace en forma súbita y explosiva. Por lo contrario, tiempo antes de la fecha, parece percibirse en las cosas,

en las personas, en el ambiente, algo como una vibración indefinible, anuncio del acontecimiento próximo. La observación acuciosa puede descubrir estas manifestaciones sutiles. Una es la palabra dicha al pasar, en el encuentro ocasional, que recuerda los días que faltan para febrero. Aunque es el carnaval fiesta movible, en la expresión popular se lo vincula con ese mes, cuyo nombre es casi sinónimo de la fiesta. Es también la época de las lluvias estivales y de ahí la expresiva sugerencia que brota en la tonada:

Llegó febrero,
cayen *las coplas*
como aguacero,

en la cual *cayen* equivale a "caen" pues para los paisanos el verbo es *cayer*.

Reflorecimiento de las coplas

Alguien ha hecho sin duda una visita a don Colque, el *cajero,* famoso porque sabe fabricar las *cajas* o tambores de carnaval con notable perfección. Si ha ido para encargarle una con tiempo, eso está revelando un preparativo, una preocupación que pone alerta a todos los demás. Se hacen cálculos de fechas, se piensa en la faena pendiente y en la interrupción obligada; al entonarse el ánimo se distienden los labios en amplia sonrisa que pregusta la fiesta.

Después de la jornada, al atardecer, a la hora de desensillar, no es extraño advertir que se emprende una marchita rápida hacia un rancho vecino. En el saludo de los amigos hay más animación que de costumbre. El coplero prestigioso recibe el pedido y la advertencia. Debe irse preparando. Tienen que repasar las coplas y tonadas sabidas. Acaso alguien aporte otras nuevas. Acontecimientos políticos o episodios aldeanos inspirarán sin duda algún estribillo alusivo y punzante. Se concierta la reunión, en el rancho o en el almacén de Amalio Vilca. De la astilla clavada en la pared de adobe pende la *caja* carnavalera. ¡Con qué complacida

emoción se la descuelga! Se le quita el polvo a fuerza de soplidos o refregando el aro con la manga, para que las flores y corazones pintados reaviven sus colores violentos. Y sin duda en ese instante el propio corazón también se anima, estrujando la sangre con cálida presión. El cuerpo todo se tonifica ante ese influjo y se siente el suave deleite de tomar la *caja,* estirar sus parches, ajustar las trabas, tocarla con golpe suave, que no es percusión sino caricia. Siente el "tun-tun" del corazón emocionado y a su ritmo acompasa su recuerdo:

Amada cajita mía,
los dos debemos cantar:
tú con tu suave armonía,
yo con mi voz desigual.

Desde entonces, mientras se cambia de potrero a los toros, se emparva el trigo o se arman los *percheles* de alfalfa; en el momento de la comida o en tanto se concilia el sueño sobre el catre rústico; en fin, en todo instante propicio, se escarba la memoria en procura del verso semiolvidado, de la palabra rebelde que voló de la mente por ser incomprendida. No se desanima por eso el cantor. Le faltan letras, pero le sobra inspiración. La poesía misma ampara a veces estas almas en trance y nace así la variante feliz de la estrofa consabida. Acaso tenga éxito en la reunión que se avecina y todos la cantarán a coro durante el carnaval. Tal vez perdure, como tantas otras que él repite. Palabras volanderas que vienen de otras tierras y otros tiempos, pero que viven más que los hombres y los pueblos y parecen eternas. Herencia que cada generación transmite a la siguiente, por años y siglos. Mas por ser herencia, no es esta transmisión entrega mecánica de legados inalterables. Los procesos son dinámicos y no anquilosados. El folklore es vida en germinación constante. No yerta arqueología, sino tronco dispuesto a dar sus brotes y sus flores en cada primavera. En realidad, a fuerza de repetir un texto tradicional, se producen, consciente o inconscientemente, queriéndolo o sin querer, para bien o para mal, alteraciones y variantes. Son muchos y muy complejos los factores

intervinientes, tanto psicológicos como físicos y sociales para que haya identidad absoluta entre el dato recibido y la versión que se transmite. La fluente naturaleza del folklore significa que el juego de reelaboración, de refundiciones y variantes, es prácticamente infinito.

¿Todo es entonces pasajero y tornadizo? ¿La tradición no tiene imperio? Por cierto que sí, pues aquella fuerza de tendencia individualista y anárquica halla su límite en otra encauzadora. Tal como fluyen sin cesar las aguas y es siempre el río reconocible; tal como da el árbol cada año frutos distintos que parecen idénticos.

También las coplas, cuando "febrero llega", florecen en el recuerdo y en los labios del cantor. Fielmente reproducidas a veces, otras deturpadas o embellecidas. Pero el coplero no las hace revivir para sí solo. Serán cantadas en rueda, en grupos, por quienes con más o menos aptitud las saben y recuerdan también. Este rasgo colectivo, esta intervención simultánea de muchos agentes, neutraliza las desviaciones excesivas mediante una especie de vuelta a la huella, de reiteradas aproximaciones al paradigma común. Pues en la mente de cada uno, pese a la bruma del tiempo, hay siempre una imagen reconocible del cantar que, una vez más, se entona en común. No obstante las variantes ocasionales, los matices, episodios y detalles variables al infinito, perduran los rasgos esenciales. Hay eterna pugna entre tendencias conservativas e innovadoras. En el folklore triunfan aquellas. En nuestro caso, cada cantor siente en sí, aunque no tenga conciencia de ello, la constricción de lo establecido y vigente, de lo heredado y tradicional, que como un cerco vigilante impide la desviación demasiado audaz, sofocándola al nacer por obra de la incomprensión, la indiferencia, la burla o el encono de la mayoría. De allí que lo accesorio y episódico dé aparente campo para el desahogo de la fantasía creadora, del espíritu innovador, de la inspiración fecunda, sin que por eso dejen de reconocerse, en los versos que subrayan los toques de la *caja* calchaquí, fragmentos adaptados de romances tradicionales españoles, que parecían ya antiguos en el Siglo de oro. Coplas de los cancioneros populares de la Península se repiten textualmente. En el almacén de Amalio Vilca pueden recogerse, como

doblones de oro desparramados al descuido, versos áureos de Góngora o de Lope.

En alguna ocasión el coplero popular es verdadero poeta. Su innovación es audaz, su invención lírica absolutamente nueva y personal, pero interpretan mejor el ideal o el sentimiento de todos. Ya deja de ser simple variante para convertirse en cabeza de un renovado proceso. Si el consenso colectivo las juzga dignas, perdurarán en la memoria. Sin duda algún día las cantarán los biznietos ante sus hijos. Y después de un siglo de vigencia estarán tan frescas y vivientes como hoy, recién nacidas de la imaginación del modesto trovador calchaquí, que cabalga ensimismado por sendero bordeado de algarrobos. Así ocurre a su turno con algunos versos que se agolpan en su memoria. Por ejemplo, los dos últimos de la copla que ahora recuerda, fueron popularizados por el *Martín Fierro,* dos generaciones atrás:

Cuando me paro a cantar
no tengo cómo acabar:
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Como un eco modificado de la misma idea, que pondera esta lírica aptitud, oí en Molinos:

Quince días he cantado,
recién me voy componiendo:
yo soy como el agua nueva
cuando recién va corriendo.

Y por fin, traducida con esta sabrosa imagen local:

Desde abajo me'hi venido
pasando por las salinas;

vengo derramando coplas
como máiz pa las gallinas.[*]

Se realizan, por fin, las reuniones preparatorias. Dos, tres, media docena, se congregan en el rancho más próximo o en el boliche más acogedor. Cada uno lleva su bagaje poético. Se conversa, se intercambian noticias sobre preparativos o intenciones de bailes y convites. A modo de ensayo, la chicha y el vinillo de Seclantás o de Angastaco, circulan generosos. Los discretos murmullos iniciales se salpimientan de chistes y risotadas. El dueño de casa facilita una *caja.* En la serenidad de la noche silente el tun-tun del tambor, tocado como con sordina, apenas significa una vibración apagada, como levísimo anuncio de un sismo lejano. Las coplas que lo pregonan son las primeras en aparecer:

Ya se viene el carnaval
por el camino de Salta,
aquí lo estoy esperando
para el domingo sin falta.

O bien, con expresión más lírica, pero con localizadora referencia al paisaje:

Ya se viene el carnaval
por medio de los cardones,
haciendo llorar las piedras,
cautivando corazones.

Esta es la ocasión para urdir las novedades poéticas del año. Más que las coplas, preferentemente tradicionales, son las *tonadas,* estribillos pentasílabos que se intercalan entre los versos de aquellas, las elegidas para tales desahogos. Así por

[*] Cuando no cito la fuente bibliográfica, debe entenderse que he recogido personalmente la copla en el Valle Calchaquí; la versión puede coincidir, desde luego, con otras publicadas.

ejemplo, en una oportunidad por coincidir el carnaval con ciertas elecciones, el Gobierno provincial prohibió durante esos días el despacho de bebidas alcohólicas. Se procuraba evitar nuevo motivo de reyertas y tumultos, ya que los ánimos estaban exaltados por la pasión política. Cobraron entonces popularidad estas tonadas, en las que se alude a "Nación", aunque el decreto era provincial, y se habla de "impuesto", a pesar de que se trataba de prohibición de expendio de determinadas bebidas:

Poca diversión
causa'el decreto
de nuestra Nación.

Qué poco licor
causa'el impuesto
del Gobernador.

Lo interesante no es por cierto la exactitud en la terminología jurídica, sino la evidencia de la repercusión que tuvo en los ánimos la medida gubernamental, al despojar a la fiesta de su nota más íntima y característica.

Todo esto anticipa la celebración varias semanas. Los apagados murmullos, los toques algo ensordecidos van cobrando fuerza como en el crescendo de una imaginaria orquesta, dispersa en toda la extensión del Valle, pero concordada por una misma pasión e idéntico entusiasmo.

La noticia cunde. Los ecos despiertan una animación dormida, y el domingo siguiente, por ejemplo, ya no son un rancho o dos los centros de reuniones semejantes, sino muchos más, a lo largo del río, en las quebradas sinuosas y ocultas, en las faldas de los cerros, en los almacenes que jalonan siempre los anchos caminos, en la plazuela del pueblo, en el traspatio de la *sala,* que congrega al patrón guitarrero y al peoncito cantor.

La caja chayera

¿Quién no sabe que para gozar plenamente un carnaval "vallisto" hay que disponer de una *caja chayera?* El ejemplo de unos cunde en los otros. El que no la tiene procura *mingar una al máistro cajero.* Por eso las visitas a don Colque o a don Ramón Maita, los artesanos de reconocida destreza, son muestras de que se avecina el carnaval.

En tono festivo ya lo comenta la copla:

Carnaval ya diz que viene
adentro de su tambor,
con una pulga tirando
y un sapo de redomón.[*]

Muchos viejecitos han cantado con *caja* desde niños; todos la han tocado alguna vez; cada rancho cuenta con una entre sus bienes más preciados; pero pocos, nativos o especialistas, han asistido al proceso gracias al cual nace una *caja* a la vida. A esa vida privilegiada, hecha de supervivencia y tradición, de fuerza sugestiva y de poder emocional.

¡Y vaya si hay tradición y supervivencia en las *cajas* carnavaleras! Los españoles de la conquista usaron atambores. Los arqueólogos, por su parte, comprueban su existencia desde los períodos preincaicos hasta los tiempos de Atahualpa y desde el Ecuador hasta la región diaguita. El Padre Bernabé Cobo[54] nos dice, hablando de los incas, que "el instrumento más general es el atambor, que ellos llaman *huancar.* Hacíanlos grandes y pequeños, de un palo hueco tapado por ambos cabos con cuero de llama, como pergamino delgado y seco" (t. 4, p. 228). El cronista indio Felipe Guamán Poma de Ayala,[132] al referirse a las fiestas de los andesuyos y collasuyos, anota que "tocan" y "tañen" tambores, y en los sabrosos

[*] CARRIZO: *Antiguos cantos populares argentinos,* nº 99, página 145. [45]

dibujos con que el autor ilustró su texto se los puede identificar con nuestras *cajas* de hoy. El Inca Garcilaso de la Vega, Acosta y Betanzos confirman el dato; Pedro Pizarro[131] nos anoticia que la misma acompasada percusión solemnizaba el culto de los muertos, y al decir de Cobo[54] "celebran estos llantos bailando al son de sus atambores y cantando endechas tristes y lamentosas" (t. 4, p. 237).

Existieron también tamboriles o adufes más pequeños, llamados "tinya", acaso de una sola membrana, tipo que, para Nordenskjöld,[122] constituye "el verdadero tambor indio" de las tribus chaquenses (p. 164).

¿Cómo han mezclado sus aguas estas dos soterrañas corrientes, la española y la india? El proceso actual de fabricación de la *caja* ¿no dejará enseñanzas y sugestiones? Creo justificado divulgar estas noticias, desconocidas por la mayoría y no tan minuciosas ni en los libros técnicos. Con sobrada autoridad ha sido abordado el tema desde el punto de vista musicológico,[163] en el cual, de propósito, no quiero entrar. Sólo intento contar modestamente lo que presencié al seguir desde sus primeros pasos la fabricación del secular acompañante de la algazara calchaquí. Me empeñé en observar el procedimiento desde su iniciación y, por así decir, desde que la madera del aro era sauce y los parches predestinado cordero. Tuve oportunidad de hacerlo despaciosamente, instalado cerca de La Paya, aquel famoso lugar donde Juan B. Ambrosetti[5] exhumó la "ciudad prehistórica", en uno de cuyos sepulcros halló, precisamente, restos de un tambor y un "palillo ornamentado con dibujos grabados"; lo cual confirma que también en el mismo lugar, escenario de estas evocaciones carnavaleñas, los indígenas prehispánicos contaron con este instrumento entre sus bienes culturales.

Cómo nace una caja

Si el lector se representa una *caja,* es decir un tambor de 40 a 50 cm. de diámetro y 12 a 15 de altura, podrá fácilmente reconocer sus partes y aplicarles la nomenclatura. Por de pronto los *parches* o sonadores, cosidos periféricamente en los *arquitos,* anillos hechos con varillas de caña que calzan, ensamblándose, en los

bordes del *aro* o marco cilíndrico, el cual constituye la estructura rígida de la *caja*. Ambos arquitos están sujetos entre sí por un cordón o tiento fino que los une en zig-zag y termina, como remate, en una manijita, el *agarrador*, con el que se sostiene en alto el instrumento cuando se toca. Los distintos tramos de ese cordón se apresillan entre sí con las *trabas* u *ojales* de tiento o de suela. Sobre el parche posterior, generalmente de cuero más delgado, se asienta diametralmente un cordoncillo fino, de cerda o hilo trenzados: es la *chirlera*. La percusión se hace por medio de un palillo (en otras regiones se usan dos) llamado *huastana*, de unos 20 a 25 cm. de largo, generalmente cilíndrico, en uno de cuyos extremos, con un trocito de género o cuero muy delgado bien cosido, se recubre, prensándolo enérgicamente, un poco de lana o algodón.

Según autorizado testimonio, es *guastana* el "hilo que estiran [sic] los aros para extender el parche",[*] pero yo no he oído el término con esa acepción. El pareado (Nº 4245) que sirve de base a la nota aquella, deja por cierto la duda, desde que puede aludir a una u otra cosa:

Tamborcito pansa i sapo
Guastana de cola i gato.

El aro o marco se hace de madera de sauce, algarrobo o chañar; de esta última dicen que es "venosa", porque la estructura de sus fibras le da flexibilidad. Según informes y referencias, no faltan ejemplos de *cajas* hechas con troncos ahuecados (común en otras regiones), con envases de lata vacíos y reducidos a cilindros y hasta con gruesas lonjas de cuero crudo. Los primeros casos son, con mucho, los más comunes.

Se elige un tronco o rama de grosor y longitud proporcionados con el tamaño que se quiere dar a la *caja* (por ejemplo, 1.50 x 0.14 m.). El tronco es reducido con suma destreza, sin más instrumento que una azuela, a un verdadero

[*] CARRIZO: *Cancionero popular de Salta,* p. 681. [47]

tirante de sección rectangular. Alisada una de las caras, se obtiene con el serrucho, a fuerza de paciencia y habilidad, un listón de un grueso aproximado de 2 a 3 milímetros.

Se moja el listón en el agua clara de una acequia y se lo deja extendido en la orilla para que se humedezca convenientemente. Entre tanto, se calienta al rojo uno de los extremos de una barreta cilíndrica de hierro, la cual se sujeta horizontalmente por el otro, en una mesa, tabla fija o cajón. Llega el momento culminante del proceso: el encurvado del aro. El operario apoya el listón sobre el hierro caliente comenzando por uno de los extremos, al par que ejerce una proporcionada presión. Es menester combinar con maravilloso cálculo la temperatura decreciente de la barreta, el grado de humedad de la madera, la presión que se ejerce sobre ella, el número de veces que se ponen en contacto el listón y la barreta enrojecida. Estos y otros factores, intuitiva y empíricamente armonizados, producen el espectáculo interesante de ver cómo, al finalizar la operación, el listoncillo, encurvado por la acción del calor, une sus extremos, constituyendo un aro perfecto.

Sólo falta adelgazar los bordes en bisel, unirlos con tachuelas o coserlos con tiento delgado y queda cumplida la primera etapa en el nacimiento de la *caja.* A veces se requiere un retoque, y, ya armado el marco, se corrige algún defecto de su buscada redondez.

Una vez seco se le suelen pintar franjas rojas, amarillas, azules, blancas. El adorno se completa, cuando las aptitudes del ejecutor lo permiten, con figuras de claveles y sangrantes corazones... Los antepasados incaicos, mucho más suntuosos, tenían, dice Cieza de León,[52] "atabales de oro, engastados algunos en pedrería" (p. 167).

La especialización en la tarea no consiente que la misma persona se encargue de preparar el aro y "armar" el conjunto; de esto último se ocupa el *cajero,* dicho sea el término en este particular e inusitado sentido. El primer paso del proceso ha venido realizándose desde tiempo atrás: se refiere a la preparación de los cueros para los parches. El manipuleo propiamente dicho comienza con

escenas dignas de admirativa observación. Sobre una mesita, que en casos es una simple tabla, se extienden los cueros que han estado en un *virque,* gran recipiente de barro, remojándose en agua a la que suele agregarse un poco de sal o de alumbre, aun a riesgo de resecar los parches. Se prefieren ollejos de vaca, cueros de oveja o de vizcacha. Y no faltan de cabra, como se infiere de la copla:

Dale golpe a ese tambor
que se acaba de rajar,
para eso hay cuero de cabra
pa poderlo remendar.[*]

En estos últimos casos, hay que despojarlos previamente del pelo o de la lana sin perjudicarlos. Para esto se los deja en lugar sombreado y húmedo "con la lana pa adentro" hasta que un comienzo de descomposición permita pelarlos suavemente con la mano. Procedimiento más acelerado, pero también de mayor riesgo, es exponerlos unos momentos al sol, mojados y envueltos. Hay que tener mucho tiento para que no "se pasen" y queden inútiles. Las operaciones subsiguientes de descarnado, alisadura y adelgazamiento de los cueros se hacen exclusivamente con cuchillo. Aquellos llegan a tener a veces apariencia de finos papeles de seda y el observador no deja de inquietarse al ver discurrir sobre la superficie sutil la filosísima herramienta.

Los cueritos son luego envueltos en un trapo y entre tanto se preparan, con varillas de caña de 4 a 5 milímetros de ancho o con tronquitos flexibles de poleo, los *arquitos,* es decir los anillos hechos sobre la exacta medida del aro.

Vuelven los cueros a la mesa, después de lavados con jabón y agua clara, y de nuevo el cuchillo cumple la delicada tarea de rasparlos y quitarles el exceso de líquido. Se coloca encima de cada uno de ellos, bien extendidos en la mesita precaria, el arquito correspondiente, se pliegan hacia el interior del círculo de caña

---

[*] CARRIZO: *Antiguos cantos populares argentinos,* nº 112, página 146. [45]

los bordes sobrantes del parche y se cosen con hilo común.

Las distintas partes de la *caja* se unirán entonces. Los arquitos con sus parches se ensamblan ceñidamente en el aro o marco; sobre la superficie exterior de este, un fino tiento o cordón preparado con piolín de coser bolsas, une ambos arquitos alternativamente, siguiendo alrededor del marco una línea zigzagueante. Se cuida que el cordoncillo tenga longitud suficiente como para formar, con el extremo, una manija o *agarrador* y aun alcance para atar la *huastana*; queda esta unida al instrumento y se evitan enojosos extravíos.

Tirante el cordón que empresilla así los *arquitos,* se unen dos a dos los ramales que forman los ángulos sucesivos del zig-zag con las llamadas *trabas,* las cuales, al ajustar el cordoncillo, aproximan los arquitos y estiran en consecuencia los parches. Uno de estos recibe la percusión y siempre es de cuero más grueso; el opuesto, siendo más delgado, acompaña sonoramente la vibración que el golpe produce. Sobre su tensa superficie se asienta, tendido diametralmente, un fino trenzado de cerda: es la *chirlera,* que azota levemente el parche, prolongando la percusión con estremecida resonancia.

Hacia el sur, en pagos catamarqueños, como Belén y Santa María, no faltan cintas de colores que adornan gallardamente las *cajas* con policromas cabelleras. También allí el "temple" de la *caja* adquiere contornos de verdadera ceremonia tradicional. Suele realizarse después de la merienda, y tiene carácter privado, porque sólo concurren guitarreros y cantores de fama. Estos toman asiento en el patio, bajo un algarrobo secular... La charla se inicia comúnmente hablando de la prolongada sequía; de las plagas que atacan los sembrados y de tal o cual animal embichado, y, a medida que pitan sus cigarros de chala y beben vino, se entusiasman. Ante los insistentes pedidos que formulan los amigos, el dueño del rancho consiente en exhibirles su obra de arte. Todos la examinan ansiosamente y luego se la devuelven formulando auspiciosos votos a fin de que obtenga con ella señalados triunfos y conquistas. Sólo entonces el paisano se anima, e introduce la mano izquierda por el ojal que forman los tientos con que se ajustan los parches, de modo que la caja queda suspendida de su antebrazo. Luego apoya uno de los

palillos entre los dedos de la mano izquierda, el que cae verticalmente frente al parche y con la derecha maneja el otro, iniciando de inmediato la percusión. Al rítmico tun-tun, cada uno de los presentes canta o tararea coplas, pero para obtener que salga "linda, sonadora y nunca falle", es de rigor que canten la vidala titulada *Flor de retama,* cuya primera estrofa dice así:

Te han mandado y te han dicho
que no me mires.
Flor de retama
Obedece a quien amas,
nunca me olvides
sobre tu cama.[*]

Llega el instante de que un nuevo tambor inicie su vida vibrante y sonora. Ávido de cumplir cuanto antes su destino, no consiente reposo apenas nacido. En casa del *cajero* habrá un *chango* que se ocupará de tocarlo un día o dos, constante e incansablemente, para que los parches se sequen resonantes y elásticos. Si llegado el momento, más adelante, es menester templarlo y ponerlo a tono, se aflojan las trabas y presillas, se remojan los parches y se los vuelve a estirar. Otras veces se prefiere exponerlo con precaución sobre un rescoldo a fin de que el aire caliente ayude en este difícil arte de templar el instrumento.[10]

Por cierto que al aproximarse el carnaval es cuando más salen a relucir las *cajas*; pero esto no excluye por supuesto su uso en otras oportunidades. Como expresiva compensación, acompañan también los piadosos *misachicos* que al son de bombos traen la imagen sagrada desde el rancho remoto a la ceremonia litúrgica de la iglesia del pueblo. Según me refería un tinogasteño, los fieles de cierta parroquia remota son llamados a la novena del santo patrono con el insistente retumbo de la *caja*, a falta de campana en la humilde capilla. Mensuras de campos

[*] CANO: *Allpamisqui,* p. 133-134. [39]

dilatados se practicaban, según se dice, con "cajas de una o más leguas"; esta expresión enigmática se refiere a la distancia desde la cual podía oírse su prodigiosa vibración.

Elemento tan representativo en la vida popular del noroeste, no podía dejar de concitar creencias supersticiosas. Es sabido que cuando se suscitan peleas en carnaval, se debe a que una *caja* ha sido construida con cueros de animales enemigos, o bien que un parche es de piel de gato y sin duda alguna lleva en su interior un "cascabel de víbora", vale decir, un anillo de la cola de una víbora de cascabel.

Hasta en los cuentos de carácter mágico aparece la *caja* como elemento del relato. En el llamado "cuento de la vieja", esta, que era bruja, perseguía al héroe y a sus dos compañeros montada en una chancha y al partir de su rancho no olvidó "de alzar la *caja*". Les dio alcance y ellos atinaron a subirse a un árbol. La bruja entonces comenzó a dar vueltas en torno. Y así proseguía la simpática chiquilla que me lo contaba: "La vieja tocaba la *caja:* tun, tun; tun, tun y decía: Caye Juan, y cayó Juan del árbol; y di'ahi lo ató en una bolsa. Tun, tun; tun, tun, caye Pedro, y cayó Pedro; y di'ahi lo ató en otra bolsa. Tun, tun; tun, tun, caye Ángel; tun, tun; tun, tun, caye Ángel y no cayó Ángel. La vieja se subió al árbol: Vas a ver si vas a dar con tu gusto, le dijo. Ángel se subió al último gajo y se pegó un brinco y agarró la caja. Tun, tun; tun, tun, caye la vieja, cantaba davueltando el árbol. Y cayó la vieja. La agarraron y la quemaron con la caja y la cucha [chancha] y todo ceniza nomás quedó."

Actividad popular en las vísperas carnavaleñas

Y así van transcurriendo los días. El carnaval "ya está encima". No se precisa observación demasiado aguda para descubrir preparativos cada vez más patentes. La indefinible vibración del ambiente se trueca en afanoso trajín que denuncia la tensión del ánimo colectivo.

Los almacenes "de ramos generales", que venden desde sardinas en lata

hasta frascos de perfume, ven aumentar los grupos a sus puertas. Despaciosamente, como medrosas o indecisas, se van deslizando al interior las mujeres que piden por fin grandes pañuelos de color solferino, zarcillos relucientes de un dorado dudoso o alpargatas que por esos días sustituirán la *ojota* tradicional. Algún mozo va en procura de "anillos de promesa", que llevan en relieve dos manos entrelazadas; será el sello de un compromiso en cierne.

La vestimenta y presentación personal es asunto de monta. El que no puede adquirir lo nuevo, compone lo usado. El último verso de la copla siguiente lo dice bien claro:

Ya se viene el carnaval
por allá por los cardones;
aquí lo están esperando
remendando los calzones.

Otros completan su indumentaria con más importantes encargos. El sombrero, cuando es *ovejuno* y no de fieltro industrial, exige el concurso de un hábil operario. Él reduce la lana a briznas casi impalpables, sometiéndola, después de tizada, al chicotazo de la cuerda tensa de un arco muy semejante al que sus remotos ascendientes usarían para la flecha mortífera. Estos levísimos plumones de lana que vuelan por el cuartucho que sirve de taller, son luego sometidos a variados procedimientos mojando la lana, bataneándola sobre lisas piedras calientes, *apuñándola* como si con ella se estuviera amasando harina para un extraño pan. Lograda la pasta de lana que se busca, la modela sobre las hormas de madera. Así saldrá el sombrero, impecablemente blanco por lo general, adornado con una cinta común o una lonjita de cuero crudo en la base de la copa y junto al ala, ancha y requintada.

Los teleros y teleras se ven también por este tiempo agobiados de encargos o *mingas.* Quién un poncho, quién un rebozo, quién una faja. Los telares rústicos trabajan sin descanso; los pedales mueven los *lisos,* alternando los hilos de la trama

y el *peine* da sincrónicamente su sordo golpe apretando el tejido. Telas más finas se tejen con *pala* en lugar de peine, y los ponchos, especialmente de lana de vicuña, se hacen en finas urdiembres tendidas en armazones especiales, sujetas en simples estacas sólidamente plantadas en el piso de tierra.

La mayor actividad de los teleros presupone compra de lana o de cueros sin trasquilar, lo cual incita a su vez a los cazadores de llamas y de ya escasas vicuñas, perseguidas hasta en los cerros casi inaccesibles.

Los simples cueros de oveja o de cabra son buscados para preparar *pellones*, prenda importante de la montura salteña. En verdad los caballos y sus arreos merecen tanta preocupación y cuidado como la propia vestimenta, y aun en ciertos casos mucho más. Es un motivo de orgullo, una oportunidad de ostentación muy gaucha y, hasta cierto punto, es también una necesidad tener buenas monturas para animales que contribuyen al crédito de sus dueños. Lo contrario es uno de los más legítimos motivos de lamentos y quejas:

Este año pa'l carnaval
de pena voy a llorar,
porque no tengo caballo
ni jergas con qué ensillar.

De allí que se acuda al riendero para que trence con finos tientos escogidos, lazos resistentes que se lucirán sobre el anca del *sillonero* preferido; se encargarán también riendas de cuero de anta, prolongadas en larga chicotera a cuyo extremo cuelga la *penca* que fustiga con ruidosa palmada.

Los pelloneros soban y curten los cueros acolchonados que adornarán los *aperos* dándoles al mismo tiempo muelles blanduras, que los viajes de días y días y las jornadas de doce horas hacen necesarias. Salen a relucir las *caronas* con apliques de piel de anta o de tigre y bajo la armazón rígida de la montura se superponen dos o tres *peleros* tejidos a modo de pequeñas alfombras con gruesos hilos de lana multicolor.

Las obras del platero realzan el magnífico conjunto. Cada año se procura completar los adornos y enchapados de las riendas, de la cabezada, de los estribos, del rebenque, del apero mismo. *Bombas* de plata en las lonjas, *copas* a los extremos del freno, aplicaciones de diversa forma y denominación en todos los arreos.

Las cabalgaduras mismas merecen los más solícitos cuidados. Desde la alimentación adecuada para que no estén *charconas* y luzcan, por lo contrario, brillante pelambre, hasta el recorte de los vasos, las herraduras bien calzadas y el prolijo tuse de las crines. Hay en esto refinamientos que podrían llamarse maternales si no fuera absurdo. Según el perfil que dé el tuse a la crin del cogote, el corte tiene su nombre particular. Así algunos prefieren el simple *lomo de pescado,* en tanto que otros se demoran en el llamado *punta de flecha,* combinándolo a veces con el *martillo,* tan difícil de lograr parejo y simétrico, como guarda de un friso antiguo.

Hasta las ancianas que ya no se sienten con fuerzas para participar en la fiesta próxima intervienen, sin embargo, preparando un elemento esencial de los juegos carnavaleros: son las que fabrican el almidón. Hermano del pan, puesto que nace del trigo, es, durante el carnaval, más importante que el alimento mismo. Su albura esparcida por todos los rostros es como el signo feliz que distinguiera a los miembros de una comparsa báquica.

En la intimidad doméstica cumple también el almidón un papel mucho más modesto, pero vinculado en cierto modo al motivo central de los preparativos de la fiesta. Las mujeres se dedican con especial ahínco al lavado de su ropa en bateas y a los bordes de riachos y de acequias. Luego es tradicional almidonarla para que adquiera ese aspecto armado y señorial, tan preciado en los añejos tiempos.

Ya en los días inmediatos al domingo de carnaval, no paran en esto los afanes caseros. Donde ha de haber baile y reunión, se agitan las amas de casa en el acopio y preparación de los ingredientes (grasa, *charqui*, dulce, vino) que serán la base de comidas y postres con que convidarán a los concurrentes.

Hasta en el apacible retiro de las huertas infiltra el carnaval sus inquietudes.

Hay que preocuparse de cosechar albahaca, que adornará las batas y cabelleras femeninas, los pechos y sombreros de los hombres. Su fresca y penetrante fragancia se difunde en el tibio ambiente estival. Se cree que aleja al diablo y acaso de allí nace su predicamento en fiesta tan propicia para la intromisión demoníaca.

Preparación de la "chicha", reina de la fiesta

Estos preparativos, como acaba de verse, invaden todos los sectores de la actividad, comprometen sin excepción a los habitantes del lugar, concentran en sí los pensamientos y preocupaciones, templan las almas hasta hacerles dar su nota más pura y culminante. Pues bien, sobre todos los afanes de estos días, uno se destaca como el más connaturalizado con la fiesta que va a celebrarse. Es su anuncio más indubitable y próximo, es su preámbulo obligado, es su condimento más excitante y placentero: la preparación de la *chicha.* Bebida típica, fabricada con harina de maíz, tiene remotísima ascendencia quichua. Su prestigio viene, tanto de su honda raíz telúrica como de su saborcillo algo picante. Su color rubicundo hace pensar en el oro fundido y no sería de extrañar que los incas la consideraran, en momentos de entusiasmo orgiástico, sangre del Padre Sol, concedida a sus hijos para alegría de sus corazones y dichosa plenitud de sus almas.

Su preparación, no sólo es complicada y lenta, sino que hasta hoy parece rodearse de un ambiente de circunspección ritual.

Los *bollos* de harina de maíz y agua caliente, cocidos en el horno, sirven de levadura al cabo de dos o tres días. Se los muele y mezcla con la harina de maíz preparada en grandes *virques* de barro, agregando agua caliente y revolviendo con un largo palo especial, llamado *caivina. Apuñar* esta masa en los grandes recipientes es tarea para la que se requiere habilidad y fortaleza. Inclinadas sobre los *virques* de anchas bocas, las mujeres amasan, con las manos cerradas en puños, la pasta amarillenta. Deben acompañar sus movimientos con todo el peso del cuerpo hasta que la masa comience a desprenderse de las paredes del recipiente y

no se adhiera tanto a las manos y antebrazos, que intervienen enérgicamente en esta esforzada gimnasia. Después de interminable batido con la *caivina,* de incesante agregado de agua caliente, hasta "compartir" el contenido de un *virque* en dos o tres, se logra unos momentos de reposo. Se alivian las cinturas doloridas y decanta el líquido. Se obtiene el *arrope*, después de coladuras y trasiegos. Los cucharones son *mates*, calabazas cortadas por mitad; los coladores, lienzos delgados y, en las regiones sureñas, hojitas de algarrobo.

Dos días con sus noches lleva la operación final de hervir el arrope. El primer hervor especialmente es muy agitado y traicionero; exige atención constante junto al fuego e intervenciones frecuentes para *aventarlo* con los cucharones de calabaza y evitar que desborde el recipiente. Los cuidadores deben turnarse desde luego, mas la misma obligada atención ha formado una costumbre compensadora. Grupos constantemente renovados rodean los fogones. La tertulia se anima con las sombras. Los cuentos y chistes, los cantos con la guitarra, acaso alguna vez un baile improvisado, hacen llevadera y hasta deseable la cansadora tarea. A esto se llama *rondar los arropes.*

Después de tan prolongada cocción, los arropes quedan convertidos en una masa oscura que recuerda la crema de chocolate. Se disuelve por fin en la *chuya* (una de las porciones de líquido separado oportunamente), y después de colado se deja fermentar en grandes tinajas, cuya boca se tapa con trapos. A ellas alude la adivinanza lugareña que dice:

Una vieja borrachita
con la cabeza atadita.

Del seno de estas "viejas borrachitas" sale por fin la *chicha*, alma del carnaval, motor de toda alegría, motivo de las reuniones, espíritu misterioso de la tierra. Por eso después de cada *obligo* (brindis irrenunciable), antes de empinar el vaso tembloroso en la mano insegura, se ve derramar unas gotitas en el suelo. Supervivencia sin vitalidad actual, recuerda la piadosa ofrenda de otrora a

Pachamama, la diosa de la tierra, que a través del maíz infunde en la bebida su propio espíritu, así como la tiñe el sol con sus matices de oro.

Sin duda es cara a esas deidades tal ofrenda. Parecen aceptar el ruego tácito que implora salud, abundancia, paz. Las risas y los cantos celebran este espejismo de felicidad. Desvanecido el frenesí y aplacada la euforia, sólo queda un amargo resabio. Mas no muere en el alma la porfiada esperanza de que el paraíso entrevisto a través de los vapores de la *chicha* se trocará en realidad a partir del venidero carnaval.

La "alojita de algarroba", hermana de la "chicha"

Hermana de la chicha en la celebración es la *aloja* de algarroba. Desde los más remotos tiempos de la América indígena compartieron las preferencias de los diaguitas en sus fiestas y borracheras. Cubrían los algarrobales el sector meridional del Valle y se extendían interminables hacia el sur. Se cuenta de un extranjero que en Colalao se metió a campear en ellos "y se perdió, y fue hallado casi muerto de hambre y de sed en la espesura".* En la zona salteña han raleado mucho y hasta desaparecido en ciertos lugares donde antaño formaban bosques.

Las cosechas daban lugar a actividades y disputas sin cuento, a tal punto que, hace ya más de 300 años, fue menester reglamentar la recolección del fruto apetitoso. Don Gonzalo de Abreu, Gobernador del Tucumán, dictó al respecto una Ordenanza el 10 de abril de 1576.

Para los indígenas era elemento esencial de su economía. El P. Bárzana[18] testimonia que "se sustentan de grandísima suma de algarroba, la cual cogen por los campos todos los años al tiempo que madura y hacen de ella grandes depósitos" . . . "la cual no sólo les es comida, mas también hacen della bebida, tan fuerte, que nunca hay más muertes ni guerras entre ellos que mientras dura el tiempo de la algarroba".

---

* CARRIZO: *Cancionero popular de Tucumán,* t. 1, p. 52. [48]

El dato es confirmado por el P. Lozano y el P. Diego de Torres,[156] que en la *Carta anua* de 1611 dice que "con ser tiempo de algarroba, y coger mucho, con que el demonio les hace grande guerra embriagándose, en este tiempo estuvieron muy quietos y sosegados".

Ya en el siglo XVIII la costumbre fue heredada por los *gauderios*, quienes la practicaban a conciencia, según se desprende del párrafo de Concolorcorvo:[58] "Allí bajo los algarrobos tienen sus bacanales, dándose cuenta unos gauderios a otros, como sus campestres cortejos, que al son de la mal acordada y destemplada guitarrilla cantan y se echan unos a otros sus coplas que más parecen pullas. Si lo permitiera la honestidad, copiaría algunas muy extravagantes sobre amores, todas de su propio numen y después de calentarse con la aloja..."

Por algo hasta hoy se canta con sobrada razón:

Alojita de algarroba
molidita en el mortero;
se me sube a la cabeza
como si fuera sombrero.

La recolección de estos preciados frutos se hace en forma colectiva en los pueblos de Catamarca y La Rioja. En Santiago del Estero constituyen las *algarrobiadas.* El factor común es el entusiasmo, la participación de todos, el punzante despertar de la estación estival y el anticipado paladeo de las escenas que la cosecha comporta.

Enero y febrero le son reservados. De ahí la coincidencia de la festividad estacional subsiguiente con las carnestolendas europeas. La *chaya* autóctona, que celebra al dios *Pujllay*, se fundió entonces con la fiesta de Momo. Y hasta la actualidad, en muchos puntos de las provincias nombradas, la animada excursión al monte es también un prolegómeno del carnaval.

"Mucho antes –dice Adán Quiroga[133] en su *Folklore calchaquí* (p. 19)– comienzan los preparativos de la fiesta de la Chaya. Largas caravanas de gentes,

montadas en asnos aporreados y hambrientos, dejan la aldea, para ir a pasar unas semanas a la sombra de los algarrobales, porque ha llegado el tiempo de recoger las vainas que amarillean, y que irán a parar a la *pirhua*, después de consumida la cantidad necesaria para la fiesta. El rancho queda desierto, cubierta su puerta con un cuero, quedando solitaria la aldea después de unos días. En el campo se improvisan viviendas y a los algarrobales se trepan hombres, mujeres y niños a recoger el codiciado fruto calchaquí. Por la tarde o a la noche se ensayan *vidalitas* clásicas de carnaval, que el gaucho entendido compone, *letras* de cuatro versos, ya quichuas, ya quichua y español, o simplemente español. Al compás del tamborete, con música de flauta o caña o violín de cuerdas de tripas, ensáyanse también los cantares de la Chaya y Pucllay, designándose de antemano a los protagonistas directores, como padres [sic] y comadres de la fiesta cercana. Hecha la cosecha, y listo ya todo, las gentes vuelven a la aldea, y, cuando el carnaval comienza, está lista la algarroba fermentada en los viejos odres de barro."

En su preparación no tiene la aloja las complicaciones de la chicha. Se muelen las vainas de la algarroba blanca en el mortero, como dice la copla, o, si la cantidad es grande, en una especie de *maray*. Estrictamente, fue este un instrumento de molienda usado en las regiones mineras. Para el caso, es una simple *cimbra*, es decir larga y gruesa vara apoyada en la horqueta de un tronco bien plantado en el suelo, de donde se eleva a no más de un metro. En un extremo lleva atada con tientos una gran piedra que una persona levanta y deja caer accionando la *cimbra* desde el otro extremo, como en un balancín. El *maray* aplasta y muele las vainas secas que forman montón en el lugar conveniente. A veces se facilita la operación construyendo un reborde circular de barro, que evita el desparramo de los frutos. La harina obtenida es mezclada con agua y, en grandes tinajas, se la deja fermentar. En un día se obtiene la sabrosa y refrescante bebida. El proceso se puede acelerar utilizando las heces de anteriores alojas. La graduación alcohólica no es subida, pero es bueno recordar que

La aloja es buena bebida

si la toman con medida,
tomándola en abundancia
luego se andan de rodilla.[*]

No paran allí los beneficios que al algarrobo deben los nativos del noroeste. Su madera es insustituible para mil usos diversos, su sombra alivio de caminantes, sus hojas no desperdiciadas. Por eso, y a justo título, es para el paisano lugareño "el árbol" por antonomasia. Con el nombre genérico se lo designa, en la certeza de que nadie ha de confundirlo con otro alguno. La propia algarroba, no sólo es la base de la bebida mencionada, sino también exclusivo ingrediente de comida indígena. El rey de España Felipe IV fue informado, en carta del Gobernador del Tucumán D. Felipe de Albornoz, el 1º de marzo de 1630, que los propios soldados de la conquista, amoldándose a los recursos de los naturales, "hacían patayes" "del harina del algarroba de los árboles"[*] El *patay* es, en efecto, una especie de pan preparado de diversas maneras, con la harina de aquel fruto.

En tierra salteña no son estas costumbres comunes en los días que corren. Por cierto que quienes no las practican las conocen, las recuerdan y las consideran como propias todavía. Por eso incluyo aquí estas noticias. Pero en general van perdiendo su vigencia, como si la tradición y la tierra fueran soltando poco a poco, casi imperceptiblemente, los lazos que antaño sujetaban a los hombres, vinculándolos a las prácticas de sus mayores y a la generosa ofrenda del suelo nativo.

EL "TOPAMIENTO" DE LAS COMADRES

Las tinajas fermentan la chicha en sus ventrudas entrañas; la aloja burbujea en los *noques;* las bateas reciben el enérgico fregado de las prendas; las agujas

[*] CARRIZO: *Cancionero popular de La Rioja,* nº 3484, t. 3, p. 211. [49]
[*] CARRIZO: *Cancionero popular de Tucumán*, t. 1, p. 52. [48]

picotean diligentes las telas de los próximos estrenos; los chalanes pasean a los redomones en los últimos toques de la ruda doma hace tiempo emprendida; los cucuruchos de papel reciben su cándida carga de almidón; las cocinas y los hornos vomitan humaredas en la preparación de empanadas, tortas, rosquetes y pasteles; los "sunchos" de paja ciñen los blancos quesos de cabra y se alinean los "quesillos" blandujos, que, con sus variados congéneres, habrán de participar en la celebración que se avecina.

Don Jueves Lardero y sus descendientes

No es todavía la *chaya* propiamente dicha; algunos días faltan para el domingo de carnaval. El motivo de este nervioso ajetreo anticipado es que ha de haber *topamiento* de comadres. Como es sabido, tal ceremonia se realiza el jueves inmediato anterior a la iniciación del carnaval. El jueves precedente es el destinado a los compadres, pero la fiesta, de mucho predicamento en otras épocas, ha caído poco a poco en desuso. Los mismos *encuentros* de comadres no son unánimemente celebrados. Quedan vestigios, resurrecciones ocasionales en ciertas oportunidades o lugares, como chispas de un rescoldo que se aferra a su vida, otrora tan cálida y brillante.

En los *topamientos* se instituyen y reconocen públicamente como compadres o comadres los padrinos o madrinas de criaturas nacidas en el curso del año, desde el carnaval anterior. Con frecuencia, sin embargo, no es preciso el acontecimiento real de la venida al mundo de un nuevo crío. Razones de mutuo afecto o propicia disposición para costear la fiesta pueden determinar a dos amigas a "recibirse" de comadres en esta fecha solemne.

En el mundillo pueblerino se aprovecha esta oportunidad para verificar rumores y suspicacias. En efecto, existe la creencia de que los novios no deben ser padrinos o madrinas en un bautizo o casamiento, pues si aceptan no llegarán al matrimonio. Así pues, alguien insinúa intencionadamente que Fulanito y Menganita, cuyos recíprocos sentimientos o relaciones se quieren conocer, pueden

ser padrino a madrina en el *topamiento* próximo. Si aceptan, toda la expectativa se desvanece, pero, si rehúsan, toman pie y cobran fuerza las hablillas y comentarios del pueblo. Y nada digo del remolino de bromas, burlas, resentimientos y despechos que aquella actitud levanta en el grupo, confirmándose una vez más aquello de "pueblo chico, infierno grande".

Estos jueves anteriores a las carnestolendas han sido desde antiguo días señalados. La celebración tiene rancia prosapia. El Arcipreste de Hita[144] lo alude en los versos iniciales de la regocijada descripción "De la pelea que ovo Don Carnal con la Cuaresma":

Agercándosse viene un tienpo de Dios ssanto:
Ffuime para mi tierra por folgar algúnd quanto;
Dende á ocho días era Quaresm': al tanto.
Puso por todo el mundo miedo é grand' espanto.
Estando en mi casa con don Jueves Lardero,
Troxo á mí dos cartas un lygero trotero.

Don Julio Cejador y Frauca explica que "lardero" y "gordo" son expresiones aragonesas, así como "merendero" llaman en Salamanca porque se acostumbra a ir a merendar al campo.

Actualmente, en Mercadillo, Burgos, le llaman "Jueves de todos" y se reduce a regocijos de chiquillos, que recorren el pueblo solicitando contribuciones comestibles, al son de cantos festivos.[82]

En Escurial, población del sur de Cáceres, las heroínas son niñas y mozas que componen comparsas y contribuyen a prorrata en la preparación de suculento banquete. La parte lírica está representada por cantos y recitados ante la casa del Alcalde y vecinos principales del pueblo, acompañados por sones de panderos, castañuelas, triángulos y a veces guitarra, acordeón o violín.

Y es el día de las Comadres,

y estamos aquí reunidas;
salimos todos los años
todas las buenas amigas.

Teníamos mucha gana
que llegaran las Comadres,
para comernos el frito
y los dulces que nos hacen.

El matiz patriótico lo da la bandera española, que una de las niñas porta con garbo y agita mientras el coro canta:

La que lleva la bandera
y del mismo modo todas,
la llevamos muy contentas,
que es la bandera española.

El elemento actuante de la fiesta es aquí exclusivamente femenino. Al grupo de comadres siguen, en orden de edad decreciente, los de gitanas, moritas y pequeñas.[136]

El día de la semana pareciera consagrado e inamovible. Su propio nombre, "Jueves de comadres", como también en Salta se le llama, así lo está indicando. Pero en algunos pueblitos provincianos hacen caso omiso de esta circunstancia y lo celebran el domingo de carnaval y a veces junto con "el entierro", el miércoles siguiente. En el interesante *Calendario de fiestas populares del Departamento del Cusco*, Víctor Navarro del Águila[119] cita la de "Compadres y comadres" entre las movibles de febrero y marzo, pero no menciona el día de la semana en que se verifica.

La institución del compadrazgo

Los protagonistas de la celebración son por cierto, de pleno derecho, los compadres y comadres. No sólo los verdaderos padrinos o madrinas de una criatura existente. Basta el simple propósito efectivo de establecer el vínculo. No es óbice la falta de criatura, pues se sustituye al niño por una "guagua de masa" que desempeña a maravilla el papel del ahijado viviente. Hay en esto un claro propósito de dar preeminencia y consagrar la jerarquía social de esta afinidad del compadrazgo. Tal predicamento no resulta incongruente con otras costumbres que subsisten en el Valle.

La vinculación entre los padres de una criatura y una pareja (por lo común también marido y mujer) elegida para ser padrino y madrina en el bautismo del recién nacido, es siempre estrecha y respetada.

Esta verdadera institución de carácter familiar establece un vínculo tanto o más firme que el parentesco consanguíneo. Los compadres y comadres se guardan consideración especial, se consultan y aconsejan. En casos de aflicción, apuro o necesidad, es a ellos a quienes se acude en primer término. Los ahijados a su turno reverencian y obedecen a sus padrinos con sumisión filial.

En el lenguaje común son usados, aunque hoy ya no frecuentes, los términos *cumpa* y *cuma* con sus correspondientes diminutivos ("cumpita" y "cumita"), que equivalen a "compadre" y "comadre", pero también significan "compañero", "amigo", con resonancia fuertemente afectiva.

En ciertas circunstancias el papel de la madrina, sobre todo, se pone notablemente en evidencia. Por ejemplo, si ocurre el fallecimiento del ahijado. En el "velorio del angelito", es la madrina quien tiene a su cargo la dirección de la ceremonia con tan exclusiva preponderancia que desplaza a los mismos padres. Es ella quien arregla la blanca mortaja, quien coloca la corona de flores, quien figura angélicas alas de papel y las dispone en forma conveniente. Las largas cintas con nudos y la "escalita" de papel que cuelgan de la mesa, tienen precisamente la finalidad de ayudar a la madrina en su ascensión a las moradas celestiales cuando llegue su hora, así como la campanita, también de papel, la guiará para que no se

extravíe en este difícil camino.

Ella imparte la bendición a la criatura cuando se vislumbra su próximo fin, pues sin este requisito se prolongaría despiadadamente la agonía del "angelito".

Después del velatorio, no ponen el cadáver en el cajón hasta que la madrina se despide y manda "envíos" al cielo para "Tata Dios", la Virgen, los santos de su devoción y almas de deudos queridos.

Los concurrentes al acto fúnebre, aún anegados en llanto, felicitan a la madrina y esta a su vez a los padres, dando todos juntos gracias rendidas al Cielo por haber salvado del mundo y llevado a ese reino un ángel más.

El tincunaco

A la luz de estos antecedentes y noticias resulta natural y comprensible que el medio social lugareño haya mantenido la tradición de esta ceremonia con tan acogedora simpatía.[35] Se trataba de solemnizar públicamente la institución de un vínculo, de un "status" de relevante prestigio colectivo y hondo significado sentimental. Por otra parte, el hecho de ser el centro de la fiesta, el ocupar el primer plano en la consideración de los amigos y vecinos, aunque sea por unas horas y a costa, muchas veces, de verdaderos sacrificios, es incentivo poderoso.

La "comadre convenida" y la que con ella formará pareja para "toparse" durante la fiesta, se entregan febrilmente a los preparativos. Cuentan por lo común con la colaboración comedida de amigos y parientes. Del fondo de arcones y petacas salen zarcillos y prendedores, blondas y encajes, cintas y moños. Todo cuanto parece propio para lucir en las ocasiones memorables, o, como se dice, "cuando repican fuerte", contribuye al paramento de las comadres. Las respectivas casas se convierten en centros de actividad y ajetreo. Las *chinitas* y *changos* vuelan con mensajes, ofrecimientos y pedidos a uno y otro rancho. Cada una de las protagonistas principales tiene su comitiva, cuyos miembros participan, aunque en menor medida, del mismo nervioso entusiasmo.

Ya está convenido el lugar en que se levantarán los arcos, debajo de los

cuales ha de verificarse el *encuentro* o *topamiento*, al que se llama también *tincunaco*, palabra superviviente del quichua, pues "tinkunakuy" quiere decir precisamente "encontrarse, tropezar con alguno, darse encontrón".* De allí que se aplique también a la fiesta del "Niño Alcalde", en La Rioja, porque culmina con el *encuentro* de las imágenes del Niño Jesús y de San Nicolás, y, en otro orden de ideas, a la *junta* de los ríos Arias y Arenales, muy próxima a la ciudad de Salta.

Hacia estos arcos convergen las comadres y sus respectivas comitivas, en animado grupo desde sus casas; según D. Perfecto Bustamante (p.95), estas deben estar ubicadas en barrios distintos; cuando la lejanía es mayor o el caserío no permite hablar de "barrios" y se trata simplemente de ranchos distantes, llegan todos a caballo hasta el sitio donde los arcos levantan su estructura simbólica. Recordando la proximidad del carnaval, parecen ser pórticos triunfales, modestos y rústicos en verdad, por donde pasarán las bulliciosas caravanas proclamando el imperio, desde ese día hasta el miércoles de ceniza, de la alegría, de la libertad y de la licencia.

En un claro del monte, frente a la plaza del pueblo, junto a la casa de la comadre convidante, en el patio espacioso de un rancho o simplemente en el camino, se levantan los arcos. Suelen ser dos, pero no es raro encontrar uno solo. En cualquier caso, se trata de construcciones de ramas de sauce, ya plantadas directamente en el suelo, cuando son suficientemente grandes y firmes, ya amarradas a postes que les dan más altura y realce. No faltan tampoco los arcos más pequeños, de ramas livianas, que los acompañantes de las comadres o compadres transportan como palios, debajo de los cuales los protagonistas avanzan satisfechos y orondos.

Son adornados profusamente con flores, naturales y de papel, serpentinas, banderines, farolitos. Las frutas, quesos, quesillos y rosquetes que acompañan aquellas galas, llegan a la categoría de verdaderas ofrendas propiciatorias.

En torno se aglomeran los *mosqueteros*, como todavía dicen las viejecitas

* LIRA: *Diccionario kkechuwa-español*, p. 974. [103]

con arcaísmo evocador de los patios de comedias madrileños, contemporáneos de Lope. No quieren perder nada de la ceremonia y procuran quedar bien ubicados para la repartija próxima.

Entre los arcos o debajo del único levantado, se tiende por lo general una mesa bien surtida. Según las posibilidades, se disimula su rusticidad con una sábana o se cubre con anticuado mantel que despliega hasta el suelo sus bordes de randas.*

Ya se aproximan las *pacotas* escoltando a las comadres, heroínas de la fiesta. Vienen ataviadas con las mejores galas, verdadera antología de las joyas y adornos de sus relaciones. Los grupos acompañantes atruenan el aire y los pilletes hacen estallar cohetes tan malignamente arrojados, que provocan *tendidas* de los caballos y retos de las matronas. La *caja* y el bombo ocupan el primer lugar en el ruidoso concierto. Por momentos se alcanzan a percibir los rasgueos de las guitarras y acaso los sones medrosos de un violín.

Ya están las *pacotas* frente a frente, debajo de los arcos, o equidistantes pocos pasos del único existente. Las comadres lucen sus coronas de flores, que a veces son de masa blanqueada, recubiertas de *vidriado* (un adorno de repostería), y engalanadas con palomitas de la misma masa. En ciertos lugares las coronas se hacen de quesillo, pero por su elástica consistencia pronto descienden de la cabeza a los hombros y se convierten en collares.

La criatura que da origen a la relación de padrinos y madrinas es en ciertos casos real y verdadera; mas cuando no se la puede llevar, o cuando no existe por tratarse de compadrazgo simplemente simbólico, se prepara una *guagua* de la misma masa de las coronas, especie de bizcochuelo recubierto de una sustancia dulce que se llama *blanqueado.* La pasta presenta, con más o menos propiedad,

* Según las variantes conocidas en otras regiones próximas del Noroeste argentino, hasta los mismos arcos pueden faltar, a despecho de su simbolismo, pero lo insustituible y permanente es la mesa del banquete con su carga pantagruélica. En efecto, según se comprueba en ciertas descripciones de la ceremonia, como la de Roberto J. Payró[126] en un sabroso capítulo titulado *El tinkunako,* de su libro *En las tierras de Inti,* puede realizarse el "encuentro" sin que existan los arcos, a los que ni siquiera se menciona. Los actos se realizan sucesivamente en las casas de las dos comadres, en una de cuyas habitaciones se concentra el gastronómico arsenal.

formas humanas y se completa la figuración con géneros y blondas que parecen pañales y mantillas.

Menudean los "¡vivas!" a las comadres, arrecian los instrumentos y en medio de la algazara general salen a relucir los cartuchos de almidón. Poco basta para que todos adquieran aspecto de enmascarados o de fantasmas, espolvoreados de almidón o de harina de la cabeza a los pies.

Llega el momento culminante. Todo el concurso queda un momento suspenso. Al son de la música, llevando muy discretamente el compás con paso rítmico o caminando naturalmente, se aproximan con pausa las comadres. Al encontrarse, se dan las manos, se abrazan y "topan" las frentes. Intercambian las coronas de flores o de masa si las hay, así como la *guagua* verdadera o simbólica. Desde ese instante "se reciben" de madrinas o padrinos y quedan consagrados compadres, con toda la hondura y trascendencia que esta afinidad supone. Se traba un vínculo indestructible y por lo tanto vitalicio. Las participantes quedan consagradas desde entonces "comadres de obligación".

El hecho se celebra con vidalitas de circunstancias, como la siguiente:

Todo el mundo canta,
vidalitá,
¡viva la Comadre!
¡Velay qu'está linda,
vidalitá,
con tanto donaire!

El revuelo sube de punto. No se trata sólo de festejar a las comadres, sino también, y acaso principalmente, de echar mano de las frutas, roscas y quesos que adornan el arco. Las mismas coronas son presa codiciada. Y no falta el torpe o el gracioso que por llevar los atributos del arco, arrancándolo desde el caballo, salga al galope llevándolo en vilo como un trofeo. Los que permanecen en el lugar, festejando la ocurrencia o profiriendo reproches, se consuelan con el canto. Rafael

Cano cita, como popular en Catamarca, la "Vidala de las comadres", que yo he oído con ligera variante:

Señora Comadre,
ay, vidalitá,
la vengo a llevar;
llegando a mi casa
ay, vidalitá
la vu'a coronar.[*]

Si se trata de una pareja de madrina y padrino, no faltan las intencionadas alusiones:

A mi compadrito
le quisiera dar
tunas con cuajada
por verlo pujar.

A mi compadrito
le quisiera dar
con un torzal duro
por el costillar.

No he sabido que en el Valle representen la pantomima de bautizar al muñeco que hace las veces de ahijado. Parece ser popular en Catamarca, donde un paisano del concurso, rociándolo con agua y haciendo sobre él la señal de la cruz, recita la estrofita monorrima, que en Salta es sólo juego de chiquillos:

[*] CANO: *Del tiempo de Ñaupa,* p. 95. [40]

Yo te bautizo
con agua de granizo;
si no sos mestizo
has de ser castizo.

Lo infaltable en todas las regiones es el baile y la reunión que siguen al *topamiento*. Iníciansе debajo del mismo arco, donde los intervinientes principales, después de blanquearse con almidón y jugar con los ramitos de albahaca, bailan la primera zamba, ejecutada con más o menos concierto por todos los instrumentos congregados.

La reunión propiamente dicha continúa luego en el lugar o habitación convenidos. Los preparativos la han dejado en condiciones de recibir a la concurrencia. Por lo común es la casa de una de las comadres hacia donde todos se dirigen a participar en la fiesta, a saborear los ricos manjares preparados y a brindar reiteradamente con variadas bebidas.

EL CARNAVAL EN SU PLENITUD

Ya viene el carnaval cerca,
por l'abra del Pucará,
aquí lo estoy esperando
tal vez vendrá por acá.

Centenares de coplas como ésta, que cantan el advenimiento de la fiesta inminente, se oyen, entonadas a gran voz, por los caminos y senderos. Solos, en parejas o en animados grupos, empiezan por la mañana del domingo este despliegue de actividad. El son de la *caja*, que las montañas prolongan por inverosímiles distancias, en alas del eco, produce chisporroteo de entusiasmo. El redoble de los cascos de nerviosos caballos, lanzados a la carrera por los duros

caminos, parece una apremiante convocatoria. Los ya convenidos, hombres y mujeres, los agregados espontáneos, forman las *pacotas,* que recorren al galope las inmediaciones del pueblo, sin rumbo fijo, como heraldos que anunciaran la justa. Algunos llevan en la mano derecha, suspendida del *agarrador,* la *caja chayera* y la golpean más o menos a compás con la *huastana*, que manejan con la misma mano. Como es habitual, entre los versos de la copla, intercalan la "tonada":

Ya viene el carnaval cerca
Llegó febrero
por la Cuesta del Obispo,
"cayen" las coplas
como aguacero.
Aquí lo estoy esperando
Llegó febrero
con queso y duraznos priscos.
"cayen" las coplas
como aguacero.

Alardes ecuestres

Andan así, visitando a los amigos, incitando a todos a plegarse a la farándula, sin que a nadie importe las obligaciones contraídas, los compromisos pendientes. Recorren los ranchos más conocidos, las casas de la "gente de pro"; pasan y repasan por donde viven mozas *alhajitas* y cantoras *churas*. Halagos, piropos e invitaciones se entrecruzan y enroscan en la vanidad y en los deseos femeninos. ¿Quién resistirá a la tentación, cuando la ley de la fiesta es precisamente sucumbir a ella? Los jóvenes requieren la compañía de las muchachas y estas se pliegan siguiendo sus preferencias, ya en sus propios caballos, ya en ancas del que monta el galán. Antes de la propuesta concreta, se oyó la copla que sirve de preámbulo:

Ya viene el carnavalcito
Florcita 'i clavel
en su potro redomón
bajo tu sombra
me quisiera ver
anquitas con su querida
Florcita 'i clavel
blanqueando con almidón
bajo tu sombra
me quisiera ver.

Los *ancasados,* como llaman en Palermo a las parejas que montan un mismo caballo, yendo ella en ancas, se incorporan a las *pacotas.* Cuando el animal responde y ambos jinetes son baquianos, hacen alarde de destreza. El mozo incita con las espuelas y recoge la rienda para que el potro levante las manos amenazando con voltear la amable carga. Gritos y fingidas protestas rubrican la hazaña, que ha tenido por principal y buscada consecuencia que la niña se aferre más estrechamente al gozoso caballero. Todos lo celebran y siguen su marcha de un lado a otro hasta cerciorarse que nadie queda indiferente.

Alguien que llega de otro pago, al incorporarse rinde su tributo con una copla:

Desde abajo me he costeado
y en el camino he dormido;
oyendo bramar las cajas
levantando me he venido.

Otro, que ve a su pretendida, la invita con los rústicos versos:

Vení, vidita, cantemos,
vení, nos alegraremos
y en todito el carnaval
tal vez no "se dejaremos".

No todo es mieles. "El eterno femenino", que no tiene por qué faltar en estos agrestes parajes, provoca decepciones y lamentos:

Este año pa carnaval
nada no tengo de bueno,
la moza que me quería
ya había tenido otro dueño.

Los simples recorridos y paseos se convierten a veces en carreras. Algunas improvisadas, sin más concierto que el enardecimiento propio de las circunstancias. Dos o más del grupo lanzan sus caballos al galope. Si es apropiado el tramo del camino, del galope se pasa a la carrera tendida. "Ya están *furiando"*, se oye decir, porque los animales corren "a toda *furia".* ¡Cuántas cruces que el viajero ve en el curso de su marcha no son sino recuerdos del lugar en donde una rodada, un encontrón, una cincha floja, provocaron la caída fatal! Pero jamás tales consideraciones y advertencias sosiegan a los audaces.

A veces se aprovecha el momento para organizar carreras en forma. Suele haber, en las proximidades de los pueblos, lugares convenientes, utilizados como canchas. En Cachi, por ejemplo, en el alto situado hacia el norte, camino de Payogasta y más allá del cementerio, se extiende un trecho de camino poco frecuentado, de dos a tres cuadras de largo, que en un tiempo sirvió admirablemente para ese fin. Es un nuevo motivo de regocijo, de reunión, de emociones, suscitadas tanto por la carrera misma como por la ansiedad de las apuestas.

Este desahogo ecuestre parece haber sido característico del carnaval del

Noroeste. Ya en 1833, en un decreto del Gobernador de Tucumán, Alejandro Heredia, citado por Isabel Aretz-Thiele,[11] se prohíbe "las correrías y galopes en grupos por las calles".

La disposición gubernativa se justifica si se tiene en cuenta que siete años antes el viajero inglés Edmond Temple[153] fue testigo, en la misma ciudad, de las escenas siguientes durante los días de carnaval:

"La gente de campo, desde muchas leguas a la redonda, con sus esposas y novias, y niños, entraban en la ciudad montados en caballos o mulas, algunas con guitarras, otros con tambores, otros cantando, otros gritando, chillando y mugiendo, en tonos que aumentaban en aspereza y horrible discordancia en proporción a la cantidad de mal vino, *chicha* o aguardiente que habían ingerido. Tropas de estos seres frenéticos, a veces dos o tres en un solo caballo (pues pocos van a pie), y en alguna ocasión mujeres sentadas a la amazona o turca, pero sin la gracia y dignidad orientales, podían verse a todas horas al galope tendido por las calles, corriendo carreras por apuesta, quizá, de un jarro de *chicha*, su bebida favorita, hecha con semilla de la algarroba o con maíz."

Un cuarto de siglo después asombra a la señora Lina Beck-Bernard[19] la pasmosa destreza de los jinetes santafecinos, que hacían *rayar* el caballo frente al balcón de las bellas y les rendían el homenaje de ramos de flores o de frágiles proyectiles con agua perfumada.

Más o menos en la misma época, un "argentino neto" refería así a Alfred Ebelot[74] el carnaval de sus mocedades en Buenos Aires:

"Los estancieros mandábamos traer seis o siete soberbios *pingos* para no quedar desmontados en estos tres días, pues varios habían de quedar tendidos. En toda la ciudad no se veían sino carreras, a rienda suelta, esquinas dobladas a toda disparada. Cuántas costaladas ocurrían, ya puede usted figurárselo. Otra diversión linda consistía en precipitarse a escape sobre un jinete, chocándole en la rodilla para voltearlo. Quien no fuera diestro salía con una pierna rota. A veces ambos jinetes resultaban con la rodilla desencajada. Era una diversión bárbara, como dicen hoy, pero que tenía un sabor indisputablemente criollo...

"Después de estos ejercicios violentos... vino un carnaval intermedio, en que prevaleció el agua sobre la equitación..."

Un siglo y cuarto después, estas costumbres, desalojadas de la ciudad, sobreviven en los valles lejanos con idénticas características.

En nuestro caso, el enardecimiento de jinetes y amazonas no se aplaca con carreras. A poco se busca emplear la cabalgadura en más briosas hazañas. El solo correr parece demasiado simple. El deseo de lucirse ante la concurrencia, el afán de sentar fama de gaucho bien montado, las rivalidades y envidias, condimentado todo por los excitantes vahos de bebidas mezcladas al azar de los brindis, arrastran, por ejemplo, al duelo de las *pechadas.*

A veces el recio forcejeo justifica su nombre. Los caballos, adiestrados y hábiles, apoyan el pecho contra el flanco del contrario y animados por los espolazos y los gritos luchan por desplazarlo, por hacerlo retroceder. Trata a su vez este de afirmarse en el suelo con los remos rígidos, los músculos tensos, los vasos hundidos en el polvo. Los jinetes maniobran para ofrecer al contrincante el lado menos vulnerable, la posición más firme a fin de resistir el embate y acaso ganar terreno.

Frente a los boliches y a los ranchos donde hay fiesta y se convida *chicha,* las pechadas hallan el campo más propicio, hasta convertirse en verdaderos remolinos en los que giran, se empujan, ceden terreno o avanzan brutalmente hombres y mujeres a caballo. En Jujuy y en Santiago del Estero, acostumbran por eso a levantar delante de las casas verdaderas barreras de troncos, a fin de impedir el desconsiderado avance de los jinetes que llegan *pechando* a los circunstantes para hacerse lugar y recibir frente a la puerta un vaso de aloja, de guarapo o de cerveza. A esta valla así formada llaman en Santiago la *trinchera.* No es usual en el Valle Calchaquí; pero aun sin ella, al agolparse los concurrentes frente al local, los más diestros inician la *pechada,* empujando de flanco al vecino hasta desalojarlo o ser a su vez superados en este duelo ecuestre.

Las mujeres cabalgan sentadas en las sillas especiales de alto gancho en el que sostienen la pierna derecha, en tanto que la izquierda apoya en el estribo. Rara

vez llevan trajes especiales; cuando más, previenen las posibles indiscreciones del vestido común cubriendo las piernas con el poncho o el rebozo y en alguna ocasión hasta con una toalla de colores. Las niñas de familias pudientes realzan su garbosa estampa con los amplios pollerones de color oscuro. Como los silloneros suelen ser espléndidos animales de aspecto fogoso y paso elegante, el conjunto es armonioso y simpático. El sombrero de anchas alas, de tipo masculino, completa el cuadro con su toque típico, prestando a esta reminiscencia de tocado andaluz un grato matiz de "color local".

Si una amazona de tal porte o una graciosa morochita del pueblo embisten los grupos, estallan los "¡vivas!" y aclamaciones, los juegos con almidón y con albahaca. Uno se aparta a los gritos de "Paso y anchura para que pase esa hermosura"; otro cede galante ante la incitación a la pechada y canta, como justificación:

Tengo mi caballo bueno
para salir a farriar,
cuando me arrimo a las carpas
no sabe querer pechar.[*]

Pero ni aun las *pechadas* calman el ansia rebosante de actividad y de esfuerzo, la punzante aspiración a la proeza que inflama los corazones enardecidos por el ambiente y los *obligos.*

De pronto hienden los aires provocadores desafíos de uno a otro mocetón. Se trata de *chiguar.* Sobran los comedidos para atar con fuerte lazo las cabalgaduras de ambos contendientes, para anudar un pañuelo en el punto medio del lazo, equidistante por lo tanto de los rivales, para trazar en tierra, en la línea determinada por el pañuelo, una raya visible. El deporte consiste en hacer que los caballos tiren del lazo (que a veces es cadena), procurando arrastrar al contrario

[*] CARRIZO: *Cancionero popular de Jujuy,* nº 3404, p. 462. [46]

hasta hacer que el pañuelo pase la raya y quede en el propio campo. Después de aprontes, rectificaciones y protestas que avivan la expectativa, quedan los contendientes en posición, cimbrante el lazo, en tanto que el trapo, con frecuencia rojo, tiembla como un corazón sobre la marca que señalará la victoria. Los caballos baquianos hacen fuerza y clavan los vasos en tierra, como si estuvieran sujetando un bravo toro en las faenas cotidianas. Parecen compenetrados de su responsabilidad y llegan a echarse de costado, hasta tocar casi el suelo para no ceder terreno, empeñándose, por el contrario, en arrastrar al rival. Hay quienes tienen mulas preparadas, a las que sacan las herraduras para evitar los resbalones. Por fin un estruendo de gritos, palmadas y repiqueteos de cascos inquietos indica que uno ha arrastrado a su contrario y obtenido la palma, que en estos casos suele ser un expresivo ramo de albahaca prendido sobre el pecho jadeante y emocionado.

Se organizan también carreras de sortija, pero no es deporte difundido, ni muestran los paisanos la maestría con que lo practican en la pampa.

El imán de las "carpas" y las concentraciones entusiastas

El escenario de estos y parecidos episodios es siempre las cercanías de un almacén, fonda o comercio equivalente, por lo común bien ubicado sobre el camino principal, provisto de patio o *canchón* y, sobre todo, bien equipado de los licores y comidas solicitados.

Mas no siempre interesa que el lugar de la fiesta esté en sitio tan expuesto a la curiosidad y observación públicas. Por el contrario, se prefieren parajes algo más lejanos y discretos. En pleno campo, sirven a maravilla los ranchos de familias entusiastas que preparan abundante *chicha* y sabrosos pasteles. Si los dueños de casa tienen hijas pintonas, *mocitas de ancas*, es decir en edad de acompañar a caballo, así sentadas, al galán que las invite, no puede darse nada mejor.

Pero no obstante estas ventajas, la lejanía, el aislamiento de tales viviendas son inconvenientes serios. Todos tienden a congregarse en los pueblos y sus alrededores. Las perspectivas del negocio no son malas y por eso se explica que

proliferen las *carpas*.

En algún caso las *carpas*, haciendo fe del origen quichua de su nombre, son, en efecto, lugares entoldados, verdaderas "tiendas de campaña", por cierto transitorias, que se levantan al conjuro del carnaval y tienen por lo tanto existencia efímera. En otras regiones son especies de galpones o ramadas, con paredes de quincha y troncos fronteros que sirven al mismo tiempo de valla y de palenque.

En el Valle lo típico es, precisamente, el toldo que cubre el escenario principal, ya sea este el mismo patio de la casa, ya lugar apropiado frente a la puerta de una habitación, que oficia de depósito y despacho de bebidas.

Estas favorables circunstancias: lugar reservado; techo que tamiza el sol de la tarde o guarece de la lluvia, no rara en la plenitud del estío; inagotable provisión de bebidas y alimentos sólidos; concurrencia nutrida y ambiente desembarazado y liberal, explican de sobra la preferencia de que gozan entre "los carnavaleros".

Recíprocamente, soportan el peso de fama "non sancta" entre las personas circunspectas del pueblo. A su vez el cura suele reaccionar fulminando estos lugares de perdición con anatemas y prohibiciones estrictas de "armar carpas", y concurrir a ellas si se instalaran a pesar de todo. Mas la *angurria* del fisco, representado esta vez por la municipalidad, antepone el provecho económico de la recaudación que las *carpas* deben pagar como patente, a la salud moral y a "la salvación de las almas" de los feligreses. La prédica puede acaso llegar a insinuar un cisma entre los pobladores de la aldea, pero lo cierto es que no alcanza a notarse mayormente una apreciable disminución de la clientela de las *carpas*. Por de pronto, concurren las *pacotas* de forasteros, que arriban de paso, en son de *farra*, pues nada tienen que perder en el concepto del sector más beato y austero de la sociedad lugareña; no falta tampoco, al igual que en todos los tiempos y lugares, la gente moza y divertida, a quien nada arredra en su afán de gozar de la fiesta; abundan las *chinitas* reclutadas en los ranchos de los alrededores y entre las sirvientas de las casas grandes y las *salas* de las fincas próximas.

Por eso el carnaval, desde este punto de vista, es el azote de las amas de casa, de los administradores y capataces. Días antes del carnaval menudean los

pedidos de licencias. Las hijas de los *puesteros* y arrendatarios pretextan necesidad de ver a su *mama* o a su *tata,* alguno de los cuales, como dice "se me lu'ha enfermao" y requiere sus cuidados. Según antigua usanza, estas muchachas cumplen unos días mensuales de trabajo doméstico en la casa de los patrones, como modalidad o parte del arriendo paterno.

Pero en general, ya se trate del peoncito aprendiz, del "mozo'i mano", especie de asistente personal del patrón, de los *conchabaos* para un trabajo determinado o de los numerosos hombres y mujeres que cumplen en las casas y establecimientos variadas funciones, todos urden fértiles motivos para justificar su ausencia durante los días de carnaval. Desde luego "los días" no son los clásicos tres: domingo, lunes y martes; anticipados desde el "jueves de comadres" o prolongados hasta el *entierro,* que se realiza el miércoles y acaso el sábado o domingo subsiguientes, hay que contar en la práctica una o dos semanas de inactividad.

Ingenuo sería esperar que se tuvieran en cuenta las exigencias de las tareas sin concluir, el pago anticipado, la promesa hecha con toda formalidad. El sonoro reclamo de la *caja,* la presión de los amigos, la incitación galante, el convite de la *comagre,* todos son dulces lazos que amarran la voluntad y arrastran el cuerpo.

La experiencia demuestra que es inútil negar la licencia, argumentar sobre la sinrazón e inoportunidad del permiso. En el momento, parecerá resuelto el problema con un "Ta bien, señor" que aparentemente indica acuerdo o sometimiento. Pero la noche tiende puentes propicios a estas reprimidas ansias. La mañana siguiente pone de manifiesto la ausencia, bien venida, en verdad, si junto con ella no se advierte la merma de la tropilla o la falta de algunas *pilchas* en el cuarto de las monturas.

La fiesta paraliza así, con su pausa obligada, la actividad general. Es una de las muestras más claras de que durante esos días todo gira en su torno. No sería explicable la vida misma en el Valle sin un conocimiento minucioso y profundo de este fenómeno cuya conmoción alcanza a todos los planos de esa sociedad netamente estratificada; absorbe con imantado atractivo todos los instantes de esos

días; extiende su influjo por todas las regiones donde todavía imperan estas costumbres, tradicionales y arcaicas hace más de un siglo, según lo documentan los aducidos testimonios.

Por lo tanto, el espacio, el tiempo y el hombre caen bajo su influencia. Maléfica o benigna, no puede pasar inadvertida o desdeñada por quien se interese en estas manifestaciones populares que los siglos consagran y dignifican con su pátina.

En el caso del Valle, desde el punto de vista del elemento humano interviniente, no es expresión sólo lugareña. La animación que cobran los pueblos, el atractivo de las *carpas*, la fama de las reuniones, las escenas pintorescas que el carnaval ofrece, atraen a muchas personas de allende sus límites geográficos.

Invitados o no, llegan de poblaciones distantes o de fincas apartadas a casa de amigos y parientes. Como dije a su tiempo, las viejas y amplias construcciones no carecen de piezas para huéspedes y a fe que nunca están más concurridas y solicitadas que en esta época. La llaneza de trato y la sencillez de las costumbres, en especial en otros tiempos, no hacían enojosas tales visitas. Recibíanse de buen grado y hasta con regocijo, según el afecto o la amistad que mediara. Los recién llegados, a su turno, avenidos y prácticos, no hacían cuestión de dormir en catre o sobre la montura, en el corredor, cuando se habían colmado los lugares disponibles. Se confiaba en que no había de faltar el asado, que se renovaba casi permanentemente porque tenía clientes siempre prontos; la *chinita* cebadora no dejaba el mate de su mano, pero si ella misma había sido reclamada como prenda de la fiesta, era el interesado en persona quien "rumbeaba" para el lado de la cocina a calentar el agua y cebar un amargo. Todo lo demás era dado por añadidura. La casa era sólo un alto en la jornada, pues los días transcurrían de convite en convite, de carpa en carpa, de pueblo en pueblo.

Febrero y marzo coinciden con la época de las lluvias de verano. Los ríos crecen peligrosamente, como queda referido en anteriores páginas. Mas nada de esto es obstáculo para el viaje hacia los centros de atracción. Algunos pagan con la vida su empecinamiento y su torpeza. No se pueden vadear esos torrentes con

caballos rendidos por el cansancio, desconocedores del terreno, acuciados por la espuela, que traduce el apremio con que el jinete quiere llegar a su destino. Los más urgidos por el frenesí de la fiesta anhelada dejan sus retiros agrestes, a muchas leguas del poblado, y las recorren sin descanso, de día y hasta de noche por caminos medrosos. El río torvo parece que intentara detenerlos. Las ondas barrosas y densas siguen indiferentes al canto que la *caja* acompaña. Canto apenumbrado de nostalgias y estremecido de esperanzas. Algo debe enceguecer a estos hombres, conocedores como nadie de los riesgos que afrontan. Tal vez la propia *caja*, como la flauta de Hamelín, les infunde en el alma algún mágico hechizo que los impulsa a desafiar la creciente. Y ocurre junto a las riberas del Calchaquí lo que en otros ríos impetuosos de América. José María Arguedas[12] lo confirma evocando *El carnaval de Tambobamba*, a orillas del Apurímac, cuyo nombre quiere decir "el poderoso que habla". También allá febrero es "el tiempo de la creciente, cuando el Apurímac es turbio, cuando su sonido aumenta y se vuelve áspero y verdaderamente salvaje. La lluvia es feroz en la quebrada, casi siempre cae en tormenta, suena y causa espanto. El eco de la lluvia se reproduce en todos los grandes barrancos, las cumbres de los cerros parecen temblar; por las pequeñas hondonadas de las faldas bajan torrentes negros que arrastran piedras y árboles. Todo va al río grande. Y el agua del Apurímac, cada vez más alta, más turbia, se revuelve en grandes remolinos y tumbos, quebrándose en los recodos; salpicando, se atropella y truena. Parece el germen de la lluvia, la imagen del cielo enfurecido y oscuro.

"Es el tiempo del carnaval. En estas noches, cuando la voz del río suena con su máximo poder, en todos esos pueblitos de la quebrada, prendidos sobre el abismo, salen a cantar y a bailar el carnaval, el canto guerrero, que es como la ofrenda al río crecido y terrible, al cielo agitado y a la noche lóbrega.

"En algunos pueblos la canción es tierna y amorosa, pero en el Apurímac hondo, en Tambobamba, por ejemplo, es triste. La de Tambobamba debe ser muy antigua. Yo no conozco otra canción más cruel y hermosa... Los que no saben keschuwa escuchan el canto con mucha gravedad y adivinan todo lo trágico y cruel

que es su contenido...:

El río de sangre ha traído
a un amante tambobambino.
Sólo su tinya está flotando,[*]
sólo su charango está flotando,
sólo su quena está flotando.

Y la mujer que lo amaba,
su joven idolatrada,
llorando llora
mirando desde la orilla
sólo la tinya flotando,
sólo la quena flotando."

Cuando un río del Valle ha sacrificado una víctima, parece que se aplacara la creciente. Los nativos, que tienden a divinizar la naturaleza bravía que los circunda, creen, en efecto, que cesa la lluvia y bajan las aguas cuando el río ha cobrado su tributo de muerte.

Por cierto no son trágicos todos los viajes emprendidos al conjuro del carnaval. Además de los que vienen de remotos parajes, obsesionados por la diversión que los injerta de nuevo en la comunidad, les tiende los nervios y les desata la risa, llegan tumultuosos los obreros de la mina casi inaccesible desde los vericuetos de la montaña; los cazadores furtivos de vicuñas aprovechan la oportunidad para su bajada ocasional; y así los chinchilleros, que persiguen el indefenso roedor de piel sedosa hasta el límite de las nieves eternas y los trabajadores transitoriamente ocupados en la construcción de un tramo de camino en la montaña o en alguna excavación de yacimientos arqueológicos, pese a la

[*] La tinya peruana, como ya dije, es el equivalente de la *caja* calchaquí.

desesperación y a la paga de los técnicos.

Y por fin, no faltan los turistas que desafiaron las incomodidades del viaje en época de lluvias, a fin de embeber en este ambiente sus sentidos ávidos de lo pintoresco y de lo típico.

El juego con agua: antecedentes históricos y paralelos actuales

Aunque en el carnaval calchaquí no es manifestación sobresaliente, el juego con agua es característico de la fiesta en todos los países y desde tiempo remoto.

Las aspersiones líquidas, a su vez, no son sino una especie, desde que tienen venerable ascendencia las de dátiles, nueces, arroz, higos, afrecho, sal. El juego con almidón y harina, tan típico del Valle, sería también una diferenciada manifestación de antiquísimos ritos, asociados ya a fiestas emparentadas con el carnaval por su carácter, ya a ceremonias de otro orden: por ejemplo, bodas y bautismos. En estos últimos casos, conserva un claro sentido de rito de fecundación, sobreviviente hoy en el arroz que se arroja a las parejas de recién casados y en las "allouyes" saboyanas. El primer caso puede legítimamente vincularse con las "catacrysmata" [καταχρισματα] de los griegos, que tanto Mannhardt como Samter y Westermarck han interpretado en el sentido de una aspersión fecundadora, recibida por la desposada junto al nuevo hogar doméstico.

Las "allouyes" de Saboya son batallas que los chiquillos entablan con nueces y golosinas durante el carnaval. Pero la estrofita que cantan permite relacionar fácilmente la costumbre con su primitivo sentido:

Allouyes, allouyes,
La femme est enceinte.
Depuis quand?
Depuis Carmentran. ✷

✷ GENNEP: *Le cycle cérémoniel du carnaval...* nº 7, p. 598. [85]

es decir desde el "entierro del carnaval", personificado en un muñeco al que llaman Carmentran, como se verá a su tiempo (p. 221).

El agua, particularmente, añade a este sentido general el de su conocida significación purificatoria. Baste recordar, como ejemplo, su papel en los exorcismos y lustraciones, tanto individuales como colectivas, su elección como elemento bautismal y la profusa intervención que las leyendas y cuentos populares le atribuyen en desencantamientos y otros mágicos prodigios.

Si se piensa en la antigüedad clásica, ténganse presentes las pilas con agua y ramos de olivo que se ubicaban en las puertas de las casas griegas para purificar a los visitantes, y, en general, las muy conocidas manifestaciones de la "lustratio" latina.

Es curioso que en antiquísimas referencias europeas, no sólo figure el agua como una manera destacada de celebrar el carnaval, sino que haya singular similitud en cuanto a la manera de utilizarla para este fin.

Para dar como ejemplo sólo algunos pocos testimonios (puesto que estas páginas no constituyen un estudio técnico), es interesante recordar el poema titulado *Trionfo di Carnevale e dei suoi seguaci*,[159] escrito en dialecto genovés por Paolo Foglieta, en el siglo XVI (¿1588?). Al comentar uno de sus pasajes, dice Leopoldo Valle, su publicador moderno, que la costumbre de tirar desde las ventanas naranjas, limones, huevos llenos de agua o de harina, y nieve, durante los días de carnaval, estaba difundida, se puede decir, en toda Italia. L. A. Cervetto, en *Il Carnevale genovese attraverso i secoli* asegura que fueron inútiles los bandos que prohibieron estos juegos.

En cuanto a uno de los proyectiles mencionados, figura también precisamente en una vidalita de carnaval, que se canta actualmente en el Valle Calchaquí, y no deja de ser curiosa la coincidencia:

Desde tus balcones,
ay, vidalitá,

me tiran limones;
si son de tus manos,
ay, vidalitá,
vengan a montones.

Los huevos con agua, como antecesores de las modernas "bombitas" de goma que se usan en las ciudades, tienen también antecedentes lejanos, como se ve.

Contemporáneamente, en la España de Felipe II ocurría algo parecido. No interesa tanto el dato por ser antiguo, pues podrían citarse muchos que en este sentido lo superan. Pero la fecha, 1585, lo hace particularmente sugestivo para la América española. Testimonios directos y auténticos permiten conocer las costumbres hispanas en la época en que eran trasplantadas a las colonias de ultramar. Para elegir sólo uno, creo que el más elocuente es la *Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia, escrita por Enrique Cock, notario apostólico y archero de la guardia del cuerpo real…*[55] Refiriéndose a la estada del rey y su corte en Zaragoza, cuenta el concienzudo relator:

"Estos tres días, desde tres de Março hasta seis del dicho, eran las Carnestollendas, y es en España la costumbre que van en máscaras por las calles diciendo coplas y cosas para reír, echando huevos llenos de agua de olores donde ven doncellas en las ventanas, porque esta es la mayor inclinación de los desta tierra, que son muy deseosos de luxuria, y ansí quitándose el freno van estos tres días ansí caballeros como ciudadanos a caballo y á pié diciendo las coplas que saben donde piensan remediar sus coraçones del amor y aguardan el galardón de sus trabajos. La gente baxa, criados y moças de servicio, echan manojos de harina unos a otros en la cara cuando pasan ó masas de nieve, si ha caido, ó naranjas en Andalucía mayormente donde hay cuantidad dellas" (p. 38).

En el sentido aquí considerado, ambos siglos de oro españoles (XVI y XVII) son de interés primordial. No consiente este libro trasladar ahora las citas

copiosas que el archivo reserva. Limitándome a una referencia por centuria, basta probar, con las sabrosas páginas de Juan de Zabaleta[167] en *El día de fiesta por la tarde* (1659), cómo las costumbres descriptas conservaban, si no habían acrecentado, su lozano vigor en el siglo XVII.

Describe el autor *El domingo de carnestolendas* en Madrid, y respecto de los juegos con agua dice:

"Las criadas se dividen por los balcones o ventanas, con pucheros en las manos. Los criados las socorren de calderos de agua, que arrojan con los pucheros sobre los pobres que pasan... Ven venir un esportillero por la calle abajo; previénese una fregona de un cubo de agua, tómale por el asa de esparto con la mano izquierda, por el resbaladizo suelo con la derecha, arrímale al balcón mohoso, y en viendo al pobre hombre en paraje, se le vuelca encima. El miserable paciente con el susto se aturde y con el peso se agobia. Pasa turbado a la otra acera a reconocer el balcón enemigo, y ve a mujeres y hombres tomando risueño placer del mal que le habían hecho. Enójase justamente del exceso de la burla, y empieza a hacer definiciones injuriosas de los que se la han hecho. Algunas yerra y algunas acierta, y ellos se ríen de todas: que los que pierden el miedo a la culpa, se la pierden a la afrenta..." (p. 184).

"Dos mujeres que están en una reja de un cuarto bajo, con un instrumento de disparar agua por las troneras de una celosía, a un hombre vestido de negro que descuidado arrimado a ella pasaba, le dan una rociada por el rostro, que le turban los ojos, y le desaderezan la valona..." (p. 185).

Suben tres o cuatro caballeros mozos por la calle, y reciben de una ventana baja donde están unas mujeres hermosas, una de aquellas cargas que da la hostilidad burlesca de aquella tarde. Mójanlos con festiva agua. Ellos miran los enemigos y huélganse de verlos. ¡Oh, hermosura! Aun ofendiendo muchas veces amable. Tratan de su venganza y arrojan dentro de la pieza muchas bombas de agua olorosa, hechas de cáscaras de huevos" (p. 186).

Al leer las páginas que siguen, parecerá increíble que las escenas carnavaleñas en ellas descritas se hayan desarrollado ante los ojos de los

respectivos autores casi tres siglos después de las que relata Cock, en otro continente, en opuesto hemisferio, a orillas del Plata o del Paraná argentinos, en ciudades fundadas (¡oh humildes chozas de paja y barro!) años antes de que el "archero" de Felipe II emprendiera con su Majestad Católica el viaje a Zaragoza.

Un anónimo viajero inglés,[53] que residió en Buenos Aires entre 1820 y 1825, cuenta que:

"Llegado el carnaval, se pone en práctica una desagradable costumbre: en vez de música, disfraces y bailes, la gente se divierte arrojando cubos y baldes de agua desde los balcones y ventanas a los transeúntes, y persiguiéndose unos a otros de casa en casa. Se emplean huevos vaciados y llenos de agua que se venden en las calles. A la salida del teatro en Carnaval el público es saludado por una lluvia de esos huevos. Las fiestas duran tres días y mucha gente abandona la ciudad en ese tiempo, pues es casi imposible caminar por las calles sin recibir un baño. Las damas no encuentran misericordia, y tampoco la merecen, pues toman una activa participación en el juego. Más de una vez, al pasar frente a un grupo de ellas, he recibido un huevo de agua en el medio del pecho. Quienes por sus ocupaciones deben transitar por la calle salen resignados a soportar el baño. También se divierten los extranjeros. Un armador inglés, recién llegado, fue saludado con un cubo de agua. No teniendo noticias de la costumbre, el hombre recogió unos ladrillos y juró que no dejaría un vidrio sano en la casa. Fue difícil apaciguarle. Muchas personas se han enfermado gravemente de resultas de ese juego. Los diarios y la policía han tratado de reprimir estos excesos sin obtener mayores éxitos" (p. 115-116).

Por su parte la señora Lina Beck-Bernard[19] en su libro *Le Rio Parana. Cinq années de séjour dans la République Argentine* (1857-1862), refiere, con mayor gracia y vivacidad, que "terminados estos preparativos ya puede empezar el carnaval, y se inicia, en efecto, a la señal de un cañonazo, el lunes a medio día, dándose comienzo a las hostilidades. En seguida desembocan por todas las calles, escuadrones de jinetes, que van y vienen a gran galope, recorriendo todos los circuitos posibles. Las damas aparecen en las azoteas y a poco el bombardeo se

hace general. Las señoritas arrojan agua en toda forma sobre los caballeros. Los caballos, asustados bajo la inesperada catarata, se encabritan, dan coces, se abalanzan y ponen a prueba la habilidad de los jinetes. Éstos, con la mano que tienen libre, lanzan huevos, uno tras otro, a la altura de las azoteas. Las damas los evitan como pueden, pero los proyectiles se suceden con tal rapidez, que pronto peinados y vestidos dejan ver las señales de la batalla. Al más arrojado, ágil y diestro de los jugadores se le arroja desde los balcones una gran corona de laureles rosas, que se pone como adorno al pecho del caballo, proclamando así la victoria del jinete. Las frases alegres, los desafíos, las réplicas, las agudezas, suben y bajan como proyectiles, desde los balcones a la calle y desde la calle a los balcones.

"No bien se aleja una banda de jinetes ya aparece otra, para continuar el asedio, encontrando siempre a las bellas dispuestas a la defensa. El juego, renovado de continuo, dura toda la tarde. A las seis, otro cañonazo, interrumpe las singulares justas, aplazándolas hasta el día siguiente.

"En la calle, los chiquillos armados de aparatos muy semejantes a los del *Enfermo de aprensión,* se esfuerzan por mojar a los paseantes y hacer penetrar los chorros de agua por puertas y ventanas, cerradas con precaución en estos días. Nunca terminan estos juegos sin algún accidente: son lastimaduras en los ojos o en la cabeza, producidas por los huevos lanzados de muy cerca, o bien caídas de los caballos que resbalan sorprendidos por el agua y los gritos, despidiendo al jinete o apretando a los viandantes.

"Pero esto no significa nada. Todos se divierten despreocupadamente, llenos de alegría y vuelven a casa calados hasta los huesos, cansados a no poder más y dispuestos a recomenzar al día siguiente.

"Cuentan que Rosas, el mejor jinete de su tiempo, no dejaba nunca de mostrar sus habilidades en carnaval. Solía llegar al galope frente a las casas de algunas bellezas porteñas, sofrenaba el caballo hasta ponerlo en dos patas y mientras lo hacía girar por completo en esa posición, arrojaba a los balcones un ramo de flores, antes de que el animal asentara las patas delanteras. He visto hacer esta prueba en Santa Fe, y resulta muy lucida, pero requiere una gran destreza y

mucho dominio en el manejo del caballo" (págs. 156-158).

Eran tiempos en que la pampa, con su vida y sus pasiones, imperaba todavía sobre las ciudades nacidas de su seno.

Alfred Ebelot,[74] el francés observador y acriollado de quien ya cité un párrafo, continúa así su anecdótica evocación:

"El presidente de la República acertó a pasar en coche descubierto. Lo mojaron hasta empaparlo. El presidente, el ex ministro, el chiquitín y los concurrentes se destornillaban [sic] de risa. El presidente aquel era Sarmiento... (p. 163). Por lo mismo que estos juegos orillaban, y algo más, los límites de la cultura, es fácil discernir lo que tenía que suceder. Cundía en todas [sic] una contagiosa excitación... Es lo que pasaba en el juego del agua. Se principiaba con chorros de líquido, se acababa de vez en cuando con balas de revólver" (p. 165).

Y no fue Sarmiento el único Presidente americano sobre quien triunfó la tradición de los "carnavales de agua". El costumbrista Francisco Tosta García,[157] citado por R. Olivares Figueroa,[124] refiere la anécdota siguiente: En Caracas, hacia 1850, el Presidente Monagas (no se especifica cuál de los dos) prohibió el juego con agua. "Al efecto ocupó la ciudad militarmente con los batallones veteranos, la milicia y la policía. Por de pronto, todo el mundo se metió en barajas; y al ver lucir los sables y los fusiles, se creyó logrado el objeto. Mas parece que una señorita muy distinguida, fina y hermosa, echó un poquito de agua perfumada a un coronel amigo, y que éste devolvió la galantería con otro perfumador, lo cual fue visto por los vecinos de la cuadra, que imitaron el ejemplo con sus conocidos; y así, con la velocidad de la pólvora, empezó el juego de carnestolendas; y a las seis horas toda la fuerza estaba bañada de pies a cabeza, como patos de uniforme"... El general "indígnase, toma su caballo, sale a la calle, acompañado de su escolta, decidido a hacer un escarmiento; y atraviesa las calles sin novedad, no obstante hallarse el juego en todo su furor; pero al llegar al barrio de la Candelaria, unas damas, con sendas totumas en las manos, le detienen para invitarle, con toda cortesía, que les permita puedan mojarlo, a lo que él no accede, en vista de ser su disposición irrevocable; las damas, entonces, al grito de "¡agua va!" le embocaron las siete

totumas y, como él se desmontara del caballo, sabe Dios con qué intenciones, las insurrectas lo cogieron en peso, lo metieron en la casa como niñito de bautismo y, sin ningún escrúpulo, lo introdujeron dentro de una gran pipa llena de agua hasta los bordes. Su excelencia tomó un soberbio baño, rió a carcajadas de la buena ocurrencia y del atrevimiento de las muchachas y se volvió a casa en medio de sus lanceros, exclamando: '¡Es una temeridad pretender abolir una costumbre tan arraigada!' " (p. 91).

Después de esta muy medida incursión comparativa, tornemos a nuestro escenario calchaquí. Y como eslabón, un interrogante, a modo de curiosidad lexicográfica: La fiesta de la *chaya* indígena, como todavía se le llama, especialmente en La Rioja y Catamarca, ¿derivará su nombre, no del quichua *chayac*, 'el que llega', como lo proponía Lafone Quevedo,[99] sino de *ch'álla,* 'esparramadura de un líquido en forma de rocío, rociadura', según etimología preferida por Carrizo?*

Si así fuera, el juego con agua resultaría, no sólo una tradición europea, sino, coincidentemente, una supervivencia autóctona.

Lo cierto es que, según las constancias que he recogido por mi parte, esta práctica estaba en todo su apogeo a mediados del siglo pasado en el Valle Calchaquí y, desde luego, no ha desaparecido en nuestros días, aunque se advierte un debilitamiento en su vigencia.

Sobre todo el domingo de carnaval era diversión obligada. Las cáscaras de huevo recibían su carga líquida. Y por picardía, esta no era siempre de agua transparente e inodora. Se tapaba el orificio con trapitos de colores, y tal como los españoles y genoveses del siglo XVI, eran arrojadas como proyectiles, muchas veces dañinos.

Pero esto no era sino el comienzo. La iniciación era discreta y mesurada, mas a poco se agotaba el arsenal de cáscaras o resultaban batería insuficiente. Aparecía el primer balde o tacho y muy luego era seguido por cuanto recipiente

* CARRIZO: *Cancionero popular de La Rioja*, t. 2, p. 446. [49]

quedaba al alcance de la mano. Ni los de uso más íntimo eran exceptuados. Todos se empapaban a más y mejor, haciendo provisión de agua en el pozo o en la acequia. Se aspiraba a dejar al adversario como *chumuco*, ave acuática de aspecto enjuto. Alianzas ocasionales llevaban a un bando a la victoria total. Varios jóvenes ponían su atención en la niña más bizarra y dinámica, o a la inversa, las muchachas convenían vengarse de los estragos de un mozo guapo y en un descuido lo alzaban en brazos y lo soltaban... sobre las aguas de la acequia o en una tina arteramente preparada.

Los bandos se formaban a veces entre los de a pie y de a caballo, tal como a fines del siglo ocurría en los alrededores de la ciudad de Salta. Al ver llegar la *pacota* –cuenta María Bertolozzi de Oyuela[21]– "se aprestan con baldes y palanganas llenas de agua, para arrojársela, describiendo amplio círculo; cuando han medido bien la distancia, el abundante líquido de carnaval da al traste con los flamantes pollerones y coquetas batas. Los jinetes hacen alarde en el manejo del poncho o el ladeo. Algunos mirones lanzan, como balas, huevos, que dejan, donde pegan, huella de sangre, o su tapita de cera con género de color fuerte, pegada como un lunar" (p. 29).

Estas "huellas de sangre" y otras consecuencias nefastas de los juegos con agua y de los excesos carnavaleños en general, preocuparon a las autoridades de todos los tiempos. En el mismo Buenos Aires, el Virrey Ceballos hizo promulgar un bando, a solicitud del Cabildo, "prohibiendo el carnaval". El interesante documento corresponde al 25 de febrero de 1778:

"El desorden que en el tpo. de Carnavales se Experimenta poco más, o menos en otros lugares ha tomado de pocos años a esta parte tal incremento en esta Ciudad, que especialmente los Tres ultimos dias llamados de Carnestolendas se haze fastidiosa su abitación; porque en ellos se apura la Groseria de echarse agua y afrecho, y aun muchas inmundicias, unos a otros, sin distinción de estados, ni sexos, llegando a tanto el desenfreno, que ni aun en su propia casa está el mas recogido, ni la Sra. mas Honesta a cubierto de un insulto por que suelen introducirse Cuadrillas de Hombres y Mujeres disfrazadas, y mui proveidas de

Huebos y otras menudencias arrojadizas, con que en tono de Grasejo, muy despreciable, acometen a las Personas mas retiradas y el concurso de jente ruin que acompaña a estas Cuadrillas, roban, y rompen los muebles, después de dejar muy mal trazadas y tal vez Heridas las Personas de los Dueños: todo lo qual, con otras funestas resultas que se omiten sobre ser apenas de la civilidad, son unos escandalosos Desafueros en presencia de V. Exa… Buenos Ayres, 25 de Febrero de 1778."[30]

No pareciera sino un anticipo del bando publicado en Madrid en 1º de febrero de 1799, que prevenía que:

"En los días de carnaval ninguna persona sea osada á tirar en las calles, sitios públicos de plazas y paseos de la Corte, ni otro sitio, huevos con agua, harina, lodo, ni otras cosas con que se pueda incomodar a las gentes, y manchar los vestidos y ropas, ni echar agua clara ni sucia de los balcones y ventanas con jarros, xeringas, ni otro instrumento; ni se dé con pellejos, vexigas ni otras cosas; ni se echen mazas á persona alguna, a los perros ni otros animales; pena á cualquiera que contraviniere á lo referido, en todo ó en parte de ello, de veinte ducados, y quince días de prisión; y a los contraventores que fuesen criados ó criadas de servicio, la pena impuesta se entenderá con sus amos."[77]

Con motivo de celebrarse el primer carnaval después de la Revolución de Mayo de 1810, el Cabildo tuvo, como tantas autoridades y gobiernos de todos los países, la ingenua pretensión de suprimir "para siempre" la fiesta popular, por obra y gracia de una prohibición gubernativa, sin tener en cuenta, para colmo, el resultado que habían obtenido otras disposiciones del "viejo régimen". Decía la honorable corporación en su acuerdo del 22 de febrero de 1811:

"...que sería un negro borrón para sus dignos pobladores el perpetuar entre las costumbres repreensibles que supo tolerar por pura debilidad el Gobierno antiguo, la bárbara del Carnabal, en que faltando los Ciudadanos al decoro y compostura que se deben mutuamente los individuos de un Pueblo grande, se cubren de vergüenza y de ignominia á la faz de las Naciones cultas, y á presencia de una multitud crecida de Extrangeros, que condenan en silencio tan bárbara

costumbre; y que á fin de que la regeneración política de la grande Capital sea extensiva hasta el punto de desarraigar para siempre las costumbres admitidas desde tiempo inmemorial, pero que abaten y rebajan el decoro y dignidad con que en todo tiempo y en todas partes debe ser mirado un Ciudadano de Buenos Aires: Y en vista de todo acordaron que ocurra al Superior Gobierno por Diputación que deberán componer en el acto los SS. Don Ildefonso Passo y Don Pedro Capdevila, para que disponga que desde el presente año queden olvidados para siempre los juegos de Carnabal, y que en su lugar se sostituia todo género de diversión que sea compatible con la compostura y la decencia..."[29]

Hasta qué punto se "echó en olvido para siempre la bárbara costumbre del carnaval", ya lo sabemos por las páginas transcritas en las cuales consta que, por lo menos en Buenos Aires y en Santa Fe, no se habían siquiera morigerado.

Las viejas prácticas, aunque refugiadas en el interior de las casas de familia, con participación sólo de amigos e invitados que saben a lo que se exponen, se manifiestan hasta hoy esporádicamente. Fausto Burgos[32] ha sido actor y testigo de la siguiente, regocijada escena:

"No bien entro yo se cierra la puerta... ¡Qué alegría! Vestidas de blanco aparecen Mónica, Merceditas, Carmencita, Adelina y la señora Epifanía. Yo no sé qué hacer. Atacamos sin pérdida de tiempo. Merceditas corre, corre, perseguida por los chorrillos fragantes de los pomos. A mí me tienen lástima... Al doctor Nogales lo están poniendo como chumuco, entre cuatro, a baldes, a lavabo y a jarra.

"Le he dicho que se bata en retirada y no me oye; lo ciegan y le hacen tragar agua fresca y limpia, 'recién sacadita'... De pronto, doña Epifanía lo toma y lo levanta por la cintura.

"–¡A la tina!

"–¡A la tina!

"–¡A la tina!

"Se lo llevan entre cuatro. El doctor ríe y no se defiende.

"–¿De cabeza, o de…?

"¡De cabeza!

"Apenas lo veo zambullir en la tina alta y panzuda tiro los pomos, corriendo atravieso el patio, el canchón y me encaramo en la tapia de adobe..." (p. 47-48).

Acuarela provinciana, estampa salteña, cuyos frescos y violentos colores de antaño sólo presentan hoy matices desvaídos de flor marchita entre las hojas de un libro de memorias.

En nuestros días, la gran industria ha contribuido a refinar las costumbres de antaño, generalizando en las ciudades el uso de las "bombitas" de goma y de los pomos de metal, cargados con líquidos perfumados y hasta con mezclas de éter que producen en la piel una estremecedora sensación de frío. Estos y otros ingredientes carnavaleros, como las serpentinas y el papel picado, van infiltrándose en el campo, aunque sin mucha fuerza ni expansividad. De todos ellos, el último parece haber sido en el Valle el más afortunado, pero en provincias (La Rioja, por ejemplo), se usaba, no sé si como antecesor o como sucedáneo de los pomos, un instrumento que recuerda (bien lo hace notar la señora Lina Beck- Bernard en las páginas transcritas), la jeringa de *Le medecín malgré lui.* Es por supuesto de factura muy local y se llama, con deformación del término castizo, el *chisquete.* Consta de una caña hueca por cuyo interior corre un palo cilíndrico forrado con un trapo para que cumpla a perfección su papel de bomba absorbente, que en manos de los *changos* traviesos se convertirá en jeringa rociadora.[138]

Con variación de términos regionales podría aplicar la descripción de la escena a la fiesta gallega del *entroido* en la cual *cichotos* o *cichotes* representan estas mismas jeringas de caña que en poder de los chicos originan episodios idénticos. Un reciente artículo de Antonio Fraguas[78] no deja lugar a dudas en este sentido.

En Venezuela, durante el siglo pasado, fue usual un arma semejante, temible en manos de las damas; Bolet Peraza[25] nos cuenta que "las bellas de Caracas, armadas de descomunales jeringas, coronaban las puertas y ventanas de ambas aceras, y apenas me hube acercado a ellas, correspondieron a mi cortés saludo descargando sobre mi apuesta persona tal cantidad de agua, que no parecía

sino que se habían abierto las cataratas del cielo".

A través de sus festivas manifestaciones, va llegando el carnaval calchaquí a su madurez, a su culminación. El punto máximo está representado por las reuniones, por "la fiesta" propiamente dicha.

El carnaval en su apogeo: escenario y protagonistas

Después de las jugarretas de la mañana, cansados de las idas y venidas, empapados a veces, se reúnen para el almuerzo en una u otra casa. Son comidas apetitosas y con frecuencia opíparas. Reparadas sobradamente las fuerzas, optimistas y dicharacheros, por aquello de que "panza llena, corazón contento", comienzan los preparativos para asistir a la reunión donde los amigos han convenido en encontrarse.

Cambio de ropas mojadas cuando hay lugar para tanto; acaso, por alarde, muda del montado para lucir caballo fresco y brioso; precavida provisión de papel picado en los bolsillos y de bromas a flor de labio: ambos dedicados a las muchachas, cuya risa argentina consuena con el retintín de las espuelas.

Así se va congregando el grupo numeroso. Ya parece pronta la cabalgata, mas no faltan los percances de último momento: una cincha floja, un correón roto, la yegua que "botó la herradura", el redomón que asustado salió a la disparada perseguido por los comedidos a los gritos de "¡atajen! ¡atajen!, ¡topen! ¡topen!"

Las altas aceras o los desniveles de las calles poblanas ayudan a las mujeres a montar, pues aproximan el caballo hasta quedar al nivel de la montura, donde se sientan señorialmente, abriendo en abanico el amplio pollerón. En los patios de las fincas hay siempre sólidos poyos provistos de escalones para el mismo fin. Careciendo de tales auxilios, todo lo suple la agilidad y, más frecuentemente, las manos unidas del comedido caballero, en las cuales se apoya el pie de la amazona para tomar impulso.

Se entrecruzan las observaciones irónicas, las alabanzas y las críticas. Tal caballo quedó *mocho* después del tuse inexperto; cuál es *lunanco;* un otro resultó

estrellero por quererlo sacar elegante y amenaza golpear con la cabeza el pecho del jinete. Se lucen en cambio los *braceadores,* que marchan a increíble velocidad con un andar suavísimo y parejo, levantando las manos y encurvando el cogote hasta resultar modelo para un bronce ecuestre.

La plata profusa destella al sol de la tarde. Los ponchos rojos, plegados en largo doblez, cuelgan desde el arzón o desde la grupa y destacan su mancha violenta sobre los pelajes moros o tordillos. El vientecillo hace aletear junto a la oreja, como un mensaje que augurara delicias, las puntas del pañuelo, ceñido al cuello como un abrazo; al mismo tiempo aventa o modela las batas y blusas femeninas y levanta sobre las frentes las alas desmesuradas de los blancos sombreros *ovejunos,* usados por coquetería localista.

El ancho camino, bordeado de molles o de gigantes *cardones,* erectos como las columnatas de un imaginario templo indígena, permite avanzar de frente a una docena de jinetes. El abigarramiento cobra una misteriosa armonía, que deriva, no de los matices muy destacados sobre el ocre paisaje, sino del realce de las formas y de las actitudes gallardas. A poco andar, rumbo al lugar de la reunión, el camino se muda en sendero y hay que marchar en fila india, con breves concesiones, de trecho en trecho, para las parejas, que bendicen entonces la topografía.

¿Cómo en tal ocasión puede faltar el canto? Varios traen sus *cajas* y, si se produce un momento de silencio, uno de ellos lo rompe, por ejemplo, con la copla:

Canten, canten, compañeros
Del cerro vengo
no se queden como en misa,
pobre y chiquito
ni dueño tengo.
de la leña se hace brasa,
Del cerro vengo
de la brasa la ceniza.
pobre y chiquito

ni dueño tengo.

Y el interesado prolonga, nostálgico, el último verso de la tonada, con la esperanza de que predispondrá el ánimo de alguien para que le dispense una acogida conmiserada y tierna.

Siguiendo las vueltas del camino que flanquea los cerros, llegan por fin al lugar convenido para la reunión de esa tarde. Es un almacén de frente pulcro, enjalbegado con cal. Está cerca de la playa hacia la cual se extiende la huerta que prolonga sus fondos hasta el río. Por el lado opuesto se levanta el cerro, contra cuya falda se recuesta la casa. A varios metros sobre el nivel de su techo pasa el camino, formando cornisa en la montaña. Por eso, al doblar el último recodo, el viajero domina el conjunto desde lo alto.

Los componentes de la cabalgata están ya en ese punto. Muchos se les han anticipado, tal vez desde el día anterior. El gran patio interno de la posada muestra animación y por él discurren nerviosas mujeres afanadas en los últimos preparativos. El brocal del viejo pozo que se levanta en el centro, desaparece casi bajo la cargazón de tiestos y tachas con flores. En la galería muchos se afanan por entrar a una habitación que, por el interés que suscita, debe ser la destinada al depósito de las bebidas. El patio tiene salida propia al exterior a través de un zaguán bajo y oscuro atestado de mirones que no se deciden a entrar y que se arraciman en el umbral. Junto a la casa, circundado con una *pirca,* se extiende el corral, donde pueden quedar seguros los caballos, protegidos de las contingencias del tránsito, pues no pasa lejos el camino y un camión o un cornetazo súbito podrían provocar un desbande. Un algarrobo y un molle bastan y sobran habitualmente para proporcionar sombra y palenque a las caballerías. Pero no es este un día como todos. El corral está literalmente cubierto de animales ensillados y muchos más aparecen dispersos por los alrededores. Sujetos algunos por el cabestro a los troncos, ramas o piedras aparentes para ese fin; maneados otros, se mueven a saltos como canguros; los muy mansos quedan sólo “con la rienda arriba”, tascando el freno como único alivio de sus largas esperas.

El espectáculo que presenta el conjunto es animado y colorido. Los pelajes más diversos contrastan entre sí; las mulas zainas, mohinas, rosillas; los caballos y yeguas alazanes y oscuros, colorados y bayos, tordillos y moros, doradillos y overos. Las monturas ponen su matiz con sus pellones blanquinegros, sus enormes caronas adornadas a veces con aplicaciones de pieles vistosas o de reluciente charol. En las grupas, el manchón cálido de las alforjas rojas o granates, adornadas a veces con bordados de lanas multicolores.

El enorme corral y sus cercanías desaparecen bajo este apeñuscado montón de animales, especie de manto ondulante y policromo que cubre el suelo. Empujones, coces, mordiscos, espantadas nerviosas mantienen en constante agitación el conjunto. Cada llegada provoca un nuevo remolino y por momentos resulta peligroso aventurarse entre este pequeño mar, viviente y movedizo.

Los dueños entre tanto van aproximándose lentamente a la puerta; hacen luego una estación precursora en el zaguán, para reconocer y saludar a los amigos y pulsar el ambiente. Los dueños de casa, los organizadores de la fiesta, se preocupan desde el interior de invitar a los que llegan a que pasen y se sumen a la concurrencia que llena ya el patio. Los primeros brindis borran las vacilaciones y eliminan la cortedad inicial. "Tomo y obligo", se oye decir, y el jarro de chicha o el vaso de vino, de aloja o cerveza que se ofrece constituye la mejor iniciación.

Los fuentones o bateas con empanadas calientes y pasteles despiertan voracidades aletargadas y al poco rato todo es risa y jarana.

Changos y *chinitas* venden cucuruchos de papel de diario con almidón. Cuando el entusiasmo crece y la inspección del contenido se hace menos probable, salen a relucir los que no tienen sino mala harina. Pero para el caso es indiferente. Un puñado tirado al rostro en momento oportuno, cuando la boca se abre en amplia carcajada, da la señal de la batalla. Ahogos y protestas excitan el ensañamiento del contrario y se trata entonces, no sólo de blanquear el rostro, sino la cabellera, y el cuerpo todo, deslizando el contenido del cartucho por el cuello del vestido o el escote recatado. La cara sudorosa es buen blanco para refregar los puñados y dejarla convertida en una máscara difícil de quitar.

El papel picado es también hoy elemento de juego carnavaleño. Se arrebatan sorpresivamente los sombreros y entremezclan los diminutos papeluchos con el cabello o los tiran con saña a la boca de un cantor desprevenido cuando está más arrobado entonando la sílaba final del estribillo.

Aquí, como en todo, se manifiestan pronto las particulares preferencias. Unos *hacen la punta* hacia la cocina, para *barajar*, a la salida, las empanadas o pasteles calentitos. Otros, de más confianza con la casa, rumbean hacia el interior o a la huerta, donde un asado *a la cancana* se está dorando a fuego lento para regalo de los íntimos. El cuarto de las bebidas o el despacho mismo del boliche atraen con mayor fuerza a los más auténticos cultores de Baco. La mezcolanza de bebidas es tremenda y francamente admirable la portentosa resistencia de estos bebedores consuetudinarios.

A ellos les suelen aplicar con propiedad la vieja copla:

Cuando se muera Fulano
no le lloren los parientes,
llórenle los alambiques
y las copas de aguardiente.

Uno a quien en cierta ocasión se la dirigieron, aprovechó el motivo para salir del paso con un requiebro:

Con gusto me emborrachara
y de borracho muriera
si en tus ojitos, mi vida,
beber el vino pudiera.

Una verdadera "institución"' de los viejos bailes de campaña fue el *bastonero,* especie de dictador ocasional, a cuyo mandato se formaban y deshacían parejas y se desenvolvía la danza. En el Noroeste este personaje extendió también

su risueña autoridad sobre los *obligos* que se intercambiaran entre los concurrentes. Los jóvenes solicitaban en confidencia la intervención del *bastonero* para *obligar* a una niña, convidándole una bebida cualquiera. "... Si sucede que ella le paga y le obliga al mismo tiempo, buena seña... y muchas veces pasa otro tanto con un joven que ha caído en gracia, le cae un obligo de donde menos se piensa, es que esa muchacha se insinúa... Cuando la cosa lo requiere y el "bastonero" no puede hacer nada, se levanta el interesado y con ese pretexto llega hasta la joven y personalmente se encarga de sus gestiones."[*]

Si bien alguna vez reviven vestigios de esta costumbre, no es hoy general y practicada en el Valle.

No faltan quienes, habiendo mariposeado por todos los grupos y gustado las delicias gastronómicas, prefieran apartarse a un lugar parejo y sombreado donde organizan la *tabeada.*

En el mismo patio central o en lugar apropiado se forman las parejas para iniciar una *zamba* o *chilena,* como por allí se dice. Logran trabajosamente el espacio necesario. Salen a relucir los pañuelos y al compás de la música de guitarras y acordeones se inician los movimientos de las dos parejas. Las mozas miran hacia abajo con gesto de gracioso recato y los hombres, cuando las figuras de la danza lo indican, hacen revolear los pañuelos alrededor de las cabezas de sus compañeras.

Aunque no con tanta frecuencia, se baila también la *chacarera,* con sus castañetas, vueltas, contorneo de la dama y zapateo del bailarín. En cuanto a lo que yo he presenciado, no parecen sobresalir los vallistos en esta última habilidad. Por eso el *malambo,* por ejemplo, en el cual el zapateo adquiere tan exclusiva preeminencia, es baile conocido pero muy raramente practicado.

En cambio, suele verse danzar el *gato,* variado y bizarro. La novedad de que los bailarines hagan intervenir la poesía al dirigirse mutuamente las *relaciones,* le da todavía más animación y colorido. Es oportunidad preciosa para hacer gala de

[*] BUSTAMANTE: *Girón de historia,* p. 82. [33]

ingenio y de gracia, de ironía y de malicia.[117]

Los versos con que se canta el gato son también con frecuencia picarescos y son buen ejemplo los que cita Di Lullo, típicos en Santiago del Estero:

De mi china quisiera
ser el zapato,
y tener en la puntera
ojos de gato,
ojos de gato, sí,
vean qué cosa,
para estar mirando arriba
a cada rato.[*]

Y no faltan, por cierto, los ejemplos salteños:

Dice que las heladas
secan los yuyos,
así me van secando
amores tuyos.

Amores tuyos, sí,
díme, ¿hasta cuándo
has de tenerme, negra,
calaveriando?

Anteanoche y anoche
y esta mañana,
me corrieron los perros

[*] DI LULLO: *Folklore de Santiago del Estero,* p. 99. [72]

de doña Juana.

De doña Juana, sí,
triste me alejo;
casi, por estos pagos,
pierdo el pellejo.

En cuanto al baile mismo, tal como se practica hoy en el Valle, puede serle aplicada la descripción que hace de él Leopoldo Lugones[107] en *El payador:*

"Mientras se toca la introducción, dama y caballero permanecen en posición, frente a frente, a una distancia de tres metros.

"La primera figura consiste en una vuelta entera que la dama y el caballero ejecutan saliendo cada uno por su derecha, para volver al punto de partida. Ambos llevan el paso al compás de la música, y escanden el ritmo por medio de castañetas hechas con los dedos. A este movimiento corresponde la primera parte de la composición musical, rasgueda y cantada sobre una estrofa de seguidilla.

"Recobrada la primitiva posición, la segunda figura consiste en un zapateado dirigido por la segunda parte de la música, que es punteada y sin canto. La pareja no usa castañetas en esta parte. El hombre ejecuta con sus pies estrelazamientos complicados, sin repetirlos mientras le es posible. Hay quienes conocen hasta veinte variedades de estos pasos, danzándolos con sorprendente limpieza y rapidez, a pesar de sus enormes espuelas. La dama va y viene, describiendo en la misma posición curvas de nudo rosa; su mano izquierda descansa en la cintura, mientras la derecha recoge graciosamente la falda.

"La tercera figura es repetición de la primera, pero solamente en su mitad; de tal modo, que la dama y el caballero ejecutan en el sitio tomado por ambos para la figura anterior. Aquí termina la primera parte de la danza, y es la segunda posición de la pareja. El paso, la mímica y la música de la quinta figura son los mismos de la primera. La segunda parte de la danza, es una repetición de todas las figuras, hasta volver la pareja a la posición inicial" (pág. 109).

Dice una copla:

Bailecito que me gusta,
es el de la chacarera,
porque les digo a las niñas,
jugando pero en de veras.[*]

La misma idea se puede aplicar con mayor razón, aunque en otro sentido, a las *relaciones* que los danzantes se dirigen en el gato. Las hay de todos los gustos y calibres, predominando, como es de suponer por el carácter festivo de la reunión carnavaleña, las de sentido satírico y mordaz. No es mala oportunidad para aplicarse coplas "que den en la *matadura*" y aun adaptar las conocidas a las circunstancias personales del momento.

Pueden ser de tipo discretamente sentimental, como mera insinuación galante:

En el campo hay una flor
que se llama cardo santo,
decime si me querís,
no me hagas padecer tanto.

A lo cual responde la moza:

En la puerta de mi casa
tengo un paraíso florido,
¡cómo querís que te quiera
si recién te he conocido!

[*] CARRIZO: *Cancionero popular de Salta,* nº 1883, p. 474. [47]

O subir un punto el tono de confianza de la declaración:

Cuantito te vi venir
le dije a mi corazón:
qué piegrita tan churita
para darme un trompezón.

A la cual puede venir de perlas, como respuesta:

¡Cuidadito con las piedras!
¡Cuidao con los trompezones!
Cuando las piedras se topan,
¡qué serán los corazones!

Es más frecuente, sin embargo, no el lenguaje rendido sino el burlón y desdeñoso:

–Acabáme de decir,
que me quede o que me vaya;
no me tengas a las vueltas,
como mate sobre el agua.

–Andáte si querís irte
que estoy cansada de verte;
no nací para tu gusto
ni menos para quererte.

Cuando el trato o el conocimiento más íntimo justifican la broma, no es raro que el hombre reciba de una señora de edad, o de la dueña de casa, un chubasco como éste:

Tenís un andar de pavo
y un caminar de gallina;
una cara'e sinvergüenza…
qué más querís que te diga.

Si no hay ánimo o inspiración suficientes en el aludido para retrucar en el mismo tono, puede salvar la retirada con aire dolido:

Desde abajo me he venido
como paja por el aire,
señora dueña de casa,
no me haga ningún desaire.

No faltan quienes aludan a sí mismos con picardía algo cínica:

Las mocitas no me quieren
diciendo que soy sarnoso;
no saben las pobrecitas
que el sarnaso es más sabroso.

Pero estos alardes suelen dar con la horma de su zapato:

¿De ande sale este mocito
con tanta escuela?
Esa relación que ha echao
es pa su agüela.[*]

[*] CARRIZO: *Cancionero popular de Salta,* nº 1951 y 1959, página 480-481. [17]

Alguien disimula su vanidad tras el tono aparentemente humilde de la confesión:

Señora, yo soy un pobre,
pobre pero generoso,
me parezco al espinazo,
pelao, pero sustancioso.

Si el último verso es considerado desahogo petulante, se le contesta, por ejemplo:

Déjese de andar paviando
y guarde su pretensión,
cabeza de burro viejo,
orejas de mancarrón.[*]

Los despechos y resentimientos, alguna vez fingidos y otras muchas reales y quemantes, hallan también oportunidad para estallar:

Antes que bien te conozca
eras un clavel dorado,
ahora que no te quiero
sos un cuervo desplumado.

Y perdida toda consideración, olvidados la galantería y el rendimiento, se puede llegar al retruque grosero:

Señorita de Fulana

---

[*] CARRIZO: *Cancionero popular de Salta,* nº 1951 y 1959, página 480-481. [17]

parece agua cristalina,
donde se bañan los patos
y se "bóstian" las gallinas.

El siguiente es otro modelo del género:

Has dicho una gran macana
y te has quedado muy ancha,
las orejas como burra
y el hocico como chancha.

Por fin, para terminar el muestrario, vayan estos ejemplos de coplas más moderadas, pero no carentes de sal:

Señorita de Fulana,
blanca flor en un rastrojo;
pa qué la conocería,
para morirme de antojo.

Si el *antojado* no es precisamente un lindo mozo, puede oír como respuesta:

Si tu cara fuera pasto
y yo fuera un mancarrón,
por más hambre que tuviera
no le daba un mordiscón.

Otros bailes criollos no son frecuentes. La pasada generación llevó a su apogeo el *escondido,* que se ve todavía, esporádicamente. Según relato de un testigo presencial, se bailó en Cachi, en 1947, en un rancho donde celebraban la llegada de unos parientes. El episodio mímico que da nombre a la danza, ha ido

debilitándose hasta casi desaparecer.

Hace medio siglo, cada uno de los bailarines, cuando correspondía, simulaba esconderse detrás de uno de los espectadores o de un mueble próximo. Ahora se contenta con quedar de pie, un poco apartado, mientras el otro da la vuelta y zapatea o contornea, según el caso, pero sin agregar el gracioso matiz mímico de la búsqueda fingida. Con esto va perdiendo la danza sus rasgos más distintivos, agrisando su fisonomía y desvaneciendo su carácter.

No se han impuesto todavía las danzas de pareja enlazada, a las que oí alguna vez llamar "bailes agarraos", con tono entre irónico y desdeñoso.

Poderosos factores de transculturación, que actúan en el Valle desde hace pocos años con creciente actividad, acaso muden en poco tiempo aquella aversión en preferencia. Los nuevos caminos que acrecientan el tránsito, el tráfico mercantil, el turismo veraniego, el traslado local de un pueblo a otro; la radiotelefonía y los lugares públicos de esparcimiento que con el nombre de "bares" modernizan la fisonomía del viejo almacén; los éxodos periódicos de los nativos y otras circunstancias semejantes pueden llevar al desbande del acervo tradicional todavía sobreviviente.

Inducía a meditar el espectáculo de los rostros absortos y las miradas ávidas con que un apiñado grupo, desde la puerta de un almacén, seguía las evoluciones de un "bugui-bugui" que una pareja bailaba a conciencia, con reconcentrado frenesí. Nada más distinto de las coreografías familiares a los espectadores. No creo que ninguno de ellos se animara a intentar en público uno solo de esos pasos descoyuntados. Pero no era rechazo y hostilidad lo que brillaba en aquellos ojos, sino curiosidad y deslumbramiento. Simpatía ante ese mensaje prestigioso de la gran ciudad. Es decir, clima psicológico favorable para que germinara la imitación. Me refiero simplemente a una escena real presenciada por mí. No digo por cierto que será aquélla alguna vez la danza imitada, y ojalá no lo sea jamás. Pero todo tiende a facilitar el trasplante de bailes de otro carácter, de nuevo estilo; se iniciará el proceso en los "focos de enlace", en las aldeas con pretensiones, y poco a poco se irá infiltrando en la región entera, hasta ahora preservada de males foráneos por

su aislamiento geográfico y su espíritu quietista y conservador.

Pero es hora de volver a las coplas cantadas, pues es muy cierto que cualquiera que fuere el motivo de esparcimiento, los cantores con caja son el eje de la reunión. El sonido que obtienen de sus tamboriles al templarlos parece producirles una especie de voluptuosidad, y cuando sus voces se elevan en coro dan la impresión de estar "poseídos", tanto es el fervor que ponen en sus cantares.

"Asombra escuchar cómo se suceden las coplas. Mientras los "cajeros" baten el parche, alguien del grupo dicta una en voz baja y en seguida la repiten todos cantando al unísono". Así lo comprobó la señora Isabel Aretz-Thiele[10] en los valles de Tucumán y la observación es válida para toda la región calchaquí.

El espacio concedido a los bailarines va reduciéndose por la presión de los que llegan y es ya tan exiguo que imposibilita los movimientos. Rodeando a quien inicia una copla al compás de la *caja*, se congregan varios cantores con las suyas o sin más contribución que la voz y el entusiasmo. Se constituye el grupo, en lo posible formando círculo. El que tomó la iniciativa o aquel a quien tácitamente se reconoce como director del canto, elige las coplas más adecuadas o preferidas. La selección queda casi siempre librada al azar del recuerdo, a la asociación de ideas o de palabras que las va evocando en la mente del cantor. Como ya advertí, nunca se entona la cuarteta octosílaba solamente, sino combinada con la *tonada* pentasílaba, que se repite como *estribillo* dos veces por cada copla. Una misma tonada, por otra parte, suele repetirse con tres o cuatro hasta que el puntero resuelve intercalar otra nueva. A veces hay adecuación entre las alusiones de los versos y la situación misma que se está viviendo. No escasean las referencias intencionadas a personas, acontecimientos o cosas que están presentes en la mente de todos. Esta actualidad de las estrofas escogidas con acierto es, precisamente, una prueba de la habilidad o experiencia del director del coro. He conocido a quien tomaba a pecho su papel y atronaba el aire, con voz pringosa, entrecerrando los ojos como si tuviera el alma sorbida por el hechizo estético de la melodía. Pero su payasesca cara enharinada, el hirsuto cabello revuelto y decorado con papelitos de colores, el sombrero en la nuca, la posición insegura, proclamaban muy a las claras que eran los brindis y no

la música los que sumían su alma en esa aparente unción lírica que lo desconectaba del mundo.

Otros hay más apegados a la realidad concreta que los rodea, por lo menos al iniciar la fiesta. En la reunión a que asistimos, dominando de pronto el bullicioso conjunto, se alza una voz potente y bien timbrada. Parece el penacho, que se levantara invicto en medio de la contienda. Todos tienden a rodearlo. Los felices portadores de *cajas* se aproximan pechando. Todos tienen el oído atento para recordar la copla íntegra en cuanto se pronuncie la primera palabra, para poder así seguir el canto en coro. Dice el primer verso:

Hagan redonda la rueda

y, en efecto, los que se van incorporando para intervenir en ese grupo forman una especie de círculo, deformado y fluctuante.

El cantor ha elegido bien la primera copla, y la canta con tono imperativo; después del verso inicial sigue el primero del estribillo, elegido al azar entre su variado repertorio:

Hagan redonda la rueda
La flor de azafrán
y echen coplas a la vuelta
yo soy solito,
no sé si sabrán.
y no se anden enredando
La flor de azafrán
como madeja sin cuenta.
yo soy solito,
no sé si sabrán.

Es usual también abrir la serie, cuando las circunstancias lo aconsejan, con

un cumplido que halague a los huéspedes y gane su favor y simpatía:

Aquí me pongo a cantar
con la caja y la guitarra,
de ver la casa tan linda
y la dueña tan bizarra.

El aplauso es unánime y los cantores *sacan trago.* La misma señora se interesa porque se les convide preferentemente y esto sugiere otra copla:

Yo soy como el boliviano
que no me falta la coca,
y en esta rueda cantando
cada cual echa su copa.

Llega el momento de que el director del conjunto cambie la *tonada.* Éstas, en general, por ser más repetidas y breves, son más conocidas de todos que las coplas mismas, cuyo repertorio, pasmosamente numeroso, es inagotable. De ahí que, al oír el canto, en el que colaboran no sólo los que forman el reducido grupo de seis a diez personas sino cuantos quieren de los que colman el patio, se advierta que son muchos más los que unen sus voces al repetir el estribillo.

Este refuerzo coral destaca a la *tonada* sobre el conjunto de modo muy grato, difícil de imaginar cuando, sin haberlo nunca escuchado, se la lee entrelazada con los versos de la copla, al parecer en forma inconexa y arbitraria. En esos detalles residen, precisamente, su alma y su carácter. Un catálogo que registrara miles de coplas y otras tantas *tonadas,* sin combinarlas como en la realidad lo hace el pueblo, sin su música, sin advertencia respecto del ambiente y circunstancias en que el carnaval las hace florecer en los labios, no podrá nunca llevar al ánimo del lector una impresión siquiera aproximada de la vida de estos versos chayeros; ningún extraño se formará idea cabal del papel que desempeñan

en esa sociedad y en tal momento; nadie podrá imaginar las resonancias afectivas y estéticas que el canto despierta en los corazones, avivando recuerdos, halagando vanidades, remachando desaires, despertando gratitud, alentando esperanzas; en una palabra, cumpliendo una función social y psicológica de profundo sentido. ¡Qué igual y monótono resulta el canto a quien no está en el secreto! Pero al connaturalizarse con él, al conocer su vida desde adentro, se aprecian los matices y las delicias. No sólo de índole artística. Muchos de esos versos tienen su existencia venerable y han resonado en los oídos desde el primer carnaval que se recuerda. Otros evocan sabrosas escenas de los preparativos, cuando Fulano o Mengano los inventaron una noche, en torno de la *conchana* del rancho, aludiendo a personas o situaciones determinables. Tantos más, al hablar de olvidos e ingratitudes, desdenes o requiebros, juramentos y promesas, amarguras y celos, ausencias y recuerdos, amores y esperanzas, tienen la virtud de suplir los propios balbuceos rebeldes, de expresar tersamente el sentimiento que palpita nítido en el corazón, pero que se enmaraña al pasar por la mente para hacerse palabra. Por eso gusta el canto. Es el confidente más íntimo. La mudez y el silencio de muchos días engendraron las emociones larvadas que a su conjuro se transforman en estas mariposas de alas ligeras que son las coplas decidoras.

Los golpes de la *huastana* en el parche tenso las hace volar hendiendo el aire y muchas llegan certeramente a destino. Y es este uno de los modos sutiles en que se van urdiendo y entrecruzando los hilos de esas vidas sencillas.

Los golpes de la *huastana*... ¡Qué fácil y en cierto modo desabrido parece acompañar el canto, con esa percusión! Tun, tun; tun tun, y el asunto no tiene más gracia ni más dificultad. ¿Pero es esto tan sencillo? ¿Esta gente, que desde luego ignora métrica, golpea, como diría en este caso onomatopéyicamente, la *caja* al "tuntún"? ¿No habrá una correspondencia fija y permanente entre el golpe y ciertas sílabas y acentos de los versos? Parece una ingenua pregunta, pero nunca la encontré hasta ahora resuelta. Escuchemos una copla con su correspondiente *tonada* y marquemos las sílabas con las cuales coinciden las percusiones de la *caja*, según modalidad del canto cacheño:

Canten, canten, compañeros,

La vida es corta,

de qué me están recelando,

después que goce

nada me importa.

yo no soy más que apariencia,

La vida es corta,

sombra que anda caminando.

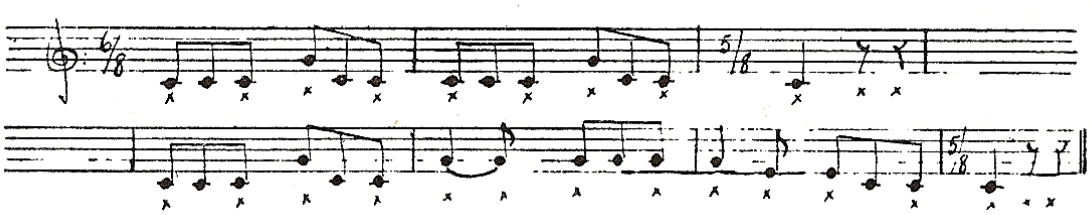
después que goce

nada me importa.

La coincidencia se produce entre los golpes y las sílabas 1ª, 3ª, 4ª, 6ª y 7ª, en cuanto a los octosílabos, pero en los pentasílabos corresponden así: versos consonantes de la *tonada* (1º y 3º), en todas las sílabas, menos la 3ª; en el verso intermedio (2º), los golpes marcan la 1ª, 3ª y 4ª. Por otra parte, al terminar los versos consonantes del estribillo (1º y 3º), se dan otros dos golpes en el breve intervalo que los separa del siguiente; en cambio, el 2º verso pentasílabo es

precedido por una percusión rápida y leve. En los casos de dos percusiones seguidas y muy próximas, la segunda es de mayor intensidad.

Interpretando aquel esquema en un texto musical, resultaría:



Este es el estilo predominante en la parte central del Valle Calchaquí, principalmente en Cachi y los alrededores. Los fenómenos folklóricos son siempre localizados y este caso confirma la norma, pues aun dentro del área de la misma región hay modalidades y variantes que, por eso mismo, resultan características.

Por cierto son típicos también el ambiente y manera en que se va desenvolviendo ese canto, que dura horas y horas, sin más alternativa que los frecuentes tragos con que suavizan la garganta.

Dadas las particularidades del lugar, puede suponerse que no es aquello un concierto sereno seguido por los circunstantes con callado arrobamiento. Por de pronto, hay que tener en cuenta que no canta únicamente un grupo. A poco andar se forman dos o tres, muy próximos entre sí, pues el patio no da para muchas holguras. Además, los que no forman parte de la rueda o son menos sensibles al arte coral, andan de un lado a otro, repitiendo ya un estribillo, ya la copla entonada por los vecinos. Muchos, acaso la mayoría, se intercambian *obligos* con vasos de *chicha* o de lo que fuere; alguno de ellos, recordando la copla alusiva, la canta a pulmón lleno:

Cada que suena la caja
de alguna pena me olvido,
porque no hay cosa más linda

que estar a "pago y obligo".[*]

Entre tanto arrecian los combates singulares y las batallas verdaderas con papel picado, albahaca y almidón. Nadie se libra por el mero hecho de integrar un grupo de cantores. Por el contrario, la probabilidad de llenar la boca con aquellos condimentos carnavalescos es en estos casos mayor y suscita por lo tanto el empecinado cargoseo de los que no paran hasta lograrlo con un manojo de papelitos o un puñado de almidón, tirados sorpresivamente o refregados a conciencia por el rostro. Los *obligos* hacen perder a veces toda idea de moderación y no falta el talerazo sonoro que descargado en la cabeza o sobre las costillas induce a reprimir los excesos.

Alguna vez las causantes, responsables o involuntarias de tales reacciones, son mujeres casadas; no es raro tampoco que sean las destinatarias o las víctimas, máxime cuando los concentrados fermentos han comenzado su diabólico efecto en la mente del "hombre".

Cuando tales señoras son madres de criaturas pequeñas, no renuncian por eso a la fiesta, desde luego. No pueden tampoco dejar al crío abandonado en el rancho lejano. Como es habitual, lo llevan, pues, a la espalda, *quepido*, blandamente envuelto en el rebozo que anudan sobre el pecho. Esta preciosa carga no es óbice para que las mamás hagan los honores a la *chicha*, se embadurnen con almidón y papel picado y hasta bailen desenvueltamente. Entre los giros de la zamba y el revolar de los pañuelos, se ve la carita morena, de grandes ojos asombrados, asomar del pliegue del rebozo, bajo el ala caída del *lapacho*, el manoseado sombrerito infaltable.

Los rociados con almidón ensayan en los primeros momentos conatos de resistencia y optimistas tentativas de sacudir el blanco polvo que cubre desde el sombrero a las botas; a poco ya se acepta este aspecto fantasmal como una fatalidad necesaria y es de ver la inerte indiferencia con que se deja hacer al

---

[*] CARRIZO: *Cancionero popular de Salta*, nº 1889, p. 475. [47]

contrincante, confiando sólo en el desahogo del desquite.

Precisamente esa albura espectral me ha hecho pensar más de una vez que equivale, para los vallistos, al disfraz de otras regiones. Allí no se usa la máscara y mucho menos los disfraces, salvo ocurrencia más o menos caprichosa de algunos *niños* y *niñas* de los pueblos. Pero el almidón adherido a la cara cubierta de sudor, salpicada de *chicha* y remojada a veces en el juego con agua cumple a maravilla ese papel. Y es más. Esa blancura incita a recordar las vestiduras y caretas de las *larvae* y *lemures* romanas, representaciones funerarias del alma, que tan hondo rastro han dejado en los disfraces de todos los carnavales del mundo, hasta nuestros días.

Entre tanto, el grupo continúa con sus coplas. Alterado muchas veces en cuanto a sus componentes, no se interrumpe como conjunto. El que lleva la dirección del canto, viendo que varias muchachas se pliegan a la rueda, elige una estrofa que resulta una especie de fórmula de invitación, pues son innúmeras las combinaciones entre las palabras finales (consonantes o asonantes) del segundo y cuarto verso, a fin de adecuar la incitación a cada caso:

Desde arriba me'hi venido
escribiendo en las piedritas,
las letras vienen diciendo:
"echen coplas las mocitas".

O bien se hace rimar "cardones" con "varones"; "paredes" con "mujeres"; "quinchitas" con "chinitas"; "quebrachos" con "muchachos", etc., etc.

Una de las recién llegadas puede tomar la iniciativa, si tiene despejo e ingenio suficientes, diciendo, por ejemplo:

A mí me mandan que cante,
no estando pata cantar;
mi corazón lastimado

más está para llorar.

O bien:

Perdonen señores míos,
forastera es la que canta,
con el polvo del camino
se le ha secao la garganta.

A veces la invitación toma esta forma:

Este mozo que ha llegado
qué habrá tráido pa vender;
habrá tráido muchas coplas
pa poderlas aprender.

El aludido se disculpa entonces modestamente:

A mí me ha tocao la copla,
miren qué casualidad,
no tengo más que esta unita
pa en caso'e necesidad.

Alguien que ha estado vacilando, se decide por fin, aun sin que medie insinuación alguna:

Yo también les cantaré,
qué estaré haciendo de balde,
porque en varias ocasiones
no es bueno ser muy cobarde.

Siguen por un momento solos los golpes de *caja,* sin que nadie inicie una copla nueva; el director siente la responsabilidad de ese silencio que hace decaer la fiesta, pero piensa que sus compañeros podrían colaborar más activamente y acude a la celebrada copla:

Canten, canten, compañeros,
no se atengan al cajero,
que el cajero no es cualquiera
ni es palo de atar terneros.

Ruidosas carcajadas celebran los versos y entonces, roto el hielo de ese instante fugaz de decaimiento, se aprovecha para intercalar otra cuarteta de estímulo:

Canten, canten, compañeros,
por qué se quieren callar,
el fuego que han encendido
no lo dejen apagar.

No falta tampoco el espécimen del cantor solitario, que no integra las ruedas o se aparta de ellas, con su *caja* y su repertorio muy personal, y desgrana versos que van desde la chabacanería picaresca hasta la angustia metafísica:

Si esta mujer no me da
la mula y los cuatro machos
yo también no le'hi de dar
el molde de hacer muchachos.

Si la moza en quien ha puesto sus ojos, semicerrados ya por la pesadez

alcohólica, está con su novio o su marido, le canta descaradamente:

Vidita te estoy queriendo
pero tu dueño está viendo,
echale un puñau de sueño,
que se divierta durmiendo.

Descorazonado por fin, recordando su sillonero por tantas horas atado fuera y sintiendo el regusto del exceso, dice:

Toda la noche he cantado,
preguntenmén qué he sacado:
mi caballo muerto de hambre,
mi cuerpo mortificado.

Para todos los casos debe entenderse que no se oyen las coplas sueltas, sino que forman con la *tonada* un conjunto inseparable. Si he omitido estas últimas de los ejemplos anteriores ha sido por simple razón de brevedad y de espacio.

Evocación crepuscular. Vidalitas nocturnas

Así ha transcurrido la tarde. Nervios en tensión, emociones encontradas, gargantas resecas, estómagos estragados con la abundancia de fritos y de bebidas ingeridas de continuo, en mezcolanza. A los más decididos y *fortachos* les va faltando el ánimo. Algunos *trusquiaos* se tornan cargosos. El comisario, que siempre hace acto de presencia, simbólicamente, debe intervenir alguna vez. En general lo respetan y los dueños del boliche se afanan por complacerlo y evitar sanciones que lleguen a la clausura del local. Por eso los díscolos son rápidamente apartados por sus mismos amigos.

Si el matón persiste en sus intentos de camorra, una vieja entendida

comenta que debe haber hecho la *caja* con cueros de animales enemigos y que sería bueno revisarla, porque de seguro tiene dentro un "cascabel de víbora", conseguido por el dueño para resultar insuperado en la excelencia del son y en el encanto de la voz.

Una vez más, directa o indirectamente, vemos a la *caja* tomar su puesto de representación y cifra, no sólo de la fiesta carnavaleña, en la que juega papel tan principal, sino de las supersticiones y costumbres, modalidad y carácter del pueblo, que, al hacerla su inseparable compañera, la ha elevado a la categoría de símbolo.

Las altas montañas del poniente ocultan el sol muy temprano. Pronto el crepúsculo va descendiendo desde los cerros como impalpable sudario al que la luz matizada y cambiante tiñe levemente de oro, rosa, celeste y violeta. La emocionante tristeza del paisaje se suma al estado de ánimo colectivo, propenso a la plañidera melancolía. Parece interpretarla el que ya logró montar y se aleja por el camino del cerro, baja la cabeza, alta la mano que sostiene la caja y acompaña el canto, impregnado de lágrimas:

Entre las flores del campo
Clavel granate
Busco y no puedo encontrar
dejá tu dueño,
conmigo andáte.
una que me cause alivio
Clavel granate
para poder descansar.
dejá tu dueño,
conmigo andáte.

Comienza la dispersión y el retorno. En el corral y sus alrededores, donde los caballos esperan, despiadadamente olvidados durante tantas horas, se suceden escenas risibles o dramáticas a cargo de quienes no pueden acertar con los estribos

y arriesgan la vida en un enganche fatal, o se empeñan en montar "pa'l lao de la cola", o procuran mantenerse derechos en la montura ladeada, cuya cincha olvidaron ajustar.

De los recovecos propicios de la huerta, de los surcos del maizal, de los barrancos del río, se ven llegar despacio, como quien disimula y evita llamar la atención, una que otra pareja.

Por fin van todos saliendo al camino. Algunos montados en ancas, porque el caballo se disparó para la querencia a causa de una tremolina producida en el corral. Los más regresan como vinieron, aunque enharinados y ridículos, con la cabeza pesada y un ansia indefinible en el corazón.

La reunión ha concluido, pues no bastan a darle vida la pegajosa insistencia de unos pocos cantores, aposentados junto al *virque* de la *chicha*. Los de afuera los llaman con coplas de despedida:

Vamosnos compañeritos,
Flor de granada
hora es que nos recojamos,
todos con suerte
yo pobre sin nada.
si no, ha de decir la gente
Flor de granada
que ni dormir los dejamos.
todos con suerte
yo pobre sin nada.

Unos golpes, un grito y llanto contenido se dejan oír en el oscuro pasillo. Reprimenda marital o explosión de celos de que es víctima una mujer sin más razón que el enturbiado juicio del hombre, cuyo desasosiego requiere un pretexto. Se aproximan los *amigos* y se forman dos corros separados. Van y vienen razones, quejas y reproches. Entre los mirones, alguno tiene todavía fuerza y agudeza

suficientes para comentar:

Cuando se vaya de aquí
La flor se ha cáido
yo sé lo que han de decir:
siendo celoso
pa qué me ha tráido.
que se vaya y que no vuelva,
La flor se ha cáido
no ha sio prenda de sentir.
siendo celoso
pa qué me ha tráido.

Por fin, el más decidido emprende el regreso y se deja oír una última despedida:

Ya me voy, ya me estoy yendo,
Rosa fragante,
señores hasta otro día,
moza tan libre
yo tan constante.
para el año volveré
Rosa fragante,
si Dios quiere, como hoy día.
moza tan libre
yo tan constante.

Por el camino se desgranan los carnavaleros, en larga fila, rumbo al pueblo. En cierto recodo, los cerros casi cierran la quebrada, aproximándose hasta formar el *angosto* o *mal paso;* no se puede seguir el lecho del río, y el atajo, huyendo de la

turbulencia del torrente estival, se encarama en las laderas de piedra. Todo es descarnado, pardusco, yermo. El sol ha tramontado las cumbres y es apenas irisado reflejo que da a las cosas contornos desdibujados y una irrealidad de ensueño. El silencio se hermana con las sombras y el algodonoso rumor de las aguas ayuda a destacar, desproporcionadamente, el zumbido entrecortado de los insectos o el leve aleteo de las torcaces. El crepúsculo, propicio a la sugestión del paisaje y a la idealización de la vida, ofrece espectáculos inolvidables. Por el filo del camino de cornisa del cerro opaco, se ve despuntar la caravana de jinetes y amazonas. Muchos con la *caja* en alto, como una enseña, sostenida por la mano levantada en actitud de juramento. Pero no llegan calladas y sordas. El vientecillo fresco de la tarde ha despejado las cabezas congestionadas y en el acto nuevas coplas pugnan por echarse a volar. El aire se puebla de ritmos lentos, acompasados, sugerentes. Sobre el fondo ocre de la montaña, los últimos destellos del sol, reflejándose en las nubecitas rosadas como parinas, destacan los tonos cálidos de los pollerones, las batas y los ponchos. Del mismo modo, el ambiente somnoliento del valle se conmueve con aquellos ritmos y las vibraciones de los tensos parches que acompañan la copla:

Esta cajita que toco
La vida es corta
tiene boca y sabe hablar
después que goce
nada me importa.
sólo le faltan los ojos
La vida es corta
para ayudarme a llorar.
después que goce
nada me importa.

Si quedan de paso casas de personas amigas o familias principales, si no

está lejos la *sala* de una finca, se hacen obligadas las visitas. Llegan todos formando *pacota* y frente a la puerta o galería principal entonan coplas de saludo, con *tonadas* a veces alusivas a los dueños de casa. Éstos formulan invitaciones. Si es mucho el cansancio y no se justifica desmontar para prolongar un rato la fiesta, se acepta un vaso de cerveza o una copita de licor, que se ofrece con muchas excusas por lo imprevisto del lance. A la voz del director del coro, que dice una cuarteta de despedida, todos saludan y parten a intentar otra escala en este demorado itinerario.

Por fin, alguna vuelta alrededor de la plaza del pueblo o una recorrida de su calle única, y la dispersión final. Esto de final es desde luego relativo. Se trata sólo de desensillar los caballos. Al poco rato los mismos personajes se encuentran de nuevo en casa de uno u otro, previamente concertados. Aparecen entonces dos o tres guitarras. Si el tiempo favorece, y sobre todo en noches de luna, se organizan rápidamente las serenatas. Van en filas, tomados del brazo, cantando como siempre, pero esta vez con acompañamiento más variado. Ante puertas y ventanas de personas de estima, de visitantes distinguidos, se detienen y dedican la estrofa, con indicación especial de viva voz o amoldando los términos para que surja del texto mismo de la *tonada* o de la copla.

Siguen así los paseos por las calles desiertas, por los descuidados senderos de la plaza, que se esfuerza en destacar la deslucida realidad de sus canteros resecos a la luz idealizante de la luna. Las guitarras matizan y endulzan las ásperas percusiones de las *cajas.* Esta es la hora, honda y sugerente, reservada para las gráciles vidalitas. Después del frenesí de la tarde, caen como bálsamo en los espíritus excitados, en medio de la noche quieta. El aire está embalsamado con la fragancia de la albahaca, que cada uno lleva en el sombrero o en el pecho, y a su conjuro la mente evoca escenas solariegas y costumbres patriarcales.

El grupo, ganado por la emoción del momento y por las fatigas de la jornada, canta a coro, con tono lánguido y dulce:

Carnaval alegre,

ay, vidalitá,
triste para mí.
Yo lloro la ausencia,
ay, vidalitá,
del bien que perdí.

Y así el carnaval calchaquí se redime de sus torpezas y muere, transido de belleza y de melancolía, en el seno de la noche amiga.

DESPEDIDA DEL CARNAVAL: LA "CACHARPAYA" Y EL "PUJLLAY"

En cuanto yo he podido comprobarlo, se han perdido en el Valle las fiestas de despedida del carnaval. Se conoce y usa la voz *cacharpaya,* pero aplicada a cualquier despedida y no a ésta específica. En otras épocas, cuando la familia entera emprendía el viaje a la ciudad en fechas consabidas, los amigos, capataces, peones de confianza, arrenderos viejos, la acompañaban una o dos leguas, hasta un lugar señalado por la costumbre. Allí se hacía la *cacharpaya,* es decir, se daban los últimos adioses. La emotividad de las escenas da razón del topónimo subsistente. Cerca de las poblaciones existen lugares aparentes para las despedidas que se conocen con el nombre de "lloradero". Hoy ya nadie derrama lágrimas allí, porque la costumbre de la *cacharpaya* se ha perdido, pero el nombre subsiste, inexplicable para muchos.

La misma palabra designa en otras partes (Santiago del Estero, por ejemplo) una etapa importante en la festividad carnavalera.

"La "kacharpaya" –dice Orestes Di Lullo[72]– es uno de los juerguistas del carnaval disfrazado en forma típica. Monta en un burro flaco, o en caballo blanco y defectuoso o en otra peor cabalgadura. Se viste de andrajos risibles, con trozos de "pellón" de oveja que le cuelgan lastimosamente por doquier y lleva la cara pintarrajeada con grosería.

"Con una bolsa al hombro y las alforjas ávidas recorre la población seguido por su "pacota" –toda gente divertida– y una turba de chiquillos que cantan al son de las cajas, guitarras y violines o al ruido de instrumentos improvisados con tarros y latas.

"En cada rancho la "kacharpaya" detiene su cabalgadura y se apea, para dirigirse cojeando hacia los dueños de casa.

"El coro canta:

Kacharpaya, kacharpaya,
despachala que se vaya,
que se pierda, que se vaya,
lleva en la pierna la marca.

"Mientras tanto la "kacharpaya" solicita la ofrenda o el óbolo, que no es una caridad, ni mucho menos, consistente en ropas, objetos o alimentos, y una vez obtenidos los guarda presurosamente en la bolsa para continuar su marcha, entre risas, gritos o alaridos" (p. 58).

En Tucumán, según Lizondo Borda,[104] la *cacharpaya* es también el "hombre disfrazado con andrajos, que antes acostumbraba salir, entre nosotros, despidiendo al carnaval. De ahí la frase que hemos oído esta (?) vez, de parecer uno cacharpaya: cuando un chico o un grande se presenta rotoso o hecho un adefesio. Es tradición indígena" (p. 72).

En el Valle la misma palabra alude, no al personaje, sino a la fiesta, aunque ésta no se celebre de manera semejante. Así debe interpretarse la expresiva copla que Juan Alfonso Carrizo[47] recogiera en Salta:

¡Ahijuay, puta carnaval!
T'hi cantar y t'hi bailar,
y el Miércoles de Ceniza
también t'hi cacharpayar. (Nº 1878, p. 474)

Desgraciadamente el *Cancionero* no puntualiza el lugar de documentación, lo cual sería importante, dada la considerable superficie de aquella provincia, que se extiende desde el Chaco tropical a la Cordillera andina, vinculándose, por consiguiente, con culturas e influencias muy dispares.

"No siempre la "kacharpaya" –nos dice también Di Lullo[72]– es una figura viva. En la villa Atamisqui, hace de esto muchos años, se hacía un muñeco de trapo, que representaba el carnaval. El último día de la fiesta, este muñeco era entregado a la voracidad de las llamas, en una hoguera que se encendía públicamente en la plaza, después de paseado por las calles de la aldea" (p. 60).

Con este dato, no es aventurado relacionar al *cacharpaya* con el famoso *Pujllay* de otras regiones más próximas a la zona calchaquí. En efecto, en el norte de Catamarca y en La Rioja, suele ser el obligado coronamiento del carnaval.

En la zona del Valle a la que de preferencia me refiero, ha quedado también el nombre, pero no las prácticas mismas, salvo la aproximación que, a título de curiosidad, haré más adelante con el Judas que en Cachi "arman", pasean y queman para Semana Santa.

No obstante, estas mismas regiones debieron haber contemplado en otras épocas festividades y algazaras, cuando los calchaquíes celebraban orgías en honor de sus divinidades báquicas. ¿No será este *Pujllay* actual de Catamarca y La Rioja una supervivencia típica? Sea o no arqueológicamente exacta la atribución de Adán Quiroga, la urna de Andalgalá, que tantas veces he admirado en el Museo Etnográfico de Buenos Aires, puede representar al jocundo *Pujllay* de la vieja, casi borrada mitología diaguita.

Así lo creía su dueño, el propio Adán Quiroga,[133] quien describe la "espléndida alfarería" con delectación de coleccionista (que, por desdicha, no alcanza a disimular los ripios del párrafo): "Su fisonomía, aplanada por el artista, revela alegría y contento: están abiertos sus grandes ojos, provistos de pupilas; en su boca se distinguen perfectamente sus raleados dientes en relieve, pues parece que está riendo. De un lado y de otro, hasta la mitad de la mejilla, tiene pintados

cuadrados rojos alternados, los que contrastan con el color amarillo de su cara. Esta es otra prueba de que este dios pintarrajeado está alegre y de fiesta con su particular tatuaje... Que se trata de un dios festivo, compruébalo mayormente la música o flauta como ocarina que tiene entre sus manos. Esta flauta de relieve lleva cuatro agujeritos para el sonido en la parte superior de la misma.

"En sus orejas... tiene una especie de moño; y sin duda es atadura de trenza, pues que en la frente del ídolo se ve su cabello partido, lo que continúa por la parte posterior de la cabeza.

"En el corto cuello tiene pintado algo como collar o gargantilla.

"Este ídolo-tinaja, por lo demás, es todo hueco, inclusive su cara aplanada y su forma es como la de un trombón, como si se hubiese querido que el sonido de su música llenara los aires.

"Si tuviera alguna noticia de que los naturales adoraran a algún dios de la música, no tendría inconveniente en atribuir esta hermosa imagen a ese dios; pero como creo que no lo hubo jamás en Calchaquí, no trepidaré en llamar Pucllay a este dios alegre, risueño, de cara pintada, eternamente con la flauta entre ambas manos...

"Pucllay vivirá mucho tiempo más; y las codiciadas vainas amarillas de algarroba harán evocar su recuerdo en cada estío" (p. 16-17).

Según el P. Torres Rubio la palabra "pucllay" en quichua significaba 'jugar' y en el moderno *Diccionario kkechuwa-español* de Jorge A. Lira[103] se lee que "púhllay" (s. y v. a.) quiere decir "juego, acción de jugar. Diversión, entretenimiento, recreación. Movimiento combinado o articulado. Visos o cambiantes. Deportes." Agrega, y es dato interesantísimo y valioso, que como neologismo puede tornarse en la acepción de "carnavales, juego de carnaval. Jugar carnavales, carnavalear."

La 'h' aspirada dio *Pujllay,* común en Catamarca, donde la pronunciación relajada llega a formas como *Pusllay* y sobre todo *Pusyay,* con tendencia al yeísmo, según es común en nuestras provincias.

Y es más aun. La poesía popular presenta incluso la palabra con

acentuación aguda, según lo documenta Carrizo[49] en el *Cancionero popular de La Rioja:*

En las lomas peladas
vive el Pusyay,
con las cajas templadas
pa'l carnaval.
…….
El Pusyay ya se muere,
su hora ha llegado:
una muerte con cohetes
se ha decretado. (Nº 433, t. 2, p, 241-242)

Cualquiera sea la pronunciación de su nombre y su significación etimológica, el viejo *Pujllay* aparece como una verdadera supervivencia. En el seno de la cultura indígena precolombina tuvo vigorosa vitalidad; fue acaso un verdadero dios que concitaba ferviente adhesión en ritos báquicos. Era un elemento con vida plena y actuante en aquel complejo cultural. Era una realidad armónica y congruente con los otros aspectos religiosos, sociales, económicos. En aquel entonces no "sobre-vivía", sino vivía, simplemente, con toda la fecunda significación de la palabra.

Mas los tiempos cambiaron y se produjo el rudo choque de la conquista. La cultura autóctona, defendida un siglo por su misma resistencia bravía, se desintegró al fin. Algunas de sus piezas, sueltas ya del mecanismo que integraban, se salvaron, aisladas, del naufragio. Sobrenadaron en la superficie de la nueva civilización, acaso sin papel definido durante un período intermedio. Pero cuando demostraron reciedumbre suficiente para vencer los embates de las nuevas ideas, del nuevo concepto del mundo y de la vida, no se perdieron del todo. Generaciones sucesivas atrajeron aquellas piezas sueltas para sí. Les dieron nueva función y con ella una vida renovada. Por eso son "supervivencias". Es decir, bienes espirituales

o materiales, que siguen viviendo, aunque incorporados a otro conjunto cultural, con distinto papel y muy otro destino. Mas nunca como órgano atrofiado e inútil. El pueblo no toleraría estas cargas muertas. Sólo lo vivo y funcional es folklore.

Por eso *Pujllay* dejó de ser dios de una mitología extinguida para siempre como conjunto y como sistema actuante en el alma de los hombres, pero se conserva hasta hoy en la tradición popular del Noroeste argentino, del Norte de Chile y del Perú: es símbolo del carnaval, su personificación más feliz. "El Pusllay, es el carnaval hecho hombre, humanizado."* Y en este nuevo papel, que evoca algo de su pretérito esplendor, satisface una apetencia colectiva, llena una necesidad espiritual, en una palabra, cumple una función. Y sólo lo vivo y funcional es folklore.

El viejo dios ya no es más que un héroe *chayero.* Sus imágenes, de ídolos tallados en madera o modelados en cerámica, han degenerado en muñecos ridículos que provocan la risa. Mas no por ser festivo es menos digno de consideración un elemento folklórico. Culturalmente, un juego es tan importante como un rito fúnebre. En este caso, es de ver el estremecimiento colectivo que conmueve la aldea cuando se sabe que alguien ha tomado a su cargo la importante tarea de *armar el Pusllay.* Desde antes de nacer, el muñeco tiene una función que cumplir. En efecto, encargarse de darle una realidad corpórea, interpretando la tradición, representa una responsabilidad y procura prestigio. Además, hay que saber construir el armazón de paja para dar una grotesca apariencia humana, ya que el *Pujllay* tiene el tamaño de un hombre. La vestimenta no es cosa seria, aunque supone el sacrificio de algunas prendas de ropa. El aspecto general debe ser de viejo andrajoso, vestido con piltrafas y harapos. Pero algunos detalles tienden a darle cierta prestancia y dignidad. Por ejemplo, nunca se lo viste con ojotas, que representarían lo indígena, sino que se lo equipa con botas viejas y no le falta sombrero amplio, de ala requintada. ¿Habrá también en esto una vieja tradición? Así lo cree Rafael Cano,[40] quien recuerda que el Cabildo de Catamarca prohibió a

* CARRIZO: *Cancionero popular de La Rioja,* t. 2, p. 420. [49]

los indígenas vestirse a la europea y llevar largo el cabello. “En represalia y burla a la vez, éstos aprovechaban los días de Carnaval para disfrazar al Pujllay con traje español” (p. 84). Acaso sean destellos de este episodio la deliberada elección de trapos rojos y amarillos (recuérdese la bandera española) con que se cubre al pelele; además es hecho sugestivo que acostumbren aplicarle una larga cabellera, que, sujeta con *vinchas*, le cae sobre los hombros.

Quiroga[133] agrega que “figura un viejo ridículo, bonachón, de cabeza encanecida, sin un solo cabello negro y en extremo andrajoso, como que no vive sino en orgías.” (p. 15). El almidón y la harina *chayeras* sirven a maravilla para simular este encanecimiento, igualando además su figura con las de muchos entusiastas de carne y hueso.

Perfecto Bustamante[33] confirma que se trata de “un muñeco del tamaño de un hombre, vestido de andrajos, tan intencionalmente ridículo por el desastre de las ropas, que no se puede mirarle sin reír” (p. 84).

El testimonio de Lenz[102] nos indica que en el Norte de Chile (Copiapó y sus alrededores: Tierra Amarilla, San Fernando, Chañarcillo, etc.) también se entierra el carnaval personificado en “el Pullay, un muñeco (chil. ‘mono’) grande de trapos, parecido a hombre…”

La aparición del personaje conmueve a la gente moza. Van en grupo a cumplimentar a la autora (por lo común es una viejita divertida) y a pedirle la cesión del fruto de su esfuerzo. “El *Pusllay* de Ña Fulana” encabeza en seguida un improvisado cortejo. Alguien ha llevado ya un burro chúcaro o cualquier cabalgadura de apariencia desastrosa. La escena de montarlo es buena iniciación del regocijo. A veces, repitiendo lo que se hace cuando se va a cargar una mula, tapan la cabeza del animal con un poncho. Cuando el jinete está suficientemente sujeto, quitan el poncho de un tirón, al tiempo que los muchachos se encargan de tirar ristras de cohetes entre las patas del asno, que asustado intenta corcovas y carreras. Aquí es el reír, porque el pelele se zarandea como un viejo ebrio. Se le tira almidón y se simula jugar con él, que, buen carnaval era al fin, lleva ramos de albahaca en las manos y en la cabeza.

La pueblada bulliciosa sigue procesionalmente por el camino. "De tiempo en tiempo, también entre música y jaleos, y risas, y bullicio, y cohetes, y algazaras; todos los del séquito echan almidón en la cara y la cabeza del dios ridículo, del viejecito de trapo, que va sobre su burro moviéndose de un lado a otro, con el cuello suelto, como si no se pudiese tener de ebrio, disputándose cada cual la preferencia de echarle el primer puñado. Pónenle también coronas con vainas de algarroba, sarmientos con racimos de uva, ramas con flores."[*]

Si el asno consigue romper el cerco y disparar a su antojo, llega el momento de "ponerle el lazo" y "hacerlo sentar", todo lo cual es una nueva nota de color y renovado motivo de regocijo.

Así, acompañado de músicas y cantos, llegan a alguna casa donde hacen alto para disfrutar del convite. Las niñas se disputan el *Pujllay* y lo llevan en brazos porque es sabido que "trae suerte ayudarle a caminar"; y no sólo caminar: llevado como compañero en un simulacro de baile significa que retribuirá la compañía "dando novio al año cabal". ¡Y vaya si tiene pretendientes!

ENTIERRO DEL CARNAVAL: SIMBOLISMO Y SUGERENCIAS

A pesar de que se lo retrasa con mil pretextos, llega por fin el momento del *entierro.* Suele realizarse el domingo siguiente al miércoles de ceniza, a la inversa de lo que ocurre en el Perú (el texto de Toribio Mejía Xesspe,[114] citado por Juan Alfonso Carrizo, no indica la región), donde el día del *Pujllay* es el "primer día de carnestolendas". Adquiere entonces el *Pujllay* todo su significado trascendente. Es oportunidad "de alegría suprema y de expansión del culto pagano", que se entremezcla con "la ceremonia llamada sara-impay, porque en esta época los maizales se presentan con sus mazorcas llenas, augurando la calidad de la

[*] QUIROGA: *Folklore calchaquí,* p. 15. [133]

cosecha". Hay acarreo de primicias de la estación, se baila el huaino, se tocan las quenas y se realizan luego en los maizales las ceremonias propiciatorias.

En algunos de los episodios anteriores y subsiguientes parece predominar, cada vez con más insistencia, la idea de que ciertas ceremonias y atributos, propios de épocas de recolección y de cosecha, propician abundancias para el año venidero.

Algo se insinuaba ya en los adornos del arco bajo el cual las comadres celebraban su *topamiento:* frutas, quesillos, rosquetes.

Al montar al *Pujllay* en el asno para su grotesco paseo, se lo suele acompañar de amplias alforjas en las cuales se recogen las ofrendas que le van haciendo en el camino y que lo acompañarán hasta su entierro simbólico. No faltan tampoco los pámpanos, de ascendencia tan clásica, y las vainas de algarroba lugareña, con lo cual hacen coronas y especies de collares con que adornan el pelele.

La pandilla que acompaña a la *kacharpaya* santiagueña, según el relato del investigador citado,[72] recoge también, más como tributo impuesto que como caridad implorada, "ropas, objetos o alimentos" (p. 58).

Se insiste una vez más en el acto simbólico al cumplir la etapa postrera de estas jornadas. "Cuando la procesión termina y la fiesta pasa –dice Adán Quiroga–[133] es necesario sepultar a Pucllay, porque ya se acabaron las alegrías, a fin de que éste reviva vigoroso al año siguiente.

"El entierro debe ser siempre en las afueras de las aldeas, y en el suelo sombreado por la copa del *tacu* [algarrobo], al lado de su tronco. Al efecto cávase la fosa; en su fondo se le recuesta; le cantan, ármanle duelo forzado, se grita, se llora, por niños, hombres y mujeres. Sobre este muñeco enterrado se echan frutas, lo que quiere decir que ha de duplicar los productos en otro aniversario de alegría. Después le echan tierra, largando cada cual un puñado en la fosa.

"Una vez sepultado Pucllay cesan los llantos. El carnaval concluye y recomienzan las diurnas faenas" (p. 16).

Según Rafael Cano,[40] "lentamente cavan la fosa próxima a un cerco y con mucho cuidado le depositan en ella, como también todos los obsequios que recibió

durante el paseo, a fin de que regrese al año siguiente y la cosecha de algarroba resulte óptima.

"Mientras echan las paladas de tierra, mujeres y hombres lloran plañideramente, despidiéndose así, cual si fuese una persona muy querida" (p. 91).

Aquí es la oportunidad de entonar la copla:

¡Ya se ha muerto el carnaval!
Ya lo llevan a enterrar.
Échenle poquita tierra:
¡que se vuelva a levantar!

En el pueblo de Humahuaca, corazón de la famosa quebrada homónima de la provincia de Jujuy, yo he presenciado un carnaval que parece haber asimilado elementos bolivianos, ausentes en otras regiones no lejanas, como el mismo Valle Calchaquí. Por de pronto, aparecen como protagonistas característicos los *diablos*, máscaras con trajes chillones o estrafalarios andrajos, pero distinguibles por su gorro ajustado del cual emergen, como signos de su condición demoníaca, los cuernos de trapo; piden contribuciones y ofrendas; llevan, pendientes del cuello, ristras heterogéneas de frutas, cebollas, repollos pequeños, roscas de masa, quesitos de cabra y abundantes serpentinas. Los "diablos" son los animadores principales y los encargados de armar y tutelar al símbolo y representación del carnaval, que es un "diablito" pequeño, cargado también de ofrendas similares. Este es el fantoche al que, llegado el momento, enterrarán al pie de un *cardón*.

Las comparsas de *diablos* eluden la presencia de forasteros y turistas, nada escasos durante estos días veraniegos en la Quebrada. Después de haber recorrido el pueblo y sus alrededores cantando y bebiendo en todas las casas donde los convidan; después de tocar quenas y antaras, bombos y cajas sin sosiego y bailar a su compás el *carnavalito* por las calles y caminos hasta caer rendidos; después de haber asistido a reuniones y convites en el interior de muchas casas amigas, llega el turno al "entierro del carnaval". Se realiza por la tarde, en momentos en que el sol

moribundo trasunta en el paisaje su tristeza agónica. Por acuerdo tácitamente convenido u obedeciendo a una señal inadvertible para el profano, las comparsas de *diablos* ralean y pronto no es posible dar con ellas, por más que se ponga empeño en seguirlas y buscarlas. Es que han salido del poblado para encontrarse, por distintos senderos, en alguna quebradita recóndita, al abrigo de miradas importunas. Allí cavan la pequeña fosa, al pie de un *cardón,* como en Catamarca al pie de un tacu, el algarrobo amigo. Bailan en torno, enlazados los brazos por parejas o tomados de la mano, en rueda, formando por vez última esas figuras del *carnavalito.* El pelele simbólico yace rodeado de los frutos con que quieren realzar su influjo propiciatorio. A ellos agregan con frecuencia las ofrendas tan comunes en el Norte argentino: *coca,* unas gotas de *chicha, llista,* acaso un cigarrillo. Alguno de los *diablos,* de rodillas, como en invocación a *Pachamama,* la diosa telúrica, los deposita reverente. Luego lo entierran. Las máscaras buscan un lugar discreto para cambiar sus disfraces mefistofélicos por sus propias ropas, que algún amigo ha llevado disimuladamente desde la casa. Y a poco se los ve llegar por las calles desiertas, barridas por el viento helado de la puna, cabizbajos y mustios.

Con el carnaval enterraron también sus alegrías y sólo les queda el cansancio de esta agitada vida de tres o más jornadas sin norma, ni horario, ni quietud. En el fondo de ese abatimiento reconcentrado, resuenan, como un antídoto espiritual, los versos finales de la copla, con tono de ruego impregnado de esperanza:

"Échenle poquita tierra;
¡que se vuelva a levantar!"

Félix Molina-Téllez[118] se refiere también al entierro del carnaval en "los valles salteños", pero esta indeterminación geográfica impide la correlación, pues no se puede asegurar a qué zona alude de las varias, y muy dispares, comprendidas en aquella provincia argentina.

"De una de las carpas –dice– sale un hombre disfrazado de viejo decrépito,

con unas largas barbas postizas y el traje completamente desgarrado. Detrás de él, una mujer disfrazada con harapos negros y completamente desgreñada, llorando desconsoladamente. El hombre es el Carnaval, muerto, que lo "llevan a enterrar", y la mujer, su viuda, que lo llora sin consuelo. Detrás de ambos personajes, que cruzan el pueblo, van uniéndose en extraño cortejo hombres y mujeres que abandonan las danzas y libaciones, y que entonan, al son de las cajas, las vidalas de la despedida. A sus pasos, al hombre que simboliza el Carnaval lo adornan con serpentina, le arrojan harina, ceniza, cerveza y chicha; le cuelgan rosquillas, rosquetes y muñecos de pan, en tanto las vidalas lloran en las voces cascadas por el alcohol... La viuda arreciará sus chillidos a medida que el cortejo va acercándose al lugar de la sepultura. Ahí estará el hoyo, pequeño, donde el Carnaval se mete, y los circunstantes le "echan poquita tierra, para que al año se pueda levantar". Los vidaleros repetirán el estribillo, desesperadamente, ante el túmulo abierto, mientras cada cual alzará un puñado de tierra y lo arrojará a la sepultura" (p. 240-241).

En regiones donde subsiste la práctica de la *kacharpaya* (especialmente Santiago del Estero), quien la personifica penetra en la fosa, recibe algunas paladas o puñados de tierra que los miembros de su *pacota* le arrojan y oye los mismos versos que plañen su muerte y auguran su resurrección anual.

Pero por lo general, aun en lugares donde también se conoció la costumbre, la *kacharpaya* misma no es sino un monigote. Molina-Téllez[118] la ha visto en la zona santiagueña de Banderas, próxima a la provincia de Santa Fe, pendiente de un alambre tendido bajo la copa de añosos algarrobos. Allí se balancea, como esquivando la hoguera que arde a sus pies. El muñeco, relleno de paja y cohetes, estalla por fin, cuando las llamas lo alcanzan, produciendo un estruendo infernal. "La turba que ha salido de los boliches para presenciar el "entierro del Carnaval", grita desaforadamente ante la explosión de los cohetes y las vidalas se hacen oír desde el corro que circunda la fogata:

¡Carnaval que ya se ha muerto!
Viditay, qué gran dolor…

¡Tal vez pa'l año
nos vaya mejor!" (p. 241)

PUJLLAY Y JUDAS: SUPERVIVENCIA Y TRADICIÓN

Se ve pues que el carnaval tiene diversas maneras de morir. Ya bajo tierra, ya presa de las llamas. Esta última práctica vincula la fiesta con otra subsistente en Molinos y Cachi, pueblos del Valle Calchaquí. Me refiero al *quemado del Judas*, que se practica para Semana Santa.[*] Es curioso que, hablando del *Pujllay* y del entierro del carnaval, Juan Alfonso Carrizo[49] recuerde haber visto en su niñez "hacer un muñeco de trapo con cohetes y petardos adentro, representando a Judas, con el objeto de ahorcarlo y quemarlo después, para gozarse con el estruendo de los cohetes y petardos. La muerte de Judas ocurre el sábado de Resurrección, en el momento mismo en que las campanas tocan a *gloria*". Aunque la nota figura en el *Cancionero popular de La Rioja,* (t. 2, p. 241), siendo el autor nativo de Catamarca, supongo que el dato se refiere a esta última provincia.

"En plena ciudad de Santa Fe –se lee en *El mito, la leyenda y el hombre*, de Félix Molina-Téllez–[118] hemos visto a las huestes del negro Arigós –especie de pontífice de los carnavales tradicionales del viejo barrio del sur– quemar un muñeco en las callejas que desembocan en el clásico Quillá. La "negrada" de Arigós se reúne entusiasmada, ejecutando pasos de candombe mientras el "judas", como ellos le llaman, es consumido por el fuego..." (p. 241-242).

Y no extrañe ver esto en una capital de provincia, pues era práctica que se llevaba a cabo en Buenos Aires hace más de un siglo, donde "Un Inglés"[53] (seudónimo con que un viajero ocultó su identidad) la vio ya menguante entre 1820 y 1825. "La costumbre de quemar un Judas –dice– declina cada año. El "Sábado de Gloria" llovió a torrentes, pero, unas noches después, Judas fue quemado cerca del

[*] Cfr. la curiosa referencia al "quemado del Judas" en el Brasil, debida a JEAN BAPTISTE DEBRET: *Viagem pitoresca e historica ao Brasil*, en el cap. sobre *O Judas do sabado de Aleluia.* [71]

café de la Victoria, entre fuegos artificiales y música" (p. 171).

En Molinos hacen un muñeco al que visten con prendas que lo asemejan a un gaucho. Para burla le acomodan en la mano una botella *antarquiada,* como si estuviera dispuesto a tomar. Montado en un burro, al igual que el *Pujllay* catamarqueño, se lo hace recorrer algunas calles del pueblo, llegando hasta el barrio de Santa Bárbara; un *chango* lo precede, tocando la *caja,* como en tiempos de carnaval. El bullicioso cortejo regresa hasta frente a la iglesia parroquial, y en un espacio elevado sobre el nivel de la calle, cerca de las tres "cruces de misión", se coloca una mesa y sobre ella una silla, en la cual se sienta al monigote en actitud de acusado. La jarana, bromas y risas se aplacan un instante para permitir la lectura del "testamento", que alguien da a conocer en alta voz desde el atrio... Cada alusión o broma es ruidosamente celebrada. Judas "instituye herederos y legatarios a los más conocidos vecinos y se preocupa muy particularmente por los jóvenes y las parejas de novios. Los bienes que componen su patrimonio imaginario y variado, se distribuyen en satírica y a veces agria correspondencia con las modalidades, defectos y circunstancias de los beneficiados en el testamento. Cada atribución intencionada se celebra con carcajadas y aplausos, de los que no participa el interesado, salvo casos muy especiales de carácter avenido a las bromas.

Por fin cuelgan al Judas de un alambre, tendido desde la torre de la iglesia hasta la pared de la famosa "Hacienda de Molinos" recordada y descrita en estas mismas páginas.

Mediante un cordón atado al alambre se lo hace bailar como un verdadero pelele, al compás, no ya de la *caja* tradicional, sino de una moderna victrola. Es detalle digno de nota, como ejemplo risueño de transculturación, si se tiene en cuenta las características del escenario y se recuerda que es fiesta antiquísima en España, esta de quemar un títere llamado Judas. A tal punto que el nombre propio ha pasado al idioma como sustantivo común, en la acepción de "Muñeco de paja que se pone en la calle durante la Semana Santa y se quema después" (Diccionario de la Academia).

Encienden en el suelo una fogata y hacia ella van bajando el muñeco, sujeto por un cordel que pasa por el alambre, hasta que se le queman los pies, donde lleva preparada una carga de cohetes.

En tiempos de escasez o carestía de estos elementos de estruendo y pirotecnia, el ingenio local echó mano, en sustitución de tales productos de la industria, de sucedáneos, no tan espectaculares por cierto, pero eficaces y simpáticos para la ocasión. Se trataba de *pocotos* o *pocotillos*, pequeños frutos silvestres, mezclados con sal, que, por la acción del calor, crepitan produciendo leves estampidos.

En Cachi se hace algo muy semejante. Días antes del Sábado Santo se inicia la colecta de ropa y otros objetos para armar el muñeco. Lo sientan en la plaza y allí grandes y chicos lo rodean, le hacen brindis y cuantas bromas y alusiones pueden despertar la hilaridad predispuesta de los circunstantes. Es obligado luego el paseo en el burro, después de lo cual es también colgado. Le ponen a veces en una mano una bolsa (recordando los treinta dineros) y en la otra un cartel con este epitafio:

Aquí yace Judas Iscariote,
quien a Cristo vendió;
todos los que me miran
son más judas que yo.

Por la noche, después de cenar, alguien lee el "testamento", nutrido en pullas e indirectas burlescas.

El carácter que este libro tiene no consiente la correlación de cada uno de los fenómenos que constituyen el ciclo ceremonial de la fiesta carnavalera. Sería darle un franco tren de monografía científica que es, precisamente, lo que se ha querido evitar.

No obstante, creo que no violento el compromiso si dedico alguna página, al margen del tema central, para insistir en destacar un impresionante rasgo de tantas

manifestaciones folklóricas. Me refiero a la profundidad con que ellas hunden sus raíces, tanto en el tiempo, a fuer de tradicionales, como en el espacio, franqueando victoriosamente todos los obstáculos que la naturaleza parece oponer a la difusión de la cultura.

Arnold van Gennep,[85] en un estudio realizado con mano maestra, sobre *El ciclo ceremonial del carnaval y la cuaresma en Saboya*, analiza uno a uno los diversos elementos integrantes del complejo del carnaval. Para los casos en que éste se representa por un monigote de paja, al cual el cortejo burlesco pasea por los campos y por los alrededores del pueblo, insinúa la explicación de que se trate de una ceremonia circum-ambulatoria. Tendría por finalidad proteger el lugar de influencias dañinas, o, si se prefiriera la teoría solar y agraria de Mannhardt, procurar o mantener la fecundidad de la tierra.

Otras explicaciones, relacionadas con los ciclos estacionales, de comienzo de primavera o extinción del invierno, no serían para nosotros aplicables por razones obvias de no coincidencia y hasta oposición entre las estaciones en relación con el calendario.

"Carmentran", síncopa de "Carême-entrant", como llaman al muñeco en Francia, pudiera ser también, según hipótesis de Westermarck, aceptada por Frazer, la representación del hechicero o de la bruja dañinos que perjudican las cosechas. La destrucción del pelele en la hoguera, evocaría las ejecuciones medievales de brujas heréticas. Van Gennep se pronuncia en contra de esta interpretación, aduciendo que el muñeco es destruido no sólo por medio del fuego, sino también, y muy frecuentemente, arrojándolo al agua o enterrándolo en una fosa. Por otra parte, si la práctica representara una supervivencia de origen demoníaco o brujeril, la Iglesia no hubiera dejado de hacer valer su interdicción; pero, lejos de oponerse, ha llegado a cristianizar la fiesta, como lo ha hecho con otras tantas prácticas paganas.

En relación con nuestro *Pujllay* son también interesantes las referencias de C. Rademacher[135] en el artículo 'Carnival' de la *Encyclopædia of Religion and Ethics* (t. 3, p. 227), pues nos informa que en Essen el acto colectivo de destruir el

muñeco de paja (hoguera, fosa o río) es llamado el "entierro de Baco", designación que se aplica también a la práctica equivalente del famoso carnaval de Venecia, en cuya Piazza di San Marco tiene lugar la ceremonia.

Recordemos, para afirmar la semejanza, que nuestro *Pujllay* ha sido llamado "el Baco calchaquí".*

Una vez más se advierte la confluencia de corrientes culturales, desde que la tradición europea se ha sobrepuesto, amalgamándose, a una sobrevivencia indígena para dar de consuno un elemento folklórico moderno. El pueblo, en el curso de las generaciones, ha ido seleccionando de ambas herencias lo que armonizaba más con su carácter, aquello que desempeñaba una función más concorde con sus modos de vida, con las limitaciones y exigencias de su ambiente natural y con el complejo engranaje de su cultura.

Varios autores y entre ellos James George Frazer[79] han destacado la costumbre, divulgada en Europa y especialmente en las regiones que estuvieron sometidas al influjo del imperio romano, que consiste en personificar al carnaval en una figura burlesca, cuyo destino es finiquitar entre las llamas, en el agua o bajo tierra, después de un bullicioso y efímero reinado. El antropólogo inglés cree ver en este muñeco así sacrificado el sucesor del antiguo dios de las saturnales romanas, hombre de carne y hueso que personificaba a Saturno y que, como rey de la farándula, cuando la celebración llegaba a su término, sufría muerte también real y verdadera (p. 697).

Bajo el título de *Entierro del carnaval* (p. 364-370) agrupa una serie de referencias respecto de esta costumbre. El resumen de algunos párrafos permitirá advertir la impresionante semejanza de episodios usuales en Europa con los ya referidos de algunas de nuestras provincias mediterráneas y norteñas.

En todos ellos se destaca, como rasgo sobresaliente, la muerte simulada o simbólica de la personificación del carnaval, llámese *Pujllay,* como en Catamarca, Carmentran como en Saboya, Caramantran, como en Provenza, Carnestoltes como

* QUIROGA: *Folklore calchaquí,* p. 16. [133]

en Barcelona o simplemente Carnaval en muchas partes.

En Frosinone, localidad próxima a Roma, la fiesta se denomina “radica”, aunque el elemento que le da nombre deriva de unas hojas o ramas de áloe o pita que todos los circunstantes llevan (y hasta se podría decir esgrimen) durante los espectáculos.

Se pasea en carroza una gigantesca figura del Carnaval, a cuyo alrededor los concurrentes bailan el agitado “saltarello”. Hasta la misma autoridad, representada por el subprefecto, torna su puesto en la procesión que se origina, durante la cual se libran verdaderas batallas con las ramas, equivalentes sin duda a los más modestos e inofensivos gajos de albahaca que nuestros paisanos salteños usan en parecidas circunstancias.

El final de fiesta es lo que más justifica la presente referencia. La mayestática efigie del carnaval es arrebatada y puesta, en medio de la plaza, sobre una pira, donde se la quema por fin, entre gritos y bailes desenfrenados.

En los Abruzos se representa una pantomima semejante a la que describe Molina-Téllez, citada más arriba. Llevan en “fúnebre” cortejo un muñeco de cartón, precedido por su viuda, que, como una auténtica “llorona” de las ceremonias mortuorias, se deshace en gemidos y lágrimas. También aquí el monigote termina en la hoguera.

En Lérida, según el testimonio de un viajero inglés que lo vio en 1877, el domingo de carnaval se organiza una mascarada, con gente a pie y a caballo, que escolta la imagen de Su Alteza Pau Pi. A medianoche del tercer día el cortejo festivo se cambia en acompañamiento fúnebre, pues llevan el cadáver de Su Gracia. Los alegres estudiantes remedan cantos litúrgicos y portan cirios encendidos y llameantes antorchas. Las sombras destacan el chisporroteo de los fuegos de artificio, que sumados a las teas y velones manejados por jinetes y danzarines, dan al espectáculo un aspecto fantástico. Los espectadores se apiñan en balcones y azoteas. Al llegar a la plaza principal se apagan las luces. Es la señal para que los “diablos” arrebaten el muñeco que, rescatado luego por su séquito, es por fin depositado en una fosa preparada para ese piadoso fin.

En Provenza la escena adquiere contornos curialescos. Caramantrán es sentado en el banquillo de los acusados y se simula un proceso público. La condena a muerte es recibida con lamentaciones y llantos fingidos, pero ruidosos. Colocado el monigote en el borde de un barranco, recibe una lluvia de piedras, tras de lo cual se precipita destrozado al agua.

En las Ardennes se prende fuego a una efigie que se considera la representación del carnaval, pero que en la realidad tiene parecido con algún vecino, elegido entre los que no se destacan precisamente por su austera fidelidad conyugal. Esto complica la celebración popular con los conflictos domésticos imaginables.

En la misma región, un joven representaba el papel de "mardi gras", como se llama en francés con frecuencia al carnaval; se hacía un simulacro de fusilamiento con balas de fogueo; un taco olvidado en una escopeta produjo la muerte del inocente parodiante y esto puso fin a la costumbre.

Al atardecer, el miércoles de ceniza, acostumbraban también en Normandía quemar o arrojar al río Vire una figura estrafalaria, vestida de harapos, con un viejo sombrero y abultada barriga de bebedor concienzudo.

En otros puntos termina decapitado, como en Tubinga, o ahorcado, como en Transilvania. Por fin, no faltan los resucitados por obra de un médico milagroso. Tal sucede en ciertas regiones de Suabia.

Como ocurre casi sin excepción en las investigaciones folklóricas, el extremo del hilo, representado por un dato, lleva a las más intrincadas madejas. No se trata aquí, repito, de una investigación científica ni erudita, pero se ve que, aun sin quererlo, el eslabonamiento de los fenómenos arrastra con interés obsesionante.

Sin entrar en el asunto, pero para dar simplemente una muestra vinculada con el tema en cuestión, ya se ha visto las correlaciones e influencias que podrían establecerse entre los datos aportados por un solo autor. Frazer insiste en derivar el carnaval de las saturnales romanas. Es opinión generalmente aceptada, aunque no se tengan pruebas precisas, sino sólo correspondencia, un poco externa, de rasgos semejantes. Pero a su turno estas fiestas latinas son adaptación y trasunto de las

dionisia y las *kronia* griegas. En ellas (para referirme, de paso, sólo al detalle que nos interesa ahora), también se sacrificaba, real o fingidamente, un hombre de carne y hueso, reemplazado luego por el muñeco sustituto.

¿Tienen relación estas prácticas antiquísimas con la correspondiente del *purim* hebreo? Recogiendo a su vez la milenaria tradición babilónica de las "sacaea", que se celebraban hacia fines de marzo, también los judíos en su fiesta coronaban como rey, revestían de púrpura y dotaban de un cetro al que había de representar ese papel (en recuerdo de Hamán y Mardoqueo, los personajes del libro bíblico de Ester), para ser luego sacrificado.

Y hasta no falta quien interprete que esta venerable costumbre judía ha llegado a imprimir su huella en el pasaje del "Ecce Homo" de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor.[137]

No ofrezco aquí los resultados de una investigación, sino sólo las sugestiones que brotan a poco que pretenda un folklorista adentrarse en un tema. En este caso como en tantos otros relacionados con el origen de inocentes juegos de criaturas, de supersticiones o de adornos, de prácticas mágicas o de supervivencias jurídicas, de mitos o concepciones cosmológicas, la mente escudriñadora se detiene vacilante. El espíritu no puede sustraerse al sortilegio de los propios misterios que, con ayuda de la ciencia, pretende develar. Son escasos los elementos de juicio y mínimos los materiales que permitan sólidas e inobjetables construcciones. Las luces de la razón no taladran las sombras, que ocultan acaso lo más recóndito de la historia de la humanidad. Las raíces de las debilidades claudicantes del hombre, así como sus esperanzas redentoras, acaso se hunden en esas tinieblas. Una inquietud reverente invade el corazón del apasionado folklorista, que comprueba la formidable elocuencia de lo intrascendente, cuando se intenta de buena fe conocer su mensaje. Dignificada la ceremonia por los siglos, eternizada por millones de seres que infundieron en todos los rincones de la tierra el aliento de su entusiasmo y de su fe, llega ante nuestros ojos como una fiesta loca, como un juego divertido. ¡Enterrar un muñeco en carnaval! ¡Qué intrascendente niñería! Y ese pelele que otrora fuera dios o rey, riéndose acaso de

la paradoja de su destino, sobrevive por milenios, en las costumbres de cien pueblos, a los dioses y a los reyes que representa.*

VISIÓN SINTÉTICA DEL CARNAVAL CALCHAQUÍ

Aliento la esperanza de que estas páginas sean para el lector siquiera una mirilla por la cual haya podido tender la vista hacia el panorama del folklore calchaquí. Lo ha contemplado a través del lente policromado del carnaval. El conjunto entero se ha matizado con sus colores. A la inversa, la descripción aislada de su vivo cromatismo, sin el telón de fondo de la vida popular y tradicional que lo cobija en el seno del Valle, no hubiera jamás evocado la complejidad de una fiesta enraizada en lo más hondo del alma y de la vida del pueblo.

A esta altura creo posible tener perspectiva suficiente como para apreciar el fenómeno en su conjunto, con la penetrante y comprensiva visión de quien se ha identificado con un paisaje y luego lo atalaya al partir. No aprecia sino las grandes masas y los amplios contornos, pero los detalles, minuciosos y familiares, surgen interiormente del fondo de su recuerdo y parecen incorporarse a su contemplación.

Germinación

En el período de preparativos aparece como característica una particular actividad, sorda y como soterrada en un comienzo. Es la germinación. Hay un ajetreo individual, que no sólo comprende el arreglo o renuevo de la indumentaria y el acicalamiento de las personas, sino también la preparación de la casa para los posibles acontecimientos próximos y, sobre todo, el mimoso cuidado del caballo y sus arreos. Los chalanes pulen la obra que inició la doma y ejercitan al animal en

* El mito de Pujllay adquirió plenitud estética en la tragicomedia del poeta Juan Oscar Ponferrada, *El carnaval del diablo*, que la compañía de Eva Franco y Miguel Faust Rocha estrenara en el Politeama Argentino en 1943.

rayadas airosas y en *pechadas* pujantes.

Se advierte también actividad social, pues más que nunca es aguda e imperiosa la necesidad de encontrarse, cambiar ideas y elaborar planes de reuniones y cabalgatas. Las largas leguas parecen cortas y no cuenta el cansancio de las duras jornadas.

No es menos evidente la activación económica que produce la multitud y variedad de compras, la lluvia de *mingas* o encargos que reciben todos los artesanos del pueblo. Tejedores y pelloneros, fabricantes de *cajas* y trenzadores de riendas y de lazos, zapateros y sastres, preparadoras de almidón y *chicheras* diligentes, en fin, todos cuantos se dedican o distinguen en una actividad o labor productiva, sienten, quizá por única vez en el año, la premura del tiempo escaso y el agobio del trabajo abundante.

La más sutil, pero acaso más honda, es la actividad artística, desde la rudimentaria de templar la *caja* hasta el repaso o recreación de las coplas y tonadas. Algunos espíritus más o menos privilegiados llegan entonces al más alto grado de tensión poética que les afina la sensibilidad y les solaza el alma. Si los demás no son capaces de sentirla en igual grado, participan, aunque sólo sea por contagio, de esos momentos de superación en que el prosaico panorama del mundo circundante es realzado en virtud del ritmo, de la música y del canto.

Plenitud

Andando los días, la soterraña germinación produce las flores de sus fiestas. Estamos en la plenitud. Muestra entonces el carnaval los rasgos que lo han hecho inconfundible desde su origen, desde sus ascendientes milenarios. El primero y principal es el imperio de la libertad. Los lazos se cortan, las ataduras se aflojan. Se dispersan los miembros de la familia, se goza de franquicias sexuales más o menos disimuladas, se puede dar a la conducta un sesgo violento o desorbitado sin merecer la repulsa social que en otras circunstancias se haría sentir.

Disfrazada de chanzas y de flores (que para eso es carnaval), hasta la

libertad política, muchas veces negada a los pueblos, tiene bríos para manifestarse. Sin duda por eso, como reacción, los gobiernos despóticos han tendido siempre a cortarle las alas y amordazar su voz, que, como la de los bufones y los locos, suele decir las verdades que los sensatos callan.

Hasta los mismos disfraces tuvieron alguna vez tanta fuerza como una arenga de barricada. Los criados y mulatillos ataviados, en los carnavales posteriores a la Revolución de 1810, con el calzón corto, la empolvada peluca, el fraque bordado y el espadín, que constituían el indumento de los señores españoles hasta poco antes, reflejan el estado de ánimo colectivo más que muchos documentos.[75]

Como es bien sabido, no es fácil ni corriente que la libertad conserve su porte digno y se mantenga en su propio campo, sin sobrepasar sus límites y caer en la licencia. Sobre todo en las manifestaciones colectivas, una vez que el pueblo ha formado la corriente, no admite compuertas encauzadoras. De allí que con harta frecuencia el hombre libre se trueque en individuo licencioso. En el caso particular del carnaval una fuerza sobreañadida arrastra a las gentes con irresistible empuje. El remolino de la fiesta tiene por ley intrínseca la tendencia al desorden y al exceso. Cualquier apacible corriente, en llegando a este vórtice, se convierte en desorbitada y tumultuosa.

Al amparo de este espíritu, las fiestas que desde la más remota antigüedad desempeñaron un papel equivalente en las sociedades grecolatinas, implicaron también una tentativa de igualación social. En todas ellas amos y esclavos confraternizaban. A veces sinceramente, considerándose colaboradores en la obra común de la cosecha. En otras como soportada reacción, como temporario desahogo de la clase servil ensoberbecida. Los esclavos se presentaban como señores y éstos los servían en banquetes que terminaban en orgías. En todos los tiempos, el recurso del disfraz ha servido para dar a los ilusos la sensible apariencia de un ascenso súbito en la escala de sociedades estratificadas.

Así hemos visto que ocurre también con nuestro carnaval, aun sin el expediente de la máscara. El arriero *pecha* al caballo de su patrón; los *niños* o

señoritos del pueblo o de la ciudad se disputan en el baile la compañía de las *chinitas*; el peón empolva la cara de las *niñas*; todos juntos confunden sus voces en el coro que entona la copla. Los jóvenes de toda condición frecuentan con especial empeño las carpas dudosas y los ranchos distantes, donde el baile es la ley y el *pago y obligo* iguala a todos en el brindis irrenunciable y en la borrachera general.

La fiesta se hace desbridada y eufórica y pronto impone este tono psicológico a todos sus participantes. ¡Qué inusitada actividad! ¡Cuánta franquicia para saciar todas las ansias reprimidas por la naturaleza inhospitalaria o por la sociedad vigilante! Es difícil concebir la tensión casi obsesiva con que esas psicologías primarias y algo embotadas esperan el arribo de la fiesta. Ella es el estímulo para muchas horas menguadas y el desquite de sometimientos y fatigas.

Quienes pueden contribuir ofreciendo su casa para la reunión, organizando el baile, convidando *chicha*, aloja, empanadas y asado, tienen la magnífica oportunidad de satisfacer otros anhelos: los de figurar en primer plano, sentar fama de pródigos, consolidar prestigio personal que, llegado el caso, se explotará en otros terrenos más compensadores, como la política o los negocios.

Hasta se llega por este camino a manifestaciones algo morbosas, en que el deseo ingenuo de figurar en el modesto escenario de la aldea se convierte en afán de ostentación, ya en los convites rumbosos, ya en el insolente recargo de la indumentaria personal o en los arreos de la cabalgadura incomparable.

Manifestación distinta de esta misma enfermedad, son los alardes, los desplantes que dejen bien sentada una pretendida fama de jinetes, de bebedores o de bailarines. Sobre todo en los primeros casos la competencia y la rivalidad llevan a escenas lamentables cuando no a macabros desenlaces.

Otra forma de emulación produce frutos más nobles y ponderables: el antagonismo entre cantores y músicos. No se cultiva la payada y el contrapunto tradicional, pero sí hay puja para demostrar que se conocen más coplas, que se las elige mejor, que es más sonora la *caja* o, llegado el caso, que se pulsan con más arte las cuerdas de la guitarra acompañando la grácil vidalita.

Todos participan, en medida diversa, de tales sentimientos y aspiraciones.

Esto, unido a la práctica del baile, hace de la fiesta la gran escuela estética. Se desbastan las maneras y los ademanes, se adquiere soltura y aplomo ante la gente, despéjase la adustez con la sonrisa, se contrarresta el ensimismamiento con la chanza y la zurdería propia de la soledad se refina con el trato.

Y del trato con la mujer nace la flor de los amores, más tarde encauzados y a veces perdurables; la comunicación, la charla y acaso la confidencia con el compañero dejan el fruto de leales amistades sin reserva.

La música, aun monótona y desprovista de exquisiteces, cumple en clima propicio su función enaltecedora del espíritu.

Se aprenden centenares de versos de memoria, lo cual enriquece el vocabulario, puebla de imágenes la mente, dota al lenguaje de expresiones gráficas, comparaciones eficaces y metáforas poéticas.

La excitación alcohólica, en cierto grado, inspira las sensibilidades predispuestas, y muchos de los aciertos admirados en la poesía anónima tradicional han sido concebidos acaso en estos instantes en que está tensa el alma y vibra armoniosamente, con exaltación lírica, ante el mínimo estímulo inspirador.

Marchitamiento y degradación

Llegado este proceso a la culminación, decae fatalmente. Cuanto mayor haya sido el exceso, más profundo y abismal será el descenso degradante. Aquella profusa floración deja también frutos amargos. La tendencia, por no decir la fatalidad de la embriaguez es sin duda el más funesto. Cuando alcanza los límites que Joaquín V. González[88] pinta en las páginas finales de *Mis montañas*, se comprende hasta dónde puede llegar la bestialización del hombre. Y no es el sopor y la semi inconsciencia lo más lamentable. Las riñas suelen dejar saldo trágico y en muchos hogares los ecos del carnaval se miden por los golpes que el borracho descarga sobre la mujer sometida o indefensa.

Los deseos inconfesables se yerguen del fondo del alma como víbora en trance de atacar; se enroscan en las intenciones e inoculan veneno más mortífero

que el facón de la pelea.

Así son concebidos muchos hijos y se explica en las nuevas generaciones el debilitamiento de las fuerzas, la endeblez de la salud, las taras del espíritu.

Alguna vez la mujer carga *huailido* a la espalda al hijo, fruto del carnaval anterior. Y ha ocurrido que, vencida por el cansancio, la bebida y la danza, cayera embotada en sueño profundo. Al despertar, el rebozo sólo sostenía el cuerpecito fláccido, ahogado u oprimido por quien mostraba entonces el sombrío drama de la influencia satánica de la fiesta.

La resurrección anual, sostén de la esperanza

Todo se torna remordimiento, tristeza, hastío. Las flores lozanas de la farándula van dejando su fruto acibarado. Invade los ánimos una agobiadora sensación de impotencia, de abandono, ante los días idos que parten sin misericordia, llevándose los espejismos y celajes que deslumbraron con sus falsos colores.* El hombre, como ante otras inexorables fatalidades de la naturaleza, de la vida y de la muerte, reacciona confiando en poderes sobrenaturales, superiores a su evidente debilidad, a su insuperable impotencia. La magia ha sido siempre, y será mientras el hombre exista, ese suplemento de poder a que aspira el espíritu para domeñar las fuerzas eternamente vencedoras. Y en ese poder pone toda su fe, aferra su esperanza, confía el desquite de su derrota. Si el carnaval le hace gozar de la libertad, si lo iguala con quienes lo mandan y lo humillan, si lo arranca de la obligación y el trabajo que lo tienen aherrojado, si exalta su fantasía hasta sentirse poeta, si pone a su alcance las mieles del amor y la sobria dulzura de la amistad, ese carnaval maravilloso y mágico, bienhechor y pródigo, no debe morir con el día postrero de la fiesta. La esperanza se enfrenta con la realidad irremediable. Y el propio *entierro del carnaval* es el acto en cuya virtud se proclama la firme fe en su

* Estado de ánimo ajeno por cierto a la "tristeza criolla" como pretendida modalidad de nuestro temperamento. Sobre *Carnaval y tristeza* hace agudas reflexiones Ezequiel Martínez Estrada en su *Radiografía de la pampa*. [111 bis]

indudable, necesaria resurrección:

“Echenlé poquita tierra:
¡que se vuelva a levantar!”

VI

SISTEMATIZACIÓN DOCTRINARIA

La página anterior podría ser la última del libro. Allí concluye su asunto principal y queda satisfecho el propósito que decidió su publicación. Pero por mi parte supongo que entre los presuntos lectores habrá algunos con suficiente inquietud espiritual como para no sentirse del todo satisfechos con el relato de lo episódico y la descripción de lo pintoresco. Del examen minucioso de una manifestación tan típicamente folklórica como el carnaval, presentado en su ambiente popular y en localizada región geográfica, acaso sea legítimo extraer conclusiones y enseñanzas que fortalezcan la teoría científica y proporcionen la base para fundamentar un nuevo método de estudio.

Algo de esto ha sido adelantado ya, en dosificadas inferencias, a lo largo de las páginas anteriores. En las líneas siguientes sólo se trata de sistematizar esas observaciones para ofrecerlas más clara y concertamente a la consideración del lector.

En el curso de años he conocido y documentado minuciosamente el *conglomerado folklórico* demarcable en la zona central del Valle Calchaquí de Salta. Del nutrido fichero que registra cada dato extraje las referencias necesarias para este libro, que resulta así un "intento de investigación folklórica integral", de acuerdo con el método que en reiteradas oportunidades he sometido públicamente a la consideración de los estudiosos y que trataré de resumir más adelante.[64] Como habrá podido apreciarse, en esta obra destinada al público en general y no a los especialistas, todo el andamiaje de la documentación ha desaparecido a la vista del lector común. Ninguna intromisión técnica lo ha perturbado, según espero. A la inversa, en estas últimas páginas se concentran, muy escuetamente por cierto, las

inferencias doctrinarias. Serán presentadas en dos series. La primera se agrupa en torno al problema de los caracteres de los fenómenos folklóricos y de los procesos de folklorización. La segunda procurará demostrar, con el ejemplo a la vista, la viabilidad del *método integral* que he propuesto y practicado.

Mi propósito ha sido desplegar, ante los ojos de quien leyere, el panorama de la vida popular en un lugar circunscripto y en un momento dado. Del análisis de esa realidad, presentada de la manera más exacta y fiel, pueden extraerse ciertas conclusiones. La trayectoria lógica es, pues, inductiva, del hecho al principio, de la realidad a la teoría, de la observación a la doctrina, mediante inferencias bien trabadas.

Emprenderemos la tarea con el lector amigo y paciente.

CARACTERES DE LOS FENÓMENOS FOLKLÓRICOS Y PROCESOS DE FOLKLORIZACIÓN

Si consideramos al grupo humano protagonista de los fenómenos que aquí nos interesan, comprobamos que es posible demarcarlo dentro del conjunto más amplio de la sociedad total que habita la región. Quedó establecido que si bien lo folklórico es necesariamente socializado, colectivizado, no todo lo social es folklórico. Así el "pueblo" es sólo un sector dentro del conjunto de la sociedad contemporánea. Sector reconocible por su posición relativamente "inferior", frente a círculos "superiores" y dirigentes; por su tipo de educación, no sometida a los cambiantes y a veces contradictorios dictados oficiales; por su instrucción antilibresca, apartada en gran medida de la escuela, a la que deben nociones que no modifican su visión del mundo y el tono general de su cultura. Ésta es fundamentalmente tradicional, transmitida por la palabra y el ejemplo de una a otra generación y nutrida en la experiencia diaria y personal. Se desarrolla influida en sumo grado por el ambiente natural que enmarca la vida gracias en gran parte al aislamiento geográfico, a la lejanía de los centros urbanos, a lo precario del

patrimonio artificial incorporado a las actividades cotidianas. Y, sobre todo, a su ideal de vida, apegada al terruño, indiferente u hostil ante las novedades foráneas, respetuosa del legado ético y material de los antepasados, sometida a los imperios de una tradición conjugada funcionalmente con el paisaje, que desde antes de nacer condiciona sus vidas, recibe sus huesos al final de la jornada y hasta sirve de escenario a las angustiadas andanzas de las almas en pena.

El "pueblo" y lo popular

Ese es el "pueblo", disperso en los ranchos de los cerros, en las viviendas de las quebradas, en los caseríos del valle, en las poblaciones que se recuestan en las faldas o se allegan, como sedientas, a las orillas de los ríos. Tal el "pueblo" que vimos actuar en la fiesta, pero sin que hayamos dejado de vislumbrar, en toda oportunidad propicia, expresiones de su vivir real y cotidiano.

Algo supimos, a lo largo de estas páginas, de sus ocupaciones en la casa y en el campo, en las fincas y en los *puestos.* No desconocemos su indumentaria y su comida, su técnica y su arte. Tratamos de captar lo esencial de los vínculos que unen a los miembros de la familia o a los ligados por el compadrazgo, por la amistad o el amor. No ha faltado mención de supersticiones y creencias, de elementos del mundo sobrenatural y de la religión. Reiteramos las referencias a la tradición hispana que subsiste vigorosa, y a las supervivencias indígenas que sobreviven, con adaptación funcional a las necesidades nuevas.

Todo este riquísimo complejo de bienes y valores constituye la cultura actual de aquel "pueblo" y es por lo tanto "lo popular". No por razón de origen o procedencia de este o aquel elemento, sino por haber sido adoptado, adaptado y asimilado por la colectividad hasta imprimirle un sello de apropiación incuestionable, gracias a los matices particularísimos que ha impreso a su patrimonio cultural.

Supervivencias y transculturaciones

Muchos de esos bienes son de procedencia autóctona americana. Los vimos aparecer en las comidas de maíz y en las bebidas como la *chicha* y la *aloja* de algarroba, en utensilios como el mortero, en prendas como la *ojota*, en instrumentos como la *quena*, en ceremonias como el *rutichico*, en ritos como los ofrendados a *Coquena* y a *Pachamama*. Les llamamos supervivencias. Son restos desprendidos de antiguas culturas que han perdido su unidad y su vigencia. Pero ellos en sí mismos no son apéndices inútiles ni elementos muertos. La adaptación funcional los ha salvado, aun a costa de relacionarlos con necesidades y aspectos muy diversos de los que les dieron origen.

Mencionamos también las infiltraciones de objetos o valores muy modernos en la añeja estructura. Las voces más inquietas de la ciudad se dejan oír por momentos en el ambiente recoleto del Valle. En la urdiembre tradicional, de vivir sosegado y uniforme, se entretejen de pronto hilos sedosos y coloridos que le dan a esa existencia apacible tonalidades detonantes y extrañas. Son las transculturaciones. Es decir, en este caso particular, los fenómenos que provocan cambios en los elementos culturales de un grupo humano que vive en permanente y directo contacto con otros, de cultura diferente, o que han alcanzado distinto nivel dentro del ámbito de una misma cultura.

Los cohetes y la pólvora de las *camaretas* de estruendo, como medios de solemnizar la fiesta local; las alhajas y adornos de fantasía; las "ojotas de auto", fabricadas, no con cuero como en los tiempos del Inca, sino con neumáticos norteamericanos, son sabrosos ejemplos de transculturaciones en los grupos más retraídos del Valle.

La experiencia y su transmisión

Sean tradiciones trasplantadas por España, sean supervivencias de los indígenas que ocuparon otrora la misma región, sean transculturaciones recientes, siempre, en todos los casos, cada nuevo bien tuvo como punto de partida, una

manifestación individual originaria. Con mayor motivo si se trató en algún caso de invención o descubrimiento. El pueblo, colectiva y simultáneamente, no es creador de elementos culturales. Éstos siguen una trayectoria que se inicia en el individuo y, en ciertos casos, alcanza al conjunto.

En el Folklore lo que interesa, precisamente, es esta colectivización, pues si el fenómeno no sale de la órbita del individuo, si no adquiere resonancia social, no ingresa al campo de lo folklórico.

Observemos de paso, una vez más, que lo característico en este proceso es el modo o el medio de difusión, nunca deductivo y dogmático, sino inductivo y empírico.

La experiencia es, aquí, la maestra de la vida. Y la experiencia se transmite de unos a otros, de padres a hijos, por la palabra, por la imitación, por el ejemplo.

Sabemos bien que en la técnica del tejedor o del ollero, en el rito propiciatorio o en la leyenda etiológica, en el rasgueo de la guitarra o en las coplas del canto, no hay erudición ni doctrina libresca. "Todo cuanto se sabe ha sido adquirido por el vehículo de la palabra hablada, que parece esfumarse para siempre con la última vibración, pero que deja en el espíritu de quien la oyó la huella de un recuerdo al que la reiteración convierte en conocimiento; la práctica del acto inculcado hace nacer el hábito; el hábito se socializa y eleva por el consenso social a la categoría de pauta tradicional y resulta la costumbre. Así el *chango* se hace baquiano en el caballo, aprende a domeñar el arado o a trenzar diestramente los tientos de su lazo; la *chinita* adquiere habilidad en el manejo del telar hogareño, en el teñido de sus hilos o en la preparación de sus comidas cotidianas, Así cada uno va enriqueciendo su tabla de valores y discriminando lo bueno de lo malo, según observa estímulo o reprobación como efecto de su conducta. Así se forja una imagen de lo que hicieron sus antepasados y se explican las técnicas, y se relatan los cuentos y se infunde la fe."[*]

[*] CORTAZAR: *El folklore y su estudio integral*, p. 4. [64]

Colectivización o vigencia social

Tales son los modos de difusión, y sólo una vez colectivizados los fenómenos interesan al Folklore. Nunca hemos mencionado una particularidad de la vida popular vallista por el hecho de haberse manifestado en alguien, individualmente considerado. Lo folklórico es socializado por esencia. Como ya aclaré sucintamente alguna vez,* entiendo por "colectivización" la vigencia social adquirida por un fenómeno; para nuestro caso, en los medios populares.

Así ocurre, por ejemplo, con el *topamiento* de las comadres; con el canto en grupo y la percusión de la *caja*; con los juegos carnavalescos del almidón y la albahaca; con la fabricación y bebida de la *chicha*; con el entierro del *Pujllay* donde todavía lo practican. Ninguno de estos hechos, tomados al azar, resulta, dentro de aquel ambiente exótico, llamativo, anacrónico, como ocurriría desde luego en cualquiera de nuestras ciudades. Todos los sienten como propios, como naturales, como *vigentes* en ese lugar y este momento. A la inversa, los intervinientes no tienen la sensación de singularizarse, de apartarse del común sentir, de aislarse dentro de su medio habitual. Siendo este el caso, ¿importa que se pruebe que alguien, muchos, en algún supuesto hasta la mayoría, no saben bailar la *zamba*, ignoran cómo fabricar la *chicha*, eluden los *topamientos*, desertan de grupos de cantores, desbarran en la entonación de la copla, rechazan las empanadas jugosas? ¿Dejarán por eso el baile, la fiesta, el canto, la comida, de ser considerados consciente o inconscientemente bienes comunes, patrimonio *colectivo* al alcance de todos los componentes del grupo?

Desde luego no, porque gozan de *vigencia social.*

Funcionalidad folklórica

Por cierto que la adopción colectiva no es caprichosa; está guiada, a su vez,

por la mayor o menor eficacia con que el bien propuesto satisfaga una necesidad biológica o cultural; si desempeña este papel en consonancia con las imposiciones del medio y adecuándose a las normas tradicionales que sustentan la vida social, se incorporará *funcionalmente* al conglomerado folklórico en vigencia.

Y así ocurre con el carnaval. Satisface necesidades biológicas y culturales. Válvula de múltiples constricciones, representa la oportunidad para distender los músculos en las *pechadas*, en las carreras y en el baile; para enronquecer la voz, que durante los días de soledad habrá sido en los labios como un instrumento dormido; para excitar los nervios en el juego de los patios y en el retozo de los galanteos; para imaginar paraísos al conjuro de los vasos de *chicha*; para satisfacer, subrepticia y aun delictuosamente, comprimidos apetitos; para desplegar las alas a la fantasía y sentir las caricias de la inspiración; para gozar sensualmente su aptitud de ser libre y confirmar con rotundidez la aristotélica verdad de que el hombre es un animal sociable.

Tradición

Nada de esto nos interesaría ahora, ni llegaría a integrar un estudio folklórico, si fuera fenómeno reciente, advenedizo, exótico, sin arraigo en las costumbres ni enraizamiento en la tradición. He aquí la palabra. La tradición es la esencia de lo folklórico. Ninguno de los procesos aludidos, ni aun todos juntos, bastan para transmutar un hecho o un bien cultural en folklore, sin este decantamiento despacioso y perdurable a través de los años, de los siglos, de los milenios acaso. El carnaval es un brillante ejemplo de la perennidad del folklore. Hemos recogido en las páginas iniciales de este libro algunas noticias y referencias que proyectan los orígenes del carnaval o de las fiestas equivalentes en espíritu, en práctica y en fecha, a los más remotos períodos de la historia, al nacimiento mismo de la civilización grecolatina que sustenta la nuestra y nutre nuestro espíritu.

A mayor abundamiento y para disipar toda duda, hay constancias de que puede adscribírselo también a celebraciones indígenas como la *chaya*. Su corriente

secular resulta así aumentada por la doble confluencia de caudales: el que viene, por España, desde la cima de la cultura occidental y el que aflora del seno de esta fecunda tierra americana.

La tradición no significa, sin embargo, sólo venerable vejez ni mera persistencia; muchas cosas hay que perduran sin llegar a integrarla; se requiere un juicio colectivo de valor, la fe en su eficacia, la creencia en su mérito, la deseabilidad de su vigencia. Y todas estas condiciones se cumplen en la fiesta por antonomasia, verdadero Anteo que se eclipsa y reaparece fortalecida; que desafía los ingenuos decretos que en todos los tiempos y países la proscribieron "para siempre"; que se transforma al conjuro de las circunstancias o por influjo del ambiente, pero conservando la esencia de su carácter, la modalidad de su espíritu. Acaso porque en sus contrastes y claroscuros, en su desahogo libérrimo, en su afán igualitario, en su ansia de goce, en la esperanza alentadora que suscita, trasunta el carnaval sombras y destellos del propio espíritu del hombre.

Localización geográfica y fluencia eterna del proceso

Por fin, he destacado que por mil detalles el carnaval calchaquí no coincide con ningún otro, ni aun dentro del área de regiones circundantes. De no ser típico, característico, único, no se hubiera justificado este libro que trata de evocarlo y acaso, Dios mediante, de perpetuar el recuerdo de sus modalidades actuales. La "traditio", es decir la "entrega" de los bienes culturales de una generación a otra, no significa herencia petrificada e inalterable. Por el contrario, los procesos folklóricos son esencialmente dinámicos. El folklore vive merced a su eterna fluencia. Nada en él es anquilosado y fijo. En cada "traditio" se produce, queriéndolo o sin querer, alguna alteración. La fluente naturaleza de lo folklórico significa que el juego de reelaboraciones y variantes es prácticamente infinito. Bien es cierto que esta tendencia anárquica halla su límite en otra encauzadora, que

Walter Anderson ha llamado "ley de auto corrección". El hecho de tratarse de fenómenos colectivos, lo cual presupone la intervención simultánea de muchos agentes, produce la neutralización recíproca de las desviaciones excesivas mediante una especie de vuelta a la huella, de reiteradas aproximaciones al paradigma común.

Por eso, pese a toda su colorida tipicidad, el carnaval calchaquí reproduce ante nuestros ojos escenas y prácticas cuya descripción podría hacerse, según lo hemos comprobado, con palabras de quienes lo describieron en España, por ejemplo, en el siglo XVI.

Se conserva pues la imagen general, la fisonomía del conjunto, muchos detalles integrantes. La manera de realizarse los preparativos, los atributos regionales del arco del *topamiento,* las *pechadas* y *chiguadas* a caballo, la modalidad de los cantos, la institución de las *carpas,* el nombre y características del *Pujllay,* y otros tantos aspectos, son, no obstante, regionales. No coinciden exactamente ni aun dentro del Valle mismo. Palermo y sus alrededores, especie de islote de influencia boliviana enclavado en la parte norte, tiene matices diferenciales. El entierro se practica más en el sur que en la parte central. Y así diversas variantes que hemos ido notando en el curso de la descripción.

Por cierto que esto confirma otra vez una de las características más evidentes de los fenómenos folklóricos: su localización geográfica.

Acabamos de ver que la sedimentación tradicional, aquel decantamiento del acervo que por fin se acendra en folklore, es lentísimo proceso que, como todos, se cumple dadas ciertas circunstancias coadyuvantes. Una de ellas es que el ambiente geográfico favorezca, ofreciendo óptimas condiciones; por ejemplo, marcos aislados, zonas desvinculadas de lo circunvecino y al mismo tiempo favorables para la vida humana. Son los casos ya típicos que Brunhes eligiera como paradigmas: islas, valles montañosos, oasis desérticos. Hasta en el topónimo "Valles Calchaquíes" está expresada esa condición morfológica. Y ella ayuda en esta alquimia cultural que transmuta ciertos fenómenos en folklore. En el seno de este valle, la propia naturaleza dificulta la adopción de ritmos de vida propios de

los grandes emporios, de los puertos, de las ciudades populosas, de los centros cosmopolitas, donde las gentes viven excitadas por la novedad, en actitud espiritual centrífuga, proyectada hacia lo extranjero, lo recién perfeccionado, lo reconocido superior, lo foráneo y lo exótico.

En nuestro Valle, como en tantas otras situaciones semejantes, los pobladores habitan el rincón donde sus mayores descansan para siempre; tienen en la tradición, no un simple motivo idealizado y lírico, sino un esencial factor que condiciona, encauza y regla la vida del grupo. Esa tradición es el zumo de una serie ininterrumpida de experiencias, y tales experiencias se consustancializan con la comarca y el paisaje cerril, que por eso aísla, pero al mismo tiempo preserva y defiende.

Las manifestaciones folklóricas son, y no podrían dejar de ser, circunscriptas, localizadas, comarcanas.

Nada tiene de extraño, pues, que hayan acabado por representar a los ojos de profanos y técnicos precisamente lo regional, lo típico, lo representativo de cada lugar de la tierra. Es lo que le ha prestado su prestigio romántico, cuya epidérmica interpretación condujo a los exotismos ingenuos del "color local", prodigado por pintores, poetas, novelistas y dramaturgos del siglo XIX. Tal es el atractivo que encanta a los turistas y que hoy explotan el periodismo, la radiotelefonía, el teatro y el cinematógrafo. No se trata de empeñar ese encanto ni desmerecer ese atractivo. Pero es bueno sugerir que tales floraciones deliciosas tienen hondas raíces que debe la ciencia descubrir y analizar.

¿Qué es folklore?

Llega aquí a su término la grata compañía que solicité al lector para que juntos hiciéramos este breve recorrido de conclusiones doctrinarias. Las páginas anteriores nos habían permitido aproximarnos despaciosamente al análisis de una expresión popular, arraigada desde tiempo inmemorial, incorporada a las costumbres locales; por lo tanto, auténticamente folklórica. Del examen técnico de

sus caracteres surgen algunas conclusiones teóricas respecto de los rasgos distintivos de los fenómenos y de las etapas de los procesos de folklorización. Esas constancias coinciden con análisis similares practicados mediante el mismo método con otras muchas manifestaciones. Todo lo cual autoriza a concluir que, en general, el folklore se caracteriza por ser popular, empírico-inductivo en cuanto a la captación de sus fenómenos y oral en su transmisión, colectivizado, funcional, tradicional, anónimo y localizado.

Lo dicho tendería a responder a la posible pregunta que algún lector se hubiera planteado ante la portada de este libro: ¿qué es folklore?

En esta página, rogándole que tenga en cuenta lo dicho y demostrado, me animaría a responderle que, por mi parte, lo interpreto como el cúmulo de fenómenos que cumple un lento proceso de asimilación en el seno de ciertos sectores humanos que llamamos "pueblo", deslindables dentro del ámbito de la sociedad civilizada contemporánea; constituye un complejo cultural que tiene sus manifestaciones en todos los aspectos de la vida popular; se adquiere y difunde por el vehículo de la experiencia, traslucida en la palabra y el ejemplo; se colectiviza y logra vigencia merced a su condición funcional de satisfacer necesidades biológicas e instrumentales; adquiere la plenitud de su sentido (sea remota supervivencia o transculturación reciente, invención o descubrimiento), cuando perdura, tradicionalizándose a través de generaciones y esfumando su origen tras recatada anonimia; por fin, como resultado del proceso, que se cumple con sosegado ritmo secular, aparece típicamente localizado por el inevitable influjo de la naturaleza inmediata, que sustenta y circunscribe la vida del conjunto.

He aquí por qué, aun tratándose siempre de la misma fiesta, es legítimo hablar del carnaval "calchaquí", como lo sería referirse al de Humahuaca u Oruro, Tambobamba o Chiloé. En el primer caso, el pueblo que habita la región calchaqueña lo ha asimilado, integrando un complejo que aun constituido por elementos extraños y antiquísimos representa en cierto modo su propia creación, un reflejo de su alma colectiva sustentada por la tierra madre y depurada en las cribas del tiempo incontable.

Generalizando, puedo repetir que es el folklore por su propia esencia, trasunto y cifra, no sólo del alma popular, menos contaminada por lo foráneo y por lo exótico, sino también del influjo hasta hoy misterioso de la tierra y del cielo, fundido en la unidad del paisaje, forjador de la experiencia lugareña y por fin del imperativo de la tradición, vigente en todos los ámbitos de la cultura.

Por este triple reflejo que resume armoniosamente el carácter del hombre, la naturaleza que lo sustenta y la tradición que lo rige, es el folklore lo más típico y esencial que un pueblo puede ofrecer de sí mismo, como una concreción estilizada de su vida.

EL MÉTODO FOLKLÓRICO INTEGRAL

En el curso de la exposición que antecede he tenido oportunidad de aplicar el procedimiento lógico inductivo, tomando como punto de partida la observación de los hechos, el análisis de la realidad, para arribar por fin, metódica y sistemáticamente, a las conclusiones resumidas en las páginas anteriores.

Culmina esta trayectoria expositiva en la visión integralista de los procesos folklóricos y en la propuesta de criterios específicos que permiten caracterizar, y por lo tanto reconocer, los fenómenos constitutivos de aquellos procesos.

Queda así cerrada la primera serie de inferencias doctrinarias anunciada al iniciar este capítulo. Como entonces decía, la segunda procurará demostrar, con el ejemplo concreto de este mismo libro, la viabilidad del *método integral* que he propuesto y practicado.

Este es el mensaje que dedico, con el mayor énfasis personal e intención cordialísima, a los folkloristas que con tanto éxito y brillo están consolidando los prestigios de la ciencia en todos los pueblos de América; lo dirijo también a los aficionados, maestros y estudiantes, médicos y sacerdotes, periodistas y literatos, pintores y técnicos; en fin, a las personas cultas e inquietas que han sentido alguna vez el atractivo de esta ciencia apasionante y han querido pasar de la lectura

subyugadora a la observación personal.

No insinúo con esto que todos deban preparar con riguroso método sólo monografías científicas. Bien venidos el relato y la crónica, el artículo y el boceto, la observación aislada y el dato salvado del olvido. Pero no creo ocioso someter a la consideración de todos un nuevo criterio, que sustento después de haberme identificado, a lo largo de tres lustros, con el valle nativo; luego de haber recorrido diversas regiones en mi país y fuera de él, leído muchos libros y dedicado múltiples horas a reflexionar sobre este problema, capital en la joven disciplina folklórica. Bastará con que ayude a formar conciencia del problema, aunque no se lleve personalmente el método a la práctica. Los afanes puestos en la empresa me parecerían compensados, si esta tesis suscitase meditaciones sobre el tema, acaso rectificaciones o sugerencias. Descontando que serán hechas con la misma sinceridad e intención límpida con que estas páginas se escriben, bienvenidas sean, para beneficio de nuestra ciencia, necesitada de obreros laboriosos y leales.

Expuestos ya los principios y fundamentados los criterios, llega el momento de recorrer brevemente la trayectoria inversa y explicar cómo puede llevarse a la práctica el *método integral*. Las conclusiones doctrinarias entran en acción. La teoría se aplica a la realidad. No hay temor de discordancia, pues el método no es impuesto apriorísticamente a las cosas, en virtud de una previa concepción o de dogmática actitud mental. Ha surgido como consecuencia de la observación de la realidad misma a la que ha de aplicarse y se pliega a sus formas con plástica armonía.

En el curso de esta obra hemos seguido abreviadamente esa misma trayectoria y en compañía del lector amigo extrajimos las conclusiones sobre las cuales se cimenta el método que propongo.

Muy sucintamente también, expondré aquí sus lineamientos generales, esperando que algún día, Dios mediante, tenga oportunidad de dar a conocer el libro que he dedicado al tema, y que elaboré durante años de apasionada consagración.

Punto de partida: localización y funcionalidad

Entre los caracteres que hemos ido destacando a medida que analizábamos la marcha de los procesos de folklorización, escojo dos que pueden constituir las más inmediatas bases de nuestro método: *funcionalidad y localización.*

Si las expresiones folklóricas aparecen dondequiera engranadas en un conjunto cultural cuya unidad no es arbitrariamente seccionable; si cada una de aquellas es folklórica por haber demostrado a través del tiempo su aptitud para satisfacer, empírica y tradicionalmente, determinada necesidad colectiva; si tales necesidades, biológicas o psíquicas, se matizan y configuran por la acción compleja del paisaje; en una palabra, si los fenómenos folklóricos son funcionales y localizados, el método por medio del cual se pretende captarlos debe tender a enmarcar geográfica y culturalmente el ámbito de la investigación y a documentar luego, dentro de tales límites, no una especie o manifestación aislada de ese conjunto, sino todas las expresiones de carácter folklórico recolectables. En resumen, la investigación resultará geográficamente circunscrita y folklóricamente integral.

La exigencia primera del método consiste, por lo tanto, en elegir la región donde las investigaciones se llevarán a cabo. Como en los casos paralelos de otras ciencias (Arqueología o Botánica, Etnografía o Geología), se descuenta una información previa. Con la ayuda de lecturas, testimonios y propias observaciones, se trata de escoger, dentro de la extensión total del país, los sectores presuntivamente más ricos en manifestaciones tradicionales, más conservadores y replegados en su carácter y modo de vida, más típicos y recios en su personalidad colectiva. En una palabra, más adecuados para un estudio de esta índole.

Decidido el rumbo, delineados los límites del campo de trabajo, la primera exploración se torna minuciosa, se prolonga y amplía. Dentro del espacio ya demarcado pero todavía excesivamente extenso para llevar a cabo el proyectado estudio, será factible distinguir sin duda unidades geográficas que, como vimos, ayudan mucho a la resolución del problema; retomando los ejemplos ya sugeridos,

bastaría recordar el caso de las islas pequeñas o los deltas no muy dilatados; los valles o quebradas en las zonas montañosas; sectores en las márgenes de ríos, lagos o lagunas; oasis desérticos o sus equivalentes pampeanos o puneños y aun las instalaciones en los claros de los bosques; los pueblecitos de pescadores en el litoral marítimo y muchos otros por el estilo. Puesto que el estudio que se intenta no es de geografía física, está de más advertir que aquellas unidades fisiográficas valen sólo como punto de referencia y siempre, desde luego, que estén pobladas y preferentemente por núcleos humanos allí establecidos desde fecha remota.

El desiderátum para el folklorista es intimar con el ambiente, compenetrarse de las modalidades locales, aprehender la tónica general de la vida popular, que se desliza en el receptáculo geográfico, marco perceptible del conjunto. En cuanto al grupo humano, no siempre presentará límites tan nítidos como la naturaleza física, pero no faltan criterios que guíen en esta demarcación que es a veces una cuestión "de facto".

El "conglomerado folklórico"

A esa compleja unidad, constituida por un grupo humano instalado en circunscripto lugar geográfico, al que amalgama una tradición común y cuyos miembros son copartícipes de una misma cultura, propongo que denominemos *conglomerado folklórico.*

Para determinarlo, el investigador mismo enfocará la zona más apropiada, el sector más típico, más rico en manifestaciones registrables, dentro del ámbito provisoriamente elegido, si resultara muy amplio, física y demográficamente para sus posibilidades concretas de trabajo. El folklorista apreciará su mayor o menor familiaridad con los fenómenos en estudio; tendrá en cuenta el número y calidad de los informantes; calculará sus medios de traslado y residencia; medirá el tiempo disponible; en fin, hará un resumen de la situación que le permita lograr el equilibrio, alcanzar una armoniosa proporción entre la realidad a estudiar y su posibilidad personal. El punto de mira, la preocupación dominante, ha de ser no

desnaturalizar la unidad del conglomerado folklórico, aunque no haya sido abarcado en toda su extensión. Siempre es posible un enfoque reducido que no desfigure la fisonomía del sujeto; por el contrario, en ocasiones se hace resaltar con más nitidez los rasgos esenciales concentrando en un punto la luz. Lo que en definitiva se anhela es que la investigación sea *integral* en el sentido ya dicho, de que tienda a conocer y documentar la compleja red de la vida folklórica local.

Resumido el sentido general del método propuesto, insisto, en cuanto a los alcances de la investigación, en que la concibo sólo con respecto a *ciertas etapas* de la trayectoria que debe cumplir el trabajo folklórico científico. Éste se inicia, como es obvio y se da por sobrentendido en cualquier ciencia, por la introducción teórica, el conocimiento general de la doctrina, la historia, la metodología. Superada la formación teórica y adquiridas las fundamentales nociones técnicas llega el momento de aplicar este complejo instrumental a un caso concreto de investigación sobre el terreno. Aquí comienza a entrar en juego la tesis que propongo.

Documentación integral

La iniciación de la tarea técnica sobre el campo no excluye desde luego el detenido conocimiento previo del terreno; esta circunstancia es siempre apetecible, y, de no existir, posterga necesariamente la investigación misma hasta que la compenetración del folklorista con el ambiente se haya logrado en extensión y profundidad.

El objetivo concreto que se persigue es el de *documentar* en su propio medio, con todo el rigor científico exigible, los fenómenos folklóricos. Para este fin preciso y en este solo ciclo de la investigación, considero aplicable el *método integral.*

La elección de un conglomerado folklórico reducido, y aun su limitación convencional hasta adecuarlo a las posibilidades concretas de cada caso, torna perfectamente factible el expandir la observación a todos los ámbitos de ese

diminuto mundo folklórico y documentar cuantas manifestaciones de tal carácter pueda el investigador recoger o registrar.

Su proyección posterior

La etapa subsiguiente, que llamaré "investigación de gabinete", es casi un complemento de la anterior y en cierto modo la integra. De poco valdrían aquellos datos tomados en el campo de trabajo, si no fueran clarificados, ordenados, clasificados. Es tarea que consiste simplemente en hacer accesibles y aprovechables los materiales obtenidos.

Todo esto se hace para emprender con las mayores probabilidades de éxito las etapas finales, es decir, el estudio monográfico, limitado en extensión e ilimitado en profundidad, de los aspectos que se consideren más representativos del conglomerado en estudio. Se presuponen el análisis, comparación, correlaciones, etc., hasta coronar el largo proceso con la síntesis precisa y la demostración rigurosa.

En estricto sentido, el "método integral" no es ya aplicable en estas etapas, que se orientan de acuerdo con la naturaleza del aspecto elegido para el estudio final. La poesía o las técnicas, los cuentos o las costumbres, la magia o la ergología, según sea el caso, exigirán directivas específicas y rumbos distintos.

Pero, no obstante, "el método integral" trasciende del momento de la documentación, en que con todo rigor es aplicable, y se convierte en condición del éxito de los estudios definitivos. Las razones aparecen claras. Ninguna conclusión o síntesis puede alcanzarse legítimamente sin tener absoluta seguridad personal de que los materiales utilizados son auténticos, fieles, objetivos. El método da énfasis y preeminencia a este requisito general, poniéndolo a cargo del propio folklorista y no admitiendo, salvo como simples auxiliares corroborantes, los testimonios ajenos no técnicos, máxime si son lejanos en el tiempo o en el espacio.

La segunda razón especifica todavía más claramente hasta qué punto la

práctica del método integral repercute en órbitas al parecer ajenas a las de su legítima aplicación. La naturaleza funcional de los fenómenos folklóricos acarrea la consecuencia de que todo estudio monográfico, por más serio y científico que sea, pierde gran parte de su eficacia si considera exclusivamente una especie o manifestación folklórica, sobre todo si lo hace sin referencia a una realidad determinada y concreta, localizable en un punto de la tierra. Todos los aspectos viven tan indisolublemente unidos, que resulta estéril interesarse sólo por uno, sin tener a la vista cuantos, de cerca o de lejos, influyen sobre él.

Ejemplos: la alimentación, el carnaval

El tema del folklore de la alimentación es un nítido ejemplo. A primera vista todo se reduce a compilar una especie de recetario de cocina, especificando cuáles son las comidas típicas y cómo se preparan. ¿Pero puede sólo esto constituir un estudio folklórico científico? No es posible desentenderse del ambiente natural y de las actividades humanas que proporcionan los productos necesarios. Las recetas mismas implican una tradición, un remoto viajar, oral y anónimo, a través de las generaciones; supervivencias indubitables se presentan aquí con lozano vigor, a pesar de los siglos y los cambios culturales.

No basta, pues, saber qué se come y se bebe; el tema está exigiendo, con evidente imperio, la indagación de los usos y costumbres relacionados con la comida; la determinación de dónde y cuándo se come, según la diaria rutina hogareña o en ocasión de viajes, navegaciones, cacerías o trabajos alejados de la casa; esto implica a su vez el estudio de los medios de transporte de la comida propiamente dicha y de las sustancias destinadas a su elaboración; el folklore ergológico explicará cómo son y de qué manera se usan los utensilios, recipientes, etc., empleados tanto al preparar como al ingerir los alimentos; éstos deben ser con frecuencia conservados, lo cual va desarrollando, junto con las construcciones o accesorios especiales, una técnica apropiada.

La comida rebasa su propia materialidad para hacerse simbólica o

ceremonial y sin ella no tendrían cabal interpretación diversas fiestas o ritos; el banquete fúnebre, las ofrendas propiciatorias o las prácticas mágicas son otros tantos aspectos, por cierto muy alejados del que dio origen a la búsqueda folklórica, pero no desechables en un estudio científico que aspire a presentar una imagen real de los fenómenos y explicarlos satisfactoriamente.

El asunto "comida" repercutirá con más o menos intensidad y persistencia en el mundo espiritual de los miembros del "conglomerado", según la orientación, carácter, ideal de vida, etc., de la cultura en consideración; la trascendencia relativa que adquiere este tema en su vida y en su pensamiento, se aprecia, como a través de indicios, en la proporción y forma con que aparece en la conversación diaria, es decir, en el léxico, refranes, adivinanzas, dichos, cantos, etc. De ahí que sea menester revisar el cancionero y examinar prolijamente los cuentos y leyendas que, a fuerza de aquerenciarse en el lugar, reflejan en sus detalles y matices partículas de esa imagen total del conglomerado folklórico, meta que en definitiva procuramos alcanzar.

Pero ejemplo alguno sería más gráfico y demostrativo en este caso que el proporcionado por el carnaval.

Vuelvo aquí a requerir la compañía del lector para que recordemos los pasajes en que fueron evocados o descritos los diferentes aspectos.

La sutil vibración colectiva que anuncia la proximidad de la fiesta, no podría ser captada sin conocer previamente el tono habitual de la vida en el lugar y sus manifestaciones cotidianas y rutinarias.

Las visitas, reuniones, acuerdos y convites alteran el ritmo íntimo de la existencia desde un mes antes y sin embargo pasarían inadvertidas para quien, extraño al ambiente, esperara confiado en la llegada de la fiesta para iniciar la observación.

La inquietud general se trasunta pronto en actividad, que, como sabemos, compromete a todos los artesanos y pone animación en todos los comercios. El carnaval es el secreto motor que activa las tareas de todos. No se puede por lo tanto ser ajeno a estas actividades confluentes, que implican el conocimiento de la

indumentaria; del arte de la cerámica y del trenzado, del tejido y la platería; de la técnica en la fabricación de los instrumentos musicales y de las bebidas típicas; y así tantos aspectos oportunamente mencionados.

Hasta es preciso, para comprender muchas alusiones no siempre claras en los versos y en las creencias supersticiosas, conocer las características del clima y su manifestación durante el período estival en que la fiesta se celebra.

Su resonancia llega a la alteración temporaria del régimen de trabajo, por la deserción unánime, y hasta trastorna la vida familiar, cuya organización normal es preciso tener presente para apreciar su alteración. Al margen de la familia existe el vínculo del compradazgo que da sentido al *topamiento*, como preámbulo carnavalero.

El estudio del canto y del baile lugareños, con sus modalidades y matices, explicables a veces por razones históricas o sociales, es ya por sí mismo tema amplísimo; pero en este caso debe hacerse para subordinarlo al conjunto de la fiesta, de la cual pasan a ser sólo aspectos o factores.

Y así también el fenómeno de la perdurabilidad y variación de los textos poéticos, que nos inducen, por una parte, a remontar la corriente cultural que les dio origen y llegar a la plenitud de la literatura española; y por otra, a conocer minucias del paisaje, de la flora y de la fauna, de las costumbres y tradiciones locales. De otro modo aparecerían sin sentido muchos versos que, por el contrario, lo tienen y muy agudo con frecuencia.

El cuadro quedaría incompleto si no paráramos mientes en consecuencias que a primera vista nada tienen que hacer con la celebración, pero que son las que le dan su más dramático sentido. Por eso aludimos al papel del carnaval como estimulante de sociabilidad, como antídoto contra el aislamiento y la adustez del carácter, la bastedad y zurdería en los gestos y en el trato. Recordamos que en función de él se manifiestan íntimas apetencias psicológicas, reconocibles sólo después de contacto directo y reiterado con el pueblo. Fueron ejemplos, la puja por consolidar prestigio a base de ostentación y de alardes; el ansia de variar la monotonía de la vida retraída; la tendencia a manifestar ruidosamente la libertad de

que se goza; la aspiración a nivelar estratos sociales habitualmente diferenciados.

Con dolor comprobamos que esta igualación se produce, por desgracia, en el más bajo nivel, pues a todos confunde la predilección por la bebida y las degradantes escenas de beodez.

Son semillas cuyos frutos nefandos no podemos callar como si fueran totalmente ajenos. Los hijos concebidos en tales condiciones exhiben en sus caracteres somáticos y psíquicos, en sus debilidades y en sus taras hasta dónde llega el mal.

Por fin, para no seguir con la ejemplificación inacabable, recordemos la influencia de concepciones, compartidas por todos, respecto de la eficacia de las ofrendas propiciatorias y del poder mágico de ciertos actos y palabras, capaces, según la ingenua creencia, de triunfar de la misma muerte haciendo resucitar el carnaval que todos entierran con esta profunda y justificada convicción.

Trabazón funcional

¡Cuántos caminos, algunos insospechados, debimos recorrer para llegar a la meta! Muchos no integran el carnaval propiamente dicho, ni yo afirmo semejante inexactitud. Pero sí creo que el folklorista empeñado en estudiar la fiesta debe frecuentar previamente todas las rutas para no desorientarse en el camino, para no limitar su visión y pasar por alto lo que no surge evidente en el sector que se investiga.

No en balde hemos comprobado hasta la evidencia que *todos* los aspectos constitutivos del complejo cultural al que denominamos *conglomerado folklórico* están funcionalmente trabados.

Sólo su conocimiento integral previo hará provechosa y fecunda la investigación monográfica, pues el folklorista dispondrá del cuadro completo dentro del cual elegirá el núcleo conveniente. Contará para esto con la posibilidad de agrupar en forma apropiada, según la naturaleza del tema, todo el material recogido y documentado, todos los datos que desde cualquier ángulo contribuyan a

iluminar la zona sobre la cual se concentre la luz de la investigación.

Aclaraciones y corolarios

No obstante concebir y proponer el *método integral* como especialmente aplicable en la etapa de la *documentación sobre el terreno*, no resulta por cierto adventicio con respecto a los ciclos o etapas ulteriores de estudio. Por lo contrario, es eslabón intermedio, lazo de unión entre ambos extremos de la cadena metodológica: por una parte, los prolegómenos de la teoría pura, que, solos, desnaturalizarían la ciencia sustrayéndola a la realidad y a la vida; por otra, las conclusiones y las síntesis, deleznables sin duda si se apoyan sobre bases de documentación imperfecta o fragmentaria.

Suponiendo que se ha logrado esta documentación integral, admito que se ha cumplido sólo una jornada, que no por ser intermedia deja de ser esencial. Los datos obtenidos no son fines en sí mismos, sino medios para un objetivo científico más completo. Esta visión total, al desplegar el cuadro del *conglomerado folklórico*, permite precisar sus aspectos más representativos, los que encarnan con mayor evidencia y patetismo sus rasgos característicos, típicos, esenciales. Entre ellos determinará el folklorista qué sector es más afín con sus preferencias o particular capacidad e información. Ese será su campo predilecto; allí ahondará la búsqueda hasta agotar el material. Pero este núcleo no estará desvinculado e inconexo: a su alrededor, como ondas concéntricas de propagación indefinida, irán ordenándose los datos restantes. Pocos serán los que se desechen como intrusos. La gama íntegra de la paleta interviene en el colorido del cuadro; ciertos tonos desde luego más afines con el motivo central, pero proporcionando todos, casi sin excepción, algún matiz que contribuye armónicamente a dar a la imagen impresión de vida auténtica y veraz.

Cuando insisto en la necesidad metodológica de parar atención en "todos los aspectos" folklóricos, no quiero decir que se agote la documentación de todos los casos individuales, lo cual sería superabundante y enfadoso. Atender a la

vivienda, por ejemplo, no significa que deban ser descritas, fotografiadas, medidas, etc., todas las casas existentes; no es indispensable registrar cada refrán, dicho, cuento, copla, tantas veces como personas los proporcionen. Lo fundamental es cerciorarse de que la manifestación está en vigencia desde tiempo indefinido; adquirida esta certidumbre, el tino del folklorista sabrá elegir los casos de "tipicidad representativa", como modelos o ejemplos de la especie a documentar. Cae de suyo que seleccionará a quienes sepan interpretarla mejor a los fines de la investigación, es decir al informante que más se distinga en el canto, la danza, la doma, el tejido o lo que fuere.

El objeto es compenetrarse del carácter de cada una de las manifestaciones folklóricas, a fin de comprender su naturaleza y descubrir el grado de afinidad funcional y trabazón íntima que relaciona a una con las otras; por consiguiente no se requiere adquirir calidad de especialista en cada asunto. Nadie pretende que el folklorista sea sucesiva o simultáneamente curandero y albañil, trenzador o alfarero, mago o bailarín. No se trata de ejercer el oficio, ni siquiera de ahondar y ofrecer explicaciones de los fenómenos, sino sólo de registrarlos con fidelidad. Y en el plano de la vida folklórica no se manifiestan de manera tan intrincada o compleja que resulten herméticos para el investigador culto.

En todo lo dicho subyace el supuesto de que nos referimos a una investigación determinada, pero nada impide que el mismo folklorista repita íntegramente el proceso en regiones distintas, tantas veces como las circunstancias lo permitan. En realidad, ese sería precisamente el caso ideal, por lo que significa como multiplicidad de experiencia y por las perspectivas que abre a los estudios comparativos, indudable meta final de estas pesquisas. Y más aun. Soñando utópicamente con vastos recursos, comprensión del problema, capacidad técnica, sentido de la responsabilidad y del trabajo, sano espíritu de equipo y otras condiciones, imagino la posibilidad de formar científicamente un cuerpo de investigadores, que, de acuerdo con un plan rigurosamente meditado, tanto en su orientación como en sus detalles técnicos, se lancen a la empresa. En Irlanda, por ejemplo, son 150 los colectores de la "Folklore Commission" que están dedicados

"full-time" a la documentación de campo. Calcúlese lo que podría hacerse en nuestro país, cuya extensión es treinta veces mayor que la de aquella isla. Por el momento y modestamente me limito a insistir en la conveniencia de llegar a una correlación metodológica, por lo menos en los países americanos que ofrecen parejas circunstancias. Si se logran materiales susceptibles de ser comparados entre sí se podrá ascender a las conclusiones y a las síntesis, que, con métodos propios, han alcanzado ya brillantemente algunos investigadores argentinos; aspiramos a que lleguen a esa madurez otros frutos que todos consideramos en agraz.

Aspiraciones

Fundamenta esta tesis no sólo una razón causal: la funcionalidad de los fenómenos folklóricos, sino también un motivo teleológico: la suprema finalidad de aprehender lo más recóndito, lo más propio y auténtico del folklore en estudio.

El grupo humano acaso nos confíe así el secreto de sus motivaciones más íntimas y sabremos cuál es su imagen del mundo, su concepto de la vida y de la muerte; qué impulsos mueven preferentemente sus acciones y qué temores las paralizan; dónde residen sus destrezas y cómo se satisfacen sus necesidades; cuáles son sus vicios y defectos y si hay acaso virtudes redentoras; gustaremos el desahogo estético de su alma y ahondaremos en el misterioso repliegue de su magia; en fin, en una palabra, procuraremos captar desde el rasgo señero de su vida colectiva hasta la proyección de su alma en el mundo sobrenatural.

Logrado este objetivo, se puede trascender del ámbito escuetamente científico para cumplir la finalidad patriótica de conocer a fondo, sin prevenciones ni sentimentales arranques, núcleos humanos que constituyen la nación, dentro de cuyos dilatados límites hay muchos compatriotas a quienes sentimos como extranjeros porque son exóticos para nosotros mismos sus modos típicos de vida.

Y más allá todavía. Para la ciencia no hay fronteras. En cuanto más profundicemos el examen de un caso, más lo vincularemos con la unidad indisoluble de la cultura humana, proteiforme pero eterna, localizada pero

universal. Y así también, universal y eterno es el folklore, expresión quintaesenciada de la potencia espiritual del hombre.

GLOSARIO

NOTA: Este glosario no tiene más pretensión que servir de ayuda para el mejor entendimiento del texto. No es un trabajo lingüístico, aunque he tenido a la vista los vocabularios o diccionarios de Lafone Quevedo, Ciro Bayo, Lizondo Borda, Jorge A. Lira, Orestes Di Lullo, Félix Coluccio, Tito Saubidet, Juan Carlos Dávalos, y, muy especialmente, el *Diccionario de regionalismos de Salta*, de José Vicente Solá. De ellos he tomado algunas definiciones, pero en su mayoría las he redactado teniendo en cuenta la acepción con que la palabra está ocasionalmente empleada en este libro. Varias de ellas no figuran en ninguna de las obras citadas, aunque son de uso popular en la región calchaquí.

Algunas son viejas voces castizas que aparecen en los diccionarios de la lengua; las he incluido cuando considero que para el público en general, sobre todo de las ciudades, son poco conocidas por inusitadas o por arcaicas; a veces esto ocurre sólo con la acepción que aquí se menciona.

ACAY. Pico nevado al norte del Valle Calchaquí. (5.950 m.)

ACULLICO. Porción de hojas de coca que se mastica o succiona, manteniéndola durante cierto tiempo entre los molares y el carrillo.

AGARRADOR. Cordoncillo en forma de presilla que sirve para sostener la *caja*.

AGARRAR. Se dice cuando, por supuesta influencia maligna, la tierra o el cerro dañan o enferman.

APUÑAR. Remover, como si se amasara, con los puños y antebrazos, la masa formada por la harina de maíz y el agua, en la preparación de la *chicha*.

ALFEREZ [palabra aguda]. Miembro del grupo de devotos que tienen a su cargo las principales celebraciones y sufragan los gastos de la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria en Molinos (Valle Calchaquí).

ALGARROBIADAS. Cosecha de la algarroba, con las fiestas y costumbres a que

da lugar.

ALHAJITA. Agraciada, bonita, linda.

ALOJA. Bebida fermentada que se prepara con algarroba molida y agua.

AMANCAY [*Amaryllys Aglaiae Cast.*] Flor silvestre, blanca o amarilla, semejante a la azucena.

ANCASADOS. Dícese de la pareja que va a caballo, si uno monta en la silla y otra (por lo común la mujer), en ancas.

ANGELITO. Criatura fallecida.

ANGOSTO. Lugar donde, por la proximidad de las barrancas montañosas que forman las orillas, se encajona la corriente de un río. Se le llama también "mal paso", por la dificultad y peligro que oponen al tránsito.

ANGURRIA. Avidez, voracidad, en sentido recto y figurado.

ANTARCA. En las expresiones "caerse, tirarse, ponerse... antarca" significa tenderse de espaldas o echarse hacia atrás.

ANTARQUEARSE. Echarse para atrás. Fig.: Envanecerse.

ANTIGAL. Yacimiento arqueológico, con ruinas más o menos evidentes de viviendas o tumbas.

APACHETA. Montón de piedras, formado y acrecentado tradicionalmente por los viandantes, en lo más alto de un camino, como ofrenda a Pachamama.

APERO. Parte de la montura y, por extensión, la montura misma.

APUNARSE. Padecer la puna o enfermedad propia de las altas montañas y mesetas.

ARO. Armazón rígida de la *caja,* por lo común de madera.

ARQUITO. Arco formado por una varilla que ajusta el parche de la *caja* al aro o armazón.

ARROPE. Dulce o jarabe de tuna, chañar, etc. Sustancia dulce, color de chocolate, que se obtiene en una de las etapas de la fabricación de la *chicha.*

AVÍO. Provisión que llevan los pastores o viajeros para comer en el campo o en el camino.

BARCHILA. Tela basta y fuerte, de lana, de color negro moteado de blanco.

BARRACÁN. Tela de lana tejida en los telares domésticos, por lo común con hilos de diferentes colores combinados.

BASTONERO. El que dirige los bailes en el campo; por lo común es persona de edad o el dueño de casa.

BATEA. Artesa de madera para lavar o amasar.

BOMBA DE PLATA. Adorno en las riendas y cabezadas.

BOTAR. Arrojar o echar fuera.

BRACEADOR. Caballo que marcha o trota levantando y echando airosamente las manos a uno y otro lado.

BRAVO, -A. Dícese de las lagunas, cerros o pozos a los que se atribuye influencia y aun acción personalizada, por lo común maléfica.

BUMBUNA. Paloma semejante a la torcaza, pero intermedia, en cuanto al tamaño, entre esta y la *urpila.*

CACHARPAYA. Fiesta de la despedida y en particular la del carnaval. También el disfraz y el disfrazado que simbolizan esa despedida.

CAIVINA [o caibina]. Palo con que se mece la chicha en ciertas etapas de su preparación.

CAJA. Tamboril.

CAJERO. Persona que toca la *caja;* también quien la fabrica.

CAMARETAS. Trozos de caño que se cargan con pólvora para producir estruendo

en las fiestas y procesiones.

CANCANA. Vara recta y poco combustible en la que se espeta la carne para asarla. El asado se llama, por eso, "a la cancana".

CANCHÓN. Fondo o último patio, generalmente de tierra y cercado, en las casas antiguas.

CARDÓN. [*Trichocereus sp.*]. Cacto gigante.

CARNAVALITO. Baile típico de la región jujeña.

CARONA. Prenda de la montura. Se usa sobre los peleros y debajo del apero.

CASO. Lance o suceso rodeado de circunstancias supersticiosas mágicas que ha ocurrido a persona conocida o presuntamente determinable. Se dice también *sucedido.*

COCA. Hoja del arbusto Erythroxylum coca.

CONCHABAR. Contratar el trabajo de alguien. Como reflexivo: emplearse, ocuparse en un trabajo remunerado.

CONCHANA. Fogón. Piedras dispuestas en círculo alrededor del fuego hecho en el suelo, para que no se desparramen las brasas.

COPAS. Adornos, generalmente de plata, que se ponen en las extremidades del puente del freno.

COQUEAR. Masticar o succionar las hojas de coca.

COQUENA. Divinidad protectora de la fauna silvestre, especialmente las vicuñas.

CORDILLATE. Barracán. Tejido de lana.

CORPACHADA. Ceremonia propiciatoria que se celebra, por ej., al inaugurar la casa o iniciar la siembra o una cacería.

CORRIDA. Rodeo y recuento de ganado mayor de una finca.

CORVO. Grandes troncos; generalmente de algarrobo, que, a modo de tirantes,

sostienen el techo de las habitaciones.

COSTA. Ladera o falda de los cerros.

COYA [o COLLA]. Boliviano o indígena de las altas mesetas de Bolivia, Salta y Jujuy.

CUMA. Comadre.

CUMPA. Compadre.

CHACARERA. Baile popular.

CHALONA. *Charqui* de cordero, oveja o llama.

CHANGO. Muchacho.

CHAÑAR. [*Gourliea spinosa (Mol.) Skeels*]. Árbol con frutos comestibles, usados como medicamento.

CHARCÓN. Persona delgada, enjuta.

CHARQUI. Cecina de vaca. Carne salada y seca.

CHAYA. Carnaval.

CHICHA. Bebida fermentada que se fabrica con harina de maíz y agua.

CHICHERA. Mujer que se ocupa de la fabricación de la *chicha.*

CHIGUAR. Jugar a la "cinchada", pero a caballo.

CHINITA. Nativa joven, ocupada en el servido doméstico.

CHIRLERA. Cordoncillo que atraviesa diametralmente el parche de la *caja* opuesto al que recibe la percusión.

CHISQUETE. Chorrillo de un líquido que sale violentamente. Se dice popularmente *chijete* y *chisguete.*

CHORRO. Pequeño despeñadero de agua, producido en los cerros por los arroyos.

CHUMUCO. Pájaro acuático de plumaje negro.

CHURMAR. Exprimir la ropa mojada o alguna otra cosa.

CHURO. Hermoso, lindo, muy bueno, íntegro, viril.

CHURQUI. [*Acacia Cavenia (Mal.) H. et A.*] Arbusto espinoso.

CHUYA. Chirle, aguanoso. Sust. fem.: Fermento dulce que queda en la fabricación de la *chicha.*

DIABLOS. Personajes disfrazados de tales que intervienen en el carnaval humahuaqueño.

ENTIERRO [del carnaval]. Ceremonia del último día de la fiesta.

ESCLAVO. Devoto y promesante de un santo, cuya imagen guarda generalmente en su casa.

ESCONDIDO. Baile popular.

ESPIRITO. [palabra grave]. Espíritu.

ESTRELLERO. Animal yeguarizo que acostumbra andar con la cabeza muy levantada.

FARRA. Parranda, diversión.

FLECHADA. Ceremonia de inauguración de la casa.

FLOJERA. Pereza.

FONDOS. Calderos de cobre o hierro en los que se fabricaba jabón, derretía grasa o sebo, etc.

FORTACHO. Fuerte, vigoroso, forzudo.

FRANGOLLO. Maíz pelado en el mortero y pisado en el molino. Comida típica que se prepara con él.

FURIAR. Lanzar los caballos a toda carrera.

GATO. Baile popular.

GAUDERIO. Denominación antigua de los gauchos.

GUAGUA. Criatura.

GUATO [o HUATO]. Tiento, tira o correa que sirve para atar. Honda de *guato,* es la tejida, de procedencia indígena.

HACER LA PUNTA. Tomar la iniciativa o encabezar una acción o demostración.

HUAILIR [o GUAILIR]. Llevar una criatura a la espalda, sostenida con el rebozo. Se dice también *quepir.*

HUASTANA [o GUASTANA]. Palillo con que se golpea la *caja.*

ILLA. 'Tesoro', 'dije', en quichua. Se aplica al animal preferido, al más pequeño, a la mascota de la majada. Por extensión, a las antiguas monedas de plata.

JUDAS. [Quemado y testamento de]. Fiesta popular en Semana Santa.

JURGAR. Hurgar.

LAJA. Piedra lisa, plana y generalmente delgada.

LAPACHO. Dícese del sombrero cuyas alas están deformadas y caídas por la acción del uso.

LIGA [*Loranthus cuneifolius Jacq.*]. Arbusto parásito que da flores rojas.

LISO. Pieza del telar con cuyos hilos se hace el cruce de la urdiembre.

LOMO DE PESCADO. Forma de tuse de los caballos.

LUNANCO. Caballo que tiene un lado del anca más alto que el otro.

LLISTA [o YISTA]. Masa dura, de color gris oscuro, fabricada con ceniza de *ataco* o *pasacana* y puré de papas, de la que los coqueros muerden trocitos, corno excitante, mientras tienen en la boca el *acullico.*

MAL PASO. *Angosto.*

MALAMBO. Baile popular.

MAMA GRANDE. Abuela.

MARAY. Molino de tipo indígena.

MARTILLO. Forma de tuse de los caballos.

MATANZA. Conjunto de faenas que siguen a la *corrida,* especialmente el sacrificar los animales vacunos y lanares, desollarlos, separar la grasa, tender los cueros, etc., etc.

MATE. Además de la acepción general de calabacilla e infusión de yerba que en ella se toma, el vocablo designa las grandes calabazas cortadas por la mitad, que se usan como cucharones.

MINGA. Ayuda que se prestan mutua y gratuitamente los vecinos, amigos o parientes para levantar cosechas o cualquier otro trabajo rural; la terminación de la tarea supone fiesta y convite ofrecido por quien recibe la ayuda.

MINGAR. Pedir o encargar un trabajo manual.

MOCITA DE ANCAS. La muchacha a quien un mozo lleva por primera vez en ancas de su caballo a los bailes y celebraciones de carnaval.

MOCHO. Vacuno sin astas. También, hombre o niño sin sombrero.

MOLLE [*Sehínus Molle*]. Árbol frondoso de hojas perennes y semillas rojas; es el aguaribay de otras regiones.

MOSQUETERO. Curioso, mirón. El que presencia algo sin intervenir.

MOTE. Comida regional.

MOTO. Dícese de la persona que tiene una mano o dedo cortado.

MULTIPLICO. Aumento o acrecentamiento del ganado.

MUYUNA. Pieza de huso, que consiste en un disco de madera, piedra o barro cocido, con una perforación en el centro, donde encaja la *puiscana.*

NIÑO. Tratamiento que da la servidumbre a los hijos de los patrones, cualquiera

sea su edad.

NOQUE. Cuero vacuno sujeto a un marco de madera que descansa sobre cuatro patas, de modo que sirva de recipiente para recibir el jugo de la uva pisada, fermentar algarroba, cuajar leche, etc.

OBLIGO. Brindis cuyo rechazo o no aceptación se considera agraviante.

OJOTA. Especie de sandalia indígena.

OVEJUNO. [y también OVEJÓN]. Sombrero hecho de lana de oveja o llama, sometida a un procedimiento especial que la convierte en una especie de fieltro.

PACOTA. Cada uno de los grupos, bulliciosos y alegres, generalmente a caballo, que se forman durante las fiestas de carnaval.

PACHAMAMA. La Madre Tierra, divinidad incaica, que sobrevive como mito.

PAGO y OBLIGO. Véase *obligo.*

PALA. Pieza del telar con la que se aprieta la trama de la urdiembre.

PATASCA. Comida regional.

PATAY. Pasta que se fabrica con algarroba molida.

PECHADA. Juego o alarde ecuestre que consiste en hacer que el caballo empuje con el pecho la cabalgadura del contrario.

PEINE. Pieza del telar por donde pasan los hilos de la urdiembre.

PELERO. Pieza del apero que se coloca (en número de dos o tres) directamente sobre el lomo del caballo; es tejido en telar, con grueso hilo de lana, por lo común de variados colores.

PELLÓN. Pieza de la montura que se coloca sobre el apero; se hace de cueros de oveja, llama o chivo.

PENCA. Hoja de tuna. También la chicotera o el rebenque cuando terminan en una pieza de cuero chata, en forma de espátula.

PERCHEL. Parva (de alfalfa, por ejemplo), de forma alargada.

PETACA. Especie de baúl o maleta de cuero crudo.

PICOTE. Tela tejida en telar, con lana de oveja o llama.

PICHANA. Escoba rústica hecha con un haz de ramas de esta planta o de otras apropiadas.

PILCHA. Prenda de vestir o de la montura, especialmente si es modesta o está gastada por el uso.

PIRCA. Pared o cerco de piedras colocadas unas sobre otras, con cementación de barro o sin ella.

PIRHUA. Depósito cilíndrico hecho de cañas unidas entre sí. Se le da también este nombre a la ramada.

POCOTO [*Solanum Pocote Hieron*]. Planta que produce un fruto redondo y amarillo, pequeño, que revienta con leve estampido.

PUESTERO. El que tiene a su cargo, en una finca, el cuidado y a veces la explotación de una cierta extensión de campo, con plantaciones o ganados.

PUCIO. Vertiente, ojo de agua.

PUISCANA. Huso.

PUJAR. Hacer fuerza, especialmente al evacuar.

PUNA. Región formada por altiplanicies desérticas elevadas. Enfermedad o mal propio de las alturas montañosas, al que se llama también *soroche*.

PUNTA DE FLECHA. Forma del tuse de los caballos.

PUYO [o PULLO]. Poncho o manta tejidos con lana gruesa y poco torcida.

QUENA. Instrumento musical; aerófono hecho generalmente de caña.

QUEPIR. Llevar las mujeres al hijo pequeño cargado a la espalda, sostenido con el rebozo. Cargar cualquier cosa de la misma manera.

QUESILLO. Requesón típico.

QUINCHA. Pared o cerco de ramas.

QUINTO. Antigua moneda boliviana.

RASTRA. Adorno de plata en la parte delantera del cinto.

RAYAR. Sofrenar el caballo en el curso de la carrera hasta "sentarlo" haciéndolo patinar breve trecho.

RELACIONES. Coplas o versos que se dirigen recíprocamente los integrantes de una pareja en ciertos bailes criollos, como el *gato.*

RODOSO. Resbaloso.

RONDAR LOS ARROPES. Improvisar una reunión junto al lugar donde se ha puesto a hervir el líquido con que se fabrica la *chicha.*

RUTICHICO. Ceremonia con que se celebra el primer corte de cabello de un niño varón.

SACAR TRAGO. Merecer premio.

SALA. Casa principal de una finca, morada generalmente de los patrones.

SALIDA. Ocurrencia feliz y chistosa.

SANTAMARIANO. Oriundo de Santa María de Catamarca.

SILLONERO. Caballo preferido para montar.

SIMBA [o CIMBA]. Trenza de cabello.

SIMBUDO [o CIMBUDO]. Criatura "promesada", a quien no se corta el cabello, ofrendado a la Virgen o a un santo; hasta la fiesta del *rutichico* lo lleva trenzado en simbas.

SUERTES DE PLOMO. Figuras que forma el plomo derretido al ser echado en agua fría, con las cuales se predice el porvenir.

TABEADA. Partido de taba.

TABIQUE. Construcción destinada a baño de inmersión en las casas de campo.

TACU. Algarrobo. [*Prosopis alba Gris.; Prosopis nigra (Gris.) Hieron.*]

TENDIDA. Movimiento brusco del caballo cuando se espanta.

TINCUNACO. *Topamiento* de comadres o compadres, ceremonia que se realiza los dos jueves anteriores al carnaval.

TONADA. Estribillo de tres versos pentasílabos que se intercalan entre los octosílabos de las coplas al cantar con la *caja.*

TOPAMIENTO. Encuentro de comadres o compadres en la fiesta así llamada que precede al carnaval.

TORNA (trabajo de). Colaboración en el trabajo, que se presta a un amigo o vecino en espera de que sea retribuido de la misma manera.

TORTA. Masa de barro (mezclada a veces con paja) con que se revocan las paredes y los techos.

TRABA. Presilla de cuero que sirve para estirar los cordones que sujetan los parches de la *caja* y templar el instrumento.

TRANCA. Borrachera.

TRINCHERA. Troncos o travesaños puestos delante del patio o casa donde se festeja el carnaval y a los cuales se arriman los jinetes para "pechar" y saltar.

TRUSQUIAR. Embriagar.

TULPO. Comida regional.

TUMBA. Trozo de hueso con carne que se sirve con el caldo o *tulpo.*

TUNCUNA. Hoyo hecho en el suelo, acolchado con cueros o mantas, donde se coloca a las criaturas que aún no caminan.

URPILA. Torcaz pequeña.

VELA BAÑADA. Vela de sebo fabricada con el procedimiento del "baño".

VELERO. Recipiente de barro que se utiliza para fabricar velas de baño.

VICHADERO. Mirador.

VIDRIADO. Preparación de repostería.

VINCHA. Cinta o tira con que la mujer o el hombre sujetan el cabello sobre la frente.

VIRQUE. Recipiente de barro cocido, de grandes dimensiones y boca ancha.

YUNGUEÑO. Oriundo de Yungas, región de Bolivia.

ZAMBA. Baile popular.

ZARZO. Especie de estante suspendido, hecho de cañas unidas entre sí, donde se conservan quesos y otras sustancias alimenticias.

NÓMINA BIBLIOGRÁFICA DE OBRAS CITADAS

l. ALMERICH, LUIS. *Tradiciones, fiestas y costumbres populares de Barcelona*...Barcelona, Millá, 1945. 93 p. ilus. [Carnaval, p. 22-27.]

2. AMBROSETTI, JUAN B. *El carnaval.* (En su *Supersticiones y leyendas*, p. 195-197. Buenos Aires, Rosso, s. f.)

3. AMBROSETTI, JUAN B. *La hacienda de Molinos. Valles Calchaquíes (Provincia de Salta)...* Buenos Aires, Coni, 1903. 25 p. ilus.

4. AMBROSETTI, JUAN B. *Industria vinícola de Salta.* (En *Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. 17, cuadernos nº 10-12, p. 645-662, Buenos Aires, 1896.)

5. AMBROSETTI, JUAN B. *Instrumentos musicales.* (En su *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*, p. 488-490. Buenos Aires, Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras, 1907-1908.)

6. *Antología de carnaval,* organizado por Wilson Louzada, desenhos de Percy Deanne. Rio de Janeiro, O Cruzeiro, 1945. 366 p. ilus.

7. ARÁOZ ERNESTO M. *Al margen del pasado (Crónica salteña).* Buenos Aires, Bernabé, 1944. 217 p.

8. ARDISSONE, ROMUALDO. *Un ejemplo de instalación humana en el valle Calchaquí; el pueblo de Cachi.* Tucumán, Impr. López. [Buenos Aires], 1942. 65 p. ilus. (Universidad nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras. Monografías del Instituto de estudios geográficos, nº 1.)

9. ARDISSONE, ROMUALDO. *Valles Calchaquíes.* (En Automóvil Club Argentino. Buenos Aires. *Guía de viaje; zona noroeste*, p. 23-30, ilus. Buenos Aires, 1944.)

10. ARETZ-THIELE, ISABEL. *Cantos con caja en los valles de Tucumán.* (En *La Nación*, Buenos Aires, 24 agosto 1941.)

11. ARETZ-THIELE, ISABEL. *Las comparsas de indios en el carnaval norteño.* (En *La Nación*, Buenos Aires, 11 febrero 1945.)

12. ARGUEDAS, JOSÉ MARÍA. *El carnaval en Tambobamba.* (En *El aillu*, año I, nº 1-2, p. 9-12. Cuzco, 1945.)

13. ARMANINI, JOSÉ. *Relatos jujeños...* Buenos Aires, "Clío", 1927. 122 p. ilus. [*Compadres de carnaval*, p. 21-28; *Entierro de carnaval*, p. 69-74.]

14. ARREDONDO, MARCOS F. *Carnaval.* (En su *Croquis bonaerenses*, p. 73-81. Buenos Aires, La Vasconia, 1896.)

15. ARRIETA, RAFAEL ALBERTO. *...iba el peregrino.* (En *Sus mejores poemas*, p. 7. Buenos Aires, Agencia general de librería y publicaciones, 1923.)

16. BAROJA, Pío. *Las raíces del carnaval.* (En su *Pequeños ensayos*, p. 167-179. Buenos Aires, Sudamericana, 1943.)

17. BAYO, CIRO. *Costumbres chiquitanas* [Carnaval]. (En su *Por la América desconocida*, p. 213. Madrid, Caro Raggio, 1927.)

18. BÁRZANA, ALONSO DE. *Carta del P. Alonso de Bárzana, de la Compañía de Jesús al P. Juan Sebastián, su provincial.* (En *Relaciones geográficas de Indias*, t. 2, p. LII-LXV. Madrid, Ministerio de Fomento, 1885.)

19. BECK-BERNARD, LINA. *El carnaval en Santa Fe.* (En su *Cinco años en la Confederación Argentina*; traducción de José Luis Busaniche, p. 154-159. Buenos Aires, El Ateneo, 1935.)

20. BERNAL, DIONICIO RODOLFO. *Un carnaval cerreño.* (En su *La muliza cerreña...*, p. 72-82. Lima, 1947.)

21. BERTOLOZZI DE OYUELA, MARÍA C. *Las carpas.* (En su *La flecha del Inca y otros sabores de mi tierra*, p. 27-32. Buenos Aires, Casellas, 1924.)

22. BILBAO, MANUEL. *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires.* Buenos Aires, Impr. Ferrari, 1934. [Carnaval, p. 231-236.]

23. CABALLERO, FERNÁN, seud. [Cecilia Böhl de Faber]. *La catedral de Sevilla en una tarde de carnaval.* (En su *Deudas pagadas*, p. 193-198. Madrid, Antonio Romero, 1911.)

24. BOGGS, RALPH STEELE. *Bibliography of Latin American folklore.* New York, Wilson, 1940.

Véanse también las bibliografías anuales sobre el folklore americano publicadas en el *Southern Folklore Quaterly*, Gainesville (Florida, USA), desde 1941 hasta la fecha.

25. BOLET PERAZA, NICANOR. *Artículos de costumbres y literarios.* Barcelona, Araluce, 1931. [Artículo de 1872, citado en Olivares Figueroa, R., nº 124 de esta nómina.]

26. BOMAN, ÉRIC. *Antiquités de la région andine de la Republique Argentine et du désert d'Atacama.* Paris, Imprimerie Nationale, 1908. [Folklore de la Puna, t. 2, p. 483-522.]

27. BONOME, RODRIGO. *El carnavalito baja de la montaña.* (En *Saber vivir*, año VII, Nº 77, p. 34-36. Buenos Aires, marzo-abril de 1948.)

28. BRIFFAULT, ROBERT. *Festivals.* (En *Encyclopaedia of the social sciences*, t. 6, p. 198-201. New York, Macmillan, 1942.)

29. Buenos Aires. Archivo general de la Nación. *Acuerdos del extinguido Cabildo.* Buenos Aires, Kraft, 1927. [Cabildo del 22 de febrero de 1811; serie IV, t. 4, libro LXVII, p. 404-405.]

30. Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Sección de historia. *Documentos para la historia del Virreinato del Río de la Plata.* Buenos Aires, Compañía sudamericana de billetes de banco, 1912. [Bando del Virrey Cevallos prohibiendo el carnaval, en vista de los excesos que se cometen en estas

fiestas. Febrero 28 de 1788, t. 1, p. 229-231.]

31. BURAUD, GEORGES. *Les masques.* Paris, Éditions du Seuil, 1948. 238 p. ilus.

32. BURGOS, FAUSTO. *Carnaval.* (En su *Valle de Lerma*, p. 41-48. San Rafael [Mendoza], Butti, 1930.)

33. BUSTAMANTE, PERFECTO P. *Girón de historia...* Buenos Aires, Crovetto y Carrio, 1922. 278 p. ilus. [Carnaval, p. 79-96.]

34. BYRON, GEORGE GORDON NOËL BYRON. *Beppo; a Venetian story.* (En su *The poems and plays of Lord Byron...* t. 1 p. 351-371. London, Dent, 1910).

35. CABRERA, ANA S. DE. *El "topamiento" de comadres.* (En *La Nación*, Buenos Aires, 28 mayo 1939.)

36. CAILLOIS, ROGER. *La transgresión sagrada: teoría de la fiesta.* (En su *El hombre y lo sagrado*, p. 109-145. México, Fondo de cultura económica, 1942.)

37. CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO. *Las carnestolendas.* (En *Biblioteca de autores españoles*, t. 14, p. 632-635. Madrid, Rivadeneyra, 1874.)

38. CÁMARA CASCUDO, LUIZ DA. *Antologia do folclore brasileiro...* Sâo Paulo, Livraria Martins, 1943. 502 p.

39. CANO, RAFAEL. *Construcción y bautizo de cajas chayeras.* (En su *Allpamisqui*, p. 131-138. Buenos Aires, Librería del Colegio, 1938.)

40. CANO, RAFAEL. *El entierro de Pujllay. El topamiento de las comadres.* (En su *Del tiempo de Ñaupa*, p. 84-99. Buenos Aires, Rosso, 1930.)

41. CANO VÉLEZ, F. RAMÓN. *El carnaval en Amaicha. Los topamientos.* (En su *Amaicha del Valle*, p. 24-37. Tucumán, Impr. E.T.A., 1943.)

42. *El Carnaval dura siete días y siete noches en la quebrada de Humahuaca.* (En

El Hogar, Buenos Aires, 11 marzo 1948.)

43. CARO BAROJA, JULIO. *La vida rural en Vera de Bidasoa.* Madrid, Instituto Antonio de Nebrija, 1944. [Carnaval, páginas 194-195.]

44. CARRIZO, JUAN ALFONSO. *Antecedentes hispano-medioevales de la poesía tradicional argentina.* Buenos Aires, Publicaciones de Estudios hispánicos, 1945. 864 p., mapas.

45. CARRIZO, JUAN ALFONSO. *Antiguos cantos populares argentinos.* [Cancionero popular de Catamarca.] Buenos Aires, Impr. Silla, 1926. 259 p., mapas.

46. CARRIZO, JUAN ALFONSO. *Cancionero popular de Jujuy.* Tucumán, Impr. Violetto, 1935. 534 p. (Publ. Universidad Nacional de Tucumán.)

47. CARRIZO, JUAN ALFONSO. *Cancionero popular de Salta*. Buenos Aires, Impr. Baiocco, 1933. 716 p. ilus. (Publ. Universidad Nacional de Tucumán.)

48. CARRIZO, JUAN ALFONSO. *Cancionero popular de Tucumán.* Buenos Aires, Impr. Baiocco, 1937. 2 v. (Publ. Universidad Nacional de Tucumán.)

49. CARRIZO, JUAN ALFONSO. *Cancionero popular de La Rioja.* Buenos Aires, Impr. Baiocco, 1942. 3 v. (Publ. Universidad Nacional de Tucumán.)

50. CAVADA, FRANCISCO J. *El chalilo (los chalilones o carnestolendas).* (En su *Chiloé y los chilotas*, en *Revista chilena de historia y geografía*, t. 4, p. 479-481. Santiago de Chile, 1912.)

51. CENTENO, FRANCISCO. *Invasión de Felipe Varela a Salta; panoramas y remembranzas.* (En *Revista de derecho, historia y letras*, año XV, t. 45, p. 343-355. Buenos Aires, 1913.)

52. CIEZA DE LEÓN, PEDRO DE. *Del señorío de los Incas;* pról. y notas de Alberto Salas. Buenos Aires, Solar, 1943. 340 p.

53. *Cinco años en Buenos Aires; 1820-1825,* por "Un Inglés". Buenos Aires, Solar,

1942. 247 p.

54. COBO, BERNABÉ. *Historia del Nuevo Mundo.* Sevilla, Sociedad de bibliófilos andaluces, 1890-1895. 4 v.

55. COCK, ENRIQUE. *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585...* Madrid, Impr. Aribau, 1876. 314 p.

56. COLUCCIO, FÉLIX. *Diccionario folklórico argentino.* Buenos Aires, El Ateneo, 1948. 203 p. ilus.

57. COLUCCIO, FÉLIX. *Folklore y nativismo* [por] F. Coluccio y G. Schiaffino... Buenos Aires, Bell, 1948. 339 p. ilus.

58. CONCOLORCORVO, seud. *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima.* Paris, Desclée, De Brouwer, 1938. 352 p. (Biblioteca de cultura peruana, 1ª serie, nº 6.)

59. CÓRDOBA, ALBERTO. *La caja.* (En su *Cuentos de la montaña*, p. 13-22. Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1941.)

60. CORNEJO, ATILIO. *Contribución a la historia de la propiedad inmobiliaria de Salta en la época virreinal.* Buenos Aires, Impr. Ferrari, 1945. 449 p. ilus.

61. CORNEJO, ATILIO. *Apuntes históricos sobre Salta.* 2ª ed. Buenos Aires, Impr. Ferrari, 1937. 739 p. ilus.

62. CORSO, RAFFAELE. *Carnevale.* (En *Enciclopedia italiana de scienze, lettere ed arti*, t. 9, p. 98-99. Milano-Roma, Instituto Giovanni Treccani, 1931.)

63. CORTAZAR, AUGUSTO RAÚL. *Confluencias culturales en el folklore argentino.* Buenos Aires, Impr. Amorrortu, 1944. 100 p. (Institución cultural española. Problemas de la cultura, 3.)

63 (bis) CORTAZAR, AUGUSTO RAÚL. *La fiesta patronal de Nuestra Señora de la Candelaria en Molinos (Salta).* (En *Relaciones de la Sociedad argentina de antropología*, t. 4, p. 271-286, 1 mapa y 1 plano. Buenos Aires, 1944.)

64. CORTAZAR, AUGUSTO RAÚL. *El folklore y su estudio integral.* (En *Anales del Instituto popular de conferencias,* 33º ciclo, t. 33, p. 221-236. Buenos Aires, Impr. Linari, 1948.)

65. CORTAZAR, AUGUSTO RAÚL. *Guía bibliográfica del folklore argentino*; primera contribución. Buenos Aires, Impr. de la Universidad, 1942. 291 p. (Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de literatura argentina. Sección de bibliografía, t. 1, Nº 1.)

66. COSTA DU RELS, ADOLFO. *La Misqui Simi.* (En su *El traje de Arlequín*, p. 47-55.)

67. COVARRUBIAS OROZCO, SEBASTIÁN DE. *Tesoro de la lengua castellana o española...* Barcelona, Horta, 1943. 1093 p. ilus.

68. DAREMBERG, CHARLES VICTOR, ed. *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines...* sous la direction de MM. Daremberg et Edm. Saglio. Paris, Hachette, 1877-1919, 5 t. en 10 v. ilus.

69. DÁVALOS, JUAN CARLOS. *Molinos.* (En su *Airampo*, p. 77-99. Buenos Aires, El Ateneo, 1925.)

70. DÁVALOS, JUAN CARLOS. *Los valles de Cachi y Molinos.* Buenos Aires, La Facultad, 1937. 192 p. ilus.

71. DEBRET, JEAN BAPTISTE. *O Judas do sabado de Aleluia.* (En Cámara Cascudo, Luiz da: *Antologia do folclore brasileiro*, p. 90-93. Sâo Paulo, Livraria Martins, 1943.)

71 (bis) DELEITO Y PIÑUELA, JOSÉ.... *También se divierte el pueblo (recuerdos de hace tres siglos)...* Madrid, Espasa-Calpe, 1944. 303 p. ilus.

72. DI LULLO, ORESTES. *El carnaval. La Kacharpaya. El encuentro de las comadres.* (En su *Folklore de Santiago del Estero*, p. 55-61. Tucumán, Instituto de historia, lingüística y folklore de la Universidad Nacional de Tucumán. 1943.)

73. DU CANGE, CHARLES DU FRESNE, sieur. *Glossarium mediae et infimae latinitatis...* Niort, L. Favre, 1883-1887. 10 v.

74. EBELOT, ALFRED. *El carnaval en Buenos Aires.* (En su *La pampa,* p. 161-172. Buenos Aires, Alfer and Vays, 1943.)

75. EIZAGUIRRE, JOSÉ MANUEL. *Los carnavales argentinos.* (En su *Páginas argentinas ilustradas,* p. 277-286. Buenos Aires, Maucci, 1907.)

76. *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana.* Barcelona, Espasa-Calpe. [*Carnaval,* t. 11, s. f.; *Folklorística y etología* (de España), especialmente *Costumbres regionales,* t. 21, p. 470-507, 1923.]

77. España. *Novísima recopilación de las leyes de España...* Mandada a formar por el Señor Don Carlos IV. Madrid, 1805. 4 v.

78. FRAGUAS FRAGUAS, ANTONIO. *Máscaras y sermones de carnaval en Cotobad* [Pontevedra]. (En *Revista de dialectología y tradiciones populares,* t. 2, cuaderno 3º, p. 435-457. Madrid, 1946.)

79. FRAZER, JAMES GEORGE. *La rama dorada; magia y religión.* México, Fondo de cultura económica, 1944. 912 p. (Sección de obras de sociología. Obras clásicas, 5.)

79 (bis) FREITAS, NEWTON. *Maracatú; motivos típicos y carnavalescos.* Buenos Aires, Pigmalión, 1943. 76 p. ilus.

80. FRENGUELLI, JOAQUÍN. *Investigaciones geológicas en la zona salteña del Valle de Santa María.* (En *Obra del cincuentenario del Museo de La Plata,* t. 2, p. 215-572. Buenos Aires, Coni, 1936.)

81. FRENGUELLI, JOAQUÍN. *Influencia del ambiente físico en la distribución de culturas* (Valle Calchaquí). (En *Relaciones de la Sociedad argentina de antropología,* t. 4, p. 151-155. Buenos Aires, 1944.)

82. FUENTE, JOSÉ DE LA. *El jueves de todos.* (En *Revista de dialectología y tradiciones populares,* t. 2, cuaderno 2º, p. 317. Madrid, 1946.)

83. GASTINEAU, B. *Le carnaval.* Paris, 1855. (Cit. en *La grande encyclopédie*, t. 9, p. 465.)

84. GASTINEAU, B. *La folie humaine; le carnaval ancien et moderne.* Paris, 1862. (Cit. en *La grande encyclopédie*, t. 9, p. 465.)

85. GENNEP, ARNOLD VAN. *Le cycle cérémoniel du carnaval et du carême en Savoie.* (En *Journal de Psychologie normale et pathologique*, año 22, nº 5, p. 421-445; nº 7, p. 585-612. Paris, 1925.)

86. GENNEP, ARNOLD VAN. *Manuel de folklore français contemporaine.* Paris, A. Picard, 1937-1946. 4 v. [Publicados tomos 1º (partes 1ª y 2ª), 3º y 4º].

87. GOETHE, JOHANN WOLFGANG. *Viaje a Italia.* Madrid, Hernando, 1891. 2 v. [Carnaval en Roma, t. 2, p. 305-345.]

88. GONZÁLEZ, JOAQUÍN V. *La chaya.* (En su *Mis montañas. Obras completas*, t. 17, p. 369-612. Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1936.)

89. GONZÁLEZ DEL SOLAR, MARIO. *Del norte argentino.* Tucumán, Prebisch y Violetto, 1921. 139 p. ilus. [Carnaval en Humahuaca, p. 83-85.]

90. GUICHOT Y SIERRA, ALEJANDRO. *Noticia histórica del Folklore.* Sevilla, Impr. Álvarez, 1922. 249 p.

91. HORATIUS FLACCUS, QUINTUS. *Horace...* Texte établi et traduit par E. Villeneuve. Paris, Les belles lettres, 1927. 2 v.

92. HOSMANN, ELENA. *En los Valles Calchaquíes; la fiesta del "topamiento" durante el carnaval.* (En *La Prensa*, Buenos Aires, 27 abril 1941.)

93. IBARGUREN, CARLOS. *El labrador de los valles.* (En su *De nuestra tierra*, p. 49-72. Buenos Aires, Gleizer, 1917.)

94. IRURZUN, BLANCA. *Carnaval de Santiago* [del Estero]. (En su *Emoción y sentido de mis llanuras*, p. 149-152. Rosario [de Santa Fe], Ruiz, 1942.)

95. ITURRALDE, JAVIER. *La chaya.* [Buenos Aires, ed. mimeog., s. i.]

96. JOVELLANOS, GASPAR MELCHOR DE. *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España...* Las máscaras. (En *Obras escogidas*, t. 2, p. 22-23. Madrid, Espasa-Calpe, 1935-1940.)

97. KRAPPE, ALEXANDER HAGGERTY. *The science of Folk-lore*, p. 272. London, Methuen and Co., 1930.

98. KÜHN, FRANZ. *Descripción del camino desde Rosario de Lerma hasta Cachi.* (En *Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. 24, p. 42-50. Buenos Aires, 1911.)

99. LAFONE QUEVEDO, SAMUEL A. *Tesoro de catamarqueñismos...* Buenos Aires, Universidad Nacional de Tucumán, 1927. 375 p.

100. LARRA, MARIANO JOSÉ DE. *El mundo todo es máscaras, todo el año es carnaval.* (En *Obras completas de Fígaro*, t. 1, p. 147-159. Paris, Garnier, 1883.)

101. LEQUERICA, CÉSAR. *Humisha de carnaval.* (En su *Sachachorro; cuentos y relatos de la Amazonía peruana*, p. 42-47. Lima, Impr. Torres Aguirre, 1942.)

102. LENZ, RODOLFO. *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas americanas.* Santiago de Chile, Impr. Cervantes, 1904. 938 p.

103. LIRA, JORGE A. *Diccionario kkechuwa-español.* Tucumán, Instituto de historia, lingüística y folklore, 1944. 1199 p. (Publ. Universidad Nacional de Tucumán.)

104. LIZONDO BORDA, MANUEL. *Estudios de voces tucumanas. I. Voces tucumanas derivadas del quichua.* Tucumán, Impr. Violetto, 1927. 400 p. (Publ. Universidad Nacional de Tucumán.)

105. LOZANO, PEDRO. *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay...* Madrid, Impr. Manuel Fernández, 1754. 2 v.

106. LUCCOCK, JOHN. *Entrudo em Sâo-Pedro-do-Sul.* (En Cámara Cascudo, Luiz da: *Antologia do folclore brasileiro,* p. 61. Sâo Paulo, Livraria Martins, 1943.)

107. LUGONES, LEOPOLDO. *El payador.* Tomo 1, *Hijo de la pampa.* Buenos Aires, Otero, 1916. 265 p.

108. MACROBIUS, AMBROSIUS AURELIUS THEODOSIUS. *Les saturnales...* Paris, Garnier, 1937. 2 v.

109. MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO. *Humahuaca; aguafuertes sobre el hombre y la naturaleza.* (En *La Nación,* Buenos Aires, 16 julio 1933.)

110. MARTELLI, SIXTO C. *El carnaval porteño hace veinte años.* (En *Histonium,* a. 5, nº 57, p. 33-35. Buenos Aires, febrero 1944.)

111. MARTIALIS, MARCUS VALERIUS, *Épigrammes* ... Paris, *Les belles lettres,* 1930-1933. 3 v.

111 (bis) MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL. *Carnaval y tristeza.* (En su *Radiografía de la pampa,* p. 205-208. Buenos Aires, Babel, 1933.)

112. MATEU CUEVA, AUGUSTO. *Carnaval en la comunidad de Masma.* (En *Folklore,* t. 1, nº 2-3, p. 52-53. Lima, 1942.)

113. MEDINACELLI, CARLOS. *La Chaskañawi. (Novela de costumbres bolivianas).* La Paz, Fundación universitaria "Simón Patiño", 1947. 267 p. [Carnaval, cap. XIX a XXI, p. 124-143.]

114. MEJÍA XESSPE, TORIBIO. *Pukllay.* (En *Inca* [revista], p. 885, Lima.) [Cit. en Carrizo, J. A.: *Cancionero popular de La Rioja,* t. 2, p. 241-242.]

115. MENDOZA, JAIME. *En las tierras de Potosí.* Barcelona, 1911. [Carnaval, cap. XXIII a XXV, p. 257-296.]

116. MESONERO ROMANOS, RAMÓN DE. *Escenas matritenses por El Curioso Parlante.* Segunda serie (1836-1842)... Madrid, Ilustración española

y americana, 1881. [El martes de carnaval y el miércoles de ceniza. El entierro de la sardina, p. 317-331.]

117. MOLINA-TÉLLEZ, FÉLIX. *Carnaval de mi pueblo.* (En su *Tierra madura*, p. 159-166. Rosario [de Santa Fe], Ruiz, 1939.)

118. MOLINA- TÉLLEZ, FÉLIX. *Las fiestas del carnaval en los pueblos de la montaña y de la selva.* (En su *El mito, la leyenda y el hombre*, p. 223-251. Buenos Aires, Claridad, 1947.)

119. NAVARRO DEL ÁGUILA, VÍCTOR. *Calendario de fiestas populares del Departamento del Cusco.* (En *Revista del Instituto americano de arte*, año 111**,** nº 3, p. 37-80. Cuzco, 1944.)

120. NAVARRO DEL ÁGUILA, VÍCTOR. *Folklore nacional; Pukllay taki.* Cuzco, Instituto americano de arte, 1943. 22 p., música.

121. NICOLAY, FERDINAND. *Fiestas populares desde la era cristiana,* (En su *Historia de las creencias, supersticiones, usos y costumbres...* t. 2, p. 24-51. Barcelona, Montaner y Simón, 1904.)

122. NORDENSKIÖLD, ERLAND. *An ethno-geographical analysis of the material culture of two indian tribes in the Gran Chaco.* Göteborg, Elanders Boktryckeri Aktiebolag, 1919, 295 p. ilus.

123. OLIVARES FIGUEROA, R. *Bosquejo del carnaval venezolano.* (En *Educación*; revista para el magisterio, año VI, nº 37, p. 25-26. Caracas, junio-julio de 1945.)

124. OLIVARES FIGUEROA, R. *Particularidades y evolución del carnaval venezolano.* (En *Revista nacional de cultura*, a. VII, nº 54, p. 81-108; nº 55, p. 121-139. Caracas, 1946.)

125. PAREDES, RIGOBERTO. *Particularidades del carnaval.* (En su *Mitos, supersticiones y supervivencias populares de Bolivia*, p. 148-151. La Paz, Atenea, 1936.)

126. PAYRÓ, ROBERTO J. *El tinkunako. Otros ritos* [La chaya]. (En su *En las tierras de Inti* [1899], p. 108-121. Buenos Aires, Rodríguez Giles, 1909.)

127. PEREIRA, NUNO MARQUES. *Dansas e mascaradas nas procissôes,* (En Cámara Cascudo, Luiz da: *Antologia do folclore brasileiro,* p. 48. Sâo Paulo, Livraria Martins, 1943.)

128. PFANDL, LUDWIG. *Carnestolendas.* (En su *Cultura y costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII*; *introducción al estudio del siglo de oro,* p. 241-242. Barcelona, Araluce, 1929.)

129. PITRÈ, GIUSEPPE. *Antiche maschere di carnevale.* (En su *La famiglia, la casa, la vita del popolo siciliano*, p. 279-302. Palermo, Reber, 1913.)

130. PITRÈ, GIUSEPPE. *Il Mastro di Campo, rappresentazione carnevalesca in Mezzoiuso.* (En su *La famiglia, la casa, la vita del popolo siciliano*, p. 267-278. Palermo, Reber, 1913.)

131. PIZARRO, PEDRO. *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú.* (En *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, p. 201-388. Madrid, 1844.)

132. POMA DE AYALA, FELIPE GUAMÁN. *La fiesta de los andesuyos... La fiesta de los collasuyos.* (En su *Nueva corónica y buen gobierno*, folios 320 a 327. Paris, Institut d'Ethnologie, 1936.)

133. QUIROGA, ADÁN, *El Pucllay. La chaya.* (En su *Folklore calchaquí,* p. 14-21. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 2ª serie, sección VI, t. 5, 1929.)

134. QUIROGA, CARLOS B. *El carnaval de Belén.* [Catamarca.] (En *Nosotros,* a. XIII, t. 33, p. 219-239. Buenos Aires, 1919.)

135. RADEMACHER, C. *Carnival.* (En *Encyclopaedia of religion and ethics*, t. 3, p. 225-229. New York, Scribner's Sons, 1928.)

136. RAMÓN Y FERNÁNDEZ, J. *Jueves de comadres en Escurial, Cáceres.* (En

Revista de dialectología y tradiciones populares, t. 1, nº 1-2, p. 211-215. Madrid, 1944.)

137. REINACH, SALOMON. *Le roi supplicié.* (En su *Cultes, mythes et religions*, t. 1, p. 332-341. Paris, Leroux, 1905.)

138. RENTERÍA, SILVIO A. *La Rioja argentina (de antaño y hogaño).* Buenos Aires, Impr. Araujo, 1948. 309 p. [Carnaval, páginas 105-109.]

139. REYES GAJARDO, CARLOS. *Apuntes históricos sobre San Carlos del Valle Calchaquí de Salta.* Buenos Aires, Peuser, 1938. 295 p. ilus.

139 (bis) RISCO, VICENTE. *Notas sobre las fiestas de Carnaval en Galicia* [Ia. parte]. (En *Revista de dialectología y tradiciones populares*, t. 4, cuaderno 2º, p. 163-196, ilus. Madrid, 1948.)

140. RODRÍGUEZ, ZOROBABEL. *La cueva del loco Estaquio.* 2ª ed. Santiago de Chile, 1877.

141. ROJAS, RICARDO. *Las fiestas.* (En su *El país de la selva*, p. 89-103. Buenos Aires, La Facultad, 1925.)

142. ROSENBERG, TOBÍAS. *Palo'i chalchal; leyenda en torno a una canción de carnaval.* (En su *Palo'i chalchal*, p. 9-12. Tucumán, Sociedad Sarmiento, 1936.)

143. ROSSI, VICENTE. *Cosas de negros; rectificaciones y revelaciones de folklore y de historia.* Río de la Plata [Córdoba, Argentina], 1926. [Carnaval, p. 103-106.]

144. RUIZ, JUAN, arcipreste de Hita. *De la pelea que ovo Don Carnal con la Quaresma.* (En su *Libro de buen amor*, t. 2, p. 76-97, estrofas nº 1067-1127. Madrid, La Lectura, 1913.)

145. SAINTYVES, P., seud. [Émile Nourry]. *Les contes de Perrault et les récits parallèles...* Paris, Librairie critique Émile Nourry, 1923. 646 p.

146. SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. *El carnaval de 1857* [en Buenos Aires]. (En *Obras...*, t. 24, p. 213-216. Buenos Aires, Belin Sarmiento, 1899.)

147. SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. *Roma*. (En su *Viajes por Europa, África y América. Obras...*, t. 5, p. 239-299. Paris, Belín hermanos, 1909.) [Carnaval, p. 247-252.]

148. SEPPILLI, ANITA. *Origen do carnaval*. (En *Revista do Arquivo municipal*, año X, v. 97, p. 7-34, ilus. Sâo Paulo. 1944.)

149. SIROLLI, AMADEO RODOLFO. *Carnaval calchaquí*. (En su *Pacha-Mama*, p. 83-87. Buenos Aires, J. Samet, 1931.)

150. SOTOMAYOR, ISMAEL. *Máscaras y carnestolendas*. (En su *Añejerías paceñas*, p. 42-45. La Paz [Bolivia], Impr. Renacimiento, 1931.)

151. TACITUS, CAIUS CORNELIUS. *La Germania y Diálogo de los oradores*... Madrid-Barcelona, Calpe, 1919. 103 p. (Colección universal).

152. TAINE, HIPPOLYTE. *Voyage en Italie*. Paris, Hachette, 1905. 2 v. [Carnaval en Venecia, t. 2, p. 304.]

153. TEMPLE, EDMOND. *Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy en 1826*... Buenos Aires, Universidad Nacional de Tucumán, 1920. 232 p. [Carnaval, p. 70-72.]

154. TORRE REVELLO, JOSÉ. *Los bailes, las danzas y las máscaras en la Colonia*. (En *Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, t. 11, p. 434-454, Buenos Aires, 1930.)

155. TORRE REVELLO, JOSÉ. *Fiestas y costumbres*. (En *Historia de la Nación Argentina*, t. 4, 1ª parte, p. 587-603. Buenos Aires, Academia nacional de la historia, 1938.)

156. TORRES, DIEGO DE. *Segunda carta del P. Diego de Torres*... 6 de junio de 1610. (En *Documentos para la historia argentina*, t. 19, p. 41-82. Buenos Aires, Instituto de investigaciones históricas, 1927.)

157. TOSTA GARCÍA, FRANCISCO. *Recuerdos de antaño; el carnaval con agua.* (En *Billiken*, Caracas, febrero 1934.) [Artículo de 1874 citado en Olivares Figueroa, R., nº 124 de esta nómina.]

158. VALDEMAR, HANS. *Grandezas y miserias del carnaval criollo.* (En *Turismo*, año XI, nº 117, p. 4-5. Lima, marzo 1946.)

159. VALLE, LEOPOLDO. *Il trionfo di Carnevale e dei suoi seguaci; (canto carnascialesco di Paolo Foglietta).* (En *Anuario* del R. Liceo-Ginnasio C. Colombo (1923-1924), p. 34-48. Génova, 1925.)

160. VALLEJO, JOSÉ JOAQUÍN ["Jotabeche", seud.] *El carnaval.* (En *Obras...* p. 83-88. Santiago de Chile, Impr. Barcelona, 1911.) [Artículo publicado en *El Mercurio*, el 24 de febrero de 1842.]

161. VARAS REYES, VÍCTOR. *El carnaval popular.* (En su *Huiñaypacha*, p. 73-86. Cochabamba, Editorial América, 1947.)

162. VÁZQUEZ SANTANA, HIGINIO. *El carnaval. Monografías históricas y folk-1óricas mejicanas,* por Higinio Vázquez Santana y J. Ignacio Dávila Gabiri. México, Talleres gráficos de la Nación, 1931.

163. VEGA, CARLOS. *Los instrumentos musicales aborígenes y criollos de la Argentina...* Buenos Aires, Centurión, 1946. 332 páginas ilus. y mús.

164. VIGIL, CARLOS. *Los monumentos y lugares históricos de la Argentina.* Buenos Aires, Atlántida, 1948. 460 p. ilus. [Provincia de Salta, p. 249-292.]

165. WIENER, CHARLES. *Pérou et Bolivie; récit de voyage...* Paris, Hachette, 1880. 796 p. ilus. [Carnaval en el Cuzco, p. 329-330.]

166. YUPANQUI, ATAHUALPA. *Carnaval.* (En su *Cerro bayo; vidas y costumbres montañesas*, p. 59-78. Buenos Aires, Editorial Problemas, 1946.)

167. ZABALETA, JUAN DE. *El domingo de carnestolendas por la tarde.* (En su *Día de fiesta*, p. 183-191. Buenos Aires, Molino, 1941.)

168. ARAMBURU, JULIO. *Carnaval agrestre* [en Tilcara]. *La herencia dionisíaca.* (En su *La tierra natal*, p. 131-135; 163-167. Buenos Aires, Agencia general de librería y publicaciones, 1923.)

169. ARAMBURU, JULIO. *El carnaval de Tumbaya.* (En su *Jujuy*, p. 165-168. Buenos Aires, Agencia general de librería y publicaciones, 1925.)

170. GUIDO Y SPANO, CARLOS. *El carnaval; artículo humorístico.* (En su *Ráfagas*, t. I**,** p. 55-57. Buenos Aires, Igón, 1879.)

171. GUZMÁN SAAVEDRA, GREGORIO. *Carnaval provinciano.* (En su *Los provincianos*, p. 135-145. Buenos Aires, B.A.B.E.L., 1925.)

172. MARASSO ARTURO. *La mirada en el tiempo.* Buenos Aires, Biblioteca nueva, 1946. 296 p. [Carnaval, p. 164; 195-196; Pusllay y Judas, p. 199.]

173. MENDILAHARZU, FORTUNATO EDUARDO. *¡Cruz diablo!* Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1940. 157 p. ilus. [Carnaval, p. 38-39.]

174. VIVANTE, ARMANDO. *Algunos aspectos del carnaval humahuaqueño.* [Resumen] (En *Guía quincenal de la actividad intelectual y artística argentina*, año 3, nº 44, p. 21-22. Buenos Aires, junio 1949.)

Agradecimiento:

El autor se complace en agradecer a la señora Isabel ARETZ, señorita Elena Hosmann y señores Romualdo Ardissone, Luis Cuevas, Alfonso Acedo, Ernesto Altstadt y Francisco Madrid la cesión de fotografías que, sumadas a las propias, integran el material gráfico de este libro.

Láminas:

1. El paisaje calchaquí

2. La caja chayera *y su ascendencia incaica: dibujo de Felipe Guamán Poma de Ayala en su* **Nueva Corónica y Buen Gobierno**.

3. Típica estampa calchaquí: entonando coplas al son de la caja

4. Preparación de la chicha, *reina de la fiesta. Cantores de rostros enharinados acompañan con cajas*

5. Madrina bajo el arco en un topamiento *de comadres*

6. Amazonas y jinetes con mozas en ancas, rumbo a la fiesta

7. Invitados que llegan a caballo: brindis con chicha, *canto con* caja, *y ramas de albahaca sobre el pecho. Prestancia de amazona y arte de cantora*

8. Diversión y faena: junto con la caja, *la* chigua *usada para el transporte de frutas*

9. Tomo y obligo *entre copla y copla*

10. Chicha *y canto: arrobamiento lírico*

11. Retorno crepuscular

12. Máscara que proclama el advenimiento de la fiesta en Humahuaca✷

13. Diablo *humahuaqueño*✷

14. Bailando el carnavalito✷

15. Otra figura del carnavalito✷

16. Celebración callejera del carnaval en el pueblo de Humahuaca✷

* De la película argentina *Los pueblos dormidos.*

ÍNDICE SUMARIO

I. EL CARNAVAL. LA FIESTA POR EXCELENCIA

LIBERTAD Y DESBORDE

ASPECTOS DE RAIGAMBRE MÁGICA

IGUALACIÓN SOCIAL

REMEMORACIÓN DE LA EDAD DE ORO

EL CARNAVAL Y LA TEORÍA DE LA FIESTA

II. NOTAS PARA UN ITINERARIO BIBLIOGRÁFICO

AMPLITUD Y LIMITACIONES

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS. ENCICLOPEDIAS

ETIMOLOGÍA Y PROBABLES ORÍGENES. LAS SATURNALES

ALGUNAS REFERENCIAS AL CARNAVAL EN PAÍSES LATINOS DESDE LA EDAD MEDIA

Italia. Francia. España.

ALGUNOS ESTUDIOS Y DESCRIPCIONES MODERNOS DEL CARNAVAL EN AMÉRICA LATINA

Brasil. México. Venezuela. Perú. Chile. Bolivia.

REFERENCIAS AL CARNAVAL EN LA ARGENTINA

Buenos Aires. El carnaval calchaquí y sus afines o aledaños: Santiago del Estero, Tucumán, La Rioja, Catamarca, Jujuy, Salta.

III. EL PAISAJE CALCHAQUÍ

CONFIDENCIAS DEL RÍO

EL PAVOR DE LA CRECIENTE

LA NATURALEZA Y LA VIDA

IV. LA VOZ DE LA HISTORIA Y EL TESTIMONIO DE LA TRADICIÓN

LOS FEUDOS CALCHAQUÍES

LA HISTORIA EN LAS TRADICIONES

LAS FINCAS Y SU MUNDO

LAS FAMILIAS PATRICIAS

LOS VALLISTOS: AMBIENTE CERRIL Y VIDA TRADICIONAL

El "pueblo" folklórico. Los ranchos. Sociabilidad. Celebraciones y fiestas.

V. EL CARNAVAL CALCHAQUÍ

FUNCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LAS FIESTAS
EL CARNAVAL

PREPARATIVOS

Reflorecimiento de las coplas. La *caja chayera* y su ascendencia incaica. Cómo nace una *caja.* Actividad popular en las vísperas carnavaleñas. Preparación de la *chicha,* reina de la fiesta. La *alojita de algarroba,* hermana de la *chicha.*

EL TOPAMIENTO DE LAS COMADRES

Don Jueves Lardero y sus descendientes. La institución del *compadrazgo.* El *tincunaco.*

EL CARNAVAL EN SU PLENITUD

Alardes ecuestres. El imán de las *carpas* y las concentraciones entusiastas. El juego con agua: antecedentes históricos y paralelos actuales. El carnaval en su apogeo: escenario y protagonistas. Evocación crepuscular. Vidalitas nocturnas.

DESPEDIDA DEL CARNAVAL: LA CACHARPAYA Y EL PUJLLAY

ENTIERRO DEL CARNAVAL: SIMBOLISMO Y SUGERENCIAS

PUJLLAY Y JUDAS: SUPERVIVENCIA Y TRADICIÓNVISIÓN SINTÉTICA DEL CARNAVAL
CALCHAQUÍ…….

Germinación. Plenitud. Marchitamiento y degradación. La resurrección anual, sostén de la esperanza.

VI. SISTEMATIZACIÓN DOCTRINARIA

CARACTERES DE LOS FENÓMENOS FOLKLÓRICOS Y PROCESOS DE FOLKLORIZACIÓN

El "pueblo" y lo popular. Supervivencias y transculturaciones. La experiencia y su transmisión. Colectivización o vigencia social. Funcionalidad folklórica. Tradición. Localización geográfica y fluencia eterna del proceso. ¿Qué es folklore?

EL MÉTODO FOLKLÓRICO INTEGRAL

Punto de partida: localización y funcionalidad. El *conglomerado folklórico.* Documentación integral. Su proyección posterior. Ejemplos: la alimentación, el carnaval. Trabazón funcional. Aclaraciones y corolarios. Aspiraciones.

Glosario

Nómina bibliográfica de obras citadas